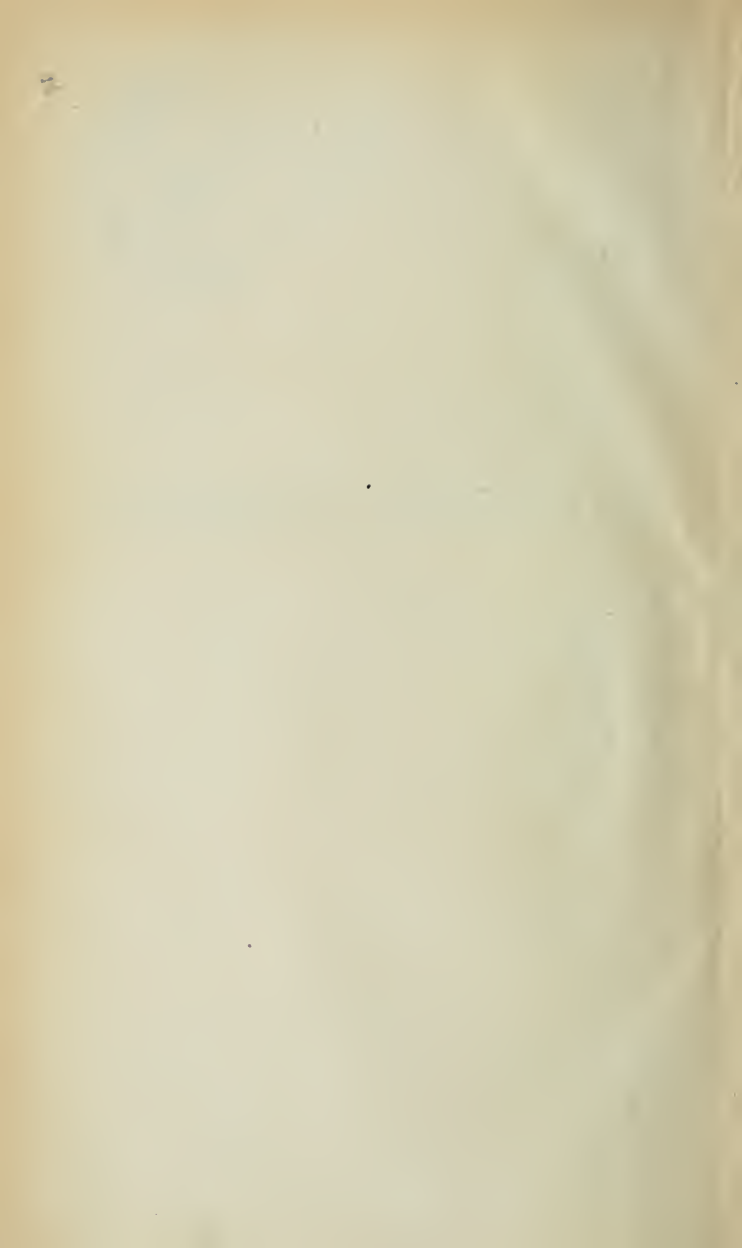


UNIV. OF
TORONTO
LIBRARY

Property of Canadian Committee
on Modern Languages
MICA BUCHANAN
1928
UNIVERSITY OF TORONTO

El Parnaso Argentino





P. 131p

El Parnaso Argentino

POESIAS SELECTAS

COLECCIONADAS

por

José León Pagano

ILUSTRADO CON 21 RETRATOS

NOVENA EDICION

227978
19:12:28

BARCELONA

CASA EDITORIAL MAUCCI

Gran medalla de oro en las Exposiciones de Viena de 1903, Madrid 1907, Budapest 1907, Londres 1913, París 1913, y gran premio en la de Buenos Aires 1910

Calle de Mallorca, núm. 166



~~~~~  
ES PROPIEDAD DE LA CASA EDITORIAL MAUCCI  
~~~~~

A Roberto Payró

J. L. P.



LA POESIA AMERICANA (1)

~~~~~

### A MANERA DE PROLOGO

Si hay cielos y climas propicios a la imaginación como los de Grecia e Italia, deben contarse entre ellos los del Nuevo Mundo, en donde sus primeros descubridores creyeron hallar el paraíso terrenal, y admiraron constelaciones desconocidas y esplendentes. No sólo el mundo material se agrandó con el hallazgo de América, sino que tomó creces con él la fuerza intelectual del hombre, a quien vemos desde fines del siglo xv, desplegar mayor inventiva y audacia. Colón, piloto y cosmógrafo, se transforma en poeta en presencia de las primitivas y fragantes florestas, y dirige a los Reyes Católicos aquellos bellísimos trozos de poesía descriptiva rebosando en profundo sentimiento de la naturaleza, que la historia nos ha dado a conocer con el humilde título de Cartas. Su vida misma es una odisea; así como las narraciones de las proezas de los conquistadores pueden considerarse como romanceros escritos con sus espadas tintas en sangre de indígenas.

Pero existen hechos más positivos para demostrar la influencia que nuestro continente ejerce sobre las facultades

---

(1) El renombre que en la República literaria americana deja el inolvidable Juan María Gutiérrez, su imparcialidad al tratar del estado, tendencias y valor de la poesía en el Nuevo Mundo y su conocimiento cabal de cuantos la han cultivado, nos inducen a colocar al frente y a manera de prólogo, el adjunto precioso estudio cuyos conceptos superan en valor a cuanto por nuestra cuenta pudiéramos decir.—(N. del R.)

de crear y de sentir. Los españoles no han notado esos hechos o intencionalmente los han dejado sin mención, siendo así que se manifiestan por sí mismos. ¿Cómo podrá negarse que la Musa épica de los castellanos es una amazona americana? En sus manifestaciones más robustas y bellas, es hija legítima y fruto propio de las regiones vírgenes en donde la luz, el aire, el agua, los vegetales, revelan misterios al pensamiento y a la expresión de quienes comprenden y oyen su lenguaje.

Convienen los mejores críticos en que los poemas sobresalientes del Parnaso de nuestros padres son tres: la *Araucana*, el *Bernardo* y la *Cristiada*. Pues bien, todos tres fueron escritos en América. El primero, por el noble batallador Ercilla; el segundo, por un obispo, maestro tanto o más que Ovidio y Petrarca en achaques del corazón, apellidado Balbuena; el tercero, por un santo varón que parece embriagado en el amor del Crucificado cual si hubiera bebido del vino hecho sangre de la última cena. En estas tres producciones resalta sin esfuerzo el sello impreso por el lugar en que fueron concebidas. Las octavas de Ercilla resuenan como clarines de guerra y pintan caracteres inquebrantables y hechos de bravura y patriotismo dignos de los hijos jamás domados de las selvas y breñas de Arauco. La impetuosa fantasía de Balbuena corre con extremada libertad en sus cantos y complicados episodios, a remedo del magnífico desorden con que la naturaleza sembró los bosques de ceibas y desató los tortuosos torrentes sobre el suelo de las Antillas. Y, bajo la apacible atmósfera de la ciudad de los reyes, ¿qué otras inspiraciones que las del amor y de la caridad pudieran despertarse en las sensibles entrañas del Padre Ojeda?

Antes que la civilización cristiana penetrara en América, era ya muy estimado en ella el talento poético.

Algunos príncipes mejicanos difundieron las máximas de la moral, lloraron su esplendor decaído y celebraron los primores de la naturaleza, bajo las formas de la poesía. El nombre *harabicus* con que se distinguían los vates durante el reinado de los incas peruanos, significaba, en lengua de los mismos, *inventor*, probando así que exigían de sus cantores el ejercicio de la más alta facultad del espíritu humano. La voz de los *harabicus*, según el testimonio de Garcilaso, se alzaba en los triunfos, en las grandes solemnidades del imperio, y sus poesías como la historia estaban destinadas a perpetuar el recuerdo de las hazañas y de los acontecimientos nacionales.

Mas no por eso estaba encerrada exclusivamente la poesía en aquellos emporios de civilización antigua. Las tri-



bus indómitas que inspiraron los cantos de Ercilla, tenían sus *Jempín*, nombre expresivo que significa: «dueño del decir» y que conviene perfectamente a los poetas de Arauco, estando a la opinión de uno de sus más afamados cronistas.

Quienes adoraron al astro del día como una de sus primeras divinidades, debieron experimentar el entusiasmo que distingue al poeta, ayudándose para expresarlo de las imágenes pintorescas propias de los idiomas primitivos. Por esa razón es que, según los viajeros en América y sus numerosos historiadores, casi no hay una tribu, ya moren en las llanuras o en las montañas, que no posea sus varones inspirados y su poesía más o menos rústica.

Cuando la lengua de Castilla se arraigó en la parte meridional de nuestro continente, sus hijos enriquecieron a la madre patria «no menos con los tesoros de su suelo que con sus aventajados talentos que fecundiza un sol ardiente y desarrolla una naturaleza grandiosa y magnífica» (1). Ellos cantaron en el habla de Mena y de León,

no con ruda zampoña,  
sino con lira grave (2).

Y muchas y muy lozanas hojas del *Laurel de Apolo*, dejó caer el monstruo de los ingenios españoles sobre sienes americanas.

Don Juan de Alarcón, guía del gran Corneille en sus más celebrados aciertos, y la virgen mejicana, de quienes extensamente nos hemos ocupado, no son los únicos nombres gloriosos del Parnaso americano en la época colonial. Oña, Castellanos, Aguirre, Delso, Olavide, son los precursores de Navarrete, que rivaliza con el autor de la *Noche serena* en elevación y candor; de Gorostiza, que logró colocarse a la par de Moratín, entre Martínez de la Rosa y el fecundo Bretón de los Herreros, y de otros muchos que como Lavardén, en el Río de la Plata, cultivan la literatura poética espontáneamente y casi sin estímulo.

Por entonces el sonido de las lirás americanas se perdía entre el grande concierto de las españolas: el hilo de agua, por decirlo así, se engolfaba sin dejar huella en el mar a cuyo alimento contribuía. Pero la revolución política que convirtió los virreinos en repúblicas, encordó con bronce

(1) Don Eugenio de Ochoa, «Tesoro del Teatro español», tomo V.

(2) Lope de Vega, «Laurel de Apolo», publicado por primera vez en 1630, hablando de un antiguo poeta chileno.

aquella lira. Y como la única ocupación de los brazos fué el manejo de la espada, y la victoria la exclusiva inspiratriz del ingenio, el carácter de la poesía, durante la lucha de la emancipación, fué puramente guerrero.

Entonces canta Fernández Madrid al *Padre de Colombia* y a los *Libertadores de Venezuela*; López entona su *Himno* imperecedero; Olmedo eterniza el nombre de *Junín* a par del suyo: y otros muchos entusiastas y nobles siguen el carro de la victoria hasta el término de su carrera.

De entonces hasta los días actuales, toma la poesía otra dirección en América.

Los poetas pudieron pensar en sí mismos e interesar con sus dolores o con sus dichas personales. Las flores, el cielo, la mujer, la naturaleza, la tradición histórica, los recuerdos, en fin, hijos del silencio, entraron como colorido en el pincel del poeta. Aquellos mismos que antes cantaron a los héroes, cantan a las *Rosas*, o vierten a la lengua materna las descripciones de Delille o los pensamientos de Pope. Pesado traduce a David y se inspira en los sagrados libros; Valera (infatigable atleta poético), traduce a Horacio, y muere con la Eneida en la mano, esforzándose por continuar la versión de este poema.

Todos nuestros escritores en verso han respetado religiosamente las conveniencias de la decencia y de la moralidad, y cada uno ha podido escribir al frente de sus producciones estas palabras de un vate de la antigüedad: «Sacerdote de las musas, canto para las almas inocentes y puras.» La trivialidad no tiene sonido en la lira americana. Sus notas son levantadas y nobles, como son grandiosos los objetos de la naturaleza que la inspira. El cinismo y las provocaciones a la risa, propias de las literaturas achacosas y artificiales, se buscarán en vano entre los buenos versos firmados por nuestros poetas.

Esta distinguida calidad puede explicarse por sus antecedentes personales, pues los más de ellos se educaron para el foro, se sentaron en las asambleas legislativas, representaron a sus gobiernos en países extranjeros, los presidieron a veces, y siempre pertenecieron al movimiento político o a la administración de sus respectivas repúblicas.

JUAN MARÍA GUTIÉRREZ

# Olegario V Andrade



Los vientos celebraban sus amores,  
besando al Oceano en la mejilla ;  
las aves se decían sus secretos,  
volando por la selva florecida ;  
la luz fecunda  
de eterna vida,  
inundaba los mundos virginales  
en ondas de celeste melodía.

. . . . .

*(Fragmento de una de sus poesías)*





## ANDRADE (Olegario V.)

---

### ATLÁNTIDA

CANTO AL PORVENIR DE LA RAZA LATINA EN AMÉRICA

*Wake.—HAMLET*

#### I

Cada vez que en la cumbre desolada  
de la ardua cordillera,  
y tras hondo angustioso paroxismo,  
como caliente lágrima postrera,  
brota de las entrañas del abismo  
misterioso raudal, germen naciente  
de turbio lago, caudaloso río,  
ronca cascada o bramador torrente,  
pardas nubes descienden a tejerle  
capriccioso y movable cortinaje,  
y abandonan los negros huracanes  
sus lóbregas cavernas  
para arrullar con cántico salvaje  
su sueño, y en señal de regocijo,  
sobre muros de nieves sempiternas,  
despliegan, combatientes del vacío,  
taciturnos guardianes  
del infinito páramo sombrío,  
sus flámulas de fuego los volcanes!

Raudales de la historia son las razas,  
raudales que en la cuna  
vela el misterio y con afán protijo  
la fábula, Nereida soñadora

que el verde juncos con la yedra aduma,  
 como la dulce madre que despliega  
 sobre la tersa frente de su hijo  
 teñida por los rayos de la aurora  
 su manto, de amor ciega,  
 envuelve con fantásticos cendales,  
 mientras se llena el mundo  
 de rumor de catástrofes! En tanto,  
 con las alas abiertas,  
 cruza la tierra el ángel del espanto  
 y agita sus antorchas funerales  
 el incendio iracundo  
 sobre la tumba de las razas muertas!

Allá en el fondo obscuro  
 del valle que a los pies del Apenino  
 se extiende como alfombra de esmeralda  
 ¡palenque misterioso del destino!,  
 do el Tiber serpentea  
 del manto Albano en la risueña falda,  
 vago rumor se siente...  
 ¡El rumor de una raza despertada  
 con el sello de Dios sobre la frente!  
 Y en el confín lejano  
 del mar, que muere en la desierta playa  
 del Asia envejecida,  
 con eterno lamento,  
 hondo clamor hasta los cielos sube,  
 que en son melroso, el viento  
 esparce por la tierra estremecida!

La raza que despierta  
 como enjambre irritado, en las sombrías  
 hondonadas del Lacio,  
 es la raza latina, destinada  
 a inaugurar la historia  
 y a abarcar el espacio  
 llevando por esclava a la victoria!  
 Y el clamor que resuena  
 de la alta noche en la quietud sagrada,  
 es el grito de Ilíon, que se desploma  
 como gigante estatua derribada,  
 astro que se hunde en tenebroso ocaso  
 cuando surge en Oriente el sol de Roma!

## II

Raudal que al descender a la llanura  
se torna en ancho río,  
aquella tribu obscura  
en turbulento pueblo convertida  
sintió dentro del seno  
la inquietud de la ola comprimida,  
el rumor interior, la voz del trueno  
que emplaza a las naciones  
a las gigantes luchas de la vida!  
Y se lanzó impaciente  
en pos de sus destinos inmortales,  
dando al viento los bélicos pendones,  
sinistros mensajeros del estrago,  
y encendiendo en el negro promontorio,  
para servir de faro a sus legiones,  
la colosal hoguera de Cartago!

Nada detuvo el vuelo soberano  
del águila latina.  
La tierra despertó como de un sueño  
al sentirla pasar. El Océano,  
generoso corcel que el cuello inclina  
cuando siente a su dueño,  
rugió de gozo y le rindió homenaje;  
todo lo holló con planta vencedora:  
la montaña y el páramo salvaje,  
las misteriosas selvas seculares  
en que al compás de místicas endechas  
afilaba el germano taciturno  
con siniestra ansiedad el haz de flechas,  
y las negras pirámides distantes,  
que a la luz del crepúsculo parecen  
abandonadas tiendas de campaña  
de una raza extinguida de gigantes!

Grecia le abrió los brazos, olvidada  
de su antiguo esplendor. La Iberia altiva,  
como severa reina destronada,  
dobló la frente ensangrentada al yugo,  
mas no su corazón—eterna hoguera  
en que la llama de Sagunto ardía—  
con rejizo fulgor—. La Galia fiera  
lanzó a los aires resonante grito,



y el escudo de bronce hirió tres veces  
sobre el dolmen maldito!  
Pero cayó expirante en la contienda  
para dormir el sueño del esclavo  
de César en la tienda!  
Y el Sárмата crüel, el Bretón bravo,  
el Escita ligero,  
el sombrío, feroz Escandinavo  
que en las brumas polares  
de otro mundo olfateaba el derrotero,  
fueron a prosternarse en sus altares!

¡Largo su imperio fué! Largo y fecundo.  
¡El hacha del Lictor estuvo siglos  
alzada sobre el mundo!  
Cantó su origen inmortal, Virgilio,  
sus desastres, Lucano,  
mientras brillaba en el lejano Oriente  
la luz primera del ideal cristiano!  
Y en brazos de los Césares dormía,  
al rumor de los sálicos de Horacio,  
enervada y tranquila,  
cuando sintió tronar en el espacio  
el rudo casco del corcel de Atila!

Despertó, ¡pero tarde! En vez del rayo  
que en sus manos un día  
viera la tierra atónita, llevaba  
el áureo tirso, y en la mustia frente  
la corona de yedra de la orgía!  
Corrió al foro llamando a sus legiones  
dispersas y distantes,  
y sólo contestaron los histriones  
mezclados al tropel de las Bacantes!  
Volvió al cielo los ojos, y en el fondo  
del cielo, en sangre tinto,  
creyó ver que cruzaban en silencio,  
como un augurio aciago,  
la sombra lastimera de Corinto  
y el fantasma lloroso de Cartago!

Era tarde en verdad. El sol de Roma,  
luz de la historia y esplendor del orbe,  
del Aventino tras la obscura loma  
y de la plebe trémula a los ojos  
para siempre se hundió... Rojo cometa  
del horizonte en la desierta cumbre



apareció tras él, vibrando enojos...  
Nubes del Septentrión, vientos del polo,  
sobre la tierra inquieta  
esparcieron sus ráfagas de horrores...  
Sólo quedó de pie, soberbio atleta  
vencido, no tumbado—destacando  
en las sombras el dorso giganteo,  
como el genio de Roma en rucha eterna,  
centinela de piedra—, el Coliseo!

### III

No perecen las razas porque caigan,  
sin honor o sin gloria.  
los pueblos que su espíritu alentaron  
en hora venturosa o maldecida.  
Las razas son los ríos de la historia,  
y eternamente fluye  
el raudal misterioso de su vida!  
El río que en otrora  
turbulento y audaz cruzó la tierra,  
ya por blandas y vírgenes llanuras  
o por yermos de arena abrasadora  
al soplo animador de la fortuna,  
de su cauce alejado  
fué a morir como lóbrega laguna  
inmóvil y callado!  
Pero el raudal ingente  
de la ánfora sagrada, la corriente  
inagotable y pura, despeñada  
por ignoto sendero,  
con rumor de torrente surgió un día  
en la tierra encantada  
del indómito Ibero,  
donde todo es amor, luz, armonía,  
el sol más bello, el aire más liviano,  
y siempre altivo desbordante y joven,  
palpita y siente el corazón humano!

Así como al salir de su desmayo  
la tierra estremecida  
del sol primaveral al primer rayo,  
parece que sintiera  
en el aire, en el monte, en la pradera,  
en ondas tibias circular la vida;  
España despertó con fuerza nueva,

y unidas en eterno maridaje  
 la pasada romana fortaleza  
 y la savia salvaje  
 del hijo del Pirene, diestro en lides,  
 engendraron la raza destinada  
 a suceder a la cesárea estirpe,  
 la raza soberana de los Cides!

¡Llenó el mundo su nombre! Las Naciones,  
 del monte Calpe hasta el peñón marino  
 en que vela el britano,  
 creyeron que se alzaba en lontananza  
 la sombra augusta del poder latino,  
 que de nuevo volvía  
 a ser el dueño del destino humano!  
 Y España, como Roma, poseída  
 de vago afán, de misterioso anhelo,  
 soñaba con batallas, cuando un día,  
 al tender la mirada por el cielo  
 desde las altas cumbres de Granada,  
 vió surgir en lejanos horizontes  
 la Visión de la América encantada!

¡Dos mundos sujetó bajo su imperio!  
 ¡Y dejó de su espíritu los rastros  
 en fecundas, espléndidas creaciones!  
 Como Ajax inmortal, retó a la tierra  
 y ansiosa de combates  
 fué a renovar en Africa prodigios  
 y hazañas de Escipiones.  
 Pero también se derrumbó impotente,  
 no del potro del Vándalo a las plantas  
 ni del cruel vencedor al ceño airado,  
 sino cuando cayó sobre su espíritu  
 la sombra enervadora del Papado!

#### IV

Mientras España duerme acurrucada  
 al pie de los altares,  
 calentando su espíritu aterido  
 en la hoguera infernal de Torquemada,  
 Francia recoge el cetro abandonado  
 de la historia y prepara  
 otra hoguera, a que arroja,  
 con ánimo esforzado  
 fragmentos de Bastillas,

instituciones viejas, privilegios,  
y de un vetusto tronco las astillas:  
hoguera a cuya lumbre soberana  
va a forjar, como fragua ciclopea,  
su eterno cetro la razón humana!

Cuando llega la hora  
de las grandes, fecundas convulsiones,  
la hora en que al compás de las borrascas  
se tumban o levantan las naciones,  
Dios envía a la tierra los gigantes  
del genio o de la espada,  
cual si necesitase de almas fuertes  
y músculos pujantes,  
para no perecer en la jornada.  
Así la Francia tuvo  
en las horas más grandes de la historia  
el genio de Voltaire para anunciarle  
el tremendo, supremo cataclismo,  
y el brazo poderoso  
de Napoleón, el genio de la gloria,  
para alzarla expirante del abismo!

La fuerza es en el mundo  
astro de inmensa curva, que a su paso  
deja como reguero de laureles,  
fulgor de incendios, resplandor de soles;  
pero astro que se pone en el ocaso  
tras nubes de rojizos arreboles.  
¡Brillante fué el imperio de la fuerza!,  
brillante pero efímero; la espada  
que sobre el mapa de la Europa absorta  
trazó fronteras, suprimió desiertos  
y que quizá de recibir cansada  
el homenaje de los reyes vivos,  
fué a demandar en el confín remoto  
el homenaje de los reyes muertos;  
la espada de Austerlitz, la vieja espada  
en los escombros de Moscou mellada,  
ya no describe círculos gigantes  
esparciendo el pavor de la derrota:  
cayó en los campos de Sedán sombríos,  
ensangrentada y rota!

## V

Anteos de la historia,  
 los pueblos que el espíritu y la sangre  
 llevan de aquella tribu aventurera  
 que encadenó a su carro la victoria,  
 ya los postre o abata—  
 la corrupción o la traición artera,  
 no mueren aunque caigan... Así Roma  
 en su tumba de mármol se endereza  
 y renace en Italia, como planta  
 que el polvo de los siglos fecundiza.  
 Así España sacude la cabeza  
 tras largas horas de sopor profundo,  
 y arroja los fragmentos :  
 de su pasada lápida mortuoria,  
 para anunciar al mundo  
 que no ha roto su pacto con la gloria!  
 Y Francia, la ancha herida  
 del pecho no cerrada,  
 en la sombra se agita cual si oyera  
 rumores de alborada!

## VI

¡Soberbio mar engendrador de mundos,  
 inquieto mar Atlante,  
 que ora manso, ora horrible, en giro eterno,  
 ya imitando el fragor de roncadas lides,  
 ya gritos de angustiadas multitudes  
 o gemidos de sombras lastimeras,  
 te vuelcas y saudes  
 en la estrecha prisión de tus riberas!  
 ¡Soberbio mar, de cuyo fondo—un día  
 la colosal cabeza levantaron,  
 coronada de liquen y espadañas,  
 al ronco son de tempestad bravía,  
 náufragos del abismo las montañas,  
 mientras al cielo en la extensión desierta  
 que eternas sombras por doquier velaban,  
 lanzaba el primer sol su rayo de oro,  
 inmensa flor de luz, recién-abierta,  
 sobre la cual en armonioso coro  
 enjambres de planetas revolaban!

Tú eres el mismo mar que alzaste un día  
bajo arcadas fantásticas de brumas,  
al vaivén de las olas adormido  
y envuelto dulcemente  
en pañales de espumas,  
jirones de la túnica de armiño  
de tus playas bravías,  
¡huérfano de la historia!, un mundo niño.  
¡Con cuánto amor velabas  
su cuna, y qué sombrías  
nieblas sobre su frente desplegabas  
para que el aire errante, el viento inquieto,  
y el astro vagabundo  
no fuesen a contarle tu secreto  
a la codicia insana de otro mundo!

¡Con qué ansiedad te alzabas,  
el labio mudo, palpitante el seno,  
a interrogar el horizonte obscuro  
de vagas sombras y rumores lleno;  
cuando el alba indecisa aparecía  
mensajera de Dios en el Oriente,  
trayéndote perfumes de los cielos  
para mojar tu frente!  
¡Y qué grito salvaje,  
mezcla de rabia y de pavor, lanzabas,  
retoreando los brazos,  
cuando una vela errante aparecía,  
y en la tarde traía,  
bramando el oleaje,  
de algún bajel deshecho los pedazos!

## VII

¡Siglos pasaron sobre el mundo, y siglos  
guardaron el secreto!  
Lo presintió Platón cuando sentado  
en las rocas de Engina contemplaba  
las sombras que en silencio descendían  
a posarse en las cumbres del Himeto;  
y el misterioso diálogo entablaba  
con las olas inquietas  
que a sus pies se arrastraban y gemían!  
Adivinó su nombre, hija postrera  
del tiempo, destinada  
a celebrar las bodas del futuro

en sus campos de eterna primavera,  
y la llamó la Atlántida soñada!

Pero Dios reservaba  
la empresa ruda al genio renaciente  
de la latina raza, domadora  
de pueblos, combatiente  
de las grandes batallas de la historia!  
Y cuando fué la hora,  
Colón apareció sobre la nave-  
del destino del mundo portadora:  
y la nave avanzó. Y el Oceano,  
huraño y turbulento,  
lanzó al eneuentro del bajel latino  
los negros aquilones,  
y a su frente rugiendo el torbellino  
jinete en el relámpago sangriento!  
Pero la nave fué, y el hondo arcano  
cayó roto en pedazos  
y despertó la Atlántida soñada  
de un pobre visionario entre los brazos!

¡Era lo que buscaba  
el genio inquieto de la vieja raza,  
debelador de tronos y coronas,  
era lo que soñaba!  
¡Ambito y luz en apartadas zonas!  
Hélo armado otra vez, no ya arrastrando  
el sangriento sudario del pasado.  
ni de negros recuerdos bajo el peso,  
sino en pos de grandiosas ilusiones,  
la libertad, la gloria y el progreso!

¡Nada le falta ya! Lleva en el seno  
el insondable afán del infinito,  
y el infinito por doquier le llama  
de las montañas con el hondo grito  
y de los mares con la voz de trueno!  
Tiene el altar que Roma  
quiso en vano construir con los escombros  
del templo egipcio y la pagoda indiana,  
altar en que profese eternamente  
un culto sólo la conciencia humana!  
Y el Andes, con sus grandes ciclopeas,  
con sus rojas antorchas de volcanes,  
será el altar de fulgurantes vetos



en que el himno inmortal de las ideas  
 la tierra entera elevará a los cielos!

# VIII

¡Campo inmenso a su afán! Allá dormidas  
 bajo el arco triunfal de mil colores  
 del trópico esplendente,  
 las Antillas levantan la cabeza  
 de la naciente luz a los albores,  
 como bandadas de aves fugitivas  
 que arrullaron al mar con sus extrañas  
 cancionces plañideras,  
 y que secan al sol las blancas alas  
 para emprender el vuelo a otras riberas!

¡Allá Méjico está! Sobre dos mares  
 alzada cual granítica atalaya,  
 parece que aun espía  
 la castellana flota que se acerca  
 del golfo azteca a la arenosa playa!  
 Y más allá Colombia adormecida  
 del Tequendama al retemblar profundo,  
 Colombia la opulenta  
 que parece llevar en las entrañas  
 la inagotable juventud del mundo!

¡Salve, zora feliz; región querida  
 del alno sol que tus encantos ceta,  
 inmenso hogar de animación y vida,  
 cuna del gran Bolívar! ¡Venezuela!  
 Todo en tu seno es grande:  
 los astros que te alumbran desde arriba  
 con eterno, sangriento centelleo,  
 el genio, el heroísmo,  
 volcán que hizo erupción con ronco estruendo  
 en la cumbre inmortal de San Mateo!

Tendida al pie del Ande,  
 viuda infeliz sobre entreabierta huesa,  
 yace la Roma de los Incas, rota  
 la vieja espada en la contienda grande,  
 la frente hundida en la tiniebla oscura;  
 ¡mas no ha muerto el Perú!, que la derrota  
 germen es en los pueblos varoniles  
 de redención futura;  
 y entonces cuando llegue

para su suelo la estación propicia  
 del trabajo que cura y regenera  
 y brille al fin el sol de la justicia  
 tras largos días de vergüenza y lloro,  
 el rojo manto que a su espalda flota  
 las mieses bordarán con flores de oro!

¡Bolivia!, la heredera del gigante  
 nacido al pie del Avila, su genio  
 inquieto y su valor constante  
 tiene para las luchas de la vida;  
 sueña en batallas hoy, pero no importa,  
 sueña también en anchos horizontes  
 en que en vez de cureñas y cañones  
 sienta rodar la audaz locomotora  
 cortando valles y escalando montes!  
 Y Chile el vencedor, fuerte en la guerra,  
 pero más fuerte en el trabajo, vuelve  
 a colgar en el techo  
 las vengadoras armas, convencido  
 de que es estéril siempre la victoria  
 de la fuerza brutal sobre el derecho!  
 El Uruguay que combatiendo entrega  
 su seno a las caricias del progreso,  
 el Brasil que recibe  
 del mar Atlante el estruendoso beso  
 y a quien sólo le falta  
 el ser más libre para ser más grande,  
 y la región bendita,  
 sublime desposada de la gloria,  
 que baña el Plata y que limita el Ande!

¡De pie para cantarla!, que es la patria,  
 la patria bendecida,  
 siempre en pos de sublimes ideales,  
 el pueblo joven que arrulló en la cuna  
 el rumor de los himnos inmortales,  
 y que hoy llama al festín de su opulencia  
 a cuantos rinden culto  
 a la sagrada libertad, hermana  
 del arte, del progreso y de la ciencia.  
 ¡La patria que ensanchó sus horizontes  
 rompiendo las barreras  
 que en otrora su espíritu aterraron,  
 y a cuyo paso en los nevados montes  
 del Génesis los ecos despertaron!  
 ¡La patria que olvidada



de la civil-querella, arrojó lejos  
el fratricida acero,  
y que lleva orgullosa  
la corona de espigas en la frente,  
menos pesada que el laurel guerrero!  
¡La patria! ¡En ella cabe  
cuanto de grande el pensamiento alcanza,  
en ella el sol de redención se enciende,  
ella al encuentro del furor avanza,  
y su mano, del Plata desbordante  
la inmensa copa a las naciones tiende!

## IX

¡Ambito inmenso, abierto  
de la latina raza al hondo anhelo!  
El mar, el mar gigante, la montaña  
en eterno coloquio con el cielo...,  
y más allá desierto!  
Acá ríos que corren desbordados,  
allí valles que ondean  
como ríos eternos de verdura,  
los bosques a los bosques enlazados,  
doquier la libertad, doquier la vida  
palpitando en el aire, en la pradera  
y en explosión magnífica encendida!

¡Atlántida encantada  
que Platón presintió!, promesa de oro  
del porvenir humano. Reservado  
a la raza fecunda,  
cuyo seno engendró para la historia  
los Césares del genio y de la espada,  
aquí va a realizar lo que no pudo  
del mundo antiguo en los escombros yertos.  
¡la más bella visión de las visiones!  
¡Al himno colosal de los desiertos,  
la eterna comunión de las naciones!

## EL NIDO DE CÓNDORES

## I

En la negra tiniebla se destaca,  
como un brazo extendido hacia el vacío  
para imponer silencio a sus rumores,  
un peñasco sombrío.

Blanca venda de nieve lo circunda;  
de nieve que gotea  
como la negra sangre de una herida  
abierta en la pelea.

¡Todo es silencio en torno! Hasta las nubes  
van pasando calladas,  
como tropas de espectros que dispersan  
las ráfagas heladas.

¡Todo es silencio en torno! ¡Pero hay algo  
en el peñasco mismo,  
que se mueve y palpita cual si fuera  
el corazón enfermo del abismo!

Es un nido de cóndores, colgado  
de su cuello gigante,  
que el viento de las cumbres balancea  
como un pendón flotante.

¡Es un nido de cóndores andinos,  
en cuyo negro seno,  
parece que fermentan las borascas,  
y que dormita el trueno!

Aquella negra masa se estremece  
con inquietud extraña:  
¡es que sueña con algo que lo agita,  
el viejo morador de la montaña!

¡No sueña con el valle, ni la sierra,  
de encantadoras galas;  
ni menos con la espuma del torrente  
que humedeció sus alas!

¡No sueña con el pico inaccesible  
que en la noche se inflama  
despeñando por riscos y quebradas  
sus témpanos de llama!

¡No sueña con la nube voladora  
que pasó en la mañana  
arrastrando en los campos del espacio  
su túnica de grana!

Muchas nubes pasaron a su vista,  
holló muchos volcánes,  
su plumaje mojaron y rizaron  
torrentes y huracanes!

Es algo más querido lo que causa  
su agitación extraña:  
¡un recuerdo que bulle en la cabeza  
del viejo morador de la montaña!

En la tarde anterior, cuando volvía,  
vencedor inclemente,  
trayendo los despojos palpitantes  
en la garra potente,

bajaban dos viajeros presurosos  
la rápida ladera:  
un niño y un anciano de alta talla  
y blanca cabellera.

Hablaban en voz alta, y el anciano  
con acento vibrante:  
«—¡Vendrá —exclamaba— el héroe predilecto  
de esta cumbre gigante!»

El cóndor, al oírlo, batió el vuelo;  
lanzó ronco graznido,  
y fué a posar el ala fatigada  
sobre el desierto nido.

Inquieto, tembloroso, como herido  
de fúnebre congoja,

pasó la noche y sorprendióle el alba  
con su pupila roja!

## II

Enjambre de recuerdos punzadores  
pasaban en tropel por su memoria,  
recuerdos de otro tiempo de esplendores,  
de otro tiempo de gloria,  
¡en que era breve espacio a su ardimiento  
la anchurosa región del vago viento!

Blanco el cuello y el ala reluciente,  
iba en pos de la niebla fugitiva,  
dando caza a las nubes en Oriente;  
¡o con mirada altiva  
en la garra pujante se apoyaba,  
cual se apoya un titán sobre su clama!

Una mañana — ¡inolvidable día! —,  
ya iba a soltar el vuelo soberano  
para surcar la inmensidad sombría  
y descender al llano,  
a celebrar con ansia convulsiva  
su sangriento festín de carne viva.

Cuando sintió un rumor nunca escuchado  
en las hondas gargantas de Occidente;  
el rumor del torrente desatado,  
¡la cólera rugiente  
del volcán que en horrible paroxismo  
se revuelca en el fondo del abismo!

Choque de armas y cánticos de guerra  
resonaron después. Relincho agudo  
lanzó el corcel de la argentina tierra  
desde el peñasco mudo;  
¡y vibraron los bélicos clarines  
del Ande gigantesco en los confines!

Grecida muchedumbre se agolpaba  
cual las ondas del mar en sus linderos;  
infantes y jinetes avanzaban,  
desnudos los aceros,  
y, atónita al sentirlos, la montaña  
¡bajó la frente, y desgarró su entraña!

¿Dónde van? ¿Dónde van? ¡Dios los empuja!  
 ¡Amor de patria y libertad los guía!  
 ¡Donde más fuerte la tormenta ruja,  
 donde la onda bravía  
 más ruda azote el piélago profundo,  
 van a morir, o a libertar un mundo!

## III

¡Pensativo a su frente, cual si fuera  
 en muda discusión con el destino,  
 iba el héroe inmortal que en la ribera  
 del gran río argentino,  
 al león hispano asió de la melena  
 y lo arrastró por la sangrienta arena!

El cóndor le miró, volvió del Ande  
 a la cresta más alta, repitiendo  
 con estridente grito: «—¡Este es el grande!»  
 Y San Martín oyendo,  
 cual si fuera el presagio de la historia,  
 dijo a su vez: «—¡Mirad! ¡Esa es mi gloria!»

## IV

Siempre batiendo el ala silbadora,  
 cabalgando en las nubes y en los vientos,  
 lo halló la noche y sorprendió la aurora;  
 ¡y a sus roncacos acentos,  
 tembló de espanto el español sereno  
 en los umbrales del hogar ajeno!

Un día... se detuvo. Había oído  
 el estridor de la feroz pelea;  
 viento de tempestad llevó a su nido  
 rugidos de marea;  
 ¡y descendió a la cumbre de una sierra,  
 la corva garra abierta, en son de guerra!

¡Porfiada era la lid...! Por las laderas  
 bajaban los bizarros batallones,  
 ¡y penachos, espadas y cimera,  
 cureñas y cañones,  
 como heridos de un vértigo tremendo  
 en la sima fatal iban cayendo!

¡Porfiada era la lid...! En la humareda  
la enseña de los libres ondeaba  
acariciada por la brisa leda  
que sus pliegues hinchaba:  
¡y al fin entre relámpagos de gloria,  
vino a alzarla en sus brazos la victoria!

Lanzó el cóndor un grito de alegría,  
grito inmenso de júbilo salvaje;  
¡y desplegando en la extensión vacía  
su vistoso plumaje,  
fué esparciendo por sierras y por llanos  
jirones de estandartes castellanos!

## V

¡Desde entonces, jinete del vacío,  
cabalgando en nublados huracanes,  
en la cumbre, en el páramo sombrío,  
tras hielos y volcanes,  
fué siguiendo los vívidos fulgores  
de la bandera azul de sus amores!

¡La vió al borde del mar, que se empinaba  
para verla pasar, y que en la lira  
de bronce de sus olas, entonaba,  
como un grito de ira,  
el himno con que rompe las cadenas  
de su cárcel de rocas y de arenas!

La vió en Maipú, en Junín, y hasta en aquella  
noche de maldición, noche de duelo,  
en que desapareció como una estrella  
tras las nubes del cielo;  
¡y al compás de sus lúgubres graznidos  
fué sembrando el espanto en los dormidos!

¡Siempre tras ella, siempre!, hasta que un día  
la luz de un nuevo sol alumbró al mundo:  
el sol de libertad, que aparecía  
tras nublado profundo,  
¡y envuelto en su magnífica vislumbre,  
tornó soberbio a la nativa cumbre!

## VI

¡Cuántos recuerdos despertó el viajero  
en el calvo señor de la montaña!  
Por eso se agitaba entre su nido  
con inquietud extraña;  
y al beso de la luz del sol naciente  
volvió otra vez a sacudir las alas  
y a perderse en las nubes del Oriente!

¿A dónde va? ¿Qué vértigo lo lleva?  
¿Qué engañosa ilusión nubla sus ojos?  
¡Va a esperar del Atlántico en la orilla  
los sagrados despojos  
de aquel gran vencedor de vencedores,  
a cuyo solo nombre se postraban  
tiranos y opresores!

¡Va a posarse en la cresta de una roca,  
batida por las ondas y los vientos,  
allá, donde se queja la ribera  
con amargo lamento,  
porque sintió pasar planta extranjera  
y no sintió tronar el escarmiento!

¡Y allá estará! Cuando la nave asome  
portadora del héroe y de la gloria,  
cuando el mar patagón alce a su paso  
los himnos de victoria,  
volverá a saludarle, como un día  
en la cumbre del Ande,  
para decir al mundo: «—¡Este es el grande!»







## BALCARCE (Florencio)

---

### LA PARTIDA

#### I

El Dios que la tierra y el cielo domina,  
que alienta la hormiga, y el cóndor y el león,  
me ordena que deje la playa argentina:  
¡Adiós, Buenos Aires! ¡Amigos, adiós!

Cual hoja que pende de rama marchita,  
que batén los vientos, las aguas y el sol,  
y trémula al soplo del aura se agita,  
su caída anunciando continuo temblor;

tal seca mi vida, de muerte el aliento;  
mi paso vacila, se arruga mi faz;  
y ya, desprenderme del árbol me siento,  
y entre hojas ¡ay! secas al suelo bajar.

Mas, viene en mis sueños el ángel luciente  
de dulce esperanza, mi amigo más fiel,  
su mano acaricia mi livida frente,  
sus labios me dicen palabras de miel:

«Allá tras los mares existe otro suelo,  
que oculta, me dice, tu antiguo verdor.»  
Su voz creo y sigo, pues viene del cielo;  
adiós, Buenos Aires; amigos, adiós.

## II

El ángel esparce destello divino,  
moviendo sus alas en aérea región;  
destello que alumbra del negro destino  
los hondos arcanos, la obscura mansión.

Allí me describe con vivos reflejos  
el mundo y los siglos que vienen en pos;  
¡oh Patria!, tu nombre reluce a lo lejos,  
y el sello celeste que Dios le imprimió.

Hermosos trofeos te sirven de asiento,  
y en tanto que ciñe la gloria tu sien,  
te den mis amigos la paz y el contento,  
con frentes ya calvas dictando la ley.

Y aquella corona que yace marchita  
con dos o tres hojas de tierno laurel,  
¿a quién pertenece que el mundo no habita?  
A alguno que el cielo... ¡La mía es tal vez!

Mas no, que el Destino mi muerte aun no ordena,  
no extinta del todo mi estrella quedó;  
su trémulo curso me arrastra hacia el Sena:  
adiós, Buenos Aires, amigos, adiós.

## III

En medio del mundo, yo, pobre extranjero,  
debajo de un cielo de bronce a mi mal,  
veré sólo en torno desdén altanero,  
en vez de caricias de amor maternal.

Pero odio y desdenes son precio mezquino,  
si el golpe de muerte consigo embotar,  
y, algunos instantes robando al destino,  
llevar mis ofrendas ¡oh, gloria!, a tu altar.

¡Entonces mil veces feliz me diría,  
si viese la lumbre del sol que me crió;  
si el agua bebiese del río que un día  
el pie de mi cuna bramando lamió!

De inicuos tiranos el ceño que espanta,  
la turba de impíos que erguidos están,  
son granos de polvo que el viento levanta:  
cesando los vientos al suelo caerán.

Entonces, ¡oh, Patria!, tu noble bandera  
flameando en las nubes con nuevo fulgor,  
hará que gozoso cantando yo muera:  
adiós, Buenos Aires, amigos, adiós.

#### IV

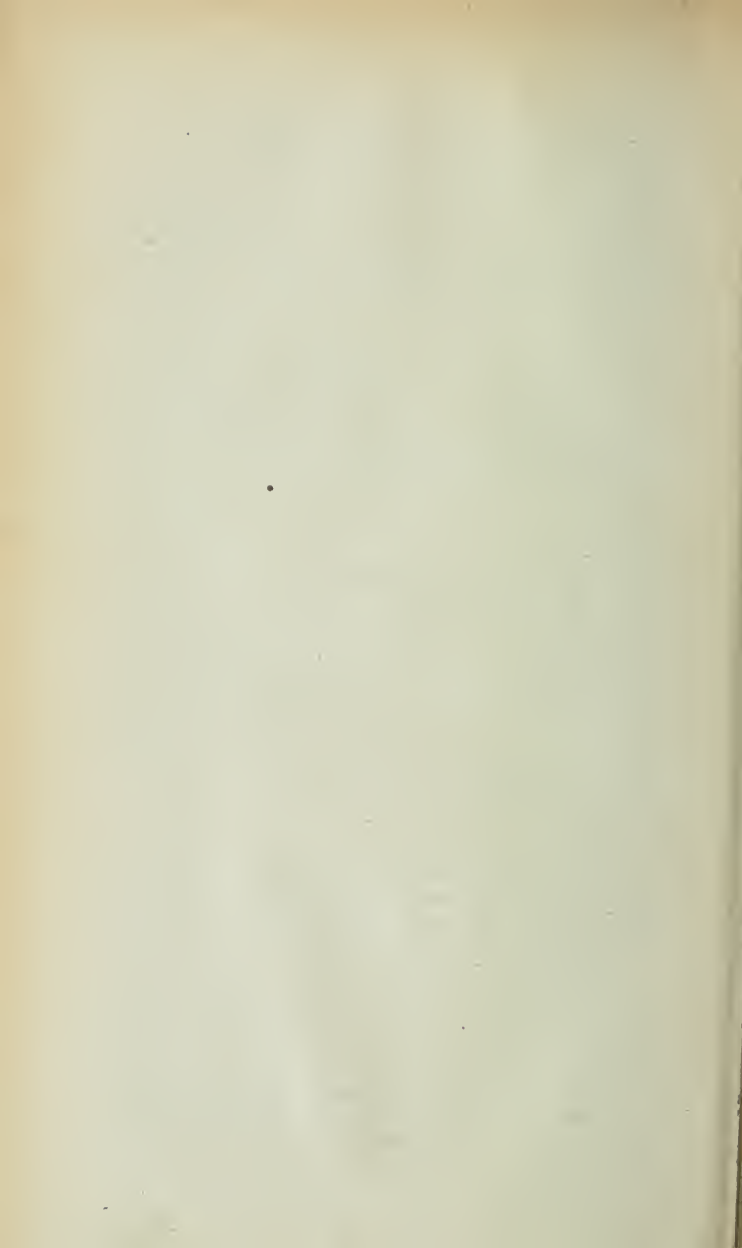
Pero, ¡ay! que a mis oídos el viento que zumba  
es voz que me llama a la otra mansión;  
do clavo los ojos descubro una tumba,  
y un eco de muerte responde a mi voz.

Mirando a la patria, su oprobio me humilla;  
sus hijos dormidos su afrenta no ven:  
reluce en sus cuellos sangrienta cuchilla  
y horrendas cadenas arrastran sus pies.

¡Oh, Patria!, si nada tu gloria me debe,  
jamás su destino del hombre pendió...  
Yo he sido una gota de agua que llueve  
perdida en la noche, que el polvo bebió.

Amigos, si os llama tal vez el acaso  
al suelo extranjero do voy a morir,  
por Dios, en mi tumba tened vuestro paso;  
no todos, no todos se olviden de mí.

¡Adiós, dulce sombra del techo paterno!  
¡Adiós, compañeros de infancia feliz!  
Amigos queridos, mi adiós es eterno...  
¡Adiós, Buenos Aires, mil veces y mill!





## **CAMPO (Estanislao del)**

---

### **MI ORACION A TODAS HORAS**

Señor mío Jesucristo,  
Díos y hombre verdadero,  
a quien, aunque nunca he visto,  
con fe profunda venero:

heme postrado de hinojos  
ante tu altar esplendente,  
alzando a Ti de mis ojos  
la mirada reverente;

humilde el suelo besando,  
dándome golpes de pecho,  
con cilicios macerando  
mis piernas de trecho en trecho;

cubierto de cardenales  
de faz ancha y purpurina,  
que me sacan los ramales  
de esta dura disciplina;

con el rostro macilento  
por causa de ayuno tanto,  
y entrecortado el acento  
por el más amargo llanto;

suplicándote, Señor,  
por la sangre que vertiste  
para ser el Redentor  
del mundo que redimiste;  
y rogándote, Señor,  
en fervorosa oración,

que siendo mi Criador,  
impidas mi destrucción.

Y pues misericordioso  
infinitamente eres,  
librame, Jesús piadoso,  
del *álbum* de las mujeres.

El álbum, Señor, es peste  
que no habrá quien la sofoque  
si desde el reino celeste  
no nos mandas a San Roque.

Librame, Señor, ya que eres  
la fuente de todo bien,  
del álbum de las mujeres,  
por siempre jamás, amén.

## LA CITA

Era de noche. Cándidas, flotantes,  
las nubes discurrían por los cielos,  
salpicados de estrellas, como velos  
bordados de topacios y diamantes.

Los rayos de la luna, fulgurantes,  
plateaban las lagunas y arroyuelos  
que entre pliegues de verdes terciopelos  
movían sus caudales murmurantes.

Crucé el jardín con paso cauteloso  
hollandó margaritas, que un quejido  
exhalaban, heridas en su tallo.

Distinguí su vestido vagaroso,  
me acerqué, me abrazó, lanzó un gemido...  
porque al besarla yo... le pisé un callo.

## FAUSTO

(POESÍA EN ESTILO GAUCHO)

*Al poeta Ricardo Gutiérrez*

### I

En un overo rosao,  
flete nuevo y parejito,  
caía al bajo, al trotecito,

y lindamente sentao,  
un paisano del Bragao,  
de apelativo *Laguna*:  
mozo jinetazo, ¡ahijuna!,  
como creo que no hay otro,  
capaz de llevar un potro  
a sofrenarlo en la luna.

¡Ah, criollo!, si parecía  
pegao en el animal,  
que aunque era medio bagual,  
a la rienda obedecía,  
de suerte, que se creería  
ser no sólo arrocinao,  
sino también del recaio  
de alguna moza pueblera.  
¡Ah, Cristo!, ¡quién lo tuviera...!  
¡Lindo el overo rosao!

Como que era escarciador,  
vivaracho y coscojero,  
le iba sonando al overo  
la plata que era un primor;  
pues eran plata el fiador,  
pretal, espuelas, virolas,  
y en las cabezadas solas  
traía el hombre un Potosí  
¡Qué...! Si traía, para mí,  
¡hasta de plata las bolas!

En fin: como iba a contar,  
Laguna al río llegó,  
contra una tosca se apió  
y empezó a desensillar.  
En esto dentró a orejiar  
y a resollar el overo,  
y fué que vió un sombrero  
que del viento se volaba  
de entre una ropa, que estaba  
más allá, contra un apero.

Dió güelta y dijo el paisano:  
«—¡Vaya, *Záfiro*!, ¿qué es eso?»  
Y le acarició el pescueso  
con la palma de la mano:  
un relincho soberano  
pegó el overo, que vía

a un paisano que salta  
del agua, en un colorao,  
que el mesmo overo rosao  
nada le desmerecía.

Cuando el flete relinchó,  
media güelta dió Laguna,  
y ya pegó el grilo:—¡Ahijuna!  
¿No es el Pollo?

—Pollo, no,  
ese tiempo se pasó  
(contestó el otro paisano),  
ya soy jaca vieja, hermano,  
con las púas como anzuelo,  
y a quien ya le niega el suelo  
hasta el más remoto grano.

Se apió el Pollo y se pegaron  
tal abrazo con Laguna,  
que sus dos almas en una  
acaso se misturaron;  
cuando se desenredaron,  
después de haber ligriméao.  
el overito rosao  
una oreja se rascaba,  
visto que la refregaba  
en la clin del colorao.

—Velay, tienda el cojinillo,  
don Laguna, sientesé,  
y un ratito aguardemé  
mientras mané el potrillo:  
vaya armando un cigarrillo,  
si es que el vicio no ha olvidao;  
ahí tiene contra el recaó,  
cuchillo, papél y un naco:  
yo siempre pico el tabaco  
por no pitarlo aventao.

—Vaya, amigo, le haré gasto...  
—¿No quiere maniar su overo?  
—Dejeló a mi parejero  
que es como mata de pasto.  
Ya una vez, cuando el abasto,  
mi cuñao se desmayó;  
a los tres días volvió  
del susto, y créame, amigo,



peligra lo que le digo:  
el flete ni se movió.

— ¡Bien haiga, gaucho embustero!  
¿Sabe que no me esperaba  
que soltase una *guayaba*  
de este tamaño, aparcero?  
Yo colijo que su overo  
está tan bien enseñao,  
que si en vez de desmayao  
el otro hubiera estao muerto,  
el fin del mundo, por cierto,  
me lo encuentra allí parao.

-- Vean como le buscó  
la güelta... ¡Bien haiga el Pollo!  
Siempre larga todo el rollo  
de su lazo...

— ¡Y cómo no!  
¿O se ha figurao que yo  
asina nomás las trago?  
¡Hágase cargo...!

— Ya me bago...  
Prioste el juego...

--- Tomeló.  
— Y ahora, pregunto yo:  
¿Qué anda haciendo en este pago?

— Hace como una semana  
que he bajao a la ciudá,  
pues tengo necesidá,  
de ver si cobro una lana;  
pero me andan con «mañana»,  
y «no hay plata», y «venga luego».  
Hoy nomás cuasi le pago  
en las aspas con la argolla  
a un gringo, que aunque es de embrolla,  
ya le he maliciáo el juego.

— Con el cuento de la guerra  
andan matreros los cobres.  
Vamos a morir de pobres  
los paisanos de esta tierra.  
Yo cuasi he ganao la sierra  
de puro desesperao...

— Yo me encuentro tan eortao,  
que a veces se me hace cierto,

que hasta ando jediendo a muerto...  
—Pues yo me hallo hasta *empeñado*.

—¡Vaya un lamentarse! ¡Ahijuna...!  
Y eso es de vicio, *aparcero*:  
a usté le ha hecho su ternero  
la *vaca* de la fortuna.  
Y no llóre, Don Laguna.  
No me lo castigue Dios:  
sinó comparemolós  
mis tientos con su chapiao,  
y así en limpio habrá quedao,  
el más pobre de los dos.

—¡Vean si es escarbador  
este Pollo! ¡Virgen mía!,  
si es pura chafalonía...  
Eso sí, siempre pintor.  
Se la gané a un jugador  
que vino a echarla de *güeno*:  
primero le gané el freno  
con riendas y cabezadas,  
y en otras tantas jugadas  
perdió el hombre hasta lo ajeno.

¿Y sabe lo que decía  
cuando se vía en la mala?  
«Ei que me ha pelao la chala,  
debe tener brujería.»  
A la cuenta se creería  
que el Diablo y yo...

—¡Callesé,  
amigo! ¿No sabe usté  
que la otra noche lo he visto  
al Demonio?

—¡Jesucristo...!  
—Hace bien, santigüesé.

—¡Pues no me he de santiguar!  
Con esas cosas no juego;  
pero no importa, le ruego  
que me dentre a relatar  
el cómo llegó a topar  
con *el malo*, ¡Virgen Santa!  
Sólo el pensarlo me espanta...  
—*Güeno*, le voy a contar,

pero antes voy a buscar  
con qué mojar la garganta.

El Pollo se levantó  
y se jué en su colorao,  
y en el overo rosao  
Laguna al agua dentró.  
Todo el baño que le dió,  
jué dentrada por salida,  
y a la tosca consabida  
don Laguna se volrió,  
ande a don Pollo lo halló  
con un fraseo de hebida.

—Larguesé al suelo, cuñao,  
y vaya haciéndose cargo,  
que puede ser más que largo,  
el cuento que le he ofertao:  
desmanee el colorao,  
desate su maniador,  
y en aneas, haga el favor  
de acollararlos...

—Al grito.

¿Es manso el coloradito?  
—¡Ese es un trebo de olor!

—Ya están acollaraditos...  
—Dele un beso a esa ginebra:  
yo le hice sonar de una hebra  
lo menos diez golgoritos.  
—Pero ésos son muy pòquitos  
para un criollo como usté,  
capaz de predersele  
a una pipa de lejía...  
—Hubo un tiempo en que solía...  
—Vaya, amigo, larguesé.

## II

—Como a eso de la oración,  
ahura cuatro o cinco noches,  
vide una fila de coches  
contra el tiatro de Colón.

La gente en el corredor,  
como hacienda amontonada,

pujaba desesperada  
por llegar al mostrador.

Allí a juerza de sudar,  
y a punta de hombro y de codo,  
hice, amigaso, de modo  
que al fin me pude arrimar.

Cuando compré mi entrada  
y di güetta... ¡Cristo mío!,  
estaba ~~pior~~ el gentío  
que una mar ahorrotada.

Era a causa de una vieja  
que le había dao el mal...  
—Y si es chico ese corral  
¿a qué encierran tanta oveja?

—Ahí verá: por fin, cuñao,  
a juerza de arrempujón,  
salí como mancarrón  
que lo sueltan trasijao.

Mis botas nuevas quedaron  
lo propio que picadillo,  
y el fleco del calzoncillo  
hilo a hilo me saeeron.

Y para colmo, cuñao,  
de toda esta desventura,  
el puñal, de la cintura,  
me lo habían refalao.

—Algún gringo como ~~haz~~  
para la uña, ha de haber sido.  
—¡Y no haberlo yo sentido!  
En fin, ya le hice la cruz.

Medio cansao y tristán  
por la pérdida, dentro,  
y una escalera trepé  
con ciento y un escalón.

Llegué a un alto finalmente,  
ande va la paisanada,  
que era la última camada  
en la estiva de la gente.

Ni bien me había sentao,  
rompió de golpe la banta,  
que detrás de una baranda  
la habían acomodao.

Y ya también se corrió  
un lienzo grande, de modo,  
que a dentrar con flete y todo  
me aventá, creameló.

Atrás de aquel cortinao  
un Dotor apareció,  
que asígún oi decir yo,  
era un tal *Fausto*, mentao.

—¿Dotor, dice? Coronel  
de la otra banda, amigaso;  
lo conozco a ese criollaso  
porque he servido con él.

—Yo también lo conocí,  
pero el pobre ya murió:  
¡bastantes veces montó  
un saíno que yo le di!

Dejelo al que está en el cielo,  
que es otro *Fausto* el que digo,  
pues bien puede haber, amigo,  
dos burros de un mismo pelo.

—No he visto gaueho más quiebra  
para retrucar, ¡ahijuna...!  
—Déjeme hacer, don Laguna,  
dos gárgaras de ginebra.

Pues como le iba diciendo,  
el Dotor apareció,  
y, en público, se quejó  
de que andaba padeciendo.

Dijo que nada podía  
con la eienacia que estudió:  
que él a una rubia quería,  
pero que a él la rubia no.

Que al mundo la *pastoriaba*  
dende el nacer de la aurora,

pues de noche y a toda hora  
siempre tras de ella lloraba.

Que de mañana a ordeñar  
salsa muy currutaca,  
que él le maniaba la vaca,  
pero pare de contar.

Que cansado de sufrir,  
y cansado de llorar,  
al fin seiba a envenenar  
porque esto no era vivir.

El hombre allí renegó,  
tiró contra el suelo el gorro,  
y por fin, en su socorro,  
al mismo Diablo llamó.

¡Nunca lo hubiera llamao!  
¡Viera sustaso, por Cristo!  
—Ahí mesmo, jediendo a misto,  
se apareció el condenao!

Hace bien; persinesé,  
que lo mesmito hice yo.  
—¿Y cómo no disparó?  
—Yo mesmo no sé por qué.

¡Viera al Diablo! Uñas de gato,  
flacón, un sable largote,  
gorro con pluma, capote  
y una barba de chivato.

Medias hasta la berija,  
con cada ojo como un charco,  
y cada ceja era un arco,  
para correr la sortija.

«—Aquí estoy a su mandao,  
cuente con un servidor»,  
le dijo el Diablo al Dotor,  
que estaba medio aonsao.

«Mi Dotor, no se me asuste,  
que yo lo vengo a servir:  
pida lo que ha de pedir  
y ordenemé en lo que guste.»

El Dotor medio asustao  
le contestó que se juese...

—Hizo bien: ¿no le parese?

—Seguramente, cuñado.

Pero el Diablo comensó  
a alegar gastos de viaje,  
y a medió darle coraje  
hasta que lo engatusó.

—¿No era un Dotor muy profundo?  
¿Cómo se dejó engañar?

—Mandinga es capaz de dar  
dies güeltas a medio mundo.

El Diablo volvió a decir:  
«Mi Dotor, no se me asuste:  
ordenemé en lo que guste,  
pida lo que ha de pedir.»

«Si quiere plata tendrá:  
mi bolsa siempre está llena,  
y más rico que Anchorena  
con decir *quiero*, será.»

«—No es por la plata que lloro,  
don Fausto le contestó:  
otra cosa quiero yo  
mil veces mejor que el oro.»

«—Yo todo lo puedo dar,  
retrucó el Rey del Infierno,  
diga: ¿Quiere ser Gobierno?  
Pues no tiene más que hablar.»

«—No quiero plata ni mando,  
dijo don Fausto, yo quiero  
el corazón todo entero  
de quien me tiene penando.»

No bien esto el Diablo oyó,  
soltó una risa tan fiera,  
que toda la noche entera  
en mis orejas sonó.

Dió en el suelo una patada,  
una paré-se partió,

y el Dotor, fúto miró  
a su prenda idolatrada.

— ¡Ganejo...! ¿Será verdá?  
¿Sabe que se me hace cuento?  
— No crea que yo le miento:  
lo ha visto media ciadá.

¡Ah, don Laguna!, ¡si viera  
qué rubia...! Creameló:  
creí que estaba viendo yo,  
alguna virgen de cera.

Vestido azul, medio alzaó,  
se apareció la muchachia:  
pelo de oro como hilacha  
de choclo recién cortao.

Blanca como una cuajada,  
y celeste la pollera;  
don Laguna, si aquello era  
mirar a la *Inmaculada*.

Era cada ojo un lucero,  
sus dientes perlas del mar,  
y un clavel al reventar  
era su boca, aparcero.

Ya enderezó como loco  
el Dotor cuando la vió,  
pero el Diablo lo atajó  
diciéndole: «— ¡Poco a poco!

Si quiere, hagamos un *pato*:  
usté su alma me ha de dar,  
y en todo lo he de ayudar:  
¿le parece bien el trato?»

Como el Dotor consintió,  
el Diablo sacó un papel  
y lo hizo firmar en él  
cuanto la gana le dió.

— ¡Dotor y hacer ese trato!  
— ¿Qué quiere hacerle, cuñao,  
si se topó ese abogao  
con la horma de su zapato?



Ha de saber que el Dotor  
era dentrao en edá,  
asina es que estaba ya  
*bichoco* para el amor.

Por eso al dir a entregar  
la contrata consabida,  
dijo: «—¿Habrà alguna bebida  
que me pueda remozar?»

Yo no sé qué brujería,  
mistó, mágica o polvito  
le echó el Diablo, y... ¡Dios bendito!  
¡Quién demonios lo creería!

¿Nunca ha visto usté a un gusano  
volverse una mariposa?  
Pues allí la mesma cosa  
le pasó al Dotor, paisano.

Canas, gorro y casacón  
de pronto se vaporaron,  
y en el Dotor ver dejaron  
a un donoso mocetón.

—¿Qué dice...? ¡Barbaridá!  
¡Cristo padre...! ¿Será cierto?  
—Mire: que me caiga muerto  
si no es la pura verdá.

El Diablo entonces mandó  
a la rubia que se juese,  
y que la paré se uniese,  
y la cortina cayó.

A fuerza de tanto hablar  
se me ha secæo el gargüero;  
pase el frasco, compañero...  
—¡Pues no se lo he de pasar!

### III

—Vea los pingos...  
—¡Ah, hijitos!  
Son dos fletes soberanos.

—¡Como si fueran hermanos  
bebiendo la agua-juntitos!

—¿Sabe que es linda la mar?  
—¡La viera de mañanita  
cuando agatas la puntita  
del sol-comienza a asomar!

Usté ve venir a esa hora  
roncando la marejada,  
y ve en la espuma encrespada  
los colores de la aurora.

A veces, con viento en la anca,  
y con la vela al solsito,  
se ve cruzar un barquito  
como una paloma blanca.

Otras, usté ve, patente,  
venir voyando un islote,  
y es que trai a un camalote  
cabrestiendo la corriente.

Y con un campo quebrao,  
bien se puede comparar,  
cuando el lomo empieza a hinchar  
el río medio alterao.

Las olas chicas, cansadas,  
a la playa agatas vienen,  
y allí en la mer se entretienen  
las arenitas-labradas.

Es lindo ver en los ratos  
en que la mar ha bajao,  
cair volando al displayao  
gaviotas, garzas y patos.

Y en las costas, es divino  
mirar las olas quebrarse,  
como al fin viene a estrellarse  
el hombre con su destino.

Yo no sé qué da el mirar  
cuando barrosa y bramando,  
sierras de agua viene alzando  
embravecida la mar.

Parece que el Dios del cielo,  
se mostrase retobao,  
al mirar tanto pecao  
como se ve en este suelo.

Y es cosa de bendecir,  
cuando el Señor la serena,  
sobre ancha cama de arena,  
obligándola a dormir.

Y es muy lindo ver nadando  
a flor de agua algún pescao:  
van, como plata, cuñao,  
las escamas relumbrando...

--¡Ah, Pollo! Ya comenzó  
a meniar taba: ¿y el caso?  
—Dice muy bien, amigaso:  
seguiré contandoló.

El lienzo otra vez alzaron  
y apareció un bodegón,  
ande se armó una reunión  
en que algunos se mamaron.

Un don Valentín, velay,  
se hallaba allí en la ocasión,  
capitán, muy guapetón,  
que iba a dir al Paraguay.

Era hermano, el ya nombrado,  
de la rubia, y conversaba  
con otro mozo que andaba  
viendo de hacerlo cuñao.

Don *Silverio*, o cosa así,  
se llamaba este individuo,  
que me pareció medio *ido*  
o zonzo cuando lo vi.

Don Valentín le pedía  
que a la rubia la sirviera  
en su ausencia...

—¡Pues zonzero!  
¡El otro qué más quería!

—El Capitán, con su vaso,  
a los presentes brindó,  
y en esto se apareció  
de nuevo el Diablo, amigaso.

Dijo que si lo almitían  
también echaría un trago,  
que era por no ser del pago  
que allí no lo conocían.

Dentrando en conversación,  
dijo el Diablo que era brujo:  
pidió un ajenco y lo trujo  
el mozo del bodegón.

«—No tomo bebida sola»,  
dijo el Diablo: se subió  
a un banco, y vi que le echó  
agua de una cuarterola.

Como un tiro de jussil  
entre la copa sonó,  
y a echar llamas comenzó  
como si fuera un candil.

Todo el mundo reculó;  
pero el Diablo, sin turbarse,  
les dijo: «—No hay que asustarse»,  
y la copa se empinó.

—¡Qué buche! ¡Dios soberano!  
—Por no parecer morao—  
el Capitán jué, cuñao,  
y le dió al Diablo la mano.

Satanás le registró  
los dedos con gran afán,  
y le dijo: «—Capitán,  
pronto muere, crealó.»

El Capitán, retobao,  
peló la lata, y Luzbel  
no quiso ser menos que él  
y peló un amejosao. —

Antes de cruzá el acero,  
el Diablo el suelo rayó.

¡Viera el fuego que salió...!  
— ¡Qué sable para yesquero!

— ¿Qué dice? ¡Había de oler  
el jedor que iba largando  
mientras estaba chispiando  
el sable de Lucifer!

No bien a tocarse van  
las hojas, creameló,  
la mitá al suelo cayó  
del sable del Capitán.

«— ¡Este es el Diablo en figura  
de hombre!», el Capitán gritó,  
y al grito le presentó  
la cruz de la empuñadura.

¡Viera al Diablo retorcerse  
como culebra, aparceró!  
— ¡Oíganlé...!

— Mordió el acero  
y comenzó a estremecerse.

Los otros se aprovecharon,  
y se apretaron el gorro:  
sin duda a pedir socorro  
o a «dar parte» dispararon.

En esto don Fausto entró,  
y conforme al Diablo vido,  
le dijo: «— ¿Qué ha sucedido?»  
Pero él se desentendió.

El Dotor volvió a clamar  
por su rubia, y Lucifer,  
valido de su poder,  
se la volvió a presentar;

pues que golpiando en el suelo,  
en un baile apareció,  
y don Fausto le pidió  
qué lo acompañase a un *cielo*.

No hubo forma que bailara:  
la rubia se encaprichó;

de balde el Dotor clamó  
porque no lo desairara.

Cansao ya de redetirse,  
le contó al Demonio el caso;  
pero él le dijo: «—Amigaso,  
no tiene por qué afligirse.

Si en el baile no ha alcanzao  
el poderla arrocinar,  
deje: le hemos de buscar  
la güelta por otro lao.

Y mañana, a más tardar,  
gozará de sus amores,  
que a otras, mil veces mejores,  
las he visto cabrestiar.»

«¡Balsa general!», gritó  
el bastonero mamao;  
pero en esto el cortinao  
por segunda vez cayó.

Armemos un cigarrillo  
si le parece...

—¡Pues no!

—Tome el naco, piqueló,  
usté tiene mi cuchillo.

#### IV

Ya se me quiere cansar  
el flete de mi relato...

—Priéndale guasca otro rato:  
recién comienza a sudar.

—No se apure: aguardesé.  
¿Cómo anda el frasco?

—Tuavía

hay con qué hacer mediodía:  
ahí lo tiene, priendalé.

—¿Sabe que este giñebrón  
no es para beberlo solo?  
Si alvierto traigo un chicholo  
o un cacho de salchichón.

—Vaya, no le ande aflojando,  
déle trago y domeló,  
que a raíz de las carnes yo  
me lo estoy acomodando.

—¿Que tuavía no ha almorzao?  
—Ando en ayunas, don Pollo;  
porque, ¿a qué contar un bollo  
y un cimarrón aguachao?

Tenía hecha la intención  
de ir a la fonda de un gringo  
después de bañar el pingo...  
—Pues vámonos del tirón.

—Aunque ando medio delgao,  
don Pollo, no le permito  
que me merme ni un chiquito  
del cuento que ha comenzao.

—Pues, entonces, allá va:  
Otra vez el lienzo alzarón  
y hasta mis ojos dudaron  
lo que vi... ¡barbaridá!

¡Qué quinta! ¡Virgen bendita!  
¡Viera, amigaso, el jardín!  
Allí se vía el jazmín,  
el clavel, la margarita,

el toronjil, la retama,  
y hasta estatuas, compañero;  
al lao de ésa, era un chiquero  
la quinta de don Lezama,

Entre tanta maravilla  
que allí había, y medio a un lao,  
habían edificao  
una preciosa casilla.

Allí la rubia vivía  
entre las flores como ella,  
allí brillaba esa estrella  
que el pobre Dotor seguía.

Y digo «pobre Dotor»,  
porque pienso, don Laguna,

que no hay desgracia—ninguna  
como un desdichao amor.

--Puede ser; pero, amigaso,  
yo en las cuartas no me enriedo,  
y en un lance en que no puedo,  
hago de mi alma un cedazo.

Por hembras yo no me pierdo:  
la que me empaca su amor,  
pasa por el cernidor  
y... «si te vi, no me acuerdo».

Lo demás es calentarse...  
el mate al divino ñudo.  
—¡Feliz quien tenga ese escudo  
con que poder rejuardarse!

Pero usted habla, don Laguna,  
como un hombre que ha vivido  
sin haber nunca querido  
con alma y vida ninguna.

Cuando un verdadero amor—  
se estrella en un alma ingrata,  
más vale el fierro que mata  
que el fuego devorador.

Siempre ese amor lo persigue  
adondequiera que va:  
es una fatalidad  
que a todas partes la sigue.

Si usted en su rancho se queda,  
o si sale para un viaje,  
es de balde: no hay paraje  
ande olvidarla usted pueda.

Cuando duerme todo el mundo,  
usted, sobre su recaó,  
se da güelta, desvelao,  
pensando en su amor profundo.

Y si el viento hace sonar  
su pobre techo de paja,  
cree usted que es ella que baja  
sus lágrimas a secar.



Y si en alguna lomada  
tiene que dormir al raso,  
pensando en ella, amigaso,  
lo hallará la madrugada.

Allí, acostao sobre abrojos  
o entre cardos, don Laguna,  
verá su cara en la luna  
y en las estrellas sus ojos.

¿Qué habrá que no le recuerde  
al bien de su alma, querido,  
si hasta cree ver su vestido  
en la nube que se pierde?

Si enfrente de esa deidá-  
en alguna parte se halla,  
es otra nueva batalla  
que el pobre corazón da.

Si con la luz de sus ojos  
le alumbra la triste frente,  
usté, don Laguna, siente  
el corazón entre abrojos.

Su sangre comienza a alzarse  
a la cabeza en tropel,  
y cree que quiera esa cruel  
en su amargura gozarse.

Y si la ingrata le niega  
esa ligera mirada,  
queda su alma abandonada  
entre el dolor que la aniega.

Y usté, firme en su pasión..  
Y van los tiempos pasando,  
un hondo surco dejando  
en su infeliz corazón.

—Güeno, amigo: así será,  
pero me ha sentao el cuento...  
—¡Qué quiere!, es un sentimiento...  
Tiene razón, allá va:

Pues, señor, con gran misterio,  
traíndo en la mano una cinta,

se apareció entre la quinta,  
el zonzo de don Silverio.

Sin duda alguna saltó  
por la zanja de la güerta,  
pues esa noche su puerta  
la misma rubia cerró.

Rastriándolo se vinieron  
el Demonio y el Dotor,  
y tras del árbol mayor  
a aguaitarlo se escondieron.

Con las flores de la güerta  
y la cinta, un ramo armó  
don Silverio, y lo dejó  
sobre el umbral de la puerta.

—¡Que no caírle una centella!  
—¿A quién? ¿Al zonzo?  
—¡Pues digo...!  
¡Venir a osequiarla, amigo,  
con las mismas flores de ella!

—Ni bien acomodó el gaucho,  
ya rumbió...  
—¡Miren qué hazaña!  
Eso es ser más que lagaña  
y hasta da rabia, ¡caracho!

—El Diablo entonces salió  
con el Dotor, y le dijo:  
«—Esta vez priende de fijo  
la vacuna, crealó.»

Y el capote haciendo a un lao,  
desenvainó allí un baulito,  
y jué y lo puso juntito,  
al ramo del abombao.

—No me hable de ese mulita:  
¡qué apunte para una banca!  
¿A que era mágica blanca  
lo que trujo en la cajita?

—Era algo más eficaz  
para las hembras, cuñao;

verá si las ha calao  
de lo lindo Satanás.

Tras del árbol se escondieron  
no bien cargaron la mina,  
y más que nunca, divina,  
venir a la rubia vieron.

La pobre, sin alvertir,  
en un banco se sentó,  
un par de medias sacó  
y las comenzó a surcir.

Cinco minutos, por junto,  
en las medias trabajó;  
por lo que carculo yo  
que tendría sólo un punto;

dentró a espulgar un rosal,  
por la hormiga consumido,  
y entonces jué cuando vido  
caja y ramo en el umbral.

Al ramo no le hizo caso,  
enderezó a la cajita,  
y sacó... ¡Virgen bendita...!  
¡Viera qué cosa, amigaso!

¡Qué anillo! ¡Qué prendedor!  
¡Qué rosetas soberanas!  
¡Qué collar! ¡Qué carabanas!  
—¡Vea al Diablo tentador!

—¿No le dije, don Laguna?  
La rubia allí se colgó  
las prendas, y apareció  
más platiada que la luna.

En la caja, Lucifer  
había puesto un espejo...  
—¿Sabe que el Diablo, canejo,  
la conoce a la mujer?

—Cuando la rubia gustaba  
tanto mirarse a la luna,  
se apareció, don Laguna,  
la vieja que la cuidaba.

¡Viera la cara, cuñado,  
de la vieja, al ver brillar  
como reliquias de altar  
las prendas del condenao!

«—¿Diánde este lujo sácás?»,  
la vieja, fula, decía;  
cuando gritó: «—¡Avemaría!»,  
en la puerta, Satanás.

«—¡Sin pecao! ¡Dentre, señor!»  
«—¿No hay perros?» «—¡Ya los ataron!»  
Y ya también se colaron  
el Demonio y el Dotor.

El Diablo allí comenzó  
a enamorar a la vieja,  
y el Dotorcito a la oreja  
de la rubia se pegó.

—¡Vea al Diablo haciendo gancho!  
—El caso jué que logró  
reducirla y la llevó  
a que le mostrase un chanco

—¿Por supuesto, el Dotorcito  
se quedó allí mano a mano?  
—Dejuro, y ya verá, hermano,  
la liendre que era el mocito.

Corcobió la rubiecita,  
pero al fin se sosegó,  
cuando el Dotor le contó  
que él era el de la cajita.

Asigún lo que presumo,  
la rubia aflojaba laso,  
porque el Dotor, amigaso,  
se le quería ir al humo.

La rubia lo malició  
y por entre las macetas,  
le hizo unas cuantas gambetas  
y la casilla ganó.

El Diablo tras de un rosál,  
sin la vieja apareció...

—¡A la cuenta la largó  
jediendo entre algún maizal!

—La rubia en vez de acostarse,  
se lo pasó en la ventana,  
y allí aguardó la mañana  
sin pensar en desnudarse.

Ya la luna se escondía,  
y el lucero se apagaba,  
y ya también comenzaba  
a venir clariando el día.

¿No ha visto usted de un yesquero  
loca una chispa salir,  
como dos varas seguir  
y allí perderse, aparcero?

Pues de ese modo, cuñado,  
caminaban las estrellas  
a morir, sin quedar de ellas  
ni un triste rastro borrao.

De los campos el aliento  
como sahumerio venía,  
y alegre ya se ponía  
el ganao en movimiento.

En los verdes arbolitos,  
gotas de cristal brillaban,  
y al suelo se descolgaban  
cantando los pajaritos.

Y era, amigaso, un contento  
ver los junquillos doblarse,  
y los claveles cimbrarse  
al soplo del manso viento.

Y al tiempo de reventar  
el botón de alguna rosa  
venir una mariposa  
y comenzarlo a chupar.

Y si se pudiera el cielo  
con un pingo comparar,  
también podría afirmar  
que estaba mudando pelo.

—¡No sea bárbaro, canejol!  
 ¡Qué comparancia tan fieral!  
 —No hay tal: pues de saino que era  
 se iba poniendo azulejo.

¿Cuando ha dao un madrugón  
 no ha visto usté, embelesao,  
 ponerse blanco azulao  
 el más negro ñubarrón?

—Dice bien, pero su caso  
 se ha hecho medio empacador...  
 —Ahura viene lo mejor;  
 pare la oreja, amigaso.

El Diablo dentró a retar  
 al Dotor, y entre el responso,  
 le dijo: «—¿Sabe que es sonso?  
 ¿Pa qué la dejó escapar?»

«Ahí la tiene en la ventana.  
 Por suerte, no tiene reja;  
 y antes que venga la vieja,  
 aproveche la mañana.»

Don Fausto ya atropelló  
 diciendo: «—¡Basta de ardiles!»  
 La cazó de los cuadriles  
 y, ella... también lo abrazó.

—¡Oiganlé a la dura!

—En esto...

bajaron el cortinao:  
 alcance el frasco, cuñao.  
 —Agatas le queda un resto.

## V

—Al rato el lienzo subió  
 y deshecha y lagrimiendo,  
 contra una máquina hilando,  
 la rubia se apareció.

La pobre dentró a quejarse  
 tan amargamente allí,

que yo a mis ojos senti  
dos lágrimas asomarse.

— ¡Qué vergüenza!

— Puede ser;  
pero, amigaso, confiese  
que a usté tamién le enternese  
el llanto de una mujer.

Cuando a usté un hombre le ofiende,  
ya sin mirar para atrás,  
pela el flamenco, y... ¡sas! ¡tras!,  
dos puñaladas le priende.

Y cuando la autoridad  
la *partida* le ha soltao,  
usté en su overo rosao  
bebiendo los vientos va.

Nadie de usté se despega  
porque se haiga desgraciao,  
y es muy bien agasajao  
en cualquier rancho a que llega.

Si es hombre trabajador,  
ande quiera gana el pan:  
para eso con usté van  
bolas, lazo y maniador.

Pasa el tiempo, vuelve al pago,  
y cuanto más larga ha sido  
su ausencia, usté es recibido  
con más gusto y más halago.

Engaña usté a una infeliz,  
y para mayor vergüenza,  
va y le cerdea la trenza  
antes de hacerse perdiz.

La ata, si le da la gana,  
en la cola de su overo,  
y le muestra al mundo entero  
la trenza de ña Juliana.

Si ella tuviese un hermano,  
y en su rancho miserable

hubiera colgao un sable,  
juera otra cosa, paisano.

Pero sola y despreciada  
en el mundo, ¿qué ha de hacer?  
¿A quién la cara volver?  
¿Ande llevar la pisada?

Soltar al aire su queja  
será su solo consuelo,  
y empapar con llanto el pelo  
del hijo que usté le deja.

Pues ese dolor profundo  
a la rubia la secaba,  
y por eso se quejaba  
delante de todo el mundo.

Ahura, confiese, cuñao,  
que el corazón más calludo,  
y el gaucho más entrañado,  
allí habríja lagrimiao.

—¿Sabe que me ha sacudido  
de lo lindo el corazón?  
Vea, si no, el lagrimón  
que al oírle se me ha salido...

—¡Oiganlé...!

—Me ha redotao:  
no guarde rencor, amigo...  
—Si es en broma que le digo...  
—Siga su cuento, cuñao.

—La rubia se arrebozó  
con un pañuelo senisa,  
diciendo que se iba a misa,  
y puerta ajuera salió.

Y crea usté lo que guste,  
porque es cosa de dudar...  
¡Quién había de esperar  
tan grande desbarajuste!

Todo el mundo estaba ajeno  
de lo que allí iba a pasar,



cuando el Diablo hizo sonar  
como un pito de sereno.

Una iglesia apareció  
en menos que canta un gallo...  
— ¡Vea si entra a caballo!  
— Me larga, creameló.

Creo que estaban alzando  
en una misa cantada,  
cuando aquella desgraciada  
llegó a la puerta llorando.

Allí la pobre cayó  
de rodillas sobre el suelo,  
alzó los ojos al cielo,  
y cuatro credos rezó.

Nunca he sentido más pena  
que al mirar a esa mujer.  
Amigo, aquello era ver  
a la misma «Magdalena».

De aquella rubia rosada,  
ni rastro había quedao;  
era un clavel marchitao,  
una rosa deshojada.

Su frente, que antes brilló  
tranquila como la luna,  
era un cristal, don Laguna,  
que la desgracia enturbió.

Ya de sus ojos hundidos  
las lágrimas se secaban  
y entre temblando rezaban  
sus labios descoloridos.

Pero el Diablo la uña afila,  
cuando está desocupao,  
y allí estaba el condenao  
a una vara de la pila.

La rubia quiso dentrar,  
pero el Diablo la atajó,

y tales cosas le habló  
que la obligó a disparar.

Cuasi le da el accidente  
cuando a su casa llegaba:  
la suerte que le quedaba  
en la vereda de enfrente.

Al rato el Diablo dentró  
con don Fausto muy del brazo,  
y una guitarra, amigaso,  
ahí mesmo desenvainó.

—¿Qué me dice, amigo Pollo?  
—Como lo oye, compañero;  
el Diablo es tan guitarrero  
como el paisano más criollo.

El sol ya se iba poniendo,  
la claridá se ahuyentaba,  
y la noche se acercaba,  
su negro poncho tendiendo.

Ya las estrellas brillantes  
una por una salían,  
y los montes parecían  
batallones de gigantes.

Ya las ovejas balaban  
en el corral prisioneras,  
y ya las aves caseras  
sobre el alero ganaban.

El toque de la oración,  
triste los aires rompía,  
y entre sombras se movía  
el crespo sauce llorón.

Ya sobre el agua estancada  
de silenciosa laguna,  
al asomarse, la luna  
se miraba retratada.

Y haciendo un extraño ruido,  
en las hojas tropezaban  
los pájaros que volaban  
a guarecerse en su nido.

Ya del sereno brillando  
la hoja de la higuera estaba,  
y la lechuza pasaba  
de trecho en trecho chillando.

La pobre rubia, sin duda,  
en llanto se deshacía,  
y rezando, a Dios pedía  
que le prestase su ayuda.

Yo presumo que el Dotor,  
hostigao por Satanás,  
quería otras hojas más  
de la desdichada flor.

A la ventana se arrima  
y le dice el condenao:  
«—Dele no más, sin cuidao,  
aunque reviente la prima.»

El Diablo agatas tocó  
las clavijas, y al momento  
como un arpa el estrumento  
de tan bien templao sonó.

—Tal vez lo traiba templao  
por echarla de baqueano...  
—Todo puede ser, hermano,  
pero, ¡oyese al condenao!

Al principio se florío  
con un lindo bordoneo,  
y en ancas de aquel floreo  
una décima cantó.

No bien llegaba al final  
de su canto, el condenao,  
cuando el Capitán, armao,  
se apareció en el umbral.

—Pues yo en campaña lo hacía...  
—Daba la casualidá  
que llegaba a la ciudá  
en comisión, ese día.

—Por supuesto, hubo fandango...  
—La lata ahí no más peló,

y al infierno le aventó  
de un cintarazo el changango.

—¡Lindo el mozo!

—¡Pobrecito!

—¿Lo mataron?

—Ya verá:

peló un corvo el Dotorcito,  
y el Diablo... ¡barbaridá!

Desenvainó una espadita  
como un viento, lo embasó,  
y allí no más ya cayó  
el pobre...

—¡Anima bendita...!

—A la trifulca y al ruido  
en montón la gente vino...

—¿Y el Dotor y el asesino?

—Se habían escabullido.

La rubia también bajó;  
y viera aflicción, paisano,  
cuando el cuerpo del hermano  
bañao en sangre miró.

Agatas medio alcanzaron  
a darse una despedida,  
porque en el cielo, sin vida,  
sus dos ojos se clavarón.

Bajaron el cortinao,  
de lo que yo me alegré...

—Tome el frasco, priendalé,,,

—Sirvasé no más, cuñao.

## VI

—¡Pobre rubia! Vea usted  
cuánto ha venido a sufrir:

se le podía decir:

¡Quién te vido y quién te vel!

—Ansí es el mundo, amigaso:  
nada dura, don Laguna,  
hoy nos ríe la fortuna,  
mañana nos da un guascazo.

Las hembras, en mi opinión,  
train un destino más fiero,  
y si quiere, compañero,  
le haré una comparación.

Nace una flor en el suelo,  
una delicia es cada hoja  
y hasta el rocío la moja  
como un bautismo del cielo.

Allí está ufana la flor,  
linda, fresca y olorosa:  
a ella va la mariposa,  
a ella vuela el picaflor.

Hasta el viento pasajero  
se prenda al verla tan bella,  
y no pasa por sobre ella  
sin darle un beso primero.

¡Lástima causa esa flor  
al verla tan consentida!  
Cree que es tan larga su vida  
como fragante su olor.

Nunca vió el rayo que raja  
a la renegrida nube,  
ni ve el gusano que sube,  
ni el fuego del sol que baja.

Ningún temor en el seno  
de la pobrecita, cabe,  
pue que se hamaca, no sabe,  
entre el fuego y el veneno.

Sus tiernas hojas despliega  
sin la menor desconfianza  
y el gusano ya la alcanza...  
Y el sol de las doce llega...

Se ve el sol abrasador,  
pasa a otra planta el gusano,  
y la tarde... encuentra, hermano,  
el cadáver de la flor.

Piense en la rubia, cuñado,  
cuando entre flores vivía,

y diga si presumía  
destino tan desgraciao.

Usté que es alcanzador  
afijesé en su memoria,  
y diga: ¿es igual la historia  
de la rubia y de la flor?

—Se me hace tan parecida  
que ya más no puede ser.  
—Y hay más: le falta que ver  
a la rubia en la crujida.

—¿Qué me cuenta? ¡Desdichada!  
—Por última vez se alzó  
el lienzo, y apareció  
en la cárcel encerrada.

—¿Sabe que yo no celiço  
el por qué de la prisión?  
—Tanto penar, la razón  
se le jué, y mató al hijo.

Ya la habían sentenciao  
a muerte, a la pobrecita,  
y en una negra camita  
dormía un sueño alterao.

Ya redoblaba el tambor  
y el cuadro ajuera formaban,  
cuando al calabozo entraban  
el Demonio y el Doctor.

—¡Veanló al Diab'lo si larga  
sus presas así no más!  
¿A que anduvo Satanás  
hasta oír sonar la descarga?

—Esta vez se le chingó  
el cuete, y ya lo verá.  
—Priendalé al cuento, que ya  
no lo vuelvo a atajar yo.

—Al dentrar hicieron ruido,  
creo que con los cerrojos;  
abrió la rubia los ojos  
y allí contra ella los vido.

La infeliz, ya trastornada  
a causa de tanta herida,  
se encontraba en la crujida  
sin darse cuenta de nada.

Al ver venir al Dotor  
ya comenzó a disvariar,  
y hasta le quiso cantar  
unas décimas de amor.

La pobrecita soñaba  
con sus antiguos amores,  
y creía mirar sus flores  
en los fierros que miraba.

Ella creía que como antes,  
al dir a regar su güerta,  
se encontraría en la puerta  
una caja de diamantes;

sin ver que en su situación,  
la caja que la esperaba  
era la que redoblaba  
antes de la ejecución.

De repente se fijó  
en la cara de Luzbel:  
sin duda «al malo» vió en él,  
porque allí muerta cayó.

Don Fausto, al ver tal desgracia,  
de rodillas cayó al suelo  
y dentró a pedirle al cielo  
la recibiese en su gracia.

Allí el hombre arrepentido  
de tanto mal que había hecho,  
se daba golpes de pecho  
y lagrimiaba afligido.

En dos pedazos se abrió  
la paré de la crujida,  
y no es cosa de esta vida  
lo que allí se apareció.

Y no crea que es historia:  
yo vi entre una nubecita

la alma de la rubiecita,  
que se subía a la gloria.

San Miguel, en ocasión,  
vino entre nubes bajando,  
con su escudo revolviendo  
un sable tirabuzón.

Pero el Diablo que miró  
el sable aquel y el escudo,  
lo mesmito que un peludo  
bajo la tierra ganó.

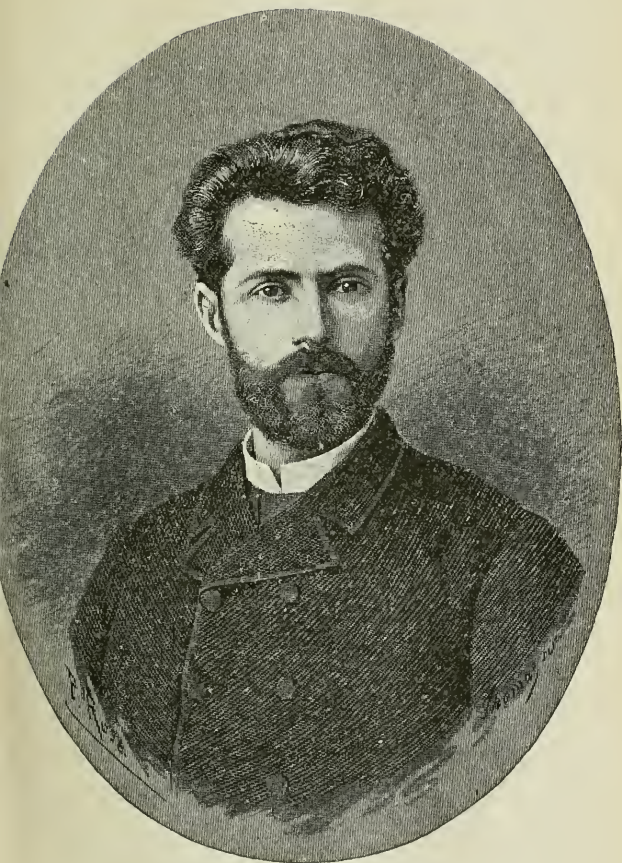
Cayó el lienzo finalmente,  
y ahí tiene el cuento contaó...  
—Prioste el pañuelo, cuñao,  
me está sudando la frente.

Lo que admiro es su firmeza  
al ver esas brujerías.  
—He andao cuatro o cinco días  
atacao de la cabeza.

—Ya es güeno dir ensillando...  
—Tome ese último traguito,  
y eche el frasco a ese pocito  
para que quede boyando.

Cuando los dos acabaron  
de ensillar sus parejeros,  
como güenos compañeros.  
juntos al trote agarraron.  
En una fonda se apiaron  
y pidieron de cenar.  
Cuando ya iban a acabar,  
don «Laguna» sacó un rollo  
diciendo: «—El gasto del *Pollo*  
de aquí se lo han de cobrar.»





JOAQUIN CASTELLANOS





## CASTELLANOS (Joaquín)

---

### EL VIAJE ETERNO

*A mi amigo querido Dr. J. H. Martínez Castro*

EL HOMBRE ES EL SACERDOTE DE LA CREACIÓN  
*Lamartine*

Como la fuente de los grandes ríos,  
la cuna está del pensamiento humano  
    en los bosques sombríos;  
él también va a perderse en otro Océano:  
es un río también ancho y profundo,  
que ora apacible se desliza y lento,  
ora se precipita turbulento  
como un mar desbordado sobre un mundo!

Es el río inmortal de las ideas,  
que por el cauce inmenso de la vida  
corre a desembocar al infinito,  
y con el limo universal que encierra  
pasa a través de arenas y de hielos,  
fecundando la tierra  
y reflejando en su cristal los cielos!

Habitador del bosque primitivo,  
fiera errante en la lóbrega espesura,  
el hombre en la Natura  
antes de ser su rey, fué su cautivo;  
cautivo de los ciegos elementos,

siervo infeliz de la materia bruta,  
su vida es una presa que la muerte  
al infortunio sin cesar disputa!

Con misterioso anhelo  
en su cerebro apenas aletea,  
sin fuerza aún para tender el vuelo,  
el ave de la ideal!  
No tiene patria aún, hogar, ni calma,  
y apenas en sus sendas escabrosas  
le guía un vago instinto de las cosas,  
especie de crepúsculo del alma!

Crepúsculo que anuncia  
el día para el mundo del espíritu;  
vaga y confusa irradiación de un astro  
que allá en su oriente misterioso espera  
un mandato de Dios para lanzarse  
a iluminar la esfera!  
Alborada indecisa que precede  
con vagos arreboles  
al sol del pensamiento,  
rey invisible de los otros soles!

Como una joven madre cuando siente  
el fruto de su amor dentro su seno,  
así la tierra toda  
se estremece con júbilo sagrado,  
y hasta el cielo sonríe alborozado  
con la sonrisa del azul sereno!

Ya tiembla la montaña amenazada  
por un audaz dominador de cumbres;  
ya siente casi hollada  
la nieve virgen de su intacta cima,  
oyendo a la distancia en la espesura  
los pasos de un titán que se aproxima  
con firme intento de escalar la altura!

De aquel mísero ser abandonado  
que cruzaba el desierto desvalido,  
¿qué luz sobre su frente ha descendido?  
¿Qué diadema inmortal le ha coronado?  
¿Por qué las selvas vírgenes y hermosas  
inclinan su ramaje  
y ante su planta deshojando rosas  
le rinden homenaje,

y le ofrecen los árboles sus flores,  
las flores sus perfumes más sūaves,  
los campos sus vistosos atavíos,  
su más sonoro cántico las aves,  
y su más blando murmurar los ríos?

Es que ya lanza el fuerte Prometeo  
su grito audaz de rebelión y guerra,  
henchido de recónditos anhelos:  
ya se apercibe un hijo de la tierra  
para el rapto de fuego de los cielos!

Es que el ave de luz, que en otros días,  
en el cerebro de la bestia humana  
dormitaba sin voz y sin aliento,  
ha batido con ímpetu sus alas  
pronta a lanzarse a desafiar el viento!  
El huésped peregrino de las selvas,  
huérfano morador de la espesura,  
oye en el aire extrañas armonías,  
misteriosas llamadas de la altura!  
Sale de su guarida, avista el llano,  
y el rayo en su mirada centellea!  
¡Es que ha brotado la primera idea!  
¡Es que ha nacido el pensamiento humano!  
Es que con pasmo siente  
que de su ser por entre el caos profundo,  
ya se elabora en aparente calma  
el misterioso génesis del alma,  
más sublime que el génesis del mundo!

Salvaje aún, soberbio ya se muestra,  
y al ir del monte por la agreste falda  
suena el carcaj de flechas a su espalda,  
y el arco de Nemrod vibra en su diestra!

Vencedor de las fieras en el bosque,  
cuando regresa en busca del sosiego  
con los despojos de la res herida,  
¿quién ha encendido fuego  
al umbral de su rústica guarida?  
¿Quién le sale al encuentro a su llegada?  
¿Quién le espera, de júbilo sonriente,  
con guirnaldas de flores en la frente  
y caricias de amor en la mirada?

¿Quién? La mujer, su eterna compañera,  
 la que su rostro sudoroso enjuga,  
 la que con llanto sus heridas lava,  
 la que en hechizos y en ternura hermosa,  
 entonces era la sumisa esclava  
 para más tarde ser la noble esposa  
 y la madre bendita,  
 y la madre fecunda, en cuyo seno  
 la venidera humanidad palpita!

Magnético poder, fuerza gigante  
 latir hacia a la creación entera,  
 y la tierra en su infancia  
 bajo un cálido sol de primavera  
 tibia exhalaba matinal fragancia!

El mundo ebrio de gozo,  
 se estremeció en presencia del sagrado  
 misterio del amor; la exuberante  
 virgen Naturaleza primitiva  
 sintió arder y agitarse en ese instante  
 todo el torrente de su savia viva!  
 Vencida por la magia de un influjo  
 desconocido y de un placer sin nombre,  
 pródiga desplegó todo su lujo  
 para las bodas de su rey: el hombre!

En la hora feliz de sus amores  
 brindóle allí en las selvas tropicales  
 un tálamo de céspedes y flores!  
 Por antorchas nupciales  
 le dió los astros vívidos que alumbran  
 las noches de los climas orientales!

Cuando dos seres por su bien perdieron  
 esa inocencia estúpida, esa calma  
 estéril de la bestia;  
 allá en la vasta soledad sintieron  
 con la del cuerpo la atracción del alma!  
 Cuando al rumor del agua cadencioso  
 y a los vagos murmullos del ramaje  
 mezcló su eco armonioso  
 el verbo humano en un edén salvaje,  
 la voz de la palabra modulada  
 reveló al mundo incógnitas delicias,  
 la selva obscura se pobló de encantos,

el aura fresca suspiró caricias,  
y aprendieron las aves nuevos cantos!

Suspiros de pasión, vagos acentos,  
voces por vez primera articuladas,  
notas nunca escuchadas  
volaron sobre el ala de los vientos;

y a la vista de Dios en los desiertos,  
sintiendo en noche cálida y hermosa  
el impulso de un éxtasis sin nombre,  
unos labios de rosa  
con sus labios de fuego tocó el hombre!  
Los deleites del cielo  
gustó la tierra por la vez primera;  
los campos florecieron de improviso;  
de ese ósculo brotó la primavera;  
donde nació el amor, fué el paraíso!

Así su vida en trabajosa senda  
del aislamiento a la familia pasa;  
forma la tribu, en fin, y alza la tienda:  
ese rústico esbozo de la casa!

Con el cuerpo robusto ya cubierto  
por la piel de una fiera,  
doma al bruto y se lanza a la carrera  
por el ámbito inmenso del desierto!  
Y el desierto le atrae y habla a su mente  
con la voz de las roncadas tempestades,  
y allí su alma confundir se siente  
al alma de las vastas soledades!  
Allí en sus obras Dios se le revela,  
y su infinita majestad admira;  
no en las biblias humanas  
donde la imagen del Creador se vela  
con celajes de fábula y mentira  
que empequeñecen su inmortal grandeza,  
sino en tu libro eterno,  
¡oh, santa y colosal Naturaleza!

Poeta y sacerdote de lo creado  
mezclaba el hombre en los primeros días,  
el himno y la plegaria  
del mundo a las primeras armonías!  
Sus holocaustos ofreció en el templo  
grandioso de las selvas seculares,

a la luz de los amplios horizontes,  
sirviéndole de altares  
la enhiesta cima de los altos montes!

Como fuente en su origen, clara y pura,  
el alma humana virgen todavía,  
llena de fuerza y de candor vivía  
en contacto filial con la Natura  
y en relación con Dios. Era su culto  
el culto espiritual de los que oraban  
al aire libre en el espacio abierto;  
sencilla religión que profesaban  
los antiguos patriarcas del desierto!

Aún las nubes del error no eclipsan  
al sol del pensamiento,  
ni absurdos dogmas la razón empañan  
como al limpio cristal impuro aliento!  
No había aún los falsos sacerdotes

que la conciencia oprimen,  
que dando formas de virtud al vicio,  
de Dios invocan el sagrado nombre  
y bendicen el crimen:  
entonces aun no había  
intermediarios entre Dios y el hombre!

El pensamiento humano  
va siempre en busca de un ideal divino;  
tiene la vasta inmensidad por rumbo,  
la tierra por camino!

Es una tempestad de tempestades,  
donde se agitan férvidos anhelos,  
y su vida a través de las edades  
una ascensión sin término a los cielos!

Lanzado a la conquista del espacio,  
su marcha en las naciones  
es primavera fúlgida de gloria,  
su triste alejamiento es un invierno  
moral. Los grandes hechos de su historia,  
son las jornadas de su viaje eterno!

La India, con sus espléndidas llanuras  
y sus altas cadenas de montañas  
de colosal vegetación cubiertas,  
turbando el polvo de las razas muertas  
lo sintió circular por sus entrañas!



Buscando un nuevo y apartado asilo  
se lanza—hacia el Egipto misterioso,  
páramo inmenso que fecunda el Nilo;  
vasto oasis, isla de verdura,  
que sobre el mar de arenas del desierto  
a los rayos del sol duerme cubierto  
con la pompa oriental de su hermosura!  
Dejó su nombre escrito  
allí con portentosos monumentos!  
Esfinges y obeliscos de granito  
cuyos rotos fragmentos,  
despojos del naufragio de una raza  
en el inquieto mar de las edades,  
en tristes y calladas soledades,  
de arenas sobre estériles colinas,  
parecen hoy cubiertos por la yedra,  
que del mudo poema de las ruinas  
son colosales páginas de piedra!

Sólo quedan de pie como guardianes  
del tiempo en esos anchos horizontes,  
en altos conos que parecen montes  
de apagados volcanes,  
las sombrías pirámides—  
que la grandeza humana y la existencia  
de las razas que han muerto,  
proclaman en presencia  
de la grandeza eterna del desierto!

Hijo de las regiones de la aurora,  
siempre con rumbo al Occidente avanza,  
y de la sombra en dirección se lanza  
para ahuyentar la noche aterradora,  
cual otro sol que como el sol camina  
del Oriente al Ocaso,  
y detuvo su marcha peregrina  
cuando de Grecia en la región divina  
una patria feliz halló a su paso!  
Dejando en ella espléndidos vestigios,  
y haciendo de sus obras monumentos,  
en cada esfuerzo realizó prodigios  
y a cada idea ejecutó portentos!  
En una lengua por el arte amada  
de dulce ritmo y celestiales voces,  
a cantar destinada  
la gloria de los héroes y los dioses,

inspira en melodioso balbuceo,  
de su existencia en el primer periodo,  
la Teogonía mística de Hesiodo  
y los sagrados cánticos de Orfeo!  
Después levanta a su cenit glorioso  
al astro Inteligencia,  
y una inmortal constelación de genios  
del Arte y de la Ciencia  
el firmamento espléndido corona,  
cuando en pasmoso y acabado estilo  
canta en Homero, en Píndaro y Esquilo  
y en Platón y Aristóteles razona.  
Con el Homero del cincel, con Fidias,  
el gigantesco Partenón eleva,  
esa Iliada de mármol;  
y a las inquietas turbas populares  
con la voz de Demóstenes subleva  
como subleva el huracán los mares!

Enamorado de ese suelo hermoso  
donde la eterna Venus palpitaba,  
de ese suelo que Flora embellecía  
y Ceres fecundaba,  
el errante viajero de los siglos  
deslumbrado por mágicos colores,  
entre embriagueces lánguidas yacía  
aprimonado por la red de flores  
que el genio de la Fábula tejía!  
En dulce adoración de la Belleza,  
la verdad descuidaba,  
que es de su ruta el anhelado extremo,  
y en su culto a la gran Naturaleza  
ciego olvidaba al Hacedor Supremo!  
Hasta que en medio a las alegres voces  
Sócrates hizo oír su voz severa,  
a cuyo acento retendió en la esfera  
el viejo Olimpo y sus caducos dioses!

Es que las nubes del error ya eclipsan  
al sol del pensamiento,  
y absurdos dogmas la razón empañan  
como al limpio cristal impuro aliento;  
había ya los falsos sacerdotes  
que la conciencia oprimen,  
que dando formas de virtud al vicio,  
de Dios invocan el sagrado nombre  
y bendicen el crimen!

Es que entonces ya había  
intermediarios entre Dios y el hombre!

Ellos, los que al filósofo de Atenas  
dieron la copa de cicuta; ellos  
que en su arrogancia vana  
creen que se mata la conciencia humana  
porque un campeón en su defensa muera,  
ellos darán mañana  
la cruz a Cristo y a Juan Huss la hoguera!

La marcha del espíritu en los tiempos  
es como una Odisca de la historia:  
Ulises es el símbolo, el emblema  
de sus rudos contrastes y su gloria!

El pensamiento humano,  
que abate tronos como el héroe griego  
y se alza vencedor entre ruinas  
hollando sangre y destrucción y fuego,  
también por las borrascas combatido,  
náufrago a veces se le mira errante  
vagar por entre escollos, perseguido  
de enemigas deidades;  
¡rey destronado que de zona en zona  
navega por el mar de las edades  
en busca de su patria y su corona!

Después se lanza a otra feliz ribera,  
y en pos de Grecia, la nación artista,  
levanta a Roma, la nación guerrera,  
destinada del orbe a la conquista.  
Su trono asienta en el verjel latino  
que el Tíber baña en abundante riego,  
allí donde alza al éter cristalino  
su cúpula de nieve el Apenino  
y el Vesubio su cúpula de fuego!

Como la diosa Palas, ese pueblo  
nació armado a la vida  
para arrojarse con ardor fecundo  
a la ciclópea lucha sostenida  
durante doce siglos contra el mundo!  
Probando contra Aníbal su constancia,  
se alzó más grande al borde del abismo  
y en la Iberia domó con su heroísmo  
el épico heroísmo de Numancia!  
Extendiendo hacia el Africa abrasada

su cuerpo giganteo  
fué en sus brazos Cartago sofocada  
como en los brazos de Hércules, Anteo!  
En tanto que la gloria conducía  
sus vencedoras águilas; en tanto  
que de sus armas el fragor hacía  
trémulo al orbe enmudecer de espanto;  
mientras de la señora de los pueblos,  
sobre la regia frente, que de Marte  
los rayos coronaban,  
sus vates con amor entrelazaban  
al guerrero laurel, flores del arte!  
Mientras hacían resonar el viento  
de la epopeya con la nota grave,  
con el lírico acento  
de la oda entusiasta y la suave  
cadencia del idilio  
en deliciosos sáficos, Horacio,  
y en sublimes exámetros, Virgilio,  
Roma se apoderaba del espacio!

Pero el espacio hambriento que devora  
lo que en sus negros ámbitos se abisma,  
la hunde agobiada bajo el peso enorme  
de su grandeza misma!

En vano por instantes se incorpora,  
en vano asirse a la extensión desea;  
vacila y cae, y la extensión la absorbe,  
haciendo en pavoroso desconcierto  
despertar a las razas del desierto  
y en su ancha base estremecer al orbe!

Así volcado en rápido hundimiento  
cae el mundo romano  
como vieja montaña desquiciada;  
pero se salva el pensamiento humano!  
Porque su vago y misterioso effluvio  
flota sobre los grandes cataclismos,  
como en las vastas aguas del diluvio  
sobrenadaba el Arca en los abismos!  
Y viendo entonces por doquier ruína  
fué del sagrado Gólgota a la cumbre  
buseandó un foco en que avivar la lumbre  
con que el orbe ilumina.

Ya en posesión de la verdad divina  
sale al encuentro de esas nuevas razas,  
hijas de una región desconocida,  
que vomita el desierto,  
y hallando el mundo a su expansión abierto  
en busca de la luz van a la vida!  
Sale a su encuentro y las detiene, y hace  
cuando la enseña de la cruz levanta,  
que se arrodillen con fervor profundo,  
ellas, a cuya planta  
se arrodillara con temor el mundo!  
Después las alza con la frente ungida  
por el bautismo de la nueva idea,  
y entre el caos de los feudales tiempos  
donde la edad moderna se elabora  
sobre la noche universal pasea  
el alma de Jesús como una aurora!

Siglos y siglos se escuchó en la tierra  
el hurra de las razas vencedoras  
que en el futuro su poder distinguen  
mezclado al largo, incógnito y perdido  
sollozo de las razas que se extinguen  
rodando hacia el silencio y el olvido!  
Dios preside en el alto firmamento,  
y preside el espíritu en la tierra  
de una inmutable ley al cumplimiento,  
ley que el progreso universal encierra  
y hace que en pos de cien transformaciones  
se conviertan, dejando eternos rastros,  
las nebulosas pálidas en astros,  
y las razas errantes en naciones!

Nacen y mueren pueblos en la Italia;  
los Francos herederos de su gloria  
celebran el festín de la victoria  
sobre la tumba de la antigua Galia,  
de la que sólo quedan, entre ruínas  
cubiertas por el manto de la yedra,  
las sombras de las drúidicas encinas  
sobre los grandes dólmenes de piedra.

La abrupta cima de las altas rocas  
teniendo por asiento,  
y dominando en torno la campiña,  
se alzaban el castillo y el convento

como nidos de aves de rapiña!  
 Del pueblo se hacen el sangriento azote  
 cuando instituyen como santo fuero,  
 la servidumbre física, el guerrero,  
 la esclavitud moral, el sacerdote!

Dos poderes al mundo esclavizaban  
 dictándole sus leyes:  
 los reyes a los pueblos dominaban;  
 los papas a los pueblos y a los reyes!  
 La injusta guerra por doquier ardía;  
 el pueblo soportaba los horrores,  
 y obediente la Europa a sus señores  
 oraba y combatía!  
 La Iglesia omnipotente  
 alzando aquí un cadalso, allí una hoguera,  
 tiraniza el espíritu, le oprime  
 y castiga con bárbaro escarmiento  
 el delito sublime  
 de pensar en su propio pensamiento!

La noble España, émula de Roma,  
 la que a la sombra del pendón guerrero  
 dando a las artes venturoso asilo,  
 tuvo en Cervantes un rival de Homero  
 y en el gran Calderón un nuevo Esquilo;  
 la nación que abarcando  
 mayor espacio en la terrestre esfera  
 hizo retroceder los horizontes;  
 pueblo que en medio de los pueblos era  
 lo que el monte Himalaya entre los montes!  
 Volcánico cometa que a su paso  
 dejó un reguero fúlgido en la historia  
 y fué a caer en silencioso ocaso  
 desde el cenit del cielo de la gloria!  
 Es que en hondo sopor aletargado,  
 fué al peso agobiador del fanatismo;  
 coloso que rodó despedazado  
 con pavoroso estrépito al abismo!

Desmintiendo su voz con sus ejemplos,  
 el clero oraba hipócrita de día,  
 y de noche, a espaldas de los templos,  
 en bacanales lúbricas reía!  
 Reía; en tanto el pueblo,  
 la inmensa masa anónima que vive  
 entre la pena de infortunios viejos

y la congoja súbita que asombra,  
sollozaba allá lejos,  
en las profundidades de la sombra!

¡El pueblo, eterno mártir olvidado,  
que expirante en la tienda de campaña,  
en el taller hambriento y fatigado,  
y hambriento y desvalido en la cabaña,  
exhala su lamento,  
ese largo gemido sin respuesta  
que los monarcas en su alegre fiesta  
no saben dónde se lo lleva el viento!

Aunque caen silenciosas,  
las lágrimas del pueblo no se pierden!  
¡Son riego de simientes misteriosas!  
Los hondos, tristes y llorosos ayes  
que lanzan las dolientes multitudes,  
como el vapor que brota de los valles  
del trópico en las altas latitudes,  
son primero una masa que invisible  
se extiende, y luego se condensa, sube,  
hasta formar la nube,  
en donde el rayo estallará terrible!

Hierve la tempestad en los abismos  
haciendo que un rumor profundo y grave,  
retumbe sordo y pavoroso rueda  
del globo en las entrañas silenciosas;  
es la inquietud inmensa que precede  
al cumplimiento de las grandes cosas!

Por el cáncer del vicio corroída,  
la Iglesia vacilaba en desconcierto  
de Jesús con la túnica arropada;  
era un cadáver fétido cubierto  
con un manto de púrpura sagrada!  
El grande, el inmortal Savonarola,  
sacerdote y tribuno,  
apóstol de la ley del Evangelio,  
y el noble pensador Giordano Bruno,  
mártir del evangelio de la ciencia,  
en la hoguera expiraron  
para los redentores encendida,  
porque con mano intrépida arrancaron  
algo del velo de esa fe mentida;  
hasta que, ardiendo en entusiasmo santo,  
Lutero apareció como un Mesías,



y en medio al estupor de las naciones  
 hizo pedazos ese impuro manto  
 y la tierra barrió con sus jirones!  
 ¡Ese hondo tabernáculo de vicios  
     así del todo abierto,  
 así desnudo el ídolo del todo,  
 mostró a la Europa atónita lo que era  
 la Iglesia: brillo y esplendor por fuera;  
 por dentro, sangre y podredumbre y lodo!

Lutero, este Jesús del Occidente  
 que restituye al hombre la conciencia,  
 y Gutenberg, cuyo sublime genio  
     presta a la inteligencia  
 las alas fulgurantes del relámpago,  
     socavan el cimiento  
 del Vaticano, y con pujanza altiva,  
 ponen en libertad al pensamiento  
 como se suelta un águila cautiva!

Cuando el humano espíritu alborea  
     después de largo eclipse,  
 los primeros fulgores de la idea  
 del genio brillan en la excelsa frente,  
 como al alzarse el sol en el Oriente  
 lo que primero dora, son las cumbres!  
 Los genios son los grandes emisarios  
     que Dios al mundo envía,  
 los que alzando sus índices gigantes  
 del progreso y la luz muestran la vía!  
 ¡Galileo y Colón con noble audacia,  
 y con el torpe fanatismo en guerra,  
 hallaron como premio a sus anhelos,  
 el uno nuevos mundos en la tierra,  
 el otro nuevos astros en el cielo!

El hombre un tiempo en su soberbia dijo:  
     «Los cielos y la tierra  
 se han hecho para mí; yo soy el hijo  
 predilecto de Dios; yo soy su imagen!  
     La mansión de mi vida  
 alumbra el sol desde el inmenso espacio  
 como perenne lámpara encendida  
 en la bóveda inmensa de un palacio!  
 Prendiendo el manto azul del firmamento  
     con diamantinos broches,  
 los ángeles suspenden las estrellas



para que en el misterio de las noches  
mi vista ociosa se deleite en ellas!»

¡Sueños de vanidad! Con mente osada  
Copérnico adivina el movimiento  
de la gigante máquina del mundo,  
y ve la triste humanidad inquieta  
el puesto humilde que en los cielos tiene  
nuestro pobre planeta;  
y débil, humillada,  
siente el hondo pesar del que despierta  
bajo el duro rigor de áspero dueño  
y en profundo abandono,  
después de creerse, en la ilusión de un sueño,  
de pie en el alto pedestal de un trono!

Mirando todo bajo un plan diverso  
del que su necia presunción forjara,  
la vasta inmensidad del universo  
con su humillante pequeñez compara;  
pero Kepler se expande  
en portentosos cálculos, mostrando  
que en esa pequeñez hay algo grande,  
puesto que él desde el polvo de la tierra,  
misera habitación de los mortales,  
átomo leve en la extensión perdido,  
se eleva a los espacios siderales  
en alas de su espíritu atrevido;  
enfrente allí de la creación inmensa  
rásgase ante él de la verdad el manto,  
tiene sublimes éxtasis; y piensa  
pensamientos de Dios!

¡Mas ay!, en tanto  
que audaz el genio humano  
de la tierra exploraba el hondo abismo  
y audaz por los espacios discurría,  
la esencia de su ser desconocía:  
¡se ignoraba a sí mismo!

¡Pero Descartes penetró del alma  
en el mundo invisible, cuyo imperio  
estaba como un bosque primitivo  
poblado de tinieblas y misterio!  
¡Al entrar derribó viejos errores  
y abrió nuevos senderos,  
como el valiente leñador que avanza  
y se interna en la lóbrega espesura,

los troncos bate de árboles antiguos  
y abre camino en una selva oscura!

Halley, ese profeta de la ciencia,  
sublime indagador del infinito,  
con quien tuvo su espíritu gigante  
largas horas de muda confianza,  
dice el cometa errante:  
«—Tal día, brillarás en nuestro cielo.»  
Pasa un siglo, y a la hora prefijada  
un nuevo astro con triunfante vuelo  
se presenta en la bóveda azulada!

Franklin la mira en días de tormenta,  
pero su mente a las alturas sube  
y en el aire extendiendo  
el brazo de metal del pararrayo  
roba su chispa eléctrica a la nube!  
Franklin ya tiene en su poder el rayo,  
el arma de los dioses!  
Y al valeroso Washington la entrega  
cuando a su patria llega  
de la esperada libertad la hora,  
para que sea en sus robustas manos  
la espada redentora  
con que arrebate el cetro a los tiranos!

¡Instantes de suprema expectativa!  
Obscura nube espesa,  
fatídica se cierne en los espacios  
y en tanto en la mansión de los palacios  
nunca el rumor de los festines cesa!  
¡El vicio entre la púrpura se engríe,  
algo en el seno de las sombras lucha;  
la voz de los filósofos se escucha,  
el pueblo lee y medita; Voltaire ríe!  
¡El horizonte lóbrego y profundo  
fulgura el brillo de lejanas teas;  
la atmósfera es de fuego, las ideas  
cruzan como relámpagos el mundo!  
¡Armado avanza el pensamiento humano  
sin que nada en su senda lo desvíe,  
por grados la contienda recrudece,  
Rousseau los corazones enardece,  
Diderot argumenta y Voltaire ríe!  
¡Y en esa risa irónica y potente  
hay un vago estertor de multitudes,

un rumor sordo de cadenas rotas  
que hace temblar la mitra y la diadema;  
esa risa sublime tiene notas  
de burla, de sollozo y de anatema!

La descreída humanidad se hundía  
en torpe y sibarítico marasmo;  
ya no la conmovía  
la virtud, ni la fe, ni el entusiasmo;  
fué entonces que Voltaire con mano airada  
le azotaba la faz desvergonzada  
sirviéndole de látigo el sarcasmo!

Fué su implacable sátira el terrible  
demoledor ariete a cuyos golpes,  
temblaron con su pompa y con sus leyes,  
el trono envilecido de los Papas  
y el trono ensangrentado de los reyes!

¡Papado, Monarquía!  
¡Nuevas Babeles del orgullo humano  
que levantara aulaz el despotismo,  
que tienen por cimiento la ignorancia  
y por cúpula inmensa el fanatismo!

¡Para que brille el día  
después de las tristezas de esa larga  
noche de pavorosa tiranía  
que fué del mundo horror y vilipendio,  
no de los astros el fulgor bastaba;  
esa noche moral necesitaba  
la llama abrasadora del incendio!

¡Y el incendio estalló, y ardió en la tierra;  
se levantó como un titán el pueblo,  
y cetros y coronas  
echando al fuego de sangrientas piras,  
hizo, al salir de su mortal desmayo,  
ministro de sus cóleras al rayo  
y al trueno heraldo de sus justas iras!

¡Como un mar azotado por los vientos  
la muchedumbre ruge,  
y al estallar su contenido encono,  
se agita, se abalanza, y a su empuje  
deshechos ruedan el altar y el trono!  
¡La Francia en honda convulsión lanzaba  
grito de libertad tan alto y fuerte  
que para siempre sonará en la historia;

fué un volcán en fusión, que vomitaba  
lava de muerte en erupción de gloria!

¡Siempre en pos de los grandes cataclismos  
en que se agita el mar a los volcanes,  
soplan los tempestuosos huracanes,  
esa respiración de los abismos!

Poderoso huracán que en su carrera  
arrebata ciudades;  
que las selvas deshoja, hincha los ríos,  
traspasa las calladas soledades,  
trepas a la cima de los Alpes fríos,  
desciende de sus altos

picos de nieve perennal cubiertos,  
se ensancha, crece, el horizonte llena,  
cruza los mares, vuela a los desiertos  
y se revuelca en la caldeada arena;

surcado de relámpagos  
su torbellino denso,  
los potentes obstáculos arrasa;  
pero derrama por doquier que pasa,  
polen fecundo en el espacio inmenso:

eso fué Bonaparte!  
¡Rayo de genio y huracán de gloria,  
que al rojo brillo de incendiarias teas  
el polen esparció de las ideas  
con que la Francia iluminó la historia!

Después que desató esas tempestades  
¿por qué cruza de nuevo el oceano,  
el viajero inmortal de las edades,  
el pensamiento humano?

¡Es que más altas cimas  
quiere para brilhar; es que anhelando  
espacios más profundos,  
busca como Colón ignotos climas  
y encuentra nuevos mundos!

¡Quiere encender el faro de su lumbre  
donde le dé la libertad su amparo,  
y halla para columna de ese faro  
del Chimborazo la soberbia cumbre!

Su brillo se dilata  
por la vasta extensión de un continente  
y se refleja fúlgido y potente,  
en el espejo colosal del Plata.

La voz del heroísmo

lanza su grito enérgico de alerta  
y en los antros sin luz del fanatismo  
el alma de la América despierta;  
San Martín y Bolívar, los titanes  
de las patrias contiendas,  
que serán el Alcides y el Teseo  
de futuras leyendas,  
libre entregaron a la raza humana  
inmenso campo para obrar prodigios;  
el Plata, el Marañón y el Amazonas  
conservan de sus pasos los vestigios;  
y todo, todo en las extensas zonas  
que en triunfo recorrieron,  
su genio y sus proezas atestiguan;  
son en el Nuevo Mundo lo que fueron  
los semidioses de la edad antigua!

¡Para librar naciones  
sus pobres pero intrépidas legiones  
atravesaron páramos sombríos;  
tiñeron con su sangre de leones  
las pampas y las selvas y los ríos;  
treparon las mesetas de los Andes,  
y pueblo alguno ni época en la historia  
hombres y hazañas contempló tan grandes  
sobre tan alto pedestal de gloria!

¡Al pie de esas gigantes cordilleras  
que hacen la tierra aproximar al cielo—  
y bañarla en su luz; en las riberas  
de ríos dilatados como mares,  
de llanuras sin fin sobre la alfombra  
y bajo el ancho pabellón de sombra  
de inexplorados bosques seculares,  
su trono asienta el pensamiento humano,  
rey del orbe moderno,

y en el verjel del argentino llano  
detiene el curso de su viaje eterno!

¡Y aquí demorará siglos y siglos,  
que al fin encuentra en esta tierra virgen  
en donde el sol del porvenir asoma,  
una patria más bella que la Grecia,  
más potente que Roma!

La patria americana,  
en cuyo suelo espléndido y fecundo  
vendrá por fin a realizar el mundo  
la libertad de la conciencia humana!

¡Es nuestra hermosa América un oasis

a donde en pos de las jornadas rudas  
 por áridos desiertos,  
 la peregrina humanidad acampa;  
 aquí la mente y la palabra vuelan  
 libres como los vientos de la pampa;  
 savia primaveral nutre la vida,  
 rumbo de oriente las ideas toman,  
 se abaten viejos ídolos, altares  
 caducos se desploman!  
 ¡Y el hombre fuerte de la edad presente,  
 que corta istmos para unir los mares,  
 en este mundo joven mira y siente  
 perforación de montes,  
 cumbres que invitan a gigantes vuelos,  
 vastos ensanchamientos de horizontes,  
 inmensa sed de espacio, hambre de cielos!

¡En vano los eternos rezagados  
 en la marcha ascendente del progreso  
 que dan la espalda al sol que se levanta,  
 sobre el fango de tiempos ya pasados  
 quieren hacernos resbalar la planta!  
 ¡No lo conseguirán! Se puede al águila  
 aprisionar, mas sólo cuando inerte  
 sobre las grietas duras  
 herida cae o descuidada duerme,  
 mas no cuando se cierne en las alturas!  
 ¡Y hoy, dueño del espacio,  
 el pensamiento es águila de lumbre  
 que vuela por los ámbitos profundos  
 de la insondable selva de los mundos  
 hasta posarse en Dios, excelsa cumbre!

¡No es una ciencia atea,  
 un futuro sin Dios, lo que predicán  
 los defensores de la nueva idea;  
 son los fuertes obreros que edifican  
 el nuevo santuario de las almas;  
 son los profetas que en su ardor fecundo  
 anuncian entre vítores y palmas  
 la religión del porvenir, al mundo!  
 ¡Es el templo en escuela convertido,  
 y el culto inmaterial de la conciencia  
 lo que en su ardiente prédica reclaman;  
 no es la ciencia sin Dios lo que proclaman,  
 sino a Dios revelado por la ciencia!  
 ¡Alma del infinito,

desconocido espíritu sin nombre  
cuya grandeza por doquier contemplo:  
la tierra es tu ara, la creación tu templo,  
y el sacerdote de ese templo, el hombre!

## EL BORRACHO

¡Ya van tres noches de festín! ¡En ellas,  
ávido el corazón de un algo inmenso,  
toda una vida en el placer condenso  
y aun tengo hambre de placer y amor!  
¡Quiero beber mi juventud de un sorbo  
del goce en la frenética locura,  
como en el ansia de la sed se apura  
una copa repleta de licor!

¡Afluye a mi cerebro en onda cálida  
la sangre haciendo estremecer el pulso,  
y vacilante, trémulo, convulso,  
con nerviosa inquietud,  
siento que el aire a mis pulmones falta;  
mi pecho en sorda agitación palpita  
y el golpe seco al retumbar imita  
del martillo clavando el ataúd!

¡Corra el deleite para mí a raudales;  
más que la tempestad, temo la calma;  
tormentas de placer sacudan mi alma  
que harto conoce ya las del pesar!  
¡Dadme el ardor de las pasiones locas,  
dadme un edén de tropicales flores;  
quiero aturdirme en frenesí de amores  
y en un salvaje vértigo gozar!

Yo antes amé la vida del desierto  
a donde libre el corazón se expande,  
a donde el hombre, inculto pero grande,  
parece dominar la inmensidad;  
¡ay!, yo envidiaba al hijo de la Pampa,  
al rey de la llanura primitiva  
cuando tenía en su extensión nativa  
por único rival la tempestad!

¡Hoy busco las ciudades; hoy prefiero  
la sucia fonda que con luz mezquina



amarillenta lámpara ilumina,  
 a un paisaje bellissimo con sol;  
 la taberna es mi hogar; en este sitio  
 donde se goza porque en él se olvida,  
 vengo a tomar venganza de la vida,  
 usando como un arma el alcohol!

Aquí llegan los náufragos del mundo;  
 aquí en la pobre y mísera taberna  
 el pueblo alivia la tristeza eterna  
 de un color cuyo fondo nadie ve;  
 éste es el sitio, la fatal guarida  
 en donde a unos la miseria lanza,  
 a otros un amor sin esperanza,  
 y a muchos como a mí... ¡yo no sé qué!

¡Es como esas honduras que en los montes  
 doran apenas pálidas vislumbres;  
 a veces lo que rueda de las cumbres  
       es allí donde cae;  
 sordas borrascas su interior conmueven,  
 estallan silenciosos cataclismos  
 y tiene, como todos los abismos,  
 el misterioso vértigo que atrae!

¡Irresistible vértigo...! Conozco  
 un hombre de alto ingenio allí perdido;  
 ebrios los padres de su padre han sido,  
 su padre y sus hermanos ebrios son;  
 los tristes frutos de su amor, los rasgos  
 de esa fatal herencia llevan fijos,  
 ¡y ebrios serán los hijos de sus hijos,  
 ¡ay!, hasta la postrer generación!

Yo he visto enfrente a una taberna el cuerpo  
 de un joven bello, de elegante talle,  
 que un día sobre el cieno de la calle  
 entre un charco de sangre amaneció;  
 nadie sabe su historia ni su nombre,  
 no tuvo quien lo asista moribundo;  
 su último y doloroso ¡adiós! al mundo,  
       ¡nadie en el mundo oyó!

Eso me espera a mí... ¡Pero, bebamos!  
 Adentro mis gozosos camaradas  
 bailando con mujeres alquiladas  
 se agitan al compás de un acordeón.



Allí en un charco de licor un ebrio  
resbala y cae con palmoteo y mofa  
y caído en el suelo filosofa...  
¡He ahí al hombre, al rey de la creación!

De un organillo que en la calle suena  
mezclan al vago acorde sus ronquidos,  
los que chorreando baba allí tendidos  
duermen en el sopor de la ebriedad;  
al fin se tiñe este grolesco cuadro  
con la luz virginal de la mañana;  
yo me acerco a mirar de una ventana  
el lento despertar de la ciudad.

La vista de la aurora me transporta  
a un mundo y a una época lejana;  
es la hora del toque de la diana  
y en distante cuartel suena un clarín.  
¡Lo escucho en una orgía, y es el mismo  
que allá en los tiempos de la patria, grandes,  
retumbó en las quebradas de los Andes  
y en los campos de Maipu y de Junín!

¡Oh patria, yo, que hasta de Dios blasfemo  
y desprecio los ídolos del hombre,  
yo me arrodillo al pronunciar tu nombre;  
tú eres mi única fe, mi último amor!  
¡Cuánto envidio a los mártires sin gloria  
que con la sangre ardiente de sus venas  
mojaron del desierto las arenas,  
su vida dando por guardar tu honor!

¡Quién fuera de esos héroes ignorados  
que cuando caen, a tu bandera fieles,  
reclinan su cabeza sin laureles  
en sepulcros sin flores ni inscripción!  
¡Ah, pero ahora en vez de noble sangre  
inmundo barro nuestro suelo alfombra!  
¡Ni siquiera morir bajo la sombra  
se puede, de tu amado pabellón!

¡Almas de ardiente inspiración bañadas,  
jóvenes bardos de la patria mía,  
no olvidéis que la grande poesía  
es hija de la santa libertad!  
¡Cantáis brisas y flores, cuando al pueblo

hay manos que sacrílegas lo oprimen!  
¡Escarneced al criminal y al crimen,  
o el cobarde laúd despedazad!

¡Para marcar el rostro de los siervos  
o al amo imbécil fustigar con ira,  
con las cuerdas de bronce de la lira,  
poetas, es ya tiempo de imitar  
al gaucho noble, al payador valiente  
que arranca una bordona a su guitarra  
y al extremo de un látigo la amarra  
cuando precisa herir al azotar!

¡Oh, patria, al ver que tu destino entregas  
a estúpidos mandones, me parece  
que de cólera el Plata se estremece,  
y pienso en los delirios de mi fe,  
que hasta las piedras de las calles sienten  
ira y vergüenza de que pisen ellos  
donde en los días de tu gloria, bellos,  
próceres y héroes han sentado el pie!

¡Ciudad de Mayo, que en un tiempo has sido  
la joya de la América latina,  
pueblo de Juan Chassaing y Adolfo Alsina,  
no, tú no eres el que viendo estoy!  
Has perdido el vigor; tus ciudadanos  
se han hecho más cobardes que mujeres  
y una turba ruín de mercaderes  
depositaria de tu suerte hoy!

¡Comprendes el oprobio y lo soportas,  
envilecida estás, y estás contenta!  
¡Te has puesto abajo de la misma afrenta  
impávida gozando en tu abyección!  
¡Yo degradado en joven, soy tu imagen;  
pero así en tu desgracia, patria mía,  
yo te amo y tus ultrajes lavaría  
con sangre de mi propio corazón...!

Aquí, desde este sitio y a esta hora,  
voy el mundo a mirar a la manera  
que solitario en árida ribera  
contempla el pobre náufrago en la mar,  
las tablas sueltas de la rota nave  
donde viajaba a los amados puertos,

y mira, de otros náufragos los yertos-  
cadáveres flotar!

¡Allí para un bautismo han madrugado  
y a un niño envuelto con pañales finos,  
le ponen entre el cura y los padrinos  
el sello de la santa religión,  
como en la fiesta de la *hierra* (1) ponen  
una señal al infeliz ternero  
cuyo destino es ir al matadero  
o a tirar del arado en la opresión!

Cruza después un fúnebre cortejo;  
con pompa en él la vanidad disputa  
los homenajes que el dolor tributa,  
¡hoy cuántos llorarán al que murió!  
¡Y antes que el cuerpo frágil se disuelva  
bajo la triste lápida mortuoria,  
tal vez se habrá borrado su memoria  
entre los seres que en el mundo amó!

¡Después el cuadro cambia, y de una boda  
el grupo alegre desde aquí contemplo;  
se agolpan los curiosos hacia el templo,  
y en los delirios de su tierno afán,  
los novios sueñan que al edén caminan,  
sin pensar, en su férvido alborozo,  
que marchan ciegos de pasión y gozo  
¡y los ciegos no saben dónde van!

¡No saben que el amor, como la muerte,  
nos lleva en dirección desconocida;  
toma al azar las almas en la vida,  
las hace un cielo próximo entrever,  
y las arrastra al vértigo y la noche!  
¡Yo hallé un calvario al fin de ese camino;  
implacable al herir es el destino  
cuando tiene por arma a la mujer!

Yo quise a una... La adoraba tanto  
como si la pasión de muchas vidas  
estuvieran en mi alma refundidas;  
¡era un amor salvaje y tropical!  
¡Pero fría y tenaz calculadora  
me inmoló sin piedad a su egoísmo;

(1) Herradero.

por su culpa me arrastro en un abismo,  
por ella soy borracho y criminal!

Y ella vive triunfante, y yo caído,  
y aun siento que de allá desde su altura,  
me tiene como atado a su hermosura,  
pendiente en el dogal de mi dolor:  
así un árbol hermoso en campo ameno  
gentil se ostenta sobre verde alfombra  
sosteniendo un cadáver que a su sombra  
lívido cuelga de una rama en flor!

Me traicionaron cuando yo tenía  
sed de emociones y hambre de placeres;  
pero, ¿a qué maldecir a las mujeres?

¡No son todas así!

¡Muchas saben amar; y lo que arroja  
más hiel y luto en mi existencia triste,  
es que yo veo que el amor existe  
y sé que ya no existe para mí!

¡Yo necesito emborrachar el alma,  
y anhelo que a mi ocaso sin fulgores  
le presten arrebol con sus colores  
las rosas más lozanas del jardín;  
quiero unir la alegría de las rosas  
al horror de los túmulos abiertos  
y que me sirva el cráneo de los muertos  
de copa en un sacrilego festín!

¡Oh, tú, joven beldad, hija del pueblo,  
que tras del mostrador de esta taberna  
te han condenado en una orgía eterna  
a que marchites tu mejor edad:  
ven y deshoja flores en mi vaso;  
juntemos mi dolor con tu tristeza;  
joya en el barro, pierdes la pureza,  
y aun guardas, pobre niña, tu bondad!

¡Entre el horror de la embriaguez y el juego  
estallando en salvaje paroxismo,  
te vi, rayo de luz en este abismo,  
oleadas de furor apaciguar;  
si el dolor de los grandes infortunios  
arranca el llanto de tus ojos bellos,  
alma piadosa, llora por aquéllos  
que como yo, no pueden ni llorar!

El extraño poder que rige al orbe,  
sin consultarme, sin que yo lo pida,  
me hizo el presente griego de la vida  
que no puedo en verdad agradecer;  
al mundo me lanzó como en la noche  
arroja el mar un náufrago a la playa;  
de este destierro cuando al fin me vaya  
¿dónde irá lo que hay de íntimo en mi ser?

A la nada, al infierno, a cualquier parte;  
que sea lejos, lejos de este mundo,  
astro maldito, globo moribundo,  
que nutre a la podrida humanidad,  
donde abriendo la Muerte a cada paso  
a nuestros pies alguna tumba nueva,  
una mitad del corazón nos lleva  
y nos deja a sufrir la otra mitad!

Los trovadores que con pulcro estilo  
hacen gemir sus liras enlutadas,  
comparan con las rosas deshojadas  
una vida infeliz;  
la mía es cual las hierbas de un camino  
que al sol y a la intemperie se marchitan  
y el casco de las bestias que transitan  
las seca y las arranca de raíz.

Es malo ser poeta, pero a veces  
es grata de los versos la armonía;  
el pueblo siempre amó a la poesía  
y yo amo todo lo que vibra en él;  
tengo delirio por las arpas de oro  
de Méndez, Rivarola y Obligado  
que en la sien de la patria han enlazado  
flores del arte al bélico laurel!

Yo sólo a falta del amor o el vino,  
o cuando el vino o el amor me hastía,  
llamo a las musas que invocar solía,  
y siempre acude a mí la del dolor;  
ella con ronca voz me dicta cantos  
sin el ritmo feliz de la belleza;  
francos y rudos, tienen la aspereza  
de la tosca canción del payador!

Es que en la selva que asoló el incendio  
no anidan ya los pájaros cantores;

el árbol del desierto no da flores  
y cuando da, las seca el huracán.  
No tiene rosas, ni verdor, ni tiene  
blandas ondulaciones de colina  
la roca agreste de una cumbre andina,  
cráter tal vez de incógnito volcán...!

Pero ya escucho que de lo alto suena,  
llamando a la oración de la mañana,  
en la vecina iglesia la campana,  
con metálica y lenta vibración.  
Allí gentes del pueblo se encaminan  
a elevar sus plegarias a los cielos:  
el mundo de los últimos consuelos  
para las almas es la religión.

Yo ayer al templo fui donde mi madre  
a misa en otro tiempo me llevaba,  
y al pie del mismo altar en que ella oraba  
con profunda emoción me arrodillé.  
Desde que ella murió, yo me hice incrédulo;  
ya no pisaba las iglesias nunca;  
quise rezar; la Salve medio trunca  
fue la única oración que recordé.

Al hallarme, después de larga ausencia,  
bajo esas naves donde tantas veces  
mi pobre madre levantó sus preces  
a Dios, por mis hermanos y por mí;  
al mirar las imágenes que objeto  
eran de su piedad, me parecía  
que aun algo de ella en el recinto había,  
y como una mujer me enternecí.

Yo en mi cansado espíritu sentía  
lo que debe sentir el peregrino  
si lo llevan las vueltas del camino  
a un sitio en que antes disfrutó de paz;  
y allí descansa y piensa entristecido  
que tiene que seguir su marcha errante,  
más penosa después de aquel instante  
de reposo fugaz.

Mi pasado evoqué... Cuando la mente  
en volver al pasado se encapricha,  
¡ay, los recuerdos de la muerta dicha  
vienen en ronda fúnebre a vagar,

por las sombras del alma, como dicen  
que en la alta noche de misterios llena,  
salen las tristes ánimas en pena  
el sueño de los vivos a turbar!

¡Se elevan como pálidos espectros  
desde el limbo interior de mi memoria  
los falsos espejismos de la gloria,  
las vanas sombras del perdido bien!  
¡Remonto el curso de mis bellos días  
hasta la dulce edad de mis amores,  
y hallo el tendal de las marchitas flores  
que me hicieron soñar con un edén!

¡La imagen ¡ay! de mi primer afecto,  
único que gocé sin engaños,  
de mi casta pasión de quince años,  
dulce idilio de amor primaveral,  
trae a mi mente los contornos vagos  
de una figura angelical y tierna  
cuya memoria en mi alma será eterna  
si el alma, como espero, es inmortal!

¡Después, reminiscencias de la infancia...  
y la escuela y los juegos inocentes,  
y los seres queridos, hoy ausentes,  
que antes poblaban mi desierto hogar;  
cuando el pálido sol de esos recuerdos  
de mi hondo hastío derretió la calma,  
sentí de lo recóndito del alma  
que porfiaba una lágrima en brotar!

¡Ella subió por último a mis ojos!  
Al fin como la onda contenida,  
al fin iba a encontrar una salida  
tanto dolor que a solas devoré;  
yo no sé desahogarme, ignoro el llanto;  
pero en esa ocasión, aglomeradas,  
todas mis amarguras no lloradas  
en la lágrima aquella condensé.

¡Y cuando iba a verterla, en el instante  
en que brotaba ya, con torpe ejemplo  
un fraile vino y me arrancó del templo  
como se arroja un perro de un salón!  
Salí a la calle y regresé a la orgía;  
¡de entonces, como en lóbrega caverna

gotea el agua en filtración interna,  
me cae el llanto aquel al corazón!

¡Ay!, desde entonces con afán profundo,  
de mi fría existencia en la aridez,  
para olvidarme y olvidar el mundo  
busco el aturdimiento en la embriaguez.

En la sorda ansiedad que me devora,  
yo de mi propio sér preciso huir;  
duda el que piensa, y el que siente, llora;  
vale más no pensar y no sentir.

Vale más en un torpe desenfreno  
matarse en el suicidio del placer;  
el alcohol es el mejor veneno;  
el mejor, exceptuando la mujer!

Hiel en el fondo y néctar en el borde  
es de la vida el vaso engañoso;  
música alegre en el primer acorde  
y al fin sollozo de mortal dolor!

Cuando en la orgía estúpida me abismo  
no bebo por el gusto de beber;  
bebo porque en el fondo de mí mismo  
tengo algo que matar o adormecer!

¡Y el hombre es un mendigo de placeres,  
el mundo es una orgía en confusión,  
y en la escala infinita de los seres,  
borrachos todos en la vida son!

Los dandys y coquetas cuando exhiben  
en los teatros, las plazas y las calles  
vistosos trajes y elegantes talles,  
ebrios, los pobres, van de vanidad!  
Muñecos bien vestidos con que juega  
en su existencia frívola y ociosa  
esa niña voluble y caprichosa  
que llaman sociedad!

La guerra es noble y la venganza justa  
si va en defensa de una santa idea,  
pero nunca jamás, cuando se emplea  
con un bastardo afán.  
Para mí, esos laureados asesinos



que logran por sus crímenes un solio,  
las gradas al trepar del Capitolio  
ebrios de sangre van!

El tribuno inspirado cuyo acento  
escucha el pueblo con asombro y pasmo  
y a quien la turba en fervido entusiasmo  
lleva en marcha triunfal por la ciudad,  
entre las muchedumbres que lo aclaman  
en el día feliz de la victoria,  
ebrio de gloria va, porque la gloria  
es también una rápida ebriedad!

La pareja gentil de adolescentes,  
que bebiéndose el alma en las miradas,  
con las trémulas manos enlazadas  
se encienden por instantes en rubor,  
y por instantes, con ardiente raptó,  
en dulces, largos, resonantes besos,  
unen sus labios abrasados..., éstos  
están ebrios de amor!

Las plantas se emborrachan con rocío:  
vaso de rica esencia son las flores  
donde van los insectos zumbadores  
y alegres liban su licor de miel.  
Hasta el cóndor andino, cuando al alba  
vuela y se posa sobre una alta cumbre,  
bebe rayos de sol, y ebrio de lumbre  
se lanza al éter a reinar en él!

El artista en sus noches de delirio,  
cuando frente a la gran Naturaleza  
buscando el ideal de la belleza,  
le brinda inspiración la soledad,  
ebrio de ideas el cerebro siente  
y es de su alma en la celeste orgía,  
su divino licor la poesía,  
y su vaso la azul inmensidad!

¡Ah, yo también en las contadas horas  
que en esta vida disfruté de calma,  
gocé de esa embriaguez que siente el alma  
cuando se tiene inspiración y amor;  
hoy que yo mismo agoto mi existencia  
en la agonía de un suicidio lento,

siento un constante vértigo, me siento  
borracho de dolor!

Todo se bambolea en torno mío;  
todo a mi oído fúnebre retumba;  
y ebria la humanidad hacia la tumba  
marcha en carnavalesca procesión;  
el hombre errante y huérfano en la tierra,  
la tierra errante y huérfana en el cielo,  
y en un sollozo universal de duelo  
refundida la voz de la creación!

El aire está impregnado de sollozos,  
estériles los campos y sombríos,  
crecen con sangre y lágrimas los ríos  
llevando sangre y lágrimas al mar!  
Como fiera en acecho está el abismo,  
y en la Naturaleza y en el alma  
torva domina esa siniestra calma  
que suele las borrascas presagiar!

¡Todo es noche y dolor! ¡Allá en la tarde  
ebrio se acuesta el sol en el ocaso  
y las estrellas con incierto paso  
ebrias caminan de su disco en pos!  
¡La tierra es un sepulcro de que el cielo  
es la lápida inmensa y triste y muda!  
¡Todo es noche y dolor...! ¡Ebrio, sin duda,  
cuando hizo el universo estaba Dios!

¡Amigos, maldición sobre la vida!  
Cuando yo caiga a vuestro lado, inerte,  
con una orgía festejad mi muerte  
y al campo mi cadáver arrojad.  
Haced como en las islas magallánicas  
las tribus de sus páramos incultos,  
donde dicen que entregan insepultos  
los muertos a la vasta soledad!

¡Qué espléndido ataúd el de un paisaje  
que baña en luz la bóveda celeste,  
o el alta cima de un peñón agreste  
siempre batido por el ronco mar!  
Antes que me devoren los gusanos,  
bajo un montón de piedras bien cubierto,  
con mi cuerpo a las aves del desierto  
un salvaje banquete quiero dar!

Ellas son más benignas que los hombres;  
sólo devorarán mi carne fría,  
mientras lo grande que en mi sér había,  
el mundo lo desgarrá sin piedad!  
¡Compañeros, un brindis a la muerte!  
Si queréis, nuestra fiesta interrumpamos  
para clavarlos un puñal, y vamos  
a continuarla allá en la eternidad!

¡Y qué claro, qué espléndido está el día!  
¡Cómo brilla la luz, la luz sagrada,  
que en la grande, en la excelsa obra creada  
fué la hija primogénita de Dios!  
¡Si alguien, amigos, en la tierra os ama,  
mandadle vuestra triste despedida;  
yo en la hora fatal de la partida  
no tengo a quién enviar mi último adiós!

Resto viviente del antiguo caos,  
náufrago de un inmenso cataclismo,  
nací de las tinieblas del abismo  
y aun laten sus borrascas en mi sér;  
cuando descienda al mundo de las sombras  
con mi dolor se agrandará el infierno,  
y mi alma errante en el espacio eterno  
hará la noche universal crecer!

## EL NUEVO EDÉN

Envueltas en la pálida neblina,  
con las velas al viento desplegadas  
y por el viento rápido arrastradas,  
iban tres naves solas  
hacia la parte donde el sol declina,  
como siguiendo al sol entre las olas!

En una doble inmensidad hundidas,  
van en las sombras de la noche envueltas,  
del mar y el cielo en la extensión perdidas  
y el mar y el cielo a desafiar resueltas!

¿Qué numen las arrastra?  
¿Qué gigantesco espíritu sin nombre  
las lleva y las impulsa?  
No es un Dios, no es un hombre,

no es el grupo gentil de las ondinas  
 ni el coro de las náyades errantes  
     —esas diosas marinas  
 que las débiles barcas empujaban,  
 y en medio a las tormentas señalaban  
 su rumbo a los primeros navegantes—.  
 Eres tú solo ¡pensamiento humano!,  
 que grande y solitario te paseas  
 sobre las tempestades del Océano  
 como una eterna tempestad de ideas!

La manera admirable con que quiso  
     el espíritu humano  
 encarnado en Colón, llevar al hombre  
 hacia un nuevo y hermoso paraíso  
     envuelto en el arcano,  
 ya la han cantado al celebrar la gloria  
 de tal empresa entre peligros tantos,  
 la épica musa en sus viriles cantos  
 y en sus severas páginas la historia.

Antes que se lanzara decidido  
 sobre el vasto oceano de las aguas,  
 fué un náufrago infeliz de la existencia,  
 que errante, pobre, a veces moribundo  
 pero jamás por el dolor vencido,  
     el oceano del mundo  
 cruzó a la tabla de su genio asido!  
 Oceano cuyas sordas tempestades  
 el bajel de sus sueños estrellaron  
 contra escollos de error, que amontonaron  
     el tiempo y las edades!  
 Luchó, no obstante, contra vientos y olas,  
 y alta la frente aunque la planta herida,  
 cruzaba por las playas de la vida  
 y esas playas para él estaban solas;  
 porque también la soledad existe  
 en medio de las vastas multitudes  
 para el que cruza por en medio de ellas  
 siempre desconsolado, siempre triste,  
 siempre henchido de acerbos inquietudes!

Luchó, y aunque del mundo en la pelea  
 es luchar doblemente el luchar solo,  
     su vida en una idea  
 fijó como una brújula en el polo!  
 La corona de espinas del martirio

que llevaba Jesús sobre la frente,  
 él la llevaba al corazón ceñida,  
 al trepar la pendiente  
 del calvario sin sangre de su vida!

Cuando el cóndor gigante  
 en las nevadas cúspides reposa  
 o en su guarida el león duerme tranquilo,  
 nadie en los montes ni en las selvas osa  
 turbar su sueño o profanar su asilo!  
 Las montañas son grandes, son sublimes;  
 al cielo mismo su presencia asombra  
 y hacen que con el trueno las salude;  
 sus valles la borrasca envuelve en sombra,  
 y en sus bosques los árboles sacude;  
 pero las blancas cimas,  
 las venerandas cimas colosales  
 de la borrasca y el turbión se eximen;  
 sólo entre los mortales  
 el ser grande es un crimen!

Colón al vulgo, resignado escucha,  
 sabiendo que la gloria  
 también corona a veces en la lucha  
 frentes que no corona la victoria!  
 ¡Se parecía a ese titán caído  
 que la montaña inmensa que se alzaba  
 con peso abrumador sobre sus hombros,  
 en su delirio ansiaba  
 lanzar al cielo, o reducir a escombros!  
 El también es titán, que altivo y firme,  
 por alzar forcejea,  
 la montaña de errores del pasado,  
 yendo a su empresa colosal, armado  
 con la palanca enorme de la idea!  
 Y entonces lleno de un ardor fecundo  
 vió que con ella en su poder había  
 la palanca que Arquímedes tenía  
 para mover el mundo!  
 Sale al fin de su mísero abandono  
 cuando el índice eterno del destino  
 apuntando en la sombra  
 le señala a lo lejos su camino,  
 y en las gradas magníficas de un trono,  
 de una espléndida corte en el proscenio  
 y a los pies de Isabel y de Fernando,  
 la diadema del mando

saludó a la diadema de su genio!  
 Teniendo allí pendiente de sus labios  
 el asombro anhelante de los reyes  
 y el colérico asombro de los sabios,  
 del universo físico las leyes  
 explicaba con voz pausada y grave;  
 luego exaltado en un ardor profundo  
 se le oía exclamar: «—¡Dadme una nave,  
 dadme una nave y os devuelvo un mundo...!»

¡Nación de nuevos Leónidas que tienes  
 la gloria de Numancia en tus anales,  
 coronas de oro y lauros inmortales  
     para ceñir tus sienes!  
 Tú, que formaste un tiempo de tal modo  
 la alianza de la lira con la espada,  
 que van a bordo, en su entusiasmo santo,  
 Cervantes, de la flota de Lepanto,  
 Lope de Vega, de la Grande Armada;  
 de ti, también de ti, puede decirse  
 cuando tus yugos de opresión desatas,  
 noble patria del Cid y de Pelayo,  
 «¡que el cetro a los tiranos arrebatas,  
 y a los cielos el rayo!»  
 De tus triunfos, ¡oh Reina de la guerra!,  
 el mayor triunfo ha sido  
 buscar en los confines de la tierra  
 un apartado Edén desconocido!

El mundo antiguo presintió el arcano  
 que a esa nación un genio le revela,  
 y henchida de un deseo sobrehumano  
 más luz, más vida, más espacio anhela!  
 Entonces, pretendiendo  
 que en nuevas zonas y ámbitos profundos  
 Colón su raza y su poder expanda,  
 le da tres naves y le dice: «—¡Anda  
 mi imperio a dilatar por otros mundos...!»

El viejo Oceano reposaba a solas  
 entre sus grutas de coral dormido,  
 cuando de pronto erguido  
 y sacudiendo su melena de olas,  
     colérico endereza  
 de la almohada del polo, su cabeza;  
 al ver que el hombre su poder provoca  
 siente arrebatos de furor salvaje,

y a sus aliados fúnebres convoca  
con el ronco clarín del oleaje;  
allí va la Ambición, torva y sombría,  
en el semblante respirando enojos,  
con un puñal en las sangrientas manos  
y una venda en los ojos!

La sigue el Odio con su adusto ceño,  
en actitud de acecho la Perfidia,  
y oculto el rostro en antifaz risueño  
va los labios mordiendo, la Envidia!  
Allí el Recelo hipócrita rastrea,  
y en torno a cada nave y por delante,  
desencajado, lívido el semblante,  
el pálido Terror revolotea!

Ellos llevan mortal abatimiento  
al alma de los tristes navegantes,  
olas del mar humano

que subleva con sordas convulsiones,  
enfrente a las borrascas del Oceano  
la borrasca interior de las pasiones!

Sobre el piélago, errantes,  
les muestran en los vastos horizontes  
pardas siluetas de elevados montes  
las brumas del crepúsculo distantes!  
Creyendo ver las playas anheladas  
con ansia esperan la naciente aurora  
y a esas playas amadas

el alba las disipa y evapora!

Así prosiguen su atrevido viaje,  
llevados por un pálido espejismo

de miraje en miraje,  
y al borde ya del infinito mismo  
ven nada más que vastas soledades  
y el mar y el cielo, dos inmensidades  
formando un solo abismo!

¡Ah!, luchar contra sombras en la sombra,  
hallar en torno el lóbrego vacío,  
sentir la cercanía de la nada,  
batallar sobre el piélago bravo  
con la muda extensión ilimitada,  
la noche y el terror! ¡Más bien quisieran  
que el abismo y sus ondas  
cuerpo y vida y espíritu tuvieran,  
y en vez de nieblas y de espuma blanca,  
de sangre un rojo y cálido torrente,  
para lidiar con ellas frente a frente,



al sol, en campo abierto y lucha franca!  
Llevados sobre el denso torbellino,  
la mar, la mar inmensa y misteriosa,  
era para ellos entreabierta fosa  
y era para Colón ancho camino!  
Para Colón, que entre la airada turba,  
desafiando sus sordas convulsiones,  
firme y sereno la grandeza imita  
del profeta israelita  
encerrado en la cueva de los leones!  
Y esa turba fanática y cobarde  
que el límite al pasar de su hemisferio,  
más que el hambre, el naufragio y la tormenta,  
la incertidumbre, el vértigo, el misterio  
de lo desconocido, la amedrenta!

A las algas marinas  
las toma por el musgo desprendido  
de las gigantes ruinas  
de otro mundo en las ondas sumergido!  
Y teme al borde estar de las inmensas  
cataratas del mar, y haber llegado  
del Caos primitivo a lo más hondo,  
o de la eterna Noche al reino helado!  
Creen que no tiene límite ni fondo  
el piélago insondable en que navegan,  
y que los blandos céfiros que llegan,  
sus velas hinchán y sus naves mecen,  
ráfagas son de tempestad que crecen,  
las ondas, monstruos que la mar aborta,  
y ante su vista absorta  
el rayo y los relámpagos parecen  
del horizonte ansiado en los confines,  
las espadas de fuego que brillaban  
en las manos de aquellos querubines  
que el paraíso terrenal guardaban!

Y era en verdad un nuevo paraíso  
lo que buscaban al confín obscuro;  
Dios en las sombras ocultarlo quiso  
para que en esta patria del futuro,  
el hombre redimido en los ejemplos  
de su largo pasado,  
sólo pudiera entrar purificado  
como se entraba a los antiguos templos!

El astro de los orbes soberano  
desde su trono del cenit escucha



sordo rumor lejano ;  
luego contempla atónito esa lucha  
de un alma y el Oceano!

La grande alma de Colón lanzada  
en esa travesía del abismo,  
por la mano invisible de Dios mismo  
hasta una tierra incógnita, ignorada,  
para que esparza de su luz los rastros,  
porque su eterno espíritu fecundo,  
para alumbrar al mundo  
se vale de los genios y los astros!

Allá en la noche cuando el mar se calma,  
de algas y de nenúfares cubierto,  
sus ondas asemejan las colinas  
tapizadas de musgo, que las ruinas  
forman en las llanuras del desierto.  
Entonces inclinado  
sobre la inmensidad, Colón medita,  
en piadosa actitud, las manos junta,  
y en silencio dialoga con las olas.  
¿Qué mensajes le traen? ¿Qué les pregunta?  
Es que medita y que recuerda a solas  
a los seres que amara ;  
es que padece y con sus ansias puebla  
el espacio indeciso de tiniebla  
que de su edén soñado lo separa!  
Y del cielo en los ámbitos profundos  
llena de pensamientos luminosos  
esos campos del éter misteriosos  
donde Dios arrojara astros y mundos!  
Como el profeta en la montaña santa  
del tempestuoso Sináí, teniendo  
las nubes en su torno, y a su planta  
de la borrasca el horroroso estruendo,  
con la sien de relámpagos ceñida  
en medio al torbellino se levanta  
señalando la tierra prometida ;

así Colón, en medio de los mares,  
con la vista clavada en el vacío  
donde a lo lejos una voz le nombra,  
se pasea en silencio en su navío  
meditando en la sombra!  
Y meditando al mundo se encamina

que su mente adivina!  
 Su alma lo sueña ornado de hermosura,  
 Dios lo promete a su piedad sin nombre  
 y se lo entrega intacto la Natura  
 para que tome posesión el hombre!

¡Conquistador de lo desconocido,  
 buzo en el mar del porvenir lanzado,  
 que al hombre en cambio del Edén perdido,  
     un nuevo edén has dado!  
 ¡Profeta audaz, evocador de mundos!  
 El continente virgen que dormía  
 sueño de olvido en noche de silencio,  
 cuando tu voz potente lo conjura,  
 con espléndidas galas se atavía  
     y sale y se presenta  
 en todo el esplendor de su hermosura  
 a la luz, a la plena luz del día!

¡Nuevo jardín de Hespérides buscado,  
 que por el alma universal has sido  
 del tiempo en las tinieblas presentido  
 y en las tinieblas del misterio hallado!  
 No, no eres tú la Atlántida divina  
 que sentado Platón imaginara  
     en las rocas de Egina!  
 Tú eres la tierra virgen destinada  
 al desposorio ideal con el futuro!  
 ¡Tierra de promisión!, tú, que arrancada  
 al hondo seno del Oceano obscuro,  
 cual nace el rayo de la nube densa,  
 como del alma el pensamiento mismo  
 y cual los astros de la noche inmensa,  
 ¡eres la hija de un parto del abismo!

Todo lo grande que en la tierra existe  
 es primero en el seno de la tierra  
 larva informe, crisálida dormida,  
 que cuando el brillo de la luz la asombra  
 buscando inmensidad, sale a la vida  
 de entre un desgarramiento de la sombra!  
 Tú eras también crisálida de un mundo  
 que a la luz del espíritu despierta,  
 y eres ahora que la vida absorbes,  
 inmensa mariposa de oro, abierta  
 sobre una flor del campo de los orbes!  
 Esa flor es la tierra,

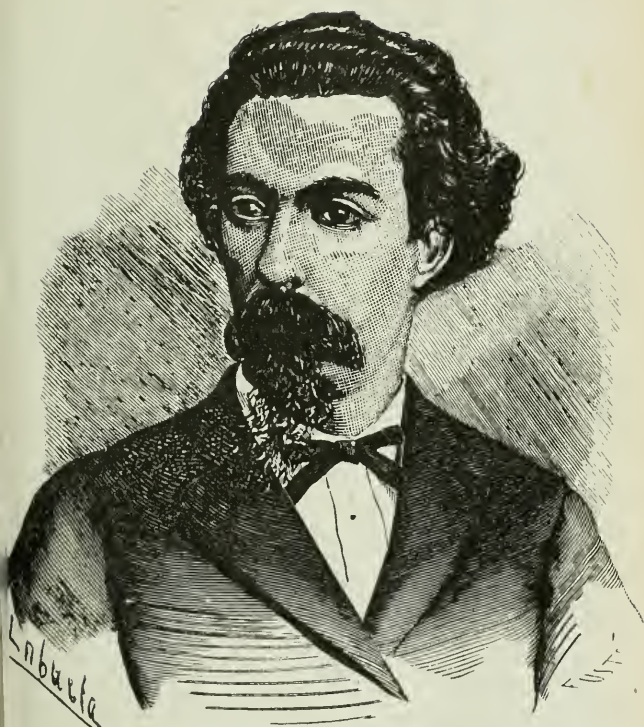
la tierra que se expande  
formando en su sublime ensanchamiento  
una dilatación profunda y grande  
de la esfera en que reina el pensamiento!

Y este viaje inmortal al nuevo mundo  
será en la Historia un inmortal emblema  
del hombre, en el espacio vagabundo,  
que marcha sobre un piélago profundo  
tras de una santa aspiración suprema!  
En pos de un algo que jamás alcanza,  
como Colón, la humanidad camina,  
y del pasado al porvenir avanza,  
de los siglos eterna peregrina,  
que engaña eternamente la esperanza!

¡Oh!, el linaje humano  
es una especie de Colón eterno  
que marcha siempre hacia un edén lejano  
llevando en sus ideas un infierno!  
Perdido navegante  
que de los vientos a merced se entrega,  
el globo es nave que lo lleva errante  
y el espacio es el mar en que navega!

Allá de su horizonte en el miraje  
un destino inmortal contempla escrito  
y su vida es un viaje  
al través de la tierra al infinito!  
Al infinito, oceano de los mundos,  
viaja buscando con secreto anhelo  
la patria de las almas,  
la misteriosa América del cielo!





MARTIN CORONADO





## CORONADO (Martín)

### RENACIMIENTO

Llega la primavera  
tendiendo flores por la verde grama,  
para que pase el dios que inquieto espera  
y en el silencio de sus noches llama.

La luz inunda el cielo,  
la tierra viste sus brillantes galas,  
y el aire tibio, fatigado el vuelo,  
bajo el risueño azul pliega las alas.

Surge otra vez radiosa  
la eterna juventud de sol dorado,  
que agita el corazón y abre la rosa  
con su cálido aliento perfumado.

Levántate en mis brazos,  
visión de amor, de insaciable anhelo,  
dulce como el mejor de los regazos  
que incitan a soñar mirando al cielo.

Hermosa prometida  
de las ternuras tímidas, levanta,  
y vamos juntos a cantar la vida  
bajo el palio triunfal que la agiganta.

Cantemos la alegría  
de las rojas y espléndidas auroras,  
con que despierta la inquietud del día  
a henchir de savia y languidez las horas;

las sombras escondidas  
en la plácida calma de los montes;  
las verdes lomas, como el mar tendidas;  
el azul de los amplios horizontes;

las tardes vagarosas  
besadas por el sol desvanecido,  
las noches apacibles, rumorosas,  
como roce de plumas en el nido.

Tú, que otrora encendiste  
como un rayo de sol mi pensamiento,  
y en el fondo del alma me escondiste  
el dulcísimo arrullo de tu acento;

ven, como el bien pasado,  
a acariciar mi corazón vibrante;  
sobre la alfombra de verdor del prado,  
bajo la azul inmensidad brillante.

Ven a hundir en las ondas  
de esta luz inflamada, tu hermosura,  
y a desatar al sol las trenzas blondas,  
como un nimbo de gloria, en la llanura.

Mi corazón te espera  
con despertar de juventud dormida,  
que se enciende al pasar la primavera  
y florece en la frente encanecida;

como la helada fuente,  
cautiva del invierno en la montaña,  
que se despeña en olas de torrente  
cuando brilla la luz y el sol la baña.

## SIEMPREVIVA

Cuando parti, su corazón, ya mío,  
lanzó su vida de mi planta en pos;



aquel nido de amor quedó sombrío  
como tumba sin lágrimas... vacío  
como el alma sin Dios.

¿Por qué mi paso errante en su camino  
no se desvió del rancho de su hogar,  
cuando triste, y doliente, y peregrino,  
el martirio de amor de mi destino  
arrastraba al azar?

¡Fuí tan crüel! Mis ojos con empeño  
la envolvían en rayos de pasión,  
para arrancar a la quietud del sueño  
su ternura de tórtola sin dueño  
dormida en su prisión.

Tenía la inocencia, esa fortuna  
reservada a los pobres del saber;  
y a quince años, hermana de la luna,  
guardaba aún el sello de la cuna  
su alma de mujer.

Me amó por fin: con lánguida mirada  
buscó la mía su pupila azul;  
como el sol que corona una alborada,  
el amor en su frente inmaculada  
tendió su rojo tul.

Por las tardes vagábamos unidos,  
rozando mi tostado a su alazán:  
ella, trémula siempre ante los nidos,  
con tumultuoso oleaje de latidos  
revelaba su afán.

Muchas veces a mí se adelantaba  
lanzando a la carrera su corcel,  
y una rama a los molles arrancaba:  
«—¿La quieres para ti?—me preguntaba—.  
Se parece al laurel.»

O si no, con las flores de los tolas,  
miniaturas de nácar del jazmín,  
que en racimos abrían sus corolas,  
tachonaba sus trenzas, dueñas solas  
del agreste jardín.

Y radiante de júbilo venía  
su victoria en mis ojos a buscar:  
«—¿No es verdad que estoy bella —me decía—,  
que soy tu dueña, que tu lira es mía,  
que me vas a cantar?»

Otras veces las cuestras empinadas  
ascendía, siguiendo el caracol  
de la senda tortuosa en las quebradas,  
cubierta con las alas desplegadas  
de su gorra de sol.

El vaivén de su cuerpo en la montura  
revelaba abandono y languidez:  
se doblaba su mórbida cintura  
como rama de sauce que asegura  
dos nidos a la vez.

Yo entonces la seguía; y orgullosa  
de guiarme en la marcha: «—¡Por aquí!»,  
repetía mil veces afanosa,  
y murmuraba a intervalos quejosa:  
«—¡No tan lejos de mí!»

Pensativa otras veces, como inquieta  
del abismo sin luz del porvenir,  
parecía a mis sueños de poeta  
estrella de crepúsculo, sujeta  
a temblar... y a morir.

Entonces de las manos me tomaba,  
me atraía hacia ella, y, sin querer,  
su secreto en mi oído abandonaba:  
«—Esa pampa tan verde —murmuraba—,  
¡qué hermosa debe ser!»

¡Y qué bella! ¡Y qué tierna! No colora  
al cielo el sol como el amor su faz;  
su sonrisa era el beso de una aurora,  
su palabra, caricia tembladora,  
arrullo de torcaz.

Todo pasó: la arena del camino  
marcó otra vez la huella de mi pie,  
y triste, y solitario, y peregrino,  
con la sombra inmortal de mi destino  
del valle me alejé.

¡Fuí crüel, muy crüel! Alma perdida  
 en la noche sin astros del dolor,  
 al amor sollozante de mi vida  
 la inmolé sobre el ara conmovida  
 por mi eterno clamor.

¡Ah!, pero en vano amuralló la ausencia  
 de mi memoria el enlutado altar;  
 ¡mártir de mi delirio y tu inocencia,  
 Dios te ató en aquel día a mi conciencia:  
 no te puedo olvidar!

¡Tu adiós, tu último adiós, vibra en mi oído—  
 como el eco tenaz de la expiación;  
 rayo de luna a mi pupila-asido,  
 tu blanca imagen-arrullando el nido,  
 es mi eterna visión!





## CUENCA (Claudio M.)

### JAMAS

Nube naciente de espumoso encaje,  
de nácar de oro y vaporoso tul,  
ostenta al alba su vistoso traje  
que ondula en medio del espacio azul.

Mece en el aire sus graciosas ondas,  
que un rayo viene de la aurora a orlar,  
y sus flotantes, purpurinas blondas,  
mira orgullosa en derredor flamear.

Mira la noche en occidente hundiendo  
de las tinieblas el postrer capuz,  
y allá en el éter, de entre el caos naciendo,  
del sol risueño la primera luz.

Mira apacible sonreir el cielo,  
leve la brisa por su sien vagar,  
y en el vacío que henderá su vuelo  
fragantes flores ante sí brotar.

Hunde sus ojos en la inmensa hondura  
que bonancible y cristalina ve,  
y en los abismos de la nada pura  
tropiezo no halla que temer su pie.

La aurora bella que al cenit la guía  
sonrosa el cielo por do alegre va;

el sol la mima, la corteja el día,  
y al tiempo mira soureir allá.

Pero de pronto tempestuosa niebla  
del sol empaña la tranquila faz;  
de horrendas nubes el cenit se puebla,  
brama rabioso el huracán voraz.

Débil juguete del airado viento,  
sus ondas ruedan al capricho allí;  
estalla el trueno su estampido cruento,  
serpea el rayo en derredor de sí.

Piélagos surca de vapor, movida  
por el antojo de brutal vaivén;  
sin ruta, guía, ni fulgor, pérdida  
rueda en la niebla su asombrada sien.

De su ropaje desprenderse mira  
las joyas de oro que vistió al nacer;  
que hace, arrancadas de doquier con ira,  
una por una el huracán caer.

Misera, en vano por seguir insiste,  
su leda ruta de inocencia y paz;  
porque burlada, descompuesta y triste  
la traga al cabo el torbellino audaz.

Así es la vida: de oropel brillante,  
nube sentada en hermoso tren,  
que junto tiene a su primer instante  
envuelto en risas el postrer también.

Así es la vida: lontananza, estrella  
de un cosmorama seductor, procaz;  
para el que empieza a contemplarla, ¡bella!  
para el que llega a su mitad, ¡falaz!

Así es la vida: si al través la mira  
del desengaño la madura edad,  
es risas, bienes y placer, ¡mentira!  
es penas, llanto y maldición, ¡verdad!

Su dicha es humo, su infortunio roea;  
su dicha pasa, su infortunio no;  
nada allí queda donde el bien la toca;  
suplicios sufre donde el mal tocó.

Así es la vida: presunción dorada,  
 en sus principios esperanza y fe,  
 y en la mitad de su carrera, ¡nada!  
 Visión de luces que mentira fué.

Su gusto es brisa, tempestad su pena;  
 sus goces olas, su desgracia mar;  
 su copa el tiempo hasta los bordes llena  
 de miel insulsa, de inquietud y azar.

Cuando el cabello de la sien blanquea,  
 cuando se empieza a marchitar la tez,  
 cuando de cerca la fantasma fea  
 de la existencia ya se ve lo que es;

náufrago el hombre por el mar airado  
 busca la playa, pero tarde ya,  
 porque bien pronto debe ser tragado  
 por el abismo en que suspenso está.

Cuando hoy la suerte su favor le niega,  
 se dice el hombre: «le tendré después»;  
 hasta que al cabo el desengaño llega  
 sin ver de esa hora el arrebol tal vez.

Llévase el viento, como viento que era,  
 la pingüe renta que adquirir pensó;  
 huye del fausto la falaz quimera,  
 caen los palacios que en el aire alzó.

Una tras otra, se disipan luego,  
 dicha, esperanza, juventud y paz;  
 llévase el viento su pristino fuego,  
 y lo que él lleva ya no vuelve más.

Agosta el llanto del dolor la risa,  
 la gracia y flores de la edad pueril;  
 y acaba el soplo abrasador aprisa  
 de las pasiones el ardor febril.

Cuando el cabello de la sien blanquea,  
 cuando se empieza a marchitar la tez,  
 cuando de cerca la fantasma fea  
 de la existencia ya se ve lo que es;

ya el hombre entonces de los hombres duda,  
 ya poco o nada sus promesas cree,

ya en calma fría su entusiasmo muda,  
ya en todo burla y desengaños ve.

Ya le ha faltado la amistad acaso,  
y ya la hermosa le burló en su amor;  
ya muchas veces tropezó en el lazo  
que el mundo tiende al juvenil candor.

Cuando el cabello de la sien blanquea,  
ya no hay mañana, ni después, ni más;  
de ayer apenas la fugaz idea,  
y de hoy, si pasa, el matador jamás.





## CHASSAING (Juan)

---

### A MI BANDERA

Página eterna de argentina gloria,  
melancólica imagen de la patria,  
núcleo de inmenso amor desconocido  
que en pos de ti me arrastras;  
¿bajo qué cielo flameará tu paño  
que no te siga sin cesar mi planta?

¡Cuando el rugido del cañón anuncia  
el día de la gloria en la batalla,  
tú, como el ángel de la inmensa muerte,  
te agitas y nos llamas!  
¡Allá voy, allá voy, sobre las olas,  
allá voy, allá voy, sobre la pampa,  
bajo el cañón del enemigo injusto,  
a levantarte un trono en su murada!

¡Ah!, ¡que la sombra de la noche eterna  
me auble para siempre la mirada,  
si un día triste te han de ver mis ojos  
huyendo en la batalla,  
página eterna de argentina gloria,  
melancólica imagen de la patria!





## **DIAZ (Romero)**

---

### **EL POETA Y LA SOMBRA**

#### **EL POETA**

Amo más que la gloria, el color de los cielos.  
En sus islas de oro dormitan mis anhelos,  
como bajo las bóvedas de los templos oscuros  
la oración de los mártires.

#### **LA SOMBRA**

Adoro los conjuros  
que brotan del silencio en las noches sin luna.  
El misterio sus gemas a las mías aduna;  
el misterio se impregna de sutiles emblemas  
y da una transparencia auroral a las gemas.

#### **EL POETA**

Yo amo como a ninguna floración la delicia  
que irradian cuando el astro de la noche se inicia.  
Siento como una vaga y suprema esperanza,  
como una adormeciente y singular confianza  
bajo la gran caricia de tu palio divino.  
Allí, mi alma triste ha apurado tu vino.  
Allí labra la noche sus más raros cantares  
y Primavera nieva los más blancos azahares.  
Allí yo...

## LA SOMBRA

¡Oh!, Apolonida, levanta tu incensario;  
 quema la mirra grata en mi propio santuario;  
 rompe bajo mis ojos tus collares de rimas,  
 haz que llenen tus cantos los valles y las cimas,  
 que las desmesuradas florestas tu armonía  
 repitan y que suene tu franca melodía,  
 que tu voz admirable ahuyente la amargura  
 y haya paz en mi alma.

## EL POETA

La negra sepultura  
 que yace abandonada sin lágrimas ni flores,  
 bañada en una calma que no turban rumores  
 de orquestas, ni de hojas, ni de la voz humana,  
 y que de los antiguos sepulcros es hermana,  
 reposa en el silencio que tus sueños anhelan,  
 en el silencio que alas maravillosas rielan...

## LA SOMBRA

No, no quiero el silencio de las tumbas piadosas;  
 quiero el himno inefable de tu lira, las rosas  
 que celebran la música de tus divagaciones;  
 quiero tu verbo alado como constelaciones;  
 quiero tu pensamiento que arrullan las tristezas  
 legendarias del viento. Yo quiero las ternezas  
 con que cantas la vida en las horas inermes;  
 yo quiero las caricias con que a veces aduermes  
 el corazón, que presa de una pasión suspira  
 y en pos de los dolores que le atormentan gira.  
 Yo quiero, ¡oh, inconsolable!, tu palabra sonora,  
 el eco que modulas al despertar la aurora,  
 y todo lo que admiren tus ojos de vidente,  
 y todas las ternuras que hay bajo tu frente.

## EL POETA

Bajo tus anchos velos adivino el arcano  
 de lo que ha concebido el pensamiento humano.  
 Debajo la espesura de tus montes de sombra,  
 como bajo tu vasta y secular alfombra,  
 mi alma se ha arrodillado como una sensitiva  
 flor humana, y rezado su plegaria votiva,  
 y sentido ternuras, amarguras, pasiones,

anhelos lamentables, fecundas sensaciones,  
esperanzas, ideales, sueños inmaculados,  
y del alma y la mente frutos no madurados;  
y todo eso brotaba en confusión doliente,  
para ti, compañera de mi espíritu ardiente,  
para ti sola, ¡oh sombra!, que vendas nuestros ojos  
y quitas de los pechos heroicos los abrojos...

#### LA SOMBRA

Oye, suena a lo lejos música de violines.  
Sus acordes son tristes. Suben por los jardines  
como almas desvalidas en las horas solemnes  
del crepúsculo, amado de los dioses perennes.  
Oye cómo resbala su lírico gorjeo  
sobre el lago en silencio... Así sobre el Egeo  
el amor de las flautas moría antiguamente.

#### EL POETA

Esa música llora un espíritu ausente.  
Esa música es triste como las catedrales.

#### LA SOMBRA

Esa música es grande como los funerales.

#### EL POETA

¡Oh sombra!, ese murmullo nacido de tu seno  
tiene no sé qué ritmo melancólico y bueno.

#### LA SOMBRA

No, no nacen de mi alma tan dolientes arpegios;  
melodías diríanse, de los poetas regios,  
palabras desprendidas de perfumados labios,  
flores abandonadas que dicen sus agravios,  
o quizás expansiones de penas y quimeras  
que aprovechan la calma de mis enredaderas  
para alzar sus lamentos. Mi corazón es frío.  
Para él no han brotado los bálsamos de estío.  
Para él los jardines no entreabren sus rosas  
ni sus alas polícromas tienden las mariposas.  
Para él la suprema felicidad consiste  
en amparar la queja del espíritu triste.

## EL POETA

Las quejas de las arpas, como los pensamientos,  
tienen más armonía ritmadas por los vientos.  
Y los vientos parecen sutilísimas violas  
en la noche apacible.

Desfallecen las olas  
cuando el azul distante se acribilla de estrellas,  
cuando suben, apenas, las más dulces querellas  
hacia su venturanza, y cual aves heridas,  
cantan la gran tristeza de las cosas dormidas.

## LA SOMBRA

Quisiera, Apolonida, tus ritmos y tus flores;  
quisiera tus tristezas, ternuras y dolores;  
quisiera tu palabra que al levantarse, canta,  
como el pájaro cuando el alba se levanta,  
y no ser yo la fuente de las dudas del hombre.  
A una causa obedezco si desdeño mi nombre,  
causa incógnita y grande que mi duelo resume,  
esfinge inverosímil que a la idea consume.

## EL POETA

Yo sé de los espacios las lentas geometrías,  
yo conozco la aurora primera de los días,  
yo sé por qué las nubes son de azul y de grana,  
por qué cantan las aves al llegar la mañana,  
por qué todas las almas videntes desfallecen,  
por qué nuestros ideales en el azur se mecen,  
por qué adora el artista los blancos asfodelos,  
por qué su pensamiento se remonta a los cielos,  
por qué hablan las hojas ese lenguaje extraño  
y dulce—así la aurora con que se inicia el año—,  
por qué tras del ensueño la verdad se adivina,  
por qué el sol de la tarde luminosa declina,  
y por qué hay un alma infinita y creadora  
que consuela al que sufre y bendice al que llora.

## LA SOMBRA

Tú vienes, visionario, de lo desconocido;  
eres de una familia que casi se ha extinguido;  
eres el peregrino celoso del ensueño  
y acaso de las almas el anhelado dueño.

Cómo es de saludable para tu fantasía  
el aliento que exhalo cuando se muere el día.  
Cómo apuras la grata copa de mi frescura  
cuando se llena tu alma del licor amargura.  
Cómo se abre tu pecho cuando la luna triste  
en el éter sin mancha poco a poco se viste  
de blancuras supremas. Cómo tu alma se abreva  
en las caricias que ella con abandono nieva;  
a la hora en que las selvas letárgicas ondulan  
y en que las misteriosas libélulas circulan.  
Hora en que la existencia se apaga, lentamente,  
y en que hasta la plegaria nocturna se presiente.

#### EL POETA

Yo he ofrendado mi alma estival a la tarde.  
Mi incienso sobre el ara de tus altares arde.  
Yo soy el sacerdote de la triste penumbra.  
Mi lámpara votiva está seca, no alumbra.  
Por eso amo los iris pálidos de la niebla  
y me encantan los densos palios de la tiniebla.

#### LA SOMBRA

De los humanos seres, sólo el vidente sabe  
en qué sitio sagrado amarrará su nave.  
De las cosas amadas por el insigne Hesiodo,  
el poeta es el numen revelador y el todo.

#### EL POETA

Mi alma se ha recamado de sutiles aureolas  
—así un jardín bordado de selectas corolas—,  
cuando sobre las ondas de los lagos amables  
la noche va extendiendo sus pasos impalpables.  
Yo adoro extrañamente tus absurdas congojas.  
Yo adivino el secreto que modulan las hojas,  
cuando sobre el imperio del orbe desparramas  
tus estandartes que hacen resplandecer las llamas.  
Perdido algunas veces en las vastas praderas,  
o errante hacia lo largo de remotas riberas,  
solo, delante el triunfo de la naturaleza,  
es cuando se ha incendiado de gloria mi cabeza.  
Ese poder supremo de lo desconocido,  
ese vasto murmullo que adormece el oído,  
esa atracción oculta de muchos elementos  
—estrellas, sombras, nubes, mares, selvas y vientos—,

ese íntimo connubio con lo que nos rodea  
 — ¡silencio, ante tus puertas se agiganta la idea! —,  
 prepara en mi cerebro fecundas floraciones,  
 y en mi espíritu es causa de dulces comuniones.  
 Pues bien: tú que me llamas inconsolable y triste,  
 ¡oh, sombra que cobijas cuanto en la vida existe! ;  
 tú, ritmo armonioso que haces cantar la lira  
 y ante cuya armonía la humanidad suspira,  
 respóndeme si hay algo dentro del universo  
 que no haya cincelado el oro de tu verso,  
 si ha levantado un eco la voz del inspirado  
 que antes tú, sabiamente, no hubieses modulado.

#### LA SOMBRA

Tu alma, caritativa como una fresca lila,  
 perfumes solamente para el hombre destila.  
 Del vasto panorama que la mente interpreta,  
 la clave, bella y múltiple, conócela el poeta.  
 Lo raro, lo inconcreto, lo invisible del mundo,  
 acuden al llamado del gran meditabundo.  
 Lo que el artista egregio del pincel no adivina  
 resuena en la palabra de luz adamantina.  
 Lo que a veces la flauta a modular no alcanza  
 subyuga en tu instrumento de luz y de esperanza.  
 Por eso, sensitivo, sigo tu vuelo augusto;  
 por eso tus caricias inalcanzables gusto;  
 por eso, cuando el himno de tu palabra suena,  
 siento que en mi alma triste florece una azucena.

#### EL POETA

Yo he paseado mis sueños a través de tu duelo,  
 como el cometa cruza la libertad del cielo.  
 Yo seguiré mi ruta, dolorosa y extraña,  
 hasta trepar la enhiesta cumbre de la montaña.  
 Yo iré en pos del espíritu melancólico y grande,  
 de todo lo que dentro de ti misma se expande,  
 mientras tus pabellones me ofrezcan sus caricias  
 y tus sacros altares fecunden sus delicias.

#### LA SOMBRA

En la noche sombría, en la noche azulada,  
 en medio de los templos o bajo la enramada,  
 lejos de los rumores, al amor de los nidos,  
 tu espíritu y el mío estarán siempre unidos.



# RAYO DE OTOÑO

Bajo un cielo de oro cruzamos la avenida  
llena de tuberosas tibias y ruisseños.  
El viento, dulce y suave, agitaba las flores,  
sobre las que la tarde se detuvo, dormida.

Mi alma medilabunda, pálida, perseguida,  
evocaba en esa hora lírica sus amores;  
una fuente ondulaba apenas sus rumores  
en alas de la brisa de fragancias ungida.

Paso a paso llegamos al estanque sonoro.  
Y ella dijo: «—La tarde, como un pájaro de oro,  
vierte sobre nosotros su más fina dulzura.

¡Ah!, morir, cuando se aman los verdes melancólicos,  
cuando cada corola solloza su blancura,  
y el espacio se llena de rumores cólicos...»

# DESEO

Su alma, como una alondra divinamente pura,  
erraba en los más blancos confines de los cielos.  
mas una tarde llena de ensueño y de dulzura,  
anheló de otra alma caricias y consuelos.

Con vestidos extraños recamó su hermosura  
Como una hada divina, presa de los anhelos  
de la tierra, dijo ella: «Rásguese la blancura  
que oculta mi inocencia con transparentes velos.»

Y ante las maravillas supremas del espacio  
su alma, como un destello de ópalo y de topacio,  
bajó del alto cielo constelado de aureolas.

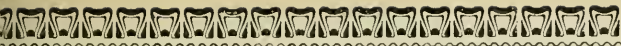
Lloraron su partida los pálidos querubes,  
mientras que en los zafiros de las blancas corolâs  
caía la tristeza de una tarde sin nubes!





**LEOPOLDO DIAZ**





## **DIAZ (Leopoldo)**

---

BYRON

*A Joaquín Castellanos*

Dos hombres, a la vez, pasman la tierra;  
su lumbré el genio, entre los dos reparte:  
Napoleón, ese Byron de la guerra;  
Byron, sublime Napoleón del arte.

¡Igual enigma en su destino incierto!  
Fundidos en un molde sobrehumano,  
tiene aquél la grandeza del Desierto,  
y éste la majestad del Oceano.

En rápido bajel, sobre el undoso  
piélago que al azar surcó el marino,  
el cantor de Don Juan va silencioso,  
navegante sin rumbo en su camino.

No le arredra el naufragio de las olas,  
sabe que ruge el mar y que se calma:  
es el naufragio de las vidas solas  
el que conoce y el que teme su alma.

Sobre su frente un mundo se desploma,  
y el hijo de la lucha y del estrago—  
habla con los sarcófagos en Roma,  
con los viejos escombros en Cartago.

Nada le infunde espanto ni le asombra,  
«¡Excelsior!» en su frente lleva escrito,  
y sigue dialogando con la sombra,  
luminoso y audaz, bello y maldito.

Y cruza las tinieblas, fulgurante,  
como en la noche sideral meteoro:  
carbón que se transforma en un diamante;  
grano de arcilla convertido en oro.

Dióle Satán, con su viril orgullo,  
la altivez de su indómita energía,  
el piélago insondable su murmullo,  
y el dolor su titánica elegía.

Irónica deidad le presta aliento,  
le persigue el demonio del hastío,  
y palpita su insomne pensamiento  
como en su cauce desbordado río.

El león es fuerte y reina en su guarida,  
tiene su nido el águila en la roca,  
y él, águila y león, la frente herida,  
jamás la cumbre de sus sueños toca.

Un lívido crepúsculo reviste  
con densa nube sus inquietos lares,  
y siempre gemebundo, siempre triste,  
se yergue a la visión de sus pesares.

Y, cual fantasma impenetrable y muda,  
en arduo monte, o desolada estepa,  
sigue el bardo la esfinge de la duda  
sobre el potro jadeante de Mazzepa.

Tántalo de la dicha, en su desvelo,  
asir la sombra de un delirio quiere:  
la ilusión, como el cóndor, busca el cielo,  
y, al abatirse sobre el polvo, muere.

¡Cuánto misterio en su alma de coloso!  
Asomarse a sus bordes es lo mismo  
que sondear el abismo tenebroso...  
¡Y quién mide la hondura del abismo!

Germen de un mundo, en ráfagas dispersos,  
jirones de su espíritu, vibrantes,

van en tropel flamígero sus versos  
arrastrando sus caudas centelleantes.

Caravana de genios luminosa  
en fúlgida espiral sigue sus rastros,  
cual en vaga, distante nebulosa,  
los astros se aproximan a los astros.

Con sus alas enormes toca el suelo,  
sin que el lodo le alcance ni el delito,  
y al volar, es la curva de su vuelo  
parábola que asciende al infinito.

Sus nobles lauros profanar intenta  
la envidia, que a los grandes acompaña,  
y él se yergue humillando toda afrenta,  
como surge, entre valles, la montaña.

¡Cuál esplenden sus altas concepciones!  
Hay en sus gigantescas fantasías  
iris, nieblas, estruendos, convulsiones,  
relámpagos, sollozos y armonías.

Consigo mismo en infernal contienda,  
algo lo empuja en su vaivén eterno:  
como el ave, en la gálica leyenda,  
del invierno tenaz pasa al invierno.

Connubio de lo humano y lo divino,  
de su crüel fatalidad se engríe,  
y es, en trágica lid con el Destino,  
placer que llora y lágrima que ríe.

De su espíritu excelso en lo más hondo  
resplandecen ignotas maravillas:  
oculta el mar sus perlas en el fondo,  
y la espuma abandona en las orillas.

No gime con estériles gemidos;  
su vida en la batalla se acrecienta,  
como aquellos normandos aguerridos  
que peleaban al son de la tormenta.

Y cual rebelde Arcángel despeñado,  
ni tregua brinda, ni piedad implora:  
sus armas refulgentes le han quebrado,  
pero no su fiereza vengadora.

Los antros pavorosos de los mares,  
y las cumbres cerúleas de los montes,  
palpitan en sus cantos seculares  
y les dan sus soberbios horizontes.

Con un nuevo ideal, amplio y fecundo,  
que de la humana pequeñez se mofa,  
el genio tempestad recorre el mundo,  
ya el látigo blandiendo, ya la estrofa.

Sus poemas, sus héroes, sus hazañas,  
brotan con sangre de su herido pecho:  
pelicano que rasga sus entrañas  
y ofrece al monstruo el corazón deshecho.

Lleva en su ser—nostálgico sublime—,  
tiniebla y luz, crepúsculo y aurora.  
Y en su alma, rebelión, brisa que gime,  
trueno que ruge, vendaval que llora.

Le place el aquilón cuando levanta  
su cimera de nítidas espumas,  
y, como Ariel sobre la nube, canta  
el bardo de las ondas y las brumas.

Italia le circunda de esplendores,  
corónale de mirto en sus placeres,  
y, al semidiós britano, sus amores  
le da el coro triunfal de sus mujeres.

Es perfume, y es aura, y es latido,  
blasfemia, imprecación, llanto y locura;  
es raudal, y torrente, y alarido,  
noche, arrebol, celaje y amargura.

¡Fascinador gentil...! Ante su paso  
encadena las almas soñadoras,  
las envuelve con brumas del ocaso,  
y las incendia con fulgor de auroras.

Sueña con él la virgen pensativa  
en las pálidas noches de Venecia,  
y le manda suspiros de cautiva,  
huérfana, y viuda, y sollozante, Grecia.

La voz augusta del martirio siente  
y, al salvaje clamor del victimario,



responde alzando la apolínea frente  
con el férvido afán de un visionario.

¡Cómo en su fibra el entusiasmo late!  
¡Qué brillo extraño en su mirar chispea!  
Es Aquiles corriendo hacia el combate;  
Pígmalión despertando a Galatea.

¡La Libertad! La Libertad le inspira;  
oye rugir en cólera sagrada,  
y, arrancando las cuerdas a su lira,  
con su lira de hierro hace una espada.

Voluptuosos festines abandona,  
de su errante bajel tiende la vela,  
y, ciñéndose el casco por corona,  
hacia la patria de los dioses vuela.

¡Qué cuadro...! Con sus jóvenes guerreros  
Botzaris... La montaña... El enemigo...  
El rauda fulgar de los aceros,  
el mar azul de Jonia por testigo.

La homérica embriaguez de la batalla,  
el agudo vibrar de los clarines,  
el fúnebre estridor de la metralla,  
y la noche avanzando en los confines...

Por olímpica alfombra de laureles  
allá corre el gallardo peregrino;  
sobre alados, indómitos corceles,  
le arrebató en su senda el torbellino.

Y, a la sombra de helénicos pendones,  
mientras el duro batallar arrecia,  
entre el himno marcial de las legiones  
muere el bizarro paladín de Grecia.

¡Astro que roja claridad difunde  
y se derrumba en explosión ardiente,  
como una hoguera en que, a la vez, se funde  
el metal ígneo y el crisol hirviente!

Al saludarle en el postrer recinto  
llorando van las últimas sirenas,

se alzan los rotos bronce de Corinto  
y los tronchados mármoles de Atenas.

Su triunfo el Orbe estremecido aclama;  
¡Byron...!, repiten las riberas solas...  
Y al hondo porvenir vuela su fama  
como va el huracán sobre las olas.

Albión, la ingrata Albión, su polvo encierra;  
Grecia es página en mármol de su historia,  
y servirá de pedestal la Tierra  
al bronce eterno de su eterna gloria.

## SÍMBOLO

*A Rubén Darío*

Dijo a la blanca luna el asfodelo:  
«—¡Oh, reina del azur solemne y triste!  
¿Qué misteriosa palidez te viste,  
Ofelia vagabunda por el cielo?»

Cándido cisne de color de hielo:  
¿En qué profundo Flegetón caíste?  
¿A qué brumoso páramo tendiste  
las plumas albas, con silente vuelo?»

Calló la flor... y doblegó en la urna  
su fúnebre corola taciturna  
cual simbólica imagen de lo inerte;

mientras el astro, como esquife indiano  
de vela de ámbar, se perdió en lo arcano,  
con rumbo a las riberas de la Muerte.

## EROS

Sobre las cumbres donde nunca llega  
el ágil ciervo, montaraz perdido,  
donde suspende el águila su nido  
y el ala enorme, bajo el sol despliega:

donde la luz reverberante ciega,  
allí, está el fiero cazador erguido,  
alta la frente y el carcaj ceñido,  
con el humano corazón en brega.

Lleno de augusta majestad, extiende  
su arco flexible; los espacios hiende  
nube de dardos, en tropel sonoro;

y altivo el gesto, en ademán severo,  
se alza divino el imperante arquero,  
bañado en sangre entre sus flechas de oro.

### AFRODITA

Vago rumor se extiende en las riberas  
de la ondulante soledad callada,  
donde, en sueño prolífico, la Nada  
incuba la legión de sus quimeras.

Tritones, hipocampos y ligeras  
náyades, surcan la extensión sagrada,  
y, por conjuro mágico evocada,  
vibran su voz las sirtes plañideras.

Como en sonante caracol marino,  
se oye del ponto en las entrañas hondas  
un misterioso acorde sibilino:

y, en la caricia de sus trenzas blondas,  
relampagueante el óvalo divino,  
surge Afrodita, de las glaucas ondas...





## DOMINGUEZ (Luis L.)

---

### EL OMBÚ

Cada comarca en la tierra  
tiene un rasgo prominente:  
el Brasil, su sol ardiente;  
minas de plata, el Perú;  
Montevideo, su acero;  
Buenos Aires—patria hermosa—,  
tiene su Pampa grandiosa;  
la Pampa tiene el Ombú.

Esa llanura extendida.  
inmenso piélago verde,  
donde la vista se pierde  
sin tener dónde posar,  
es la pampa, misteriosa  
todavía para el hombre,  
que a una raza da su nombre,  
que nadie pudo domar.

No tiene grandes raudales  
que fecunden sus entrañas;  
pero lagos y espadañas  
inundan toda su faz,  
que dan paja para el rancho,  
para el vestido dan pieles,  
agua dan a los corceles,  
y guarida a la torcaz.

Su gran manto de esmeralda  
esmaltan modestas flores  
de aromáticos olores

y de risueño matiz;  
el bibí, los marcachines,  
el trébol, la margarita,  
mezclan su aroma exquisita  
sobre el lucido tapiz.

No tiene bosques frondosos  
ni hermosas aves en ellos;  
pero si pájaros bellos,  
hijos de la soledad,  
que siendo únicos festigos  
del que habita esas regiones,  
adivinan sus pasiones  
y acompañan su orfandad.

Así, nuncio de la muerte  
es el cuervo o el carancho;  
si la peste amaga el rancho  
sobre el techo el buho está;  
y meciéndose en las nubes  
y el desierto dominando,  
las horas está cantando  
el vigilante yajá.

No hay allí bosques frondosos,  
pero alguna vez asoma  
en la cumbre de una loma  
que se alcanza a divisar,  
el Ombú, solemne, aislado,  
de gallarda, airosa planta,  
que a las nubes se levanta  
como faro de aquel mar.

¡El Ombú! Ninguno sabe  
en qué tiempo, ni qué mano,  
en el centro de aquel llano  
su semilla derramó.

Mas su tronco tan nudoso,  
su corteza tan roida  
bien indican que su vida  
cien inviernos resistió.

Al mirar cómo derrama  
su raíz sobre la tierra,  
y sus dientes allí entierra  
y se afirma con afán,  
parece que alguien le dijo  
cuando se alzaba altanero:  
«—¡Ten cuidado del pampero,  
que es tremendo su huracán.»

Puesto en medio del desierto,  
el Ombú, como un amigo,

presta a todos el abrigo  
 de sus ramas con amor;  
 hace techo de sus hojas  
 que no filtra el aguacero,  
 y a su sombra el sol de Enero  
 templá el rayo abrasador.

Cual museo de la pampa  
 muchas razas él cobija:  
 la rastrera lagartija  
 hace cuevas a su pie.  
 Todo pájaro hace nido  
 del gigante en la cabeza;  
 y un enjambre en su corteza  
 de insectos varios se ve.

Y al teñir la aurora el cielo  
 de rubí, topacio y oro,  
 de allí sube a Dios el coro  
 que le entona al despertar  
 esa pampa, misteriosa  
 todavía para el hombre,  
 que a una raza da su nombre,  
 que nadie pudo domar.

Desde esa turba salvaje  
 que en las llanuras se oculta  
 hasta la porción más culta  
 de la humana sociedad,  
 como un linde está la pampa  
 sus dominios dividiendo  
 que va al bárbaro cediendo  
 palmo a palmo la ciudad.

Y el rasgo más prominente  
 de esa tierra donde mora  
 el salvaje que no adora  
 otro dios que el *Valichú*,  
 que en *chamal* y poncho envuelto,  
 con los *laques* en la mano  
 va sembrando por el llano  
 mudo horror, es el Ombú.

¡Cuánta escena vió en silencio!  
 ¡Cuántas voces ha escuchado,  
 que en sus hojas ha guardado  
 con eterna lealtad!  
 El estrépito de guerra  
 su quietud ha interrumpido;  
 a su pie se ha combatido  
 por amor y libertad.

En su tronco se leen cifras

grabadas con el cuchillo,  
quizá por algún caudillo  
que a los indios venció allí;  
por uno de esos valientes  
dignos de fama y de gloria,  
y que no dejan memoria  
porque nacieron aquí...!

A su sombra melancólica  
en una noche serena,  
amorosa cantilena  
tal vez un gaucho cantó;  
y tan tierna su guitarra  
acompañó sus congojas,  
que el Ombú de entre sus hojas  
tomó rocío y lloró.

Sobre su tronco sentado  
el señor de aquella tierra  
de su ganado la hierra  
presencia alegre tal vez;  
o tomando el *matecito*  
bajo sus ramos frondosos,  
pone paz a dos esposos,  
o en las carreras es juez.

A su pie trazan sus planes  
haciendo círculo al fuego  
los que van a salir luego  
a correr el avestruz...  
Y quizá para recuerdo  
de que allí murió un cristiano,  
levantó piadosa mano  
bajo su copa una cruz.

Y si en pos de amarga ausencia  
vuelve el gaucho a su partido,  
echa penas al olvido  
cuando alcanza a divisar  
el Ombú, solenne, aislado,  
de gallarda, hermosa planta,  
que a las nubes se levanta  
como faro de aquel mar.

## A MONTEVIDEO

De las entrañas de América  
dos raudales se desatan:  
el Paraná, faz de perlas,  
y el Uruguay, faz de nácar.



Los dos entre bosques corren  
o entre floridas barrancas,  
como dos grandes espejos  
entre marcos de esmeralda.

Salúdanlos en su paso  
la melancólica pava,  
el picaflor y el jilguero,  
el zorzal y la torcaza.  
Como ante reyes, se inclinan  
ante ellos ceibos y palmas,  
y arrójanles flor del aire,  
aroma y flor de naranja.

Así siguiendo su senda  
sobre sus lechos se arrastran;  
luego en el Guazú se encuentran,  
y reuniendo sus aguas,  
mezclando nácar y perlas  
se derraman en el Plata.

El «Plata», y es verdad. Ancha llanura  
del bruído-metal que nunca acaba  
parece el río, cuya diestra lava  
de Buenos Aires el soberbio pie;  
cuya izquierda tendiendo hacia el Oriente,  
de una joven beldad la falda toca;  
beldad guardada por gigante roca,  
que el Plata inmenso desde lejos ve.

Y es fama que esa roca majestuosa  
a la bella ciudad pusiera el nombre,  
cuando en medio del mar al verla un hombre:  
«¡Monte veo!», del mástil exclamó;  
enfrente de ese monte nació un pueblo  
con un cinto de muros y cañones,  
do clavaron tres reyes sus pendones,  
que colérico el Plata contempló.

Te envidiaron los reyes, rica joya,  
y un día en sus coronas te ostentaron,  
y al mirarte otro día sólo hallaron  
en vez de joya duro pedernal.  
Entonces adornaste la diadema  
de la joven república de Oriente,  
que te muestra a los pueblos en su frente  
desde el Cerro, su eterno pedestal.

Ahi está Montevideo,  
extendida sobre el río,  
como virgen que en estío

se ve en un lago nadar.  
La Matriz es tu cabeza,  
es la aguada tu guirnalda,  
blancos techos son tu espalda  
y tu cintura la mar.

Ciudad coqueta, sonríes  
cuando ves los pabellones  
de poderosas naciones  
flamear en rico bajel,  
y les pagas las ofrendas  
que ellos traen a tu belleza,  
con tu campo, y la riqueza  
que derrama Dios en él.

En tu puerto a centenares  
mécese los masteleros  
como bosques de palmeros  
que sacude el vendaval,  
y si en él se ve de noche  
navegar rápida vela,  
parece garza que vuela  
de algún lago en el juncal.

En las noches sin estrellas  
tenebrosas del invierno,  
cuando el mar es un infierno  
que al marino hace temblar,  
tú, benéfica, iluminas  
sobre tu roca gigante  
un fanal que al navegante  
seguro norte va a dar.

En otro tiempo los reyes  
levantaron alta valla  
de impenetrable muralla  
para oprimirte, beldad.  
Pero el hierro del esclavo  
sacudiste de tus brazos,  
y los muros a pedazos  
derrumbó la libertad.

Eres tú, Montevideo,  
del Plata blanca sirena,  
y es tu entraña una colmena  
cuya miel es el amor.  
Feliz el labio que guste  
de tu miel, ciudad de amores,  
que tus hijas son las flores  
que dan tan dulce licor.

Tus hijas todas son ángeles  
en dulzura y en pureza;

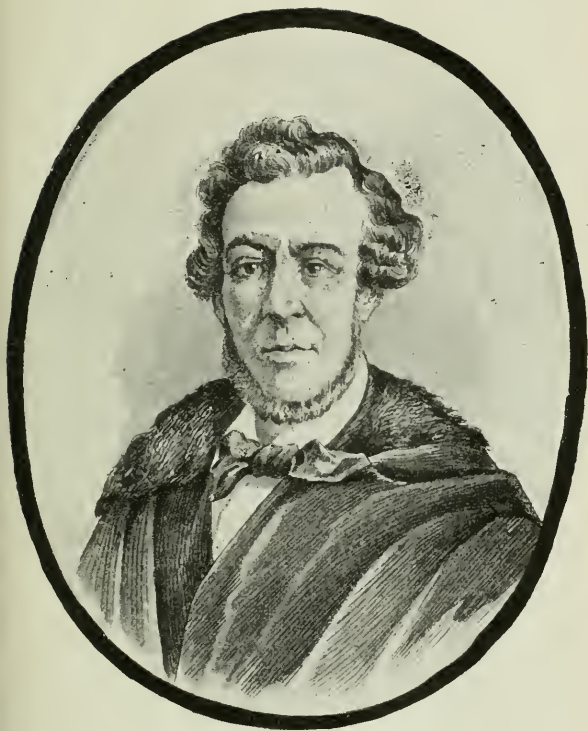
son estrellas en belleza,  
de la vida el iris son.  
Por ellas, sólo por ellas,  
eres tú, Montevideo,  
de mi memoria, recreo;  
de mis sueños, ilusión.

Y si tú crees en los sueños,  
escucha, ¡oh, pueblo!, uno mío:  
Yo soñé que veía al río  
salir de su ancho cristal,  
y que a ti y a Buenos Aires  
en sus brazos estrechaba,  
y así unidos os dejaba  
en un abrazo inmortal!

Si eres sólo un ensueño, dulce idea,  
que fascinas mi ardiente fantasía,  
no amanezca jamás el triste día  
que te borre de mí.

—¡Pero no!, que en los cielos está escrita  
en la página de oro del destino,  
la unión del oriental y el Argentino,  
que en mis ensueños vi.





**ESTEBAN ECHEVARRIA**





## ECHEVERRIA (Esteban)

---

### EL DESIERTO

(De *La Cautiva*)

Era la tarde, y la hora  
en que el sol la cresta dora  
de los Andes. El desierto,  
incommensurable, abierto  
y misterioso, a sus pies  
se extiende; triste el semblante,  
solitario y taciturno  
como el mar, cuando un instante  
el crepúsculo nocturno  
pone rienda a su altivez.

Gira en vano, reconcentra  
su inmensidad, y no encuentra  
la vista, en su vivo anhelo,  
dó fijar su fugaz vuelo,  
como el pájaro en el mar.  
Doquier campos y heredades  
del ave y bruto guaridas,  
doquier cielo y soledades  
de Dios sólo conocidas,  
que El solo puede sondar.

A veces la tribu errante  
sobre el petro rozagante,  
cuyas crines altaneras

flotan al viento ligeras,  
lo cruza cual torbellino,  
y pasa; o su toldería  
sobre la grama frondosa  
asienta, esperando el día  
duerme, tranquila reposa,  
sigue veloz su camino.

¡Cuántas, cuántas maravillas,  
sublimes y a par sencillas,  
sembró la fecunda mano  
de Dios allí...! ¡Cuánto arcano  
que no es dado al mundo ver!  
La humilde hierba, el insecto,  
la aura aromática y pura;  
el silencio, el triste aspecto  
de la grandiosa llanura,  
el pálido anochecer.

Las armonías del viento,  
dicen más al pensamiento,  
que todo cuanto a porfía  
la vana filosofía  
pretende altiva enseñar.  
¿Qué pincel podrá pintarlas,  
sin deslucir su belleza?  
¿Qué lengua humana, alabarlas?  
Sólo el genio su grandeza  
puede sentir y admirar.

Ya el sol, su nítida frente  
reclinada en occidente,  
derramando por la esfera  
de su rubia cabellera  
el desmayado fulgor,  
sereno y diáfano el cielo,  
sobre la gala verdosa  
de la llanura, azul velo  
esparcía, misteriosa  
sombra dando a su color.

El aura, moviendo apenas  
sus olas de aroma llenas,  
entre la hierba bullía  
del campo que parecía  
como un piélago ondear.  
Y la tierra, contemplando



del astro rey la partida,  
callaba, manifestando,  
como en una despedida,  
en su semblante pesar.

Sólo a ratos, altanero  
relinchaba un bruto fiero  
aquí o allá, en la campaña;  
bramaba un toro de saña,  
rugía un tigre feroz:  
o las nubes contemplando,  
como extático y gozoso,  
el yajá, de cuando en cuando  
turbaba el mudo reposo  
con su fatídica voz.

Se puso el sol; parecía  
que el vasto horizonte ardía:  
la silenciosa llanura  
fué quedando más obscura,  
más pardo el cielo, y en él  
con luz trémula brillaba  
una que otra estrella, y luego  
a los ojos se ocultaba,  
como vacilante fuego  
en soberbio chapitel.

El crepúsculo, entretanto,  
con su claroscuro manto,  
veló la tierra; una faja  
negra como una mortaja,  
el occidente cubrió;  
mientras la noche bajando  
lenta venía, la calma  
que contempla suspirando,  
inquieta a veces el alma,  
con el silencio reinó.

Entonces como el ruido  
que suele hacer el tronido  
cuandò retumba lejano.  
se oyó en el tranquilo llano  
sordo y confuso clamor;  
se perdió... y luego violento,  
como baladro espantoso,  
de turba inmensa, en el viento

se dilató sonoro  
dando a los brutos pavor.

Bajo la planta sonante  
del ágil potro arrogante  
el duro suelo temblaba,  
y envuelto en polvo cruzaba,  
como animado tropel,  
velozmente cabalgando;  
víanse lanzas agudas,  
cabezas, crines ondeando,  
y como formas desnudas  
de aspecto extraño y cruel.

¿Quién es? ¿Qué insensata turba  
con su alarido perturba  
las calladas soledades  
de Dios, do las tempestades  
sólo se oyen resonar?  
¿Qué humana planta orgullosa  
se atreve a hollar el desierto  
cuando todo en él reposa?  
¿Quién viene seguro puerto  
en sus yermos a buscar?

¡Oíd! Ya se acerca el bando  
de salvajes atronando  
todo el campo convecino;  
¡mirad...! Como torbellino  
hiende el espacio veloz.  
El fiero ímpetu no enfrena  
del bruto que arroja espuma;  
vaga al viento su melena,  
y con ligereza suma  
pasa en ademán atroz.

¿Dónde va? ¿De dónde viene?  
¿De qué su gozo proviene?  
¿Por qué grita, corre, vuela,  
clavando al bruto la espuela,  
sin mirar alrededor?  
¡Ved que las puntas ufanas  
de sus lanzas, por despojos  
llevan cabezas humanas,  
cuyos inflamados ojos  
respiran aún furor!

Así el bárbaro hace ultraje  
al indomable coraje  
que abatió su alevosía;  
y, en su rencor, todavía  
mira con torpe placer  
las cabezas que cortaron  
sus inhumanos cuchillos,  
exclamando: «—Ya pagaron  
del cristiano los caudillos  
el feudo a nuestro poder.

»Ya los ranchos do vivieron  
presa de las llamas fueron,  
y muerde el polvo abatida  
su pujanza tan erguida.  
¿Dónde sus bravos están?  
Vengan hoy, del vituperio,  
sus mujeres, sus infantes,  
que gimen en cautiverio,  
a libertar, y como antes  
nuestras lanzas probarán.»

Tal decía; y bajo el callo  
del indómito caballo,  
crujiendo el suelo temblaba;  
hueco y sordo retumbaba  
su grito en la soledad,  
mientras la noche, cubierto  
el rostro en manto nubloso,  
echó en el vasto desierto  
su silencio pavoroso,  
su sombría majestad.

¡SALVE, OH PLATA! (1)

¡Salve, oh Plata! En tu presencia,  
multiplicarse yo siento  
sublimarse mi existencia,  
lo que hay de humanal en mí;  
y ora quieta, ora iracunda  
se muestre, hirviendo la vida  
rebosar en mí fecunda,  
como rebosa ahora en ti.

(1) Fragmento del *Angel Caído*.

Y toda vez que el pampero  
sobre tus espaldas monta  
y arrojar espuma fiero,  
bramar te hace de furor;  
y te azota, y tú soberbio,  
tú indomable te agigantas  
por millares de gargantas  
lanzando eco atronador.

Tú a mis ojos representas  
de la pasión y del hombre  
el afán y las tormentas  
y la convulsión febril;  
y el incesante murmullo,  
y el tesón infatigable  
y de su indómito orgullo  
la pujanza varonil.

Cuando agitado te miro,  
el corazón se me ensancha,  
alegre y libre respiro  
de cuidado mundanal;  
todo lo olvido, y mi mente  
en su inspiración sublime  
abarca, concibe, siente  
lo infinito y eternal.

Acá en la tierra que piso  
no hallan aire mis pulmones,  
sólo entre fango diviso  
las reliquias del «no ser»;  
misteriosa y escondida  
tú me revelas la fuente  
del deleite de la vida  
que no tiene ni hoy ni ayer;

esa inagotable fuente  
que insaciable, delirando  
mi corazón y mi mente  
van buscando en el vivir;  
cuya agua sólo el abismo  
insondable de pasiones  
calmar podrá, que en mí mismo  
palpitante siento hervir.

¡Oh!, la tierra me fastidia  
con sus mezquinos afanes,

con su miserable envidia,  
con su odiosa ingratitud,  
con el humo de su gloria,  
con sus frívolos amores,  
con su ambición irrisoria,  
con su mentida virtud.

Me fastidia la dulzura  
de su gozo y sus deleites,  
que refrigerio ni hartura  
jamás a mi lado dan;  
todo cuanto toco en ella  
y apetezco y acaricio,  
y hasta el beso de la bella  
que busqué con todo afán.

Junto a ti mi pensamiento  
algo tiene de divino,  
en todo sér y elemento  
columbra el soplo de un Dios;  
y la vida, de la muerte  
surgir ve; armónico el orden  
del aparente desorden;  
la luz viva del caos.

Tu voz, ¡oh Plata estupendo!,  
gigantesca, habla un idioma  
que me deleita y comprendo;  
que nunca en el mundo oí;  
hay en ella una armonía  
que mi espíritu apetece,  
un arrullo que adormece  
lo que hay de carnal en mí.

¡Quién pudiera, hermoso Plata,  
cabalgar sobre tus ondas  
y de tus entrañas hondas  
los misterios descubrir;  
o en el raudito torbellino  
de la tormenta engolfarse,  
en su atmósfera bañarse  
y de su vida vivir!

Me place con el pampero  
esa tu lidia gigante  
y el incansable hervidero  
de tus olas a mis pies;

y la espuma y los bramidos  
de tu cólera soberbia  
que atolondran mis sentidos,  
llevan a mi alma embriaguez.

Y me place verte en calma  
dormir, como suele a veces  
dormitar, tranquila mi alma  
o mi vida material:  
cuando la luna barniza  
tu faz de plata, y jugando  
el aura apenas te riza  
la melena de cristal.

Me places como el Oceano,  
tu rival en poderío,  
cuando lo surcaba ufano  
en mi albor de juventud,  
con el corazón de luto,  
mas con el alma nutrida  
de savia fértil de vida,  
de fe y sueños de virtud.

Me places cual la llanura  
con su horizonte infinito,  
con su gala de verdura  
y su vaga ondulación,  
cuando en los lomos del bruto  
la cruzaba velozmente  
para aturdir de mi mente  
la febril cavilación.

Y te quiero, ¡oh Plata!, tanto  
como te quise algún día,  
porque tienes un encanto  
indecible para mí;  
porque en tu orilla mi cuna  
feliz se meció, aunque el brillo  
del astro de mi fortuna  
jamás en tu cielo vi.

Te quiero como el recuerdo  
más dichoso de mi vida,  
como reliquia querida  
de lo que fué y ya no es;  
como la tumba do yacen  
esperanzas, ambiciones,

todo un mundo de ilusiones,  
que vi en sueño alguna vez.

¡Oh Plata!, al verte gigante  
me agiganto, iluso siento  
la ilusión y arrobamiento  
de un inefable placer;  
y mi vida incorporarse  
con la tuya turbulenta,  
y en inmortal transformarse  
mi perecedero sér.

Si algo pedirte pudiera,  
si me oyese, en tus ondas  
sepulcro encontrar quisiera,  
mi cuerpo entregarte, sí,  
para que no viese el hombre  
sobre lápida ninguna  
jamás escrito mi nombre,  
ni preguntase quién fuí.







## ENCINA (Carlos)

---

### CANTO AL ARTE

#### I

¡Sentimiento y razón! Dualismo augusto,  
gloria y dolor del hombre,  
si sois verdad, ¿por qué luchar crüeles  
mientras la humanidad vaga perdida,  
náufraga en los oceanos de la vida?

¿No hay más allá en el mundo,  
tras la prisión que la mirada abarca?  
Y el vuelo del espíritu, ¿detiene  
el horizonte que la ciencia marca?

¿Lo bello no es verdad? ¿Acaso el Arte  
que creó el sentimiento del poeta,  
es un ensueño de la mente inquieta?

La idea que ardorosa  
labra el cerebro y hasta el cielo llega,  
¿será quizá engañosa  
transformación de la materia ciega?

¡Virtud, justicia! ¿Sois también mentira,  
atributo del átomo que gira?  
¿Y el Dios, del alma anhelo,  
vana ilusión del miserable suelo?

¡Sentimiento y razón! Fatal misterio  
de la humana existencia.  
¿Quién llevará del vencedor la palma  
en la lucha del alma contra el alma?

## II

¿Qué es el Arte? Un destello de Dios vivo,  
que hasta el alma del hombre se desprende.  
Allí sus formas el artista encuentra;  
allí el poeta su palabra enciende;  
y el músico, al buscar sus armonías,  
las armonías del Creador sorprende.

Ante el problema del ideal divino,  
la ciencia calla y la razón, postrada,  
se siente por el vértigo atraída  
hacia el abismo de su propia nada.  
¡Allí principia el Arte! Allí se eleva  
por la fe revestido  
de indecible poder, de virtud nueva;  
y, siguiendo el impulso  
que el sentimiento creador le imprime,  
se lanza a la región de lo sublime!  
Es rápido cometa que en su vuelo  
atraviesa las órbitas del cielo,  
y que, eterno girando  
en torno al ideal, el infinito,  
de esferas en esferas, va buscando.

Como dos cuerdas vibran y responden  
cuando están al unísono ajustadas,  
el artista se templa  
en las notas sagradas,  
y es la obra del genio que se admira,  
reflejo de lo eterno que le inspira.

Así, bajo el ardiente colorido,  
el lienzo mudo vive y se sublima;  
y, de sùaves formas revestido,  
al duro mármol la pasión anima;  
así el poeta revelarse siente  
el mundo de la luz allá en su mente;  
y los vagos acordes  
que al imperio del ritmo se conciertan,  
sed de infinito al corazón despiertan!

III

¡Sentimientos purísimos que al alma  
sóis corona de gloria!  
Verdad, justicia, ¡aspiración perpetua  
que no cabe en la forma-transitoria!  
¿Qué de vosotros fuera  
sin el Arte que al hombre diviniza?  
¿Qué deciros supiera  
esa razón que todo lo analiza?

La ciencia intenta conocer el cielo  
y la unidad descubre de las fuerzas;  
pero mira allí mismo el sentimiento  
y ve los mundos, que en su marcha eterna  
una suprema voluntad gobierna!

La razón quiso penetrar al hombre  
y sólo halló un cerebro;  
pero el Arte ha encontrado la conciencia,  
y ha visto a Dios, allí, donde no alcanza  
el severo rigor de la balanza!

¡No!, ¡no es una ilusión!, no es un delirio  
el ideal supremo  
que a la más noble aspiración responde!  
No puede ser mentira  
la visión inmortal que el alma esconde!

La fiera en su guarida,  
es feliz y perfecta  
por la gruta o el bosque protegida;  
el águila que sube  
a las regiones de la parda nube,  
los hierros no sospecha  
de la atracción que su dominio estrecha;  
el bruto muere sin pavor: en su alma  
elemental, no existe  
de la severa ley la imagen triste.

¿Por qué al hombre no llega  
esa armonía que al insecto alcanza?  
¿Por qué esperar, si es vana la esperanza?  
¿Por qué el ideal, si la razón lo niega?  
¡No!, no es una ilusión; no es un delirio  
la santidad del bien!, luz escondida

de la conciencia humana en el misterio!  
Hay algo más que el átomo y la fuerza;  
hay algo más que moles poderosas  
sometidas del número al imperio!

Del fondo de mi pecho un eco ardiente  
al labio llega que mi voz inflama:  
lo bello, lo sublime, no es materia!  
¡No es materia el sér que lo proclama!

El canto poderoso de Beethoven,  
el pincel de Rafael, de Dante el verso,  
todo eso es inmortal, todo es divino,  
como es luz transformada el Universo!

¿Qué sabe de esto la razón? ¿Qué sabe  
la ciencia atea que borrar pretende  
toda virtud y gloria de la tierra?  
¡Lo que sobre el secreto de la vida  
sabe el cadáver que la tumba encierra!

#### IV

Hay fuerzas que atraviesan  
de infinito a infinito  
los espacios profundos;  
son cadenas de luz en que reposa  
la unidad de los mundos.  
El ávido saber las interroga;  
y el planeta descubre  
que a la paciente observación se encubre,  
y en el pálido rayo  
de la remota estrella  
sabe leer su presente, y de su historia  
tal vez un día encontrará la huella.

El sentimiento tiene  
también sus armonías. Sus acordes  
vagan de lo infinito a lo creado;  
no hay voz que los exprese, pero se oyen  
con acento no hablado.  
El genio los admira  
y a ellos ajusta la inspirada lira;  
el átomo pensante se armoniza,  
y raro encanto su existir hechiza.  
¡Es del arpa de Dios sagrada nota  
que en el misterio de los mundos brota!

Eso es lo que sentimos  
cuando en las horas de silencio y calma,  
vago ideal que en la razón no cabe,  
que se presiente, pero no se sabe,  
con secreto anhelar aspira el alma.

¡Gravitación sublime, a cuyo influjo  
los mundos del espíritu se rigen;  
cadena de armonía, que vincula  
el sér creado a su celeste origen!

# V

Cuando en la edad primera  
el hombre de las selvas  
su vida con el bruto confundía  
y el dominio del suelo dividía,  
de su cerebro apenas  
el rayo de la idea  
vagaba obscuro al labio balbuciente;  
y preso en las cadenas  
de la materia ruda,  
al suelo hundía su nublada frente.

Y los tiempos pasaron  
en su eternal camino,  
y las formas cambiaron  
bajo el imperio del cincel divino.

Hasta que al fin la llama creadora  
que al planeta circunda,  
iluminó la noche de su mente,  
como la luz de la primera aurora;  
alzó su faz al cielo  
que un reflejo inmortal transfiguraba,  
y a la bóveda inmensa  
demandó su misterio,  
la frente altiva, la mirada intensa;  
y con grito sin nombre:  
«¡Hay un Dios!», exclamó. Y aquella hora  
la hora sagrada fué del primer hombre.

Así la humanidad se alzó del polvo,  
para vencer los tiempos  
en inmortal carrera;  
su primer sacerdote fué un poeta;

un canto al infinito fué la forma  
que revistió la religión primera.

Desde entonces, por siempre,  
como valla insalvable  
entre el hombre y el bruto colocada,  
está la imagen del Creador alzada;  
imagen pura, limpia, transparente,  
que la razón no ve, que el alma siente.  
Ella es el manantial de lo sublime  
que el corazón en sus raudales baña;  
ella fecunda el pecho de los héroes,  
ella es la fe que al mártir acompaña!

El frío escepticismo  
alza su estéril mano,  
y borrar lo imborrable intenta en vano;  
antes la luz que los espacios llena  
su propia faz velara,  
y el caos, el Universo sepultara!

No volverán los días  
de aquel sér de las selvas primitivo,  
para cuyo existir fuera bastante  
la tierra fecundante.  
El hombre ya no vive de materia:  
¡vive de la verdad! Su alma tocada  
por el fuego divino,  
presa no puede ser de muerte incierta;  
¡tiene ante sí la inmensidad abierta!  
¡Allí, su aspiración y su destino!

Artistas, ¡sacerdotes de lo bello!  
Vuestra misión sobre la tierra es santa:  
Dios es del Arte la sublime idea.  
¡Que su revelación el Arte sea!

Suprema luz increada,  
artista de los mundos! ¡Yo te invoco!  
Hacia la humanidad tu mano extiende,  
y un rayo de tu llama  
en los altares de mi patria enciende!



## ESTRADA (Angel, hijo)

---

### LOS ESPEJOS

En las penumbras misteriosas viven  
meditabundos, con la faz nublada;  
al reflejar las cosas, las conciben  
con tristezas de ensueño en la mirada;

y acentuado el silencio por rumores  
fugitivos y leves, acaricia  
sus adormidos, lánguidos fulgores,  
con muelle y blanda singular delicia.

\*  
\*   \*

Cuando la luna soñadora lanza  
sus besos blancos, y a filtrarse empieza  
por los cristales, si a un espejo alcanza,  
florece su fantástica belleza.

Hace él con nieve de la luz, espuma,  
y espuma desterrada de su astro;  
lágrimas llora de impalpable bruma  
prisionera en contornos de alabastros.

\*  
\*   \*

¡Ved cuál retrata la celeste esfera  
vivo espejo de lago rutilante,  
y ved al mundo del dolor, quimera  
que se evapora en su cristal sonante!

¡Con qué gloriosa lumbré llena el seno  
de las profundas aguas lo infinito,  
bajo la curva del zafir sereno  
en paz inmensa, sin la voz de un grito;

y entre los dos espacios, suspendida,  
su Ensueño mece con hechizo el alma,  
como una nube de algodón dormida  
en un ambiente de sublime calma!

\*  
\*   \*

Entre exóticas hojas de esmeralda  
brillan al son de la febril orquesta,  
y tejen sus reflejos la guirnalda  
de la alegría en la galante fiesta.

Si se miran las lunas nigromantes,  
de una imagen, imágenes difunden,  
ligándolas, así como vibrantes  
arpas, sonidos acordados funden.

Y flotantes, aéreas, repetidas  
en sus nimbos quiméricos las cosas,  
encienden al morir desvanecidas  
el ansia de las huellas luminosas.

Así lejos de labios convulsivos,  
entre los tules de espumoso rastro,  
la blonda mata de sus oros vivos  
contemplé destellante como un astro.

¡Y hacía padecer! ¡Oh caravana  
del Ensueño inmortal! Por el espejo  
vedle a la luz de sensación lejana  
en el encanto del gentil reflejo.

\*  
\*   \*

Se incendian con las púrpuras triunfales,  
los tonos claros con amor suavizan;  
y con miradas de mujeres reales  
arboles ideales armonizan.



Las siluetas afirman resaltantes,  
emblanquecen las nítidas blancuras,  
y así lucen los mármoles radiantes,  
contentos de sus propias hermosuras.

Los arabescos en los campos de oro,  
porcelanas, bujías, resplandores,  
las leves formas del cristal sonoro  
desplegando sus risas de colores;

pensamientos de vírgenes del cielo  
corporizados en fragantes rosas,  
lienzos que cantan el febril anhelo  
de las almas con tintas prodigiosas;

todo lo hechizan, todo se hermosea  
en la fuente dormida del semblante,  
como si el soplo que estremece y crea  
los abrasara en lumbre palpitante.

¡Ah! Si sentís la plenitud del cielo,  
con los ojos cargados de tristeza,  
y lo que vive, con el vivo anhelo  
de hallar el alma de su ideal belleza;

y toda sensación, como sonido  
huye en alas de leve movimiento,  
y os deja con recuerdos sin sentido,  
angustias al estéril pensamiento:

al mirar cómo rozan un espejo  
los engarces de luces y colores,  
y contornos y líneas, sin un dejo  
estelar del tumulto de primores;

crecerá vuestra pena palpitante  
sobre su nimbo luminoso y yerto,  
en que armoniza con la luz vibrante  
el frío extraño de la piel de un muerto.

\*  
\*   \*  
\*

En el hogar que reflejara un día  
opulento y feliz, leyó en aurora,

sin sol de regocijo, la elegía  
de los adioses que entre cirios llora.

Mujeres, danzas, y la danza aquella  
encantadora de los trajes, nunca  
volvió a mirar en los salones, bella;  
¡hiedra envolvía la columna trunca!

Desde entonces parece que refleja  
la pensativa luna de la casa,  
una sombra, que es símbolo de queja  
en el recuerdo del dolor que abrasa

al mustio corazón del que la mira,  
y al evocar el rostro, la cabeza  
que ya no puede reflejar, suspira  
cubriendo su cristal con su tristeza.



Severas las ferales colgaduras  
tapizan el salón: sin un ruido,  
está el aire entre viejas envolturas  
en el silencio sepulcral dormido.

Un billete de letra amarillenta  
nostálgico de un tiempo de fulgores,  
galante intriga de aventuras cuenta  
al polvo tenue de olvidadas flores.

Se piensa que si se abren los armarios,  
esparciránse, en voluptuosos giros,  
sacudiendo sus gráciles sudarios,  
madrigales, perfumes y suspiros.

Y, numen elegiaco de la sala,  
sobre fondo sombrío en un testero,  
sutil tristeza misteriosa exhala  
el retrato de noble caballero.

Entre dibujos de espejuelos blancos  
redonda luna de Venecia, crece;  
platíneas sierpes corren por sus flancos,  
y en el hastío estéril, envejece.

Cual arpa muda que el pesar concibe  
está el reloj ornamental, erguido,  
meditando en que el tiempo ya no vive  
en el vaivén del péndulo mecido.

Parece que el espejo reverbera  
con la quietud de los tapices mudos,  
el solemne silencio de su esfera  
coronada por ángeles desnudos:

y por sobre él, sobre la luna, vivos,  
con inquietante lucidez que asombra,  
reflejan pensamientos aflictivos,  
los ojos del retrato de la sombra!

\*  
\*   \*   \*

En un desván, dentro de un marco de oro  
sin brillo, de la vida desterrado,  
está el vetusto reflector, tesoro  
de una gentil generación amado.

Al último viviente que en sus bellos  
rulos dorados reflejó de niño,  
fijaba taciturno en sus destellos,  
tocado ya por el fatal armiño.

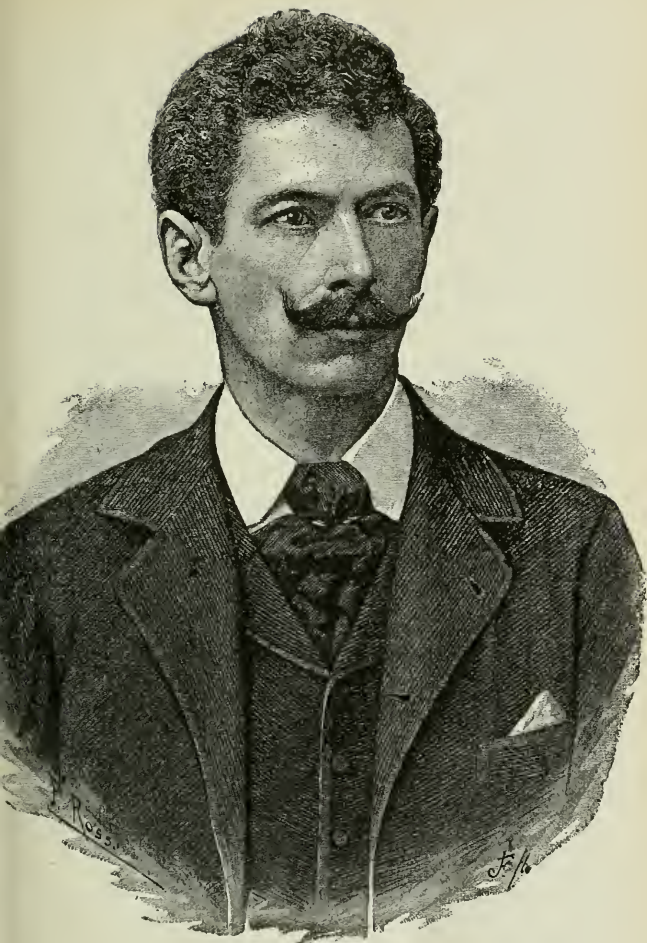
Y un día ante su imagen reflejada  
vertió el viejo dos lágrimas ansiosas;  
quizá al ver del espejo en la mirada  
el adiós pensativo de las cosas.

Vinieron otros, pero ya evocados  
no vieron en su luna antiguos días,  
ni extinguidos semblantes adorados  
con recuerdos de penas y alegrías.

Y es su asilo el desván: de las cornisas  
cuelga en jirones polvorosa malla;  
húmedo aliento de las acres brisas  
corrompe el oro de su dura talla.

Y al mirarme un instante en sus reflejos  
en pleno amor de juventud sonriente,  
con el tinte amarillo de los viejos  
de la caricia de su luz, se siente

la rara angustia con que el alba roza  
del cuerpo insomne las nocturnas huellas,  
cuando Psiqué tras de la fiesta hermosa  
ve apagarse las pálidas estrellas.



**DIEGO FERNANDEZ ESPIRO**





## FERNANDEZ ESPIRO (Diego)

---

### LUZBEL

No es el ángel rebelde condenado  
a la eterna expiación de su delito,  
es el soberbio criminal maldito  
que en la tiniebla se revuelve airado.

Demóniaco fantasma del pecado,  
lanza en las sombras estridente grito  
y cruza sobre el piélago infinito  
en la heroica actitud del renegado.

Bello y altivo y orgulloso y fuerte  
invade con satánica alegría  
los oscuros dominios de la muerte.

Su flamígera espada centellea,  
la cólera celeste desafía  
y en los umbrales del Edén bravea.

### CRISTO

Su vida fué un relámpago. Su historia,  
grabada en el martirio de su suerte,  
se derramó en la sangre de su muerte  
para llenar el mundo de su gloria.

A través de los siglos su memoria  
guía a la humanidad, que osada y fuerte  
lucha como El, que triunfador inerte  
sobre la cruz clavaba la victoria.

Apóstol de la fe noble y severo,  
más grande en su inmortal filosofía  
que Sócrates famoso y justiciero,

la libertad su genio iluminaba  
cuando al hombre del hombre redimía  
y la augusta verdad le revelaba.

### SUICIDA

¿Fatalidad...? Vencido en la pelea,  
fuera en el mundo su derrota gloria,  
y su heroica caída una victoria  
de su amarga y anónima odisea.

De aquel noble soldado de la idea,  
que con sus triunfos ilustró su historia,  
apenas si conserva la memoria  
un cadáver que flota en la marea.

Sintió las alas y ensayó su vuelo;  
estaba su alma en grandeza ungida;  
le abrió el amor esplendoroso el cielo;

y audaz, altivo, luchador y fuerte...  
¡halló, al salir del sueño de la vida,  
la realidad del sueño de la muerte!

### RESURGAM

No estoy vencido. Mi orgullosa frente  
levanto de la vida en el combate  
y altivo espero el enemigo embate,  
como el peñón la furia del torrente.

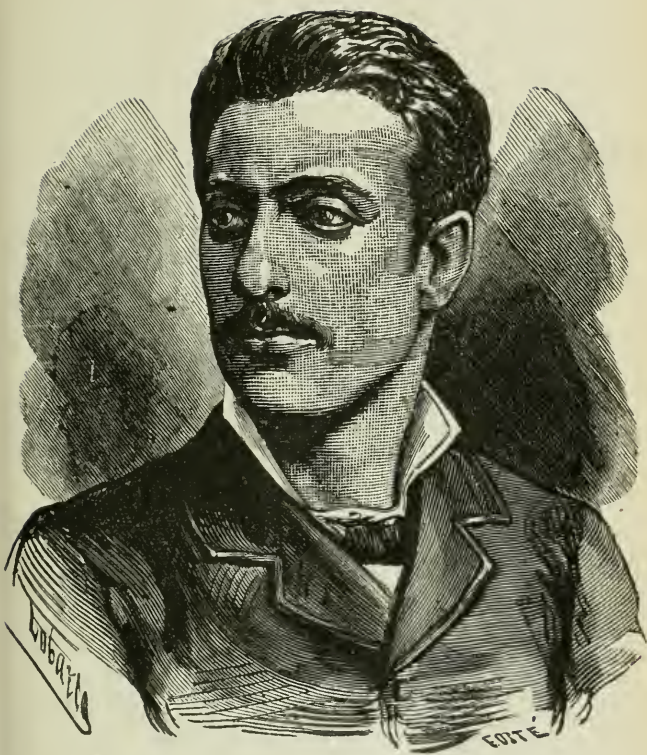
Mi espíritu genial, temor no siente;  
el golpe de la suerte no me abate.  
Mi corazón en la esperanza late  
de luchar y vencer mientras aliente.



El espacio es del águila altanera  
que, con las alas azotando el viento,  
navega audaz en la azulada esfera.

También yo, cual el águila arrogante,  
triunfador me alzaré —tengo su aliento—,  
y a través de las tumbas, ¡adelante!





MARTIN GARCIA MEROU





## GARCIA MEROU (Martín)

---

### ENTRA A UN CONVENTO

*Get thee to anunnery; why  
wouldst thou a breeder of sin-  
ners?... We are arrant knaves-  
all; believe none of us. Go thy  
ways to anunnery!...*

HAMLET

Yo que veo tu gracia y tu pureza  
perdidas entre el ruido y el tumulto;  
yo que absorbo la luz de tu belleza;  
yo que te rindo culto;

yo que en la noche solitaria, aspiro  
la fresca emanación de tu perfume,  
y apago en el rumor de tu suspiro  
la sed que me consume;

yo que he puesto en tu fe mis ilusiones,  
yo que te amo en silencio, vida mía,  
¡maldigo la impureza y las pasiones  
de esta perpetua orgía!

¡Mira, y deplora nuestra triste historia!  
Uno rueda en la sima de la suerte,  
otro va a la pasión, otro a la gloria...  
¡Y todos a la muerte!

Aqué! vuelve con paso vacilante  
del seno de las torpes bacanales,  
y prostituye en vértigo incesante  
sus obras virginales.

Este se abraza a la ambición, y el mundo  
de cadáveres siembra su camino,  
mientras lo alumbra el esplendor fecundo  
de su inmortal destino...!

Tú que contemplas sin rencor ni pena  
la turba que se arrastra ante tu planta,  
ángel que sufre su mortal condena  
y en el destierro canta;

tú que eres pura, como el sol que extiende  
su púrpura en la nieve de la cumbre,  
y, al caer, el crepúsculo, la enciende  
con moribunda lumbre;

dí, ¿no comprendes con pesar profundo  
que te mata la hiel de la existencia,  
y que el mismo turbión seca en el mundo  
la flor y la conciencia?

¡Huye de sus halagos! Su veneno  
lacera el pecho. Su desdén lo agita.  
Su odio lo impregna de dolor... ¡Sileno  
corrompe a Margarita!

¡Y, al hundirla en las sombras solitarias,  
va tras otro placer, siempre risueño,  
sin dejar a esa muerta sus plegarias  
para arrullar su sueño...!

¡Oh!, ¡yo lo sé! Cuando agitado espío  
tu forma palpitante y seductora  
que cruza en el crepúsculo sombrío  
como una blanca aurora;

cuando lleno de gloria me imagino  
ver una confidencia en tus sonrojos,  
y llevar por estrella en mi camino  
la llama de tus ojos;

cuando contemplo en la penumbra incierta  
tu rostro libre de pesar y agravios,

y, al mismo tiempo que la voz, despierta  
el iris en tus labios;

cuando todas tus gracias centellean;  
cuando mi triste corazón te invoca,  
y, como aves de amor, revolotean  
los besos en tu boca;

cuando el triste pasado se derrumba  
y todo marcha a agonizar perdido:  
la barca al mar, los hombres a la tumba,  
las almas al olvido;

cuando digo a las brisas rumorosas  
una palabra que, al pasar, te agita,  
y encierro en las estrofas armoniosas  
el verso que palpita;

¡cuando te llamo trémulo y te imploro,  
me ciega la visión de tu pureza,  
¡Virgen!, me quema tu esplendor, y lloro  
tu espléndida belleza!

Escucho de las turbas el murmullo;  
la loca vanidad de la opulencia;  
siempre el vicio, la muerte y el orgullo...,  
¡y nunca la inocencia!

¡Sondeo la tiniebla descarnada  
donde cruzan las almas expiatorias,  
para hallar en la nada de esa nada  
alguna de mis glorias!

Y, ¡ay!, ¡todo hiere al corazón sombrío...!  
La flor dobla su tallo macilento  
y el placer en el fondo del hastío,  
deja remordimiento!

Todo es tortura, vanidad, mentira;  
la gloria un sueño, la verdad un nombre;  
besa la mano del poder la lira;  
y el hombre huye del hombre...!

¿No oyes brotar el doloroso grito  
de la pasión, los odios, las quimeras  
que arrojan en el vértigo infinito  
sus voces lastimeras?

¿No ves al hombre combatiendo, presa  
de un tirano fatal que lo domina,  
unir al labio que la herida besa,  
la mano que asesina?

¡Oh!, ¡si lo ves! ¡Cuando en la noche gime  
el viento en la arboleda solitaria,  
algo cuenta tu espíritu sublime  
a Dios en la plegaria!

¡Algo que enciende tu emoción; que vela  
el límpido cristal de tu ternura  
y, como el canto de las aves, vuela  
perdido en la espesura!

¡Algo que te habla con rumor doliente  
y te lleva al abismo del pasado,  
como un nido que arrastra la corriente  
del río desbordado...!

Pero el mundo te espera. ¡Sus fulgores  
te embriagan, sus sonrisas te iluminan;  
y ante tu paso sus vistosas flores  
con emoción se inclinan!

Y, cuando, al fin, la ráfaga impetuosa  
de la pasión, marchite tus encantos,  
y respondan a tu alma quejumbrosa,  
risas en vez de llantos;

cuando descubras el pesar inquieto  
debajo de la máscara sonriente,  
y la tormenta de un dolor secreto  
haga estallar tu frente;

cuando en los brazos del galán liviano  
agotes el placer de los sentidos,  
y en tu desierto corazón, en vano  
quieras buscar latidos;

marchitarás tu juventud inquieta,  
te arrancarás del corazón su llama,  
como el histrión se arranca la careta  
cuando termina el drama!

¡Huye!, ¡no escuches la palabra impía  
del crimen que devora la conciencia;



guarda pura en tu pecho, vida mía,  
la luz de tu inocencia!

Huye del vicio y la maldad sin nombre;  
del vértigo terrible de un momento;  
de la mentida majestad del hombre...  
Y pronto entra a un convento...

### A SOLAS

¿Por qué el dolor nos oprime  
y la duda nos espanta?  
¿Por qué, cuando el ave canta,  
la fuente solloza y gime?  
¿Quién dió al viento sus rumores  
en la tormenta o la calma,  
y puso la fe en el alma  
como el perfume en las flores?  
¡Oh Dios! Mi pecho se expande  
cuando se abisma en tu seno,  
concibiéndote más bueno  
al concebirte más grande.

Te ve doquiera. Te siente  
con entusiasmo profundo  
en el astro moribundo  
como en la estrella naciente.

De la cuna al ataúd  
pide, al cruzar la existencia,  
como un báculo la ciencia,  
como un fanal la virtud.

### EL LEÓN

Estaba mudo y bravío  
en la jaula aprisionado,  
como evocando el pasado  
de su destino sombrío.

¡Ay! El monarca del monte  
inclinaba la cabeza,  
lleno de rabia y tristeza,  
al mirar el horizonte.

Dominando sus pasiones,  
cautivo de extraña zona,

era aquel rey sin corona  
juguete de los histriones.

La turba se reunía  
con temores comprimidos,  
y al escuchar sus rugidos  
con horror se estremecía.

¡Ay si su frente altanera  
de la abyección se levanta!

¡Ay si sus hierros quebranta  
la melancólica fiera!

¡Ay si le llega el murmullo  
de su solitario asilo!

¡Dejad al león tranquilo...!

¡Mujer, no hieras mi orgullo!

### ¡EVOHÉ...!

¡Evohé...! Vamos, amantes,  
a los llanos  
donde, ávidas y jadeantes,  
corren desnudas bacantes  
persiguiendo a los silvanos...

El sátiro nos espera  
en la sombra...  
Brilla un sol de primavera  
sobre la fresca pradera...

¡Vamos a la verde alfombra...!

¡Evohé...! Despierta, hermosa.  
La mañana  
abre su cáliz la rosa,  
y en el baño, pudorosa,  
Acteón sorprende a Diana...

Sobre el cristal de la fuente  
la arboleda  
se refleja mansamente...

Pasa una sombra sonriente:

¡la blanca sombra de Leda...!

Todo rebosa armonía,  
luz y encanto;  
todo inspira la alegría,  
y el ave en la selva umbría  
eleva al cielo su canto...

## EL GRAN LIBRO

Para elevar a Dios el pensamiento  
y admirar su poder en los espacios,  
no es necesario un mar siempre violento,  
ni un sol que vierta lumbre de topacios.

Basta un valle alejado de rumores  
al que se llegue por oculta vía,  
que embalsame el ambiente con sus flores  
y que temple el ardor del mediodía.

Basta fijar la vista en el lucero  
pálido y triste que en las noches arde,  
y escuchar el quejido lastimero  
del ave errante al expirar la tarde.

Basta el rocío que en las hojas brilla  
y que el rayo del sol pronto evapora;  
basta del río en la desierta orilla  
mirar el sauce que se inclina y llora.

Basta la sombra con la luz mezclada,  
basta el insecto que en el aire zumba,  
basta la flor que nace abandonada  
y se marchita al borde de una tumba.


Basta la hierba en el verjel nacida,  
basta un arroyo que fecunde el suelo,  
una espiga de trigo bendecida,  
un pedazo de selva, otro de cielo.

La Natura es el libro en que se admira  
la grandeza de Dios, do se halla escrito  
ese poema que al mortal inspira  
el himno arrobador al infinito.

Su página más íntima y oscura  
un rayo celestial de Dios refleja...  
Todo en el mundo tiene su hermosura,  
menos aquél que de su amor se aleja.

Así, el manto flotante de los cielos  
que Dios tendiera con su excelsa mano,  
se refleja, sin límites ni velos,  
en una gota como en un oceano.





## GHIRALDO (Alberto)

### LO QUE DICE LA OLA

El viento ruge su canción extraña.  
La ola salada, triunfadora, invade  
el arenal estéril; ya ha cubierto  
la roca más altiva; ahora se expande  
con impulso espasmódico en la triste  
llanura, hasta que reina en el salvaje  
escenario.

Entonce alza un clamoroso  
grito dominador y se diría  
que está al cielo retando: tal su acento  
resuena.

«Hasta aquí llego —dice el grito—;  
encajonada estoy, mas me desbordo:  
fermentos del abismo me dan fuerzas  
y ansias de libertad llevo en mi seno  
para inundar el orbe.

Soy un símbolo  
de rebelión, mi cresta es mi bandera  
de combate; y es blanca y luminosa  
como un ideal; sobre mi lomo luce  
como aureola.

El himno de la muerte  
con bandera de luz cruzo cantando...!»

## ¡FELICES!

Felices, sí, vosotros, los imbéciles,  
los que en nada pensáis, ni sentís nada,  
huecos de corazón y de cerebro,  
espíritus sin luz, almas sin alma.

Felices, sí; felices los que sólo  
alimentáis famélicos la panza,  
y flotáis en los mares de la vida  
como flota lo fofa sobre el agua.

¡Quién pudiera matar el pensamiento,  
aniquilar el corazón y el alma,  
y vivir en las sombras sumergido  
sin conciencia, sin luz, sin sol, sin ansias!

## PARA TI

Las aguas del mar son verdes,  
verdes como la esperanza,  
y el mar se traga las naves,  
y siguen verdes sus aguas.  
De tus ojos el abismo  
es tumba de muchas almas...,  
y también tus ojos tienen  
el color de la esperanza.



## GONZALEZ (Joaquín V.)

---

### RIMA

El águila remóntase al espacio,  
el cóndor en las nubes tiene el nido,  
y en las altas regiones de la idea  
agítase el espíritu.

La nube sigue al viento en el espacio,  
la luz sigue las ondas del abismo,  
y siguiendo la estela de tus alas  
va en pos de ti mi espíritu.

Como se alumbran entre sí los soles  
convirtiendo en hoguera el infinito;  
cual cóndores andinos en las cumbres  
se guían por las rutas del vacío,  
por los cielos de luz del pensamiento  
se guiarán tu espíritu y mi espíritu.







## CARDO GUTIÉRREZ

hondo pesar que siento  
el alma me desgarra  
a en esta guitarra  
y está llorando en mi acento:  
como es mi propio tormento,  
fuente de mi inspiración,  
cada pie de la canción  
lleva del alma un pedazo  
y en cada nota que enlace  
se me arranca el corazón.

. . . . .

(Fragmento de «Trova», del poema LÁZARO)





## GUTIERREZ (Ricardo)

---

### EL MISIONERO

Cuando el mundo pasado  
la órbita del Olimpo recorría  
en un cielo sin Dios, desamparado;  
cuando la ciencia idólatra mentía;  
y el arte prostituído blasfemaba,  
y en el estruendo de perpetua orgía  
la miserable humanidad rodaba...,  
abrió la Cruz sus descarnados brazos,  
con su gigante sombra cubrió el suelo,  
y el hombre, en ella al estampar sus pasos,  
sintiendo al Dios que el Universo encierra,  
alzó la frente al cielo  
¡y cayó de rodillas en la tierra!

¡Así la humanidad fué redimida,  
así el Cristo en la Cruz cambió su suerte,  
así desde el espanto de la muerte  
a la inmortalidad alzó la vida!  
Desde el polvo del hombre hasta Dios mismo  
sólo la Cruz alcanza:  
¡ella es la tabla en que salvó el abismo  
desde la tierra al cielo la esperanza!  
Las creencias pasan, la razón vacila,  
el ideal del arte se transforma;  
la estirpe humana misma  
girando en el perpetuo torbellino

dónde la guía el resplandor divino,  
acercándose a Dios cambia de forma.

La ciencia balbuciente  
llama al dintel de la verdad en vano,  
sin encontrar siquiera  
la ley que rige la materia inerte,  
¡y enciende el pensamiento soberano,  
que en la frente del hombre reverbera  
como diadema del linaje humano!

¿Qué ha sido de la espada,  
qué ha sido del poder y de la gloria  
con que la España deslumbró la historia  
al pisar en la América ignorada?

Lo que fué de la estela  
que en las olas del mar dejó el sendero  
de la audaz carabela  
que guió de Colón la fe cristiana!  
¡Sólo quedó la cruz del Misionero  
abrazando la tierra americana!

Con júbilo profundo  
lo ve la mente que la ciencia absorbe,  
lo escucha el alma en su esperanza tierna:  
todo pasa en el mundo,  
todo cambia en los ámbitos del orbe:  
¡la Cruz sólo es eterna!

. . . . .

Hombre mortal que brillas  
en la aureola de Dios como una estrella,  
¡yo soy el *Fraille* que en tu burla humillas,  
yo levanto la Cruz.... yo muero en ella...!

Yo soy su misionero,  
yo soy su combatiente solitario;  
¡todas las sendas sobre el mundo entero  
son para mí la senda del Calvario!

Soy el hijo proscrito  
de la familia humana,  
¡el hogar de la paz y la alegría  
se cierra para siempre al alma mía,  
que ata el lazo bendito  
que el padre al hijo ligará mañana!  
En la cuna inocente  
dónde tú ensayas tu primer respiro,

pongo el sello de Dios sobre tu frente;  
y en el lecho doliente  
donde exhalas el último suspiro  
de la vida precaria,  
¡yo aliento tu partida,  
te enseño el rumbo de la eterna vida  
y te levanto al cielo en mi plegaria!

Cuando tu pecho late  
bajo la noble cota del soldado,  
yo te sigo a la brecha del combate  
con la sandalia de mi pie llagado;  
y entre el humo y la sangre y la metralla  
que ocultan a los cielos tus despojos,  
¡te hago besar la Cruz en la batalla  
y te cierro los ojos!

Y yo también en la existencia triste  
¡soy soldado de Cristo sobre el mundo...!  
Bajo la saya que mi cuerpo viste  
llevo el arma divina,  
llevo la Cruz sagrada  
que las tribus caribes ilumina:  
¡la Cruz más poderosa que la Espada!

La Cruz, que guarda en el hogar paterno  
la fe sublime en que tu amor reposa;  
la Cruz, donde repite el niño tierno  
la oración de la madre y de la esposa;  
¡la Cruz, que en el regazo  
de la sagrada tierra  
que las cenizas de tu padre encierra,  
cubre a tus hijos con su eterno abrazo!

Cuando las hordas bárbaras rugieron  
y a la sombra de Atila se lanzaron  
y a la espantada Europa sorprendieron  
y entre sus propias ruinas la abismaron,  
el *Fraile* moribundo  
hasta en las Catacumbas perseguido,  
salvó en las Catacumbas escondido  
el progreso del mundo:  
¡la ciencia, el arte, la verdad, la historia,  
la civilización, que alza en su huella  
al hombre hasta la gloria,  
al resurgir la Cruz renació en ella!

¿Qué fué un tiempo tu mansión paterna,  
 qué fué el hogar donde tu amor sonríe,  
                     qué fué tu patria entera  
 donde hoy sus pasos el progreso estampa...?  
 Antes de alzar mi cruz, ¿sabes lo que era?  
 ¡El salvaje desierto de la Pampa!

¡Yo caigo en él! ¡Soy el primer cristiano  
 que recibe del bárbaro la flecha,  
 y abre en sus hordas la primera brecha  
                     al pensamiento humano!  
 ¡Y sobre el rastro de la sangre mía  
 con que el desierto indómito fecundo,  
 tiene la libertad la férrea vía  
 por donde cruza el porvenir del mundo!

¡Yo caigo en él! ¿Qué pierdo  
 en la vida de glorias rodeada  
 cuando la muerte mi pupila cierra...?  
 ¿Qué puede sollozar en mi recuerdo?  
 ¡El pedazo de piedra  
                     que me sirvió de almohada,  
 y el mendrugo de pan con que la tierra  
 alimentó mi paso en mi jornada!

¡Sobre la huesa mía  
 en el mundo feliz, sólo un lamento  
 viene a llorar bajo la noche umbría:  
                     el gemido del viento!

Caigo bajo la Cruz con que combato  
 por la gloria del hombre eternamente...  
 Y ahora, mundo ateo, mundo ingrato,  
                     ¡escúpeme en la frente!

## TROVA

(Del poema «Lázaro»)

El hondo pesar que siento  
 y ya el alma me desgarrar  
 solloza en esta guitarra  
 y está llorando en mi acento:  
 como es mi propio tormento,  
 fuente de mi inspiración,  
 cada pie de la canción

lleva del alma un pedazo  
y en cada nota que enlace  
se me arranca el corazón.

Te vi y aunque no sentiste,  
en mi corazón te amé  
con esa profunda fe  
que hay sólo en un alma triste:  
tú en un palacio naciste,  
yo en un desierto nací,  
y aunque en el alma sentí  
fuerzas para alzarme al cielo,  
el hombre cortó mi vuelo  
y hasta el infierno caí.

La estrella de mi destino  
—no importa—, un rayo lanzaba  
que a disipar alcanzaba  
las brumas de mi camino:  
ya ese rayo mortecino  
para siempre se apagó  
y sólo a alumbrar sirvió  
esta eterna noche impía  
cuando en tu alma, la mía  
también el desprecio halló.

Como fiera perseguida  
piso una senda de abrojos,  
sin sueño para mis ojos  
ni venda para mi herida,  
sin descanso, ni guarida,  
ni esperanza, ni piedad,  
y en fúnebre soledad,  
a mi dolor amarrado,  
voy a la muerte arrastrado  
por mi propia tempestad.

El cielo me ha maldecido;  
el mundo me ha despreciado.  
¿Dónde, sin verme acosado,  
sentaré el pie dolorido...?  
¡No hay recuerdo, no hay olvido  
para engañar mi aflicción:  
sólo hay desesperación  
para mí, en el mundo ajeno...!  
Yo mismo huyo, de horror lleno,  
de mi propio corazón.



## DEDICATORIA

*(Del poema «Lázaro»)*

Cuando en la noche de sombría calma  
me despierta el sollozo a mi quebranto,  
mi arpa pulso y, a su acorde, canto  
para engañar la soledad del alma.

Temo que en mi vigilia hasta la aurora  
me arrastre la aflicción a la locura,  
si hundido en el recuerdo y la amargura  
me abandono al pesar que me devora.

Así fué que arrullando mi memoria  
con la voz de mis cantos fugitivos,  
llené para tus ojos pensativos,  
las páginas sombrías de esta historia.

¡Oh!, ¡para ti, no más! Por eso en ella  
el pesar de mi alma se ha volcado,  
la desesperación que la ha cruzado  
con tan rasgada y dolorosa huella;

aquel profundo hastío de la vida  
que todo el cielo a obscurecer alcanza,  
cuando por fin la última esperanza  
se desprende del alma estremecida;

aquel incommovible abatimiento  
que pesa sobre el alma como un mundo,  
aquel salvaje vértigo profundo  
que envuelve la razón y el sentimiento;

¡oh!, la desgracia de la vida entera  
que cruza el corazón como una espada;  
el corazón misántropo, que nada  
busca en el mundo ni del mundo espera.

¡Nada! Vuelve tus ojos a las huellas  
que parten a la gloria y la fortuna,  
y no hallarás perdida entre ninguna  
la estampa de mis pies cruzando en ellas.

¡Nada! Que yo no encuentre sensaciones  
donde los otros en su afán se agitan,



donde las fuerzas de su alma excitan  
buscando desengaños o ilusiones.

Yo no parto su gloria, su riqueza,  
su dicha, sus pesares ni su hastío,  
a cambio solamente de que el mío  
no vengan a turbar con su franqueza.

Nunca habrás visto blanquear mi frente  
cuando tus ojos con afán vagaron  
y de extremo en extremo la buscaron  
entre las oleadas de la gente.

Yo vivo en el hogar de mi destierro,  
sin misión sobre el mundo en mi caída;  
solo, con la desgracia de la vida,  
entre mi propio corazón me encierro.

Ya ves entonces que el afán de gloria  
no ha llenado mi libro con mi canto,  
que es ya en el mundo para mí su encanto  
como un jirón de miserable escoria.

Canto, porque en mis sueños de desvelo  
se engañan mi recuerdo y mi amargura;  
para robar mi alma a la locura  
que se agita en el fondo de mi duelo.

Canto, para que sepas que en mi frente  
no se rebulle el alma de un idiota,  
aunque vencida y agobiada y rota  
se abisma en su ansiedad tan hondamente.

Canto, para enseñarte que en la tierra  
crecen dolores que el amor no calma,  
por más que en ese amor que arrulla el alma  
su única ambición el alma encierra.

¿Y no penetras la mortal congoja  
que tu recuerdo mismo me envenena,  
y vertiendo el horror de que está llena  
verso por verso va y hoja por hoja?

¡El peso de un fatal remordimiento!  
¡Esta espantosa llaga de mi vida,

que en lo más hondo de mi ser caída  
hace de mi conciencia su alimento!

¡Nada ya de mi espíritu agitado  
disipará esta sombra de la muerte:  
el golpe irremediable de la suerte,  
que me apartó por siempre de tu lado!

Deja que huya entonces de mí mismo  
para arrancarme del pesar eterno:  
el más crüel demonio del infierno  
vive de mi memoria en el abismo.

¡Deja que cante! Si nací poeta,  
arrullaré tu sueño desolado:  
guarda estas tristes flores que he arrancado  
del roto corazón, grieta por grieta.

Y vale más que en mi dolor profundo  
pueda mecer mi pena el canto mío;  
¡ah!, que, si no, para engañar mi hastío,  
¡qué me da ya, sin tu recuerdo, el mundo!

### LAGRIMA

Angel de mi terrestre paraíso,  
estrella de mi noche funeraria,  
arrullo de mi sueño desolado,  
música de las selvas de mi patria,  
tórtola triste  
como una lágrima,  
sombra de mi reposo,  
¿a dónde va tu alma sin mi alma?

Vibración de mi espíritu, armonioso  
impulso de mi carne fatigada,  
atmósfera celeste de mi vida,  
rumbo de mi existencia solitaria,  
mitad errante  
de mi esperanza,  
ya no te ven mis ojos.  
¡«Allí» quedó tu alma sin mi alma!

Patria de mis risueñas ilusiones,  
pupila de mis ojos arrancada,  
caricias de mi madre enternecida,

descanso ¡ay! de la feroz batalla,  
templo caído,  
de mi plegaria,  
en la tierra, en el cielo,  
¿a dónde irá tu alma sin mi alma?

Muda como los cráneos de la fosa,  
sola como el desierto de la pampa,  
mustia como los sauces del sepulcro,  
triste como la última mirada,  
como un sollozo,  
como una lágrima,  
¿así quedó tu alma sin la mía?  
¡Así quedó mi alma sin tu alma!





## GUTIERREZ (Juan María)

---

### A MI CABALLO

Rey de los llanos de la patria mía,  
mi tostado alazán, ¿quién me volviera  
tu fiel y generosa compañía  
y tu mirada inteligente y fiera?

¿Has llorado por mí, cuando otra mano  
limpia el polvo a la crin de tus melenas?  
¿Recibes las caricias siempre ufano?  
¿Adviertes, alazán, que son ajenas?

Tu pobre dueño, errante, vagabundo,  
tan sólo de recuerdos ha vivido,  
y en todos los caminos de este mundo  
la imagen de la Patria le ha seguido.

Patria es amor, es entusiasmo, es gloria,  
es el aliento de la vida humana,  
la constante visión de la memoria,  
el sueño de la noche y la mañana.

Tú mismo, el cuello de dolor doblado,  
la nativa llanura abandonaste,  
y el lago cristalino y azulado  
en el rico pesebre recordaste.

¡Es tan hermoso el cielo! ¡Son tan bellos  
los astros que en el Plata se reflejan!  
Con renegridos ojos y cabellos,  
esclavo el corazón sus hijas dejan.

Crecen allí las flores y las mieses  
sin el cansancio de la frente humana,

y señala el camino de los meses  
fruto sabroso que perfume emana...

¿Te acuerdas, mi alazán, de aquella aurora  
cuando llegando a la ventana mía,  
hallaste mi cabeza indagadora  
ante el libro doblada que mentía?

Ya del Oriente el resplandor velaba  
del lucero de amor la mustia lumbre,  
y la aromada brisa que reinaba,  
el pecho me llenó de mansedumbre.

Un no sé qué sentí; como incompleto  
mi sér me pareció: tendí los brazos,  
y sólo sombras y silencio quieto  
halló mi corazón hecho pedazos.

Era el amor, la luz de la existencia,  
que en mi inocente corazón nacía,  
y a mi joven incauta inexperiencia  
placeres y deleites prometía.

¡Placer! ¡Deleite! Espinas y dolores  
sólo encontré, cuando clavé los ojos  
en los de una mujer, tan seductores,  
que alfombra hizo a su pie de mis despojos.

¡Oh!, yo la amé cual se ama la primera,  
la vez primera que el amor sentimos,  
cuando está el corazón en primavera,  
y al sol de las pasiones nos abrimos.

La idolatré y hasta la estampa leve  
besé de sus pisadas vagarosas  
entre la hierba de la senda breve,  
formada de jazmines y de rosas;

y en el aroma de mi patrio río  
cuando ella entre las bellas argentinas,  
en las auroras dulces del estío,  
se bañaba en las ondas cristalinas.

Tú, mi alazán, amigo fiel ausente  
más de una vez has inundado el seno  
de otro alazán fogoso y diligente,  
con la argentada espuma de tu freno.

Tus huellas a las tuyas confundidas  
se vieron muchas veces en la arena,  
cuando en voces del alma desprendidas  
conversaba de amor con mi morena.

Tú conocías como yo el sendero  
por mi amada en los campos preferido,  
y el paso redoblabas placentero  
de mi impaciente látigo al chasquido.

Más de una vez, desde tu inquieta espalda,

de flores despoblé la enredadera  
para adornar su sien de una guirnalda  
que jugase en su negra cabellera.

Tú entre las calles de mi patria hallabas,  
puesto ya el sol, su calle y su ventana;  
e inclinando la frente te parabas  
ante la que era el sol de mi mañana.

¡Todo pasó! Del pobre desterrado,  
en el variable pecho de la bella,  
no hay ni un recuerdo del amor pasado,  
ni en sus paternos campos una huella.

### LA BANDERA DE MAYO

Al cielo arrebataron nuestros gigantes padres  
el blanco y el celeste de nuestro pabellón;  
por eso en las regiones de la victoria ondea  
ese hijo de los cielos que no degeneró.

Cual águila en acecho, se alzaba sobre el mundo  
para saber qué pueblos necesitaban de él;  
y llanos y montañas atravesando y ríos,  
la libertad clavaba donde clavaba el pic.

Del cóndor de los Andes las alas no pudieron  
seguir en sus victorias al pabellón azul;  
ni la pupila impávida del águila un momento  
pudo mirar de frente su inextinguible luz.

¡Alcemos sus colores con vanidad, hermanos!  
De nuestra gran familia el apellido es él;  
dos bandos fraticidas le llevan en sus lanzas;  
mañana en torno suyo se abrazarán también.

### HOGAÑO ET ANTAÑO

*(En tiempo de la tiranía de Rosas)*

Las cosas de hogaño me causan grand pena;  
por ende en la fabla y en trova de Mena  
mi pénnola quiere sus cuitas decir.  
Vocablo vetusto, guisado, sabrido,  
con nuestras usanzas es bien avenido  
ansí que tres picos con luengo espadín.

Garridos e apuestos cóidanse donzeles  
de agora, gayados de mil oropeles  
de bajo quilate, menguado valer.  
Et sólo en las farsas de Carnestolendas  
las nuestras casacas asaz reverendas,  
gregüesco et coleta se suelen meter.

El seso fuscado les han las novelas  
que allegan de extranjis esas carabelas  
que otrosí la vida truecan en Babel.  
Germano apellidan a todo extranjero,  
nin paran las mientes si es noble o pechero,  
que en siendo de allende se pagan de él.

Ansí de las Galias et de lngalaterra  
los fijos osados nos facen la guerra,  
non ya con mosquetes, con arma peer.  
En libros polidos de gaya semblanza,  
con frasis polida que cualquier alcanza,  
sus artes asconden con grande primor.

Enantes folgaban garzones crecidos  
volando cometas, e hogaño engreídos  
cobdician ser sabios como homes de pro.  
Enantes oraban la su letanía  
et non se curaban de filosofía,  
ca non eso atañe que al preste de Dios.

Por ende en usanzas ¡qué grant trocamiento!  
El mundo avecina del su finamiento,  
la villa semēja mansión de Luzbel.  
Si en las sus fachadas se paran las mientes,  
guarnidas veráanse de enseñas pendientes  
con luengo letrado labrado a cincel.

De Francia los sastres et las confituras,  
atristan e apenan las gentes maduras  
que los sus doblones saben recatar.  
Sorber chocolate se tiene a grand mengua,  
aplacen las viandas que escuecen la lengua,  
¡malditos brebajes que son rejalgar!

El muro almenado et regios torreones  
derriban sin tino, y enlazan pendones  
de azur et de blanco do meten al sol.  
Muy grand malquerencia tienen a los reyes,

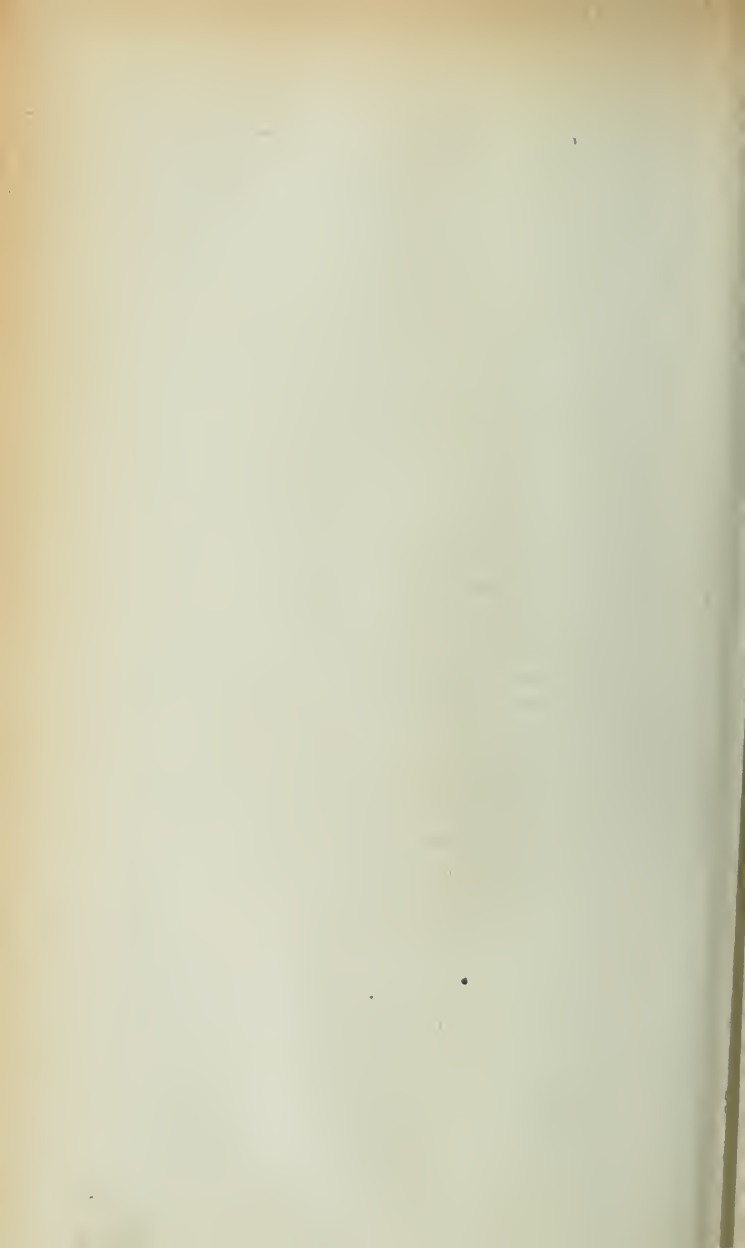


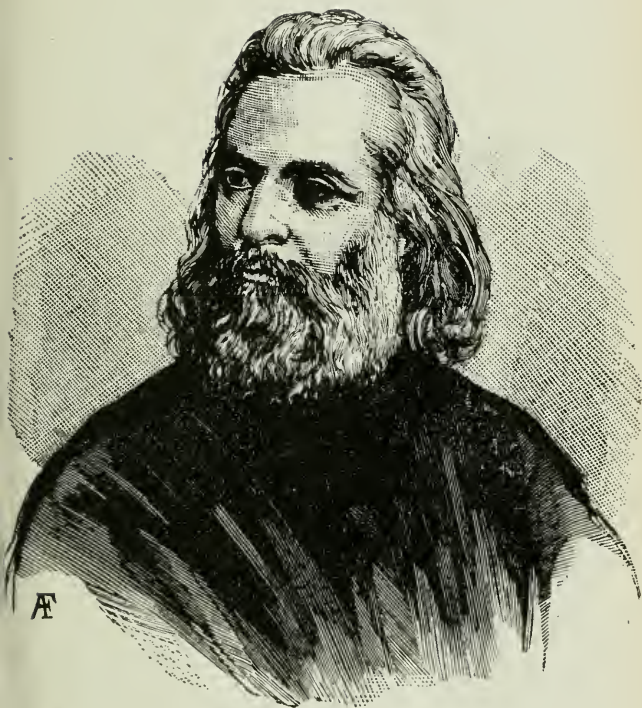
sabidos se tiēnen en facer las leyes.  
¡Grand desapostura et grand sinrazón!

Con fuertes galeras el peón et caballo,  
al Cid de grand cuenta entienden domallo,  
que judga en la villa de allende la mar.  
Que diz que es torcido el su mandamiento,  
que a los sus vasallos lleva a perdimiento,  
por ende le quieren ferir et matar.

Et non es ansina, que a tal rico-home  
juntar el ditado de bueno a su nome  
por las sus pramáticas merece endemás.  
A todo el que fabla le mete en picota,  
et pone mordaza, empotra et azota,  
ansí que facjan los reyes atrás.

Don Cristo le meta por buen derecero  
et ponga en sus mientes acuerdo certero  
e allegue su armada a nos redimir.  
Placiente al miralla serános su enseña,  
ca entonce la vida será falagüeña,  
y el siglo de antaño tornará a lucir.





CARLOS GUIDO SPANO





## GUIDO SPANO (Carlos)

---

¡ADELANTE!

¡Ea, muchachos, es la aurora! ¡Arriba!  
Tomad el hacha y el martillo, y vamos;  
si como ayer tenaces trabajamos,  
el monte derribado caerá.  
Alcemos con sus troncos nuestras casas,  
asilo de la enérgica pobreza;  
donde creció el jaral y la maleza,  
la viña lujuriente medrará.

Que el muelle cortesano la fortuna  
busque adulando a su señor adusto,  
el torpe corazón siempre con susto  
de perder de su afán el fruto vil.  
Mientras él siembra el odio y la cizaña,  
nuestras robustas manos siembren trigo;  
mientras ve en cada hombre un enemigo,  
amémonos con pecho varonil.

El vínculo sagrado que nos une,  
se apretará con la honradez probada;  
¡sús, al combate!, a la conquista ansiada  
del trabajo fecundo en la legión.  
¡Victoria al más intrépido! Bizarro,  
sus pensamientos en la patria fijos,  
ése llegue a tener hermosos hijos,  
hombres libres, de limpio corazón.

La gran naturaleza nos invita  
a su festín suntuoso; seamos parcos,  
y al repasar por sus triunfales arcos,  
la libertad nos guíe con su luz:  
bajo su influjo bienhechor, la dicha,  
la paz y la abundancia nos esperan;  
a los valientes que en la lucha mueran,  
un recuerdo, una palma y una cruz!

No desmayéis, conscriptos del progreso:  
rasgue el arado el seno de la tierra,  
guerra a la incuria, a la ignorancia guerra,  
amor a Dios, respeto por la ley.  
Diques al mar pongamos, freno al vicio,  
allanemos la ríspida montaña,  
y sea nuestro orgullo y noble hazaña  
en cada ciudadano ver un rey.

Así avancemos como un haz; la ruta  
nos la haga más liviana el noble canto  
del poeta; las artes con su encanto  
a nuestro rudo afán den galardón;  
busquemos la gran patria en que los hombres  
se reconozcan prósperos y hermanos,  
invitando a los pueblos soberanos  
a seguir de los libres el pendón.

Y dulce será ver en nuestros lares,  
de la jornada al fin, todos reunidos,  
a los seres amables y queridos  
que ennobleció el trabajo y la virtud;  
recordando los triunfos del pasado  
en las largas veladas del invierno,  
o elevando sus preces al Eterno  
que nos da la Esperanza, la salud!

### A MI HIJA

Tengo en el valle de la vida un lirio:  
mi dulce hija, placidez, candor,  
luz en la noche acerba del martirio,  
perla del mar en que se hundió mi amor.

Su nombre es armonía. Todo en ella  
gentileza, ternura, suavidad:  
destello azul de mi eclipsada estrella  
que reflejó otro mundo y otra edad.

Color de bronce antiguo es su cabello;  
de las espigas en sazón, la tez;  
el talle de Polimnia, erguido el cuello,  
dátil nuevo de Smirna es su esbeltez.

Su labio carmesí destila el zumo  
de la fresca granada, y es su andar  
gracioso y ligero como el humo  
de los perfumes suaves del altar.

Dicen sus grandes ojos inocencia;  
su frente, inspiración; y es tanto así,  
que de ella emana la divina esencia  
del estro bullidor surgente en mí.

Dina y Raquel llamáronla su hermana;  
la clara fuente, ninfa; el campo, flor;  
yo, de mi huerto la primer mañana,  
de mi selva salvaje el ruiñeñor.

Parece que su mente siempre al cielo  
levanta, y se arrobase en contemplar  
las azuladas cumbres del Carmelo,  
o la profunda inmensidad del mar.

A su lado el espíritu se eleva  
y se aspira el olor de la virtud;  
mi vida en ondas mansas se renueva  
remontando a la noble juventud.

Si envuelta entre sus velos la contemplo,  
me aparecen las vírgenes de Sión  
cruzando con sus lámparas el templo,  
palpitante en los labios la oración.

Y cuando fina a recibirme avanza,  
la imagino, en su tierna languidez,  
el ángel soñador de la esperanza  
que me sonrió en la tierra alguna vez.

De sus caricias el tesoro es mío;  
ella mi lira de marfil templó,  
y con rosas fragantes del estío  
mis nevados cabellos coronó.

¡Si la viese hoy la madre! ¡Quién podría  
su júbilo, su gloria traducir!

¡Oh, mi muerta adorada...! ¡Oh, mi Sofía...!  
¿Por qué tan sola te dejé partir...?

La que mimara infanta, es virgen pura,  
coronada de mirto y azahar;  
mirra escogida, incienso de la altura;  
en mi zozobra oriente y luminar...

Busqué la playa y encontré el desierto,  
las arenas quemáronme los pies:  
marcho al azar de mi destino incierto,  
sin hoy y sin mañana y sin después.

Ven, hija, ven, que el templo está derruido;  
sus columnas tumbara el vendaval.  
Salva el fuego sagrado allí encendido  
por un amor que se sintió inmortal.

Arca viva, tus rumbos en la sombra,  
custodio de tu dicha, seguiré.  
La campiña a tu paso es verde alfombra,  
contigo en claras linfas beberé.

El tronco aislado te dará su arrimo,  
aun hay murmullos en la agreste vid.  
Yo el pámpano incoloro, tú el racimo.  
¡Aves del cielo, céfiros, venid!

El hálito vital de tu alborada  
refresque puro, halagador, mi sien.  
Tú empiezas, yo termino la jornada:  
¡Dios te conduzca al suspirado edén!





## LAFINUR (Juan C.)

---

### CANTO ELEGÍACO

A LA MUERTE DEL GENERAL DON MANUEL BELGRANO

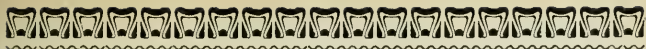
¿Por qué tiembla el sepulcro, y desquiciadas  
sus sempiternas losas de repente,  
al pálido brillar de las antorchas  
los justos y la tierra se conmueven?  
El luto se derrama por el suelo,  
al ángel entregado de la muerte,  
que a la virtud persigue: ella medrosa  
al túbulo volóse para siempre.  
Que el campeón ya no muestra el rostro altivo  
fatal a los tiranos, ni la hueste  
repite de la Patria el sacro nombre,  
decreto de victoria tantas veces.

Hoy, enlutado su pendón y al eco  
del clarín angustiado, el paso tiende,  
y lo embarga el dolor: ¡dolor terrible  
que en llanto asoma so la faz del héroe...!  
Y el lamento responde pavoroso:  
*Murió Belgrano. ¡Oh Dios!, ¡así sucede*  
*la tumba al carro, el ay doliente al viva,*  
*la pálida azucena a los laureles!*  
*¡Hoja efímera cae! ¡Tal resististe*  
*al Noto embravecido y sus vaivenes!*

La tierra fría cobra sus despojos,  
que abarcará por siempre; mas no puede,  
campeón ilustre, atleta esclarecido,  
la mano que te roba hollar las leyes  
que el corazón conoce; el jaspe eterno  
tu nombre mostrará a los descendientes  
de la generación que te lamenta.  
La patria desolada el cuello tiende  
al puñal parricida que la amaga  
en anárquico horror: la ambición prende  
en los ánimos grandes, y la copa  
da la venganza al miedo diligente.  
Aun de Temis el inclito santuario  
profanado y sin brillo: el inocente,  
el inocente pueblo, ilustre un día,  
a la angustia entregado: el combatiente,  
sus heridas inútiles llorando,  
escapa al atambor: el país se enciende  
en guerra asoladora, que lo yerina:  
asoma la miseria, pues que cede  
la espiga al pie feroz que la quebranta.  
¿Y ora faltas, Belgrano...? Así la muerte,  
y el crimen, y el destino de consuno  
deshacen la obra santa, que torrentes  
vale de sangre, y siglos mil de gloria,  
¡y diez años de afán...! ¡Todo se pierde!  
Tu celo, tu virtud, tu arte, tu genio,  
tu nombre, en fin, que todo lo comprende,  
flores fueron un día, marchitólas  
la nieve del sepulcro. Así os lamente  
la legión que a la gloria condujiste:  
con tu ejemplo inmortal probó el deleite,  
la magia del honor, y con destreza  
amar le hicisteis el tesón perenne,  
el hambre angustiadora, el frío agudo...  
Suspende, ¡oh musa!, y al dolor concede  
una mísera tregua. Yo lo he visto  
al soldado acorrer que desfallece,  
y abrazarlo, cubrirlo y consolarlo.  
Ora, rayo de Marte, se desprende,  
y al combate amenaza, y triunfa... Y luego,  
¿qué más hacer...? El desairar la suerte,  
y ser grande por sí, ésta no es gloria  
del común de los héroes: él la ofrece  
en pro de los rendidos, que perdona.  
Ora al genio se presta, y lo engrandece:  
corre la juventud, y a la natura

espía en sus arcanos, la sorprende,  
y en sus almas revienta de antemano  
el germen de las glorias. ¡Oh!, ¿quién puede  
describir su piedad inmaculada,  
su corazón de fuego, su ferviente  
anhelo por el bien? Sólo a ti es dado,  
historia de los hombres: a ti, que eres  
maestra de los tiempos. La arca de oro  
de los hechos ilustres de mi héroe  
en ti se deposita: recogedla  
y al mundo dadla en signos indelebles.  
Y vos, sombras preciosas de Balcarce,  
de Olivera, Colet, Martínez, Vélez,  
ved vuestro general: ya es con vosotros;  
abridle el templo, que os mostró valiente.  
¡Tucumán! ¡Salta!, ¡pueblos generosos!  
Al héroe de Febrero y de Septiembre  
alza el postrer himno. Mas, vosotras,  
vírgenes tiernas, que otra vez sus sienes  
coronasteis de flores, id a la urna,  
y deponed con ansia reverente  
el apenado lirio: émulo hacedlo  
de los mármoles, bronce y cipreses.





## LAMARQUE (Adolfo)

---

### CANTO DE GUERRA DE LOS QUERANDÍES

#### I

¡Del Paraná señores, el llano sin fronteras,  
vagar queremos libres! Las armas extranjeras  
nunca han llegado aquí!  
La no domada tribu valor y fe atesora,  
y fuerte nuestro brazo, arroja silbadora  
la flecha querandí!

#### II

¡Otra arma, de su flanco el Querandí desata,  
que como el viento vuela, que como el rayo mata:  
la bola querandí!  
No hay tribu que como ésta enderezarla sepa;  
es arma querandina: su patria es la ancha estepa  
del Tubichá miní!

#### III

Son nuestros esos llanos, do caben mil naciones,  
de pajonal cubiertos, que hermosas brillazones  
transforman en un mar;  
son nuestros esos lagos que alternan con las lomas,  
do cisnes y flamencos y garzas y palomas  
se miran jugar.

## IV

¡Los médanos son nuestros, do el águila se posa;  
 la copa de las palmas, la arena deliciosa,  
                     la sombra del ombú;  
 de la calandria el canto que el ánimo enajena,  
 el seibo de flor roja, los prados de verbena,  
                     las ondas del Guazúl!

## V

¡Para alcanzar el término de larga travesía  
 los aires y los llanos nos dan su cacería,  
                     su pesca el río-mar;  
 y libres recorreremos después de la batalla  
 el campo de victoria, y nuestra sed acalla  
                     la sangre del jaguar!

## VI

¡Que vengan los que quieran probar nuestra bravura!  
 ¡Cual huracán rugiente que arrasa la llanura  
                     sobre ellos nos tendrán!  
 Se place en la pelea el Querandí guerrero  
 y con valor se bate, porque no teme fiero  
                     ni el trueno de Tupán!

## VII

¡Que crucen en sus naves el Paraná anchuroso...  
 Al abordaje intrépido del Querandí animoso,  
                     su audacia pagarán!  
 Que asienten en un plano del llano sus moradas!  
 ¡Cual «quemazón» que agita mil ondas inflamadas,  
                     ardiendo las verán!

## VIII

Vencido el enemigo querrá escapar en vano:  
 nosotros alcanzamos la gama que en el llano  
                     va huyendo hasta el confín:  
 vencido el enemigo, su anonadada empresa  
 ejemplo será al mundo; su lívida cabeza  
                     será nuestro botín!

## IX

Si vienen como hermanos, con ellos gozaremos  
de un cielo siempre puro; con ellos libaremos  
en paz el *abatí*.

Si guerra quieren..., ¡guerra, de asalto y emboscada!  
¡Tal vez será destruída...!, mas nunca esclavizada,  
la tribu Querandí!

## A ELLA

Cuando la luz se aleja del expirante día,  
no llega repentina la densa obscuridad:  
crepúsculo se llama la amiga misteriosa  
del luto que se acerca y el astro que se va.

Cuando los fríos cesan del riguroso invierno,  
no nos envuelve ardiente la túnica estival;  
la primavera entreabre su búcaro de flores  
al hielo que nos deja y al fuego que vendrá.

Cuando las altas olas del piélago agitado  
arroja hasta las peñas el recio vendaval,  
la arena de la playa parece que eslabona  
lo duro de la roca, lo blando de la mar.

Doquiera que dirijas, hermosa, tu mirada,  
de bruscas transiciones el cuadro no verás;  
así, nunca se checan el día con la noche,  
el frío con el fuego, las peñas con el mar.

Si alguna vez, mi vida, te cansas de quererme  
y en ese horrible día te voy a acariciar,  
¡no me huyas y desdeñes...! ¡Que la mortal herida  
no vaya a abrir, salvaje, de golpe tu puñal!

Yo regaré tu huella de lágrimas y flores;  
te ofreceré la palma de mi pasión tenaz;  
y si un instante me oyes, has de escuchar palabras  
a cuyos tiernos ecos tu amor despertará.

Así podré a lo menos de la extinguida llama  
con el fulgor postrero mi ruta iluminar;

el adorado beso de tus perjuros labios  
separará, süave, mi dicha de mi afán.

Y aunque a la cima llegue más bella de la tierra,  
de tu recuerdo el fuego mi sién abrasará,  
y cuando yerto caiga, sobre mi losa fría,  
una invisible mano tu nombre ha de grabar.





## **LAMBERTI (A.)**

---

### A JUANITA DEL CASTILLO Y QUESADA

Gentil y hermosa dijo que eras, Montes,  
el bardo ya glorioso que te adora,  
y es, dijo, con mirada pensadora,  
esplendor de mis nuevos horizontes.

¡Vi la novia, las horas de alegría,  
el amor en coloquio con el cielo,  
el alma que ha escuchado en su desvelo  
canto de alondras al venir el día!

Y mi trova volando a tus altares  
vibró en la noche límpida y desierta;  
y los viejos naranjos de mi huerta  
abrieron temblorosos sus azahares.





## **LOPEZ PLANES (Vicente)**

---

### EN LA VICTORIA DE MAIPU

¡Oh! Si hoy mi poderío  
la esfera de mis votos igualase,  
para cantar el belicoso brío  
de la legión maipuana  
que hundió en el polvo la soberbia hispana;

de Homero tomaría,  
de Píndaro, de Horacio y del Mantuano  
aquel estro, grandeza y armonía,  
que a los siglos quebrantan,  
y siempre el alma con su magia encantan.

De Eurídice al esposo  
la deliciosa voz demandaría.  
El mismo Apolo su eco victorioso  
me daría con gusto,  
que siempre ha sido con los héroes justo.

Después, al rutilante  
carro del sol con majestad subiendo  
—de la cordura y rectitud amante,  
cual Faetón no fuera—,  
principiaría la inmortal carrera...

Por delante la Aurora,  
más graciosa, más cándida, más bella

que en el cielo jamás se vió hasta ahora,  
las puertas me abriría  
y el camino de rosas sembraría.

Los pueblos del Oriente,  
admirados quedando al presentarse  
fenómeno tan raro y esplendente,  
corriendo a las alturas  
dejarían talleres y culturas.

Y, entretanto, ocupando  
del grande Tauro el hiperbóreo alcázar,  
y el humilde horizonte atrás dejando,  
con ráfagas de lumbre  
más vistosas, brillara, que es costumbre.

Mi manto al desplegarse  
deliciosos poemas sembraría,  
que al leerse por el mundo y meditarse,  
de Maipu la victoria  
perpetuasen del mundo en la memoria.

El cenit más cercano  
y ya a la vista general la noche,  
entonara mi canto sobrehumano:  
melodiosos torrentes  
moverían las piedras y las gentes.

¡Oh Patria! Tú serías  
de mis loores el sublime objeto:  
tu pasmosa constancia en tantos días  
de apremio y de fatiga  
con que incansable el español te hostiga.

Solitaria en la lucha  
cual si no hubiera pueblos generosos,  
nadie en el mundo tu clamor escucha;  
todos te dejan sola  
en brazos de la cólera española.

Audaz sobre la arena  
vertiendo sangre y en sudor bañada,  
con la mano de trueno y rayo llena,  
luchas con tus rivales,  
y venciendo enriqueces tus anales,

Mas tu riesgo no cesa:  
que en sus pérdidas mismas recobrado,  
el tirano otra vez la lid empieza,  
y te arrostra atrevido,  
como si vencedor hubiera sido.

Tus fuerzas desfallecen:  
¡ tanta sangre preciosa has derramado!  
¡ Ah! Tus conflictos a la par acrecen  
mil monstruos parricidas  
que remueven atroces tus heridas.

Mas, San Martín, ese hijo  
que en sus favores te ha donado el cielo  
para colmo de gloria y regocijo,  
se arroja a la palestra  
y arma en tu auxilio la robusta diestra.

A la hidra que vomita  
por millares de bocas cruda muerte,  
el hercúleo campeón se precipita,  
su gran maza levanta  
y la tiende mortal bajo su planta.

Así fué la jornada  
de las célebres márgenes del Maipu,  
en donde fuiste ¡ oh patria!, coronada  
de lauro inmarcesible  
por San Martín y su legión terrible.

¡ Gloria a tantos varones  
que a los más grandes en la guerra igualan,  
y los vencen en muchas proporciones!  
En igual circunstancia  
no hubo mayor destreza, ardor, constancia.

Aquesto por extenso  
con majestuoso acento cantaríá,  
y asombrado al oírme el orbe inmenso,  
prorrumpiera cantando  
a América y sus bravos alabando.

Después celebraría  
tu rico suelo que llenó Natura  
de dones abundosos a porfía:  
suelo privilegiado  
para asilo del mundo destinado.

Y la crueldad ibera  
también diría, que en crüenta lucha,  
arrebatar a todo el orbe, espera,  
este terreno amigo  
donde todo extranjero tiene abrigo.

Y votos muy ardientes  
por doquier hasta el cielo subirían,  
deseando gloria a los independientes,  
y paz pronta y durable  
que a la España negar no sea dable.

Paz que a todos ofrezca  
el mercado más fácil y abundante;  
a cuya sombra la opulencia crezca,  
y nazcan relaciones  
que hagan felices todas las naciones.

Yo, entretanto, gozoso  
bajaría el gran carro al horizonte,  
y celajes de un gusto primoroso  
pondrían fin al día  
que te ofrecen mis votos, patria mía.



## LUCA (Esteban de)

### CANTO LÍRICO A LA LIBERTAD DE LIMA

#### (FRAGMENTOS)

No es dado a los tiranos  
eterno hacer su tenebroso imperio  
sobre el golfo infeliz, llevando insanos  
a doquier el terror, el llanto, el duelo,  
la viudez y orfandad: en vano el trono  
ven con ardiente celo  
guardar a los ministros de su furia;  
en vano fieros desde el alto asiento  
de su injusto poder, miran los males  
de pueblos oprimidos, y obedientes  
por largo espacio al ímpetu violento  
de su cruel ambición: ya las señales  
de su ruina y oprobio están presentes:  
llega por fin el día en que hasta el polvo  
su soberbia humillada  
será de las naciones execrada.

. . . . .

Cuando allá de los altos Pirineos  
hasta el soberbio muro gaditano,  
los brillantes trofeos  
las águilas francesas anunciaban  
del César más altivo, heroicos gritos  
por todo el Nuevo Mundo resonaban

contra la antigua España y sus decretos,  
que del colono con la sangre escritos,  
a eterna esclavitud lo condenaban.  
Diez años a los hijos de Colombia  
sobre los montes y tendidos llanos,  
vió el sol entre fatiga  
y muerte y destrucción, la horrenda liga  
combatir de los bárbaros tiranos,  
invocar de la patria el santo nombre,  
y constantes y fieles  
su vida consagrarle y sus laureles.

Mas súbito, al estruendo formidable  
y confuso clamor, alto silencio  
se sigue, comparable  
al que vemos reinar en el Océano,  
cuando ya cesa el aquilón furioso  
de agitarlo y bramar; cuando sus aguas  
blandamente del céfiro movidas,  
calma dan y reposo  
a las almas de espanto confundidas;  
silencio majestuoso,  
que a la opulenta Lima ya cercano  
San Martín interrumpe cuando clama:  
«¡Independencia al suelo americano!»

Oye el atroz tirano  
este augusto decreto del Eterno  
con profundo terror: el negro averno  
abierto ve a sus pies, cual otras veces  
al oír la voz del trueno retumbante  
que lo acusa de crímenes horrendos.

¡Oh gloria! San Martín ya entra triunfante  
a la gran capital, donde reinaba  
el sangriento poder, la vil codicia,  
que a ejemplo de Pizarro devoraba  
al visir orgulloso;  
aquí los fieros déspotas viviendo  
tres siglos en deleite escandaloso,  
la miserable suerte  
del colono un momento no aliviaron,  
y a servidumbre y muerte,  
gozándose en el mal, lo condenaron.

Al frente de las huestes de la Patria  
marcha la Libertad, hermosa brilla



y augusta la Razón: ¡glorioso día!  
 Ya disipan sus rayos luminosos  
 la noche del error que antes cubría  
 con un velo fatal los espantosos  
 designios del tirano:  
 ya en toda Lima el himno soberano  
 de Libertad resuena;  
 ya rota la cadena  
 de amarga esclavitud, canta las glorias  
 del grande capitán; ya los clamores  
 de un pueblo agradecido, las victorias  
 publican de los libres:  
 ¡Libertad! ¡Libertad!, sublime acento  
 que lleva el eco desde el hondo valle  
 a los montes más altos y fragosos,  
 y repiten los mares procelosos.

. . . . .  
 Cese, pues, gran Colombia,  
 el compasivo llanto que derramas  
 sobre las tumbas de tus caros hijos,  
 que vibrando su espada  
 del Septentrión al Sur, por ti murieron;  
 tus ojos, largo tiempo encadenada,  
 harto llanto vertieron:  
 hoy, libre de opresión, en ellos brilla  
 la más dulce alegría;  
 los himnos oye, con que te saludan  
 de un polo al otro polo tus guerreros  
 en tan dichoso día.  
 Ved cómo, vencedores del tirano,  
 levantan a porfía  
 altares a tu nombre soberano.  
 A ti, Patria querida, han consagrado  
 el Código sublime  
 de nuevas sabias leyes que han formado.  
 Ellas fruto sagrado  
 son de virtud y sangre generosa,  
 con que la faz de tu hemisferio hermosa  
 en lides mil y mil enrojecieron,  
 cuando de esclavitud te redimieron.

En tu fecundo suelo  
 crecerá majestuoso  
 de libertad el árbol sacrosanto;  
 sobre los montes alzará su frente,

y sus ramas pomposas  
 cubrirán el más vasto continente.  
 Si, que el día ha llegado  
 en que el antiguo déspota humillado  
 en su rabia inhumana,  
 los hombres todos de diversos climas  
 den aumento a la gente americana.

Ya tus altos destinos  
 se pronuncian, oh Patria, en los consejos  
 de tus sabios varones:  
 tus fieles hijos todas las regiones  
 pueden ya visitar. No, no está lejos  
 el día en que los libres de Occidente  
 que habitan en tu imperio,  
 lleven al Indo y Ganges caudalosos,  
 sus frutos y tesoros más preciosos.  
 Por más breve, más próspero camino,  
 sus naves llegarán al Golfo indiano,  
 no como el lusitano, (1)  
 cuando en el Tormentoso navegaba,  
 y el furor de sus ondas afrontaba.

Ya no podréis jamás, crueles tiranos,  
 tanta dicha estorbar, que el cielo envía  
 a la angustiada tierra;  
 ni la superstición, ni el fiero orgullo,  
 que en vuestros pechos de crueldad se encierra,  
 renovarán nuestros pasados males.  
 ¡Feliz posteridad! De vuestros bienes  
 hoy nos da la razón claras señales:  
 Mi mente, al contemplarlos, ¡cuál se agita  
 en un furor divino!  
 Yo veo del alcázar del destino  
 súbito abrirse las ferradas puertas,  
 y allí en letras de fuego escrita leo  
 vuestra dicha futura:  
 no, no es grata ilusión, vano deseo;  
 que fiel me lo asegura  
 la sagrada Opinión que al Nuevo Mundo,  
 al Orbe, a todos clama:  
 «¡Libertad, libertad! ¡Fuera tiranos,  
 que toda esclavitud al hombre infama!»  
 ¡Epoca memorable! Ya los pueblos

---

(1) Vasco de Gama fué el primero que en demanda de las Indias Orientales dobló el cabo de las Tormentas, hoy llamado de Buena Esperanza.

que tan altos acentos hoy escuchan,  
como las olas de la mar se agitan,  
el carro de la guerra precipitan  
contra el cruel despotismo, y fieros luchan.

Y tú, España, que largo tiempo esclava  
del poder más fanático y sangriento,  
con sangre y fanatismo esclavizaste  
al Nuevo Mundo, empieza ya a ser justa.  
Si es verdad que respiras hoy el aura  
de libertad augusta,  
de esta eterna deidad que el Orbe adora,  
no quieras por más tiempo ser señora  
de Colombia inocente;  
reconócela libre, independiente  
del trono de tus reyes.  
Si hoy al fin olvidada  
de tus sangrientas leyes,  
aceptáres la paz, que te ofrecemos,  
con fervor sacro y en un mismo idioma,  
la libertad del mundo cantaremos.

Pero, ¿qué monumento, oh gran Colombia,  
consagrarte debemos,  
cuando a la faz de todas las naciones  
libre, joven y hermosa te presentas?  
¿Dónde el sublime artifice hallaremos  
que en su obra muestre cuanto bella ostentas?  
¿Para ensalzar tu nombre imitaremos  
de Egipto las pirámides enormes,  
los grandes obeliscos consagrados  
hasta ahora al fanatismo y al orgullo?  
No, que tus fuertes hijos inflamados  
del entusiasmo ardiente,  
te alzarán al Olimpo  
de un modo más grandioso y permanente  
que el griego y el romano,  
cuando con mano experta y atrevida  
a mármoles y bronce dieron vida.  
Tu prole venturosa  
subirá a la alta cima  
de los nevados Andes; allí el genio  
inflamará su audacia hasta que imprima  
gigante humana forma y asombrosa  
al mayor de los montes; en la estatua  
de la divina Libertad la tierra  
lo verá convertido;

estatua que resista al gran torrente  
de los siglos, y triunfe del olvido;  
estatua colosal, nuevo portento,  
que domine las tierras y los mares.  
Así los navegantes  
que osados dejen los paternos lares,  
así los fatigados caminantes,  
al ver de un horizonte más lejano  
tan alto monumento,  
saludarán con alma reverente  
a la deidad, al numen soberano,  
que por siempre será de gente en gente  
invocado en el mundo americano.



## LUGONES (Leopoldo)

---

### LA VOZ CONTRA LA ROCA

Es una gran columna de silencio y de ideas  
marcha.

El canto grave que entonan las mareas  
pondiendo a los ritmos de los mundos lejanos;  
rumor que los bosques soberbiamente ancianos  
a, como si debajo de largas sepulturas  
tiéranse crujidos de enormes coyunturas;  
sordas evasiones de las razas, que arroja  
heroísmo nómade a la vendimia roja,  
«¡han!» de los supremos designios, que se escucha  
el postrer hachazo que acabará la lucha,  
sea que se trate de un cedro o de un gigante;  
torres que no alcanza con su talón triunfante  
horda; el trágico viento de las batallas: todo  
que es grande, o solemne, o heroico de algún modo  
lamores de conquistas, rumores de mareas—,  
en esa gran columna de silencio y de ideas  
el poeta ve alzarse desde las hondas grutas.  
sol es su vanguardia!

Por las eternas rutas  
accidentan la historia, van los pasos enormes.  
un largo desfile de tinieblas informes.  
s, dominando aquella procesión tenebrosa,  
alba se levanta como una húmeda rosa  
os pétalos caen en una lluvia de oro.

El poeta apostrofa con su clarín sonoro  
a la columna en marcha; lo que dice, resuena  
como el flujo de bronce de una hornalla harto llena.  
Tan fuertes son sus alas, que aquel sér de ancho aliento  
parece que en los hombros lleva amarrado el viento.  
Es el gran luminoso y él es gran tenebroso.  
La rubia Primavera le elige por esposo.  
El se acuesta con todas las flores de las cimas;  
las flores le dan besos para que él les de rimas.  
El sol le dora el pecho; Dios le sonríe. Apenas  
hay nada más sublime que esas sonrisas llenas  
de divinidad, que hacen surgir sobre la obscura  
silueta de los montes una inmensa blancura  
zodiacal.—Forja el hierro de su peto y su caseo-  
la Paciencia en los yunques de un ideal Damasco.  
Y el silencio custodia la hoguera donde amasa  
con bronce y sombra el verbo que templará en la brasa.  
A fin de que los hombres alcancen con sus bocas  
su oreja, enormemente sentado entre dos rocas  
como un afable cóndor les escucha; y los hombres  
creen que están a un mismo nivel, almas, y nombres;  
y cabezas. Los grandes hombres y las montañas  
es forzoso que siempre estén de pie. Extrañas  
son las voces del antro a la cumbre. La oruga  
que esconde entre las hierbas su imperceptible fuga,  
ve al águila y opina: «Eres un sér monstruoso,  
águila!»—En cambio el águila no ve a la oruga. Hermo  
y divino es el cielo porque es indiferente  
a las nubes que le hacen mal. El cielo es la frente-  
de Dios, sobre la eterna serenidad suspensa:  
cuando se llena de astros y sombra, es que Dios piensa.  
El cielo se repite en las frentes radiosas.  
No importa que ellas sean claras, o misteriosas  
o formidables, siendo capaces del martirio,  
¡no de la infamia! Tanto vale rasgar un lirio  
como manchar un astro; el viejo Cosmos gime  
por la flor y la estrella con un amor sublime  
y total. ¡Grave enigma de amor! Esto consiste  
en que el gran Sér no quiere que ninguno esté triste,  
y el dolor, ese fuego que exalta todo nombre  
(Cristo sangriento, brilla; triste, suda como hombre),  
es un heroico vino que ignora la tristeza.  
¡Hombres!, no escupáis nunca sobre una gran cabeza:  
no seáis mancha cuando pudierais ser herida,  
el hierro sufre en lo hondo de la fragua encendida,  
pero hasta hoy nadie ha visto las lágrimas del hierro.

El poeta es el astro de su propio destierro.  
El tiene su cabeza junto a Dios, como todos,  
pero su carne es fruto de los cósmicos lodos  
de la vida. Su espíritu del mismo yugo es siervo,  
pero en su frente brilla la integridad del Verbo.  
Cada vez que una de esas columnas, que en la historia  
trazan nuevos caminos de esfuerzo y de victoria,  
emprende su jornada, dejando detrás de ella  
rastros de lumbre como los pasos de una estrella,  
noches siniestras, ecos de lúgubres clarines,  
huracanes colgados de gigantescas crines  
y montes descarnados como imponentes huesos:  
uno de esos engendros del prodigio, uno de esos  
harmoniosos doctores del Espíritu Santo,  
alza sobre la cumbre de la noche su canto.  
(La alondra y el sol tienen de común estos puntos:  
que reinan en el cielo y se levantan juntos.)  
El canto de esos grandes es como un tren de guerra  
cuyas sonoras llantas surcan toda la tierra.  
Cantan por sus heridas, ensangrentadas bocas  
de trompeta, que mueven el alma de las rocas  
y de los mares. Hugo con su talón fatiga  
los olímpicos potros de su imperial cuadriga;  
y, como de un océano que el sol naciente dora,  
de sus grandes cabellos se ve surgir la aurora.  
Dante alumbró el abismo con su alma. Dante piensa.  
Alza entre dos crepúsculos una portada inmensa,  
y pasa transportando su empresa y sus escombros:  
una carga de montes y noches en los hombros.  
Whitman entona un canto serenamente noble.  
Whitman es el glorioso trabajador del roble;  
él adora la vida que erumpe en toda siembra,  
el grande amor que labra los flancos de la hembra:  
y todo cuanto es fuerza, creación, universo,  
posa sobre las vértebras enormes de su verso.  
Homero es la pirámide sonora que sustenta  
los talones de Júpiter, goznes de la tormenta:  
es la boca de lumbre surgiendo del abismo.  
Tan de cerca le ha hablado Dios, que él habla lo mismo.  
Aquella gran columna se ha poblado de voces:

«Las cosechas porficuas esperan nuestras hoces  
Los metales, esclavos de inmutable obediencia,  
trazan la ruta. El índice severo de la ciencia  
señala el paraíso de la grandeza humana.  
El yunque y el martillo, sí: mas no la campana.  
La razón es el lábaro del ideal eterno;



la razón que no admite ni el cielo ni el infierno.  
 Dios es un viejo amo, desterrado monarca  
 que agoniza en la inmensa desolación de su arca.  
 Substituir la noche por la aurora, y el falso  
 culto por la evidencia de la luz, y el cadalso  
 por el libro; ser astro, ser cumbre, ser progreso;  
 sentir sobre la frente la dicha como un beso  
 floral: prender al flanco de la tiniebla el rayo  
 cual flamígera espuela; contradecir el fallo  
 de los siglos; dar cimas a la conciencia augusta;  
 romper los viejos dogmas de la creencia injusta;  
 confiscar a la sombra su vasto calabozo;  
 anegar las tinieblas en un vasto alborozo;  
 deshacer para siempre las coronas de espinas;  
 sembrar modernas rosas sobre el altar en ruinas;  
 desencajar las claves del formidable techo  
 que encubre la sombría negación del derecho;  
 bautizar con vitales perfumes toda frente;  
 exprimir frescas uvas sobre el deseo ardiente;  
 desafiar las borrascas con la altivez de un cedro  
 secular; pedir cuentas a César como a Pedro  
 —César que mata y Pedro que miente—; alzar la mano  
 hasta la consagrada mejilla del tirano,  
 y, con el mismo esfuerzo que inicie la venganza,  
 ante el culto de muerte proclamar la Esperanza:  
 ¡he aquí el nuevo dogma! Dios, lacerante yugo,  
 es el primer tirano y es el primer verdugo.  
 La libertad le niega, la ciencia le suprime:  
 la libertad que alumbra, la ciencia que redime.  
 ¡A destronarle, picas! ¡Guerra a Dios! ¡Muerte al mito!»

Mas, ¿con qué vais, entonces, a llenar lo infinito?  
 ¡No!, la fe es la suprema reveladora. El mundo  
 es un milagro eterno de fe. Lo que es fecundo,  
 o luminoso, o bello—amor, estrella, rosa—,  
 certifica el imperio de una ley misteriosa  
 que combina la trama de los destinos, y hace  
 converger los esfuerzos de todo lo que nace  
 sobre un eterno foco que ejecuta y que piensa,  
 tal como el haz de músculos de una derecha inmensa.  
 La fe es una montaña llena de precipicios,  
 en sus cavernas moran las larvas de los vicios:  
 lo negro es lo monstruoso. Su cuesta es agria y dura.  
 En todas las montañas sólo la cima es pura.  
 La cima es el esfuerzo visible del abismo  
 que lucha en las tinieblas por salir de sí mismo.



El alma tiene una: Dios. Si el alma descuella sobre su propio vuelo, se reconoce en ella.

Pueblo, sé poderoso, sé grande, sé fecundo;  
ábrete nuevos cauces en este Nuevo Mundo,  
respira en las montañas saludables alientos,  
destuerce los cerrojos del antro de los vientos;  
recoge las primicias de los frutos opimos;  
cíñete la corona de espinas y racimos;  
desarma la muñeca y el calcañar del fuerte  
cuyos sobacos huelen a bravío y a muerte;  
funda en las nuevas aras los dogmas fraternales  
noblemente rodeados de nimbos siderales;  
borra de tus encías la hiel de todo insulto,  
y haz que las hostias sean, en tu radiante culto,  
no de carne sangrienta, sino de dulce trigo.  
El tío Sam es fuerte. Arraigada en su ombligo  
tiene la cepa de Hércules. En su vasta cabeza  
hay no sé qué proyectos de una informe grandeza;  
aprende el recio canto que esfuerzan sus martillos,  
muerte con sus tenazas la cuña de tus grillos,  
pon en las férreas ancas de sus locomotoras  
una gigante carga de nubes y de auroras,  
desflora con su hierro las cumbres familiares;  
y alzándote desde esos gigantescos altares,  
proclama a Dios, enfrente de las excelsas lumbres  
del sol. Los arrabales del cielo son las cumbres.  
Castiga, si hay infamia que castigar; nivela  
los antros, no las cimas; alza tu blanca vela  
sobre el egregio mástil de la fe; tiende al viento  
como un plumaje de oro todo tu pensamiento,  
y abre a la aurora tu alma como un bosque armonioso.  
El astro de tu suerte flota en lo misterioso.  
Algo, como una sorda germinación que abraza  
con sus potentes vástagos la carne de la Raza,  
algo que sobre el monte de tus espaldas pesa  
cual la triunfante garra de un cóndor que hace presa,  
pretende libertarte de tu peñón sombrío:  
salvadora borrasea que sacude al navío,  
obscuras expansiones del oculto renuevo,  
alas que se presienten en la eclosión del huevo...  
Tú eres el arca errante del abismo. Tu frente  
es el lecho de sombra del ideal naciente.  
Los siglos te desean, pero tu alma está oscura  
todavía; la llama divina que fulgura  
sobre el total esfuerzo de las razas, no brilla  
en tu cabeza. El árbol aun duerme en la semilla;

mas la semilla en lo hondo del porvenir vegeta;  
de ella surgirá este átomo, este sol:

¡Un poeta!

¿Un poeta? Es preciso, Dios no trabaja en vano.  
Cuando sobre las cumbres del pensamiento humano  
la noche se constela de lejanos fulgores,  
cuando las grandes lenguas del viento dan rumores  
inauditos, y cuando sobre esas cumbres flota  
la inefable caricia de una harmonía ignota,  
la luz presiente el astro, la fe presiente el alma.

Dios trabaja en el seno de una inmutable calma.  
Pero las grandes voces: el trueno, el mar, el viento,  
dicen las predicciones de aquel advenimiento.  
Yo escuché esas tres grandes voces; Dios ha querido  
que esas tres grandes voces sonaran en mi oído.  
Dios ha dicho palabras a la hoja de hierba.

Pueblo del Nuevo Mundo, tú cres la gran reserva  
del porvenir. Tu grave destino que medita  
el vasto pensamiento de la sombra, palpita  
como el feto de un astro futuro entre el oleaje  
de las causas divinas. Tu frente alta y salvaje  
deja correr en olas pensamientos sombríos,  
tal como una montaña madre de muchos ríos;  
tus esperanzas, formas que en lo vago se mecen  
llenando excelsitudes luminosas, parecen  
una visión de torres bajo una alba dorada.  
Allí está Dios. Su mano fraternal levantada  
sobre el abismo enseña las proficuas cosechas.  
En su mirada de oro vibran sublimes flechas.  
Su seno es inefable. Su poder no fatiga  
ni un pétalo de rosa, ni una antena de hormiga.  
Vosotros los siniestros que le llamáis tirano,  
vosotros los campeones del ideal humano,  
vosotros los intérpretes austeros de la Vida,  
vosotros los apóstoles de la razón deicida,  
los que queréis derecho, libertad, luz, aurora,  
para todo el que sufre, para todo el que llora,  
para todo el que piensa, para todo el que canta,  
¡oh!, admirables rebeldes de la luz: si os espanta  
que Dios reine en sus cielos, que su grandeza impere  
en todo lo que vive y en todo lo que muere,  
que su palabra, llena de celestes cariños,  
cubra de bendiciones las cunas de los niños,

que el trueno de su boca desarraigue los montes,  
que el fulgor de su gloria llene los horizontes,  
que el rayo de sus ojos omnipotente vibre,  
¡dejadle, por lo menos, que sea un hombre libre...!

Los astros centelleaban de furores divinos,  
y daban fuertes sonos, como un bosque de pinos  
flameantes cabalgando por el huracán: sonos  
que flotaban cual nubes sobre los escuadrones  
de aquella gran columna blasfema. El mar oía,  
oía la montaña, la selva, el antro, el día,  
presintiendo un cercano temblor de cataclismo  
ante esas formidables alarmas del abismo,  
aquellos sonos eran palabras de una ira  
tenebrosa que hablaban como el viento en la lira.  
«¡El alma está en peligro!» clamaban. Desde el cielo  
caían sordas lágrimas de sangre y luz; el duelo  
de las sombras pesaba sobre la tierra inerte  
como un árbol sobre una meditación de muerte.  
La Cruz austral radiaba desde la enorme esfera  
con sus cuatro flamígeros clavos, cual si quisiera  
en sus terribles brazos crucificar al polo.  
En medio de aquel trágico horror, yo estaba solo  
entre el pensamiento y la eternidad. Iba  
cruzando con dantescos pasos la noche. Arriba  
los astros continuaban levantando sus quejas  
que ninguno sentía sonar en sus orejas.  
Rugían como bestias luminosas, heridas  
en el flanco, mas nadie sujetaba las bridas;  
nadie alzaba los ojos para mirar aquellas  
gigantes convulsiones de las locas estrellas;  
nadie les preguntaba su divino secreto,  
nadie urdía la clave de su largo alfabeto,  
nadie seguía el curso sangriento de sus rastros...

Y decidí ponerme de parte de los astros.

## GESTA MAGNA

### DIANA

Emperador de púrpura que atraviesas la historia,  
como una vena de oro la desligada escoria,  
traduciendo en la aullante voz de tu clarinada  
el inaudito acento de la palabra armada  
del Dios de los Ejércitos; libertador que aspiras

el aire de las albas en tu montaña de iras,  
 y echas sobre el escombros de los altares falsos  
 cepas de dulces viñas en postes de cadalsos,  
 a fin de que florezca bajo el haz de los soles  
 la redención soñada de las futuras proles;  
 abriéndote en los flancos una herida tan vasta  
 que en ella quepa toda la noche; fuerte casta  
 de los insignes, que alzas en plinto de trofeos,  
 sobre torsos de Alcides, testas de Macabeos,  
 dorando con tus cóleras empresas y episodios,  
 y absorbiendo las sombras en llamaradas de odios,  
 así como la tea para alumbrar devora;  
 apóstol que violentas las puertas de la aurora  
 para que la esperanza, como un pimpollo, se abra  
 ante tus formidables torrentes de palabra  
 que tuercen el cabestro vil de las servidumbres;  
 héroes de la historia, señores de las cumbres,  
 grandes almas, videntes, mártires, pensadores,  
 víctimas en los Gólgotas, dioses en los Taboros,  
 terribles en los Eufrates, mansos en los Jordanes;  
 Antiocos, Dantones, Kosciuskos, Pablos, Juanes  
 —brazos de Dios, columnas de los cuatro horizontes—,  
 todos los que sois astros, todos los que sois montes  
 de gloria o de prodigio sobre el nivel humano,  
 oíd:

#### CÓMO HABLAN EN LAS CIMAS

Sintiendo, un día, cierto rumor lejano—  
 de olas o batallones, que asaltando las cuestas  
 ascendía del lado de las hondas florestas,  
 el Tupungato, el monte de los cráteres blancos  
 que desata en cascadas las venas de sus flancos,  
 y cuya cima es lanza sumergida en la aurora  
 cuando el Sol, como un ojo de oro flameante, explora  
 la extensión de la inmóvil población de granito  
 desde aquel gigantesco balcón del infinito;  
 el Tupungato, almena de los vientos, morada  
 de las tormentas, blanco cual inmensa almohada  
 sobre la cual reposan los sueños seculares  
 de cien generaciones, hizo oír a los mares,  
 a las selvas, en donde con sonoro lamento  
 en las agonizantes noches se queja el viento,  
 y a las verdes llanuras surcadas de rebaños,  
 su gran vez, que no hablaba desde hacía mil años.  
 Y dijo al Chimborazo esta palabra:

—¡Alerta!

El Chimborazo estaba durmiendo. Gloria muerta de los cultos vencidos, aquel canoso abuelo siendo cadáver, no era sino un pilar del cielo. Inmóvil sobre una desolación de escombros, dejó que cien inviernos nevaran en sus hombros y anidaran los cóndores en sus barbas; en vano el huracán mesaba con agresiva mano la catarata enorme de sus canas; raíces de robles perforaban sus costados; matices de ocasos y de auroras cubrían su arrogancia feroz. Aquel cerro era terrible en la distancia. Cuando las nubes nimbus velaban su reposo, parecía que estaba pensando aquel coloso; pues quizás esas nubes eran sus pensamientos. Las tormentas le hablaban, le injuriaban los vientos, el alba en su florido candor le sonreía. El gigante callaba, desdeñaba. Dormía.

Al escuchar el grito que movió las montañas, alzó el gigante el velo de sus blancas pestañas y miró los glaciares de la vasta cadena dorados por un éxtasis de luz. La mar serena. El día que asomaba limpio como un diamante. Las caravanas de árboles en el perfil distante de los valles. Y abajo, casi a sus pies, la hoguera del Sol. Todo flotaba en su fulgor. Todo era silencioso. Las cumbres blanqueadas por la escarcha, confundían sus grupas como un rebaño en marcha. Sobre el cuadro volcaba su copa el firmamento. El monte excelso dijo al monte huraño:

—Siento

un tropel de borrasca que rugiendo se acerca por los valles. Diríase que el mar está más cerca. Los árboles se doblan; polvaredas enormes suben de las llanuras conmovidas; informes masas negras encréspanse con flujo de torrente... Y añadió el otro monte:

—Es el viento.

Su frente

se sumergió en las nubes toda llena de sueño. El Tupungato alzóse tres leguas. En su empeño de mirar aquel ancho galope que ascendía cebrado de relámpagos en el cristal del día, solivió el firmamento sobre su espada inmensa. Y cuando hubo mirado:

—No es el viento. ¡Eso piensa!

—¡Es Dios que pasa!

—No, es la Libertad. Bronces  
y aceros la coronan de centellas.

Entonces  
el Chimborazo alzando su voz sobre el abismo,  
entre un fragor de rocas le respondió:

—¡Es lo mismo!

### LOS HÉROES

Galopan en la llama de oro del sol naciente.  
Son cuatro mil bravuras en un solo torrente.  
Son los libertadores. La montaña los mira  
con un sombrío ceño de sobresalto y de ira  
vibrando en el sonoro temblor de sus peñascos.  
Sobre los pedernales riegan chispas los cascos  
que la espuela apresura. Los sables echan llamas.  
El aire de las cumbres silba en las oriflamas  
erizando cabellos y revolviendo crines.  
Resuellan las gargantas de oro de los clarines.  
A trechos, un caballo cuyo brío estrepita,  
sobre la mancha roja del alba se encabrita.  
Relinchan las narices, piafan los corazones.  
Como un huracán negro suben los escuadrones.  
Aquel viento de cóleras cuelga sobre el abismo.  
Los héroes atraviesan una nube. Lo mismo  
que una faja de guerra, se envuelve en sus cinturas  
ese vapor, pues miden tanto sus estaturas,  
que aun se ven las espuelas de la hueste que sube,  
cuando ya los penachos flotan sobre la nube.  
Sus pulmones respiran flameantes desahogos.  
Si Dios tiene jaurías, así serán sus dogos.  
Nada ven; mas acaso guardando el contrafuerte  
de la opuesta ladera, los espía la muerte.  
Y a este presagio, vuélvese el asalto bravío  
sombriamente mudo, pues nada hay más sombrío  
que esos grandes silencios de almas sobre las cimas.  
Ya han dejado a sus plantas flores, lluvias y climas,  
y sólo, entre las claras nieves del firmamento,  
con un tremor de orquesta, los acompaña el viento.  
La cumbre sube tanto por los éteres vagos,  
que sus árboles viéndose tan lejos de los lagos,  
reflejan sus ramajes en el azul del cielo.  
Y cuando las tinieblas dejan caer su velo  
sobre los viejos troncos que hacharon las centellas,  
tan cerca de las copas fulguran las estrellas,  
que parecen, borrando todo humano vestigio,  
el rocío de aquellos árboles de prodigio.



En tanto que la hueste sube por las laderas,  
un solemne silencio cae de las banderas.  
El soplo de las nieves sobre las carnes vibra  
como un filo de acero, pero ninguna fibra  
se estremece, pues fieros en su obstinado brio;  
la muerte ellos prefieren, a temblar—¡aun de frío!—.  
El Sol escolta aquella bravura. Unos tras otros  
cruzan los paladines. Los pechos de sus potros  
sumérgense en la pálida inmensidad celeste.  
Diríase mirando la ascensión de la hueste,  
que esos jinetes, sombras de un huracán de guerra,  
al darse con los vértigos donde acaba la tierra,  
espoleando fantásticas bestias de cataclismos,  
van a cruzar a nado los golfos del abismo.  
En ese instante, el drama tiene una peripecia:  
bajo el pliegue del viento que sordamente arrecia,  
aparece una línea de alas negras. La cumbre  
sobre la cual despunta el Sol flechas de lumbre,  
al mirar ese enjambre que sube en la mañana  
rompiendo el ígneo copo de una nube lejana,  
como un tropel de proas, que esfumado en la bruma  
revienta la onda en una soberbia flor de espuma:  
«Ya están aquí los cóndores», dice. La hueste hace alto  
para verlos. Sintiendo maternal sobresalto,  
se estremece. Son reyes; son verdugos; sus zarpas  
asesinan; sus plumas vibran cual sordas arpas;  
tienden el ala viendo la fiera; cuando acecha  
su mirada, en el arco de los cielos es flecha;  
huelen la guerra: el vuelo de sus alas potentes  
como un ancho estandarte cubre los continentes.  
Cuando aparece el cóndor, la gloria está cereana.  
Los pájaros, oyendo la invocadora diana—  
que dieron los clarines en el alba, han venido  
para ver, olvidando las tibiezas del nido.  
Y a tal altura encuentran a los héroes, que cuando  
se contemplan los cerros que a sus pies van quedando,  
parece que asombrados de tantas maravillas  
todos aquellos montes se han puesto de rodillas.

## LA AVENTURA

¿Qué dijeron los cóndores al volver con la nueva  
a las cumbres, en donde el firmamento nieva  
sus copos fríos, como un lago que deshoja  
los lirios de su margen, sobre la cual arroja  
una ancha cinta negra la noche circunstante?

Los cóndores hablaron de una visión gigante:  
 la guerra, coronada de palma redentora,  
 algo así como un cráter vomitando una aurora,  
 algo como un océano, cuyas ondas salobres,  
 al desatar sus flujos sobre los suelos pobres,  
 fecundan lo que amargan, siendo bonanza en la ira;  
 más allá de las pampas donde el pulmón respira  
 los atlánticos vientos, ásperos de salitres;  
 más allá de la cumbre que visitan los buitres;  
 en la trágica púrpura del ocaso que abate  
 sus nubes, como rotas banderas de combate  
 sobre las agonías de lontananzas grises,  
 era una formidable surrección de países.  
 Batallas.—Sordos trotes en la tierra.—Clamores  
 de iras en el viento.—Salvas de vencedores  
 el espanto sirviendo de vanguardia a la gloria.

Redenciones.—Labrando los flancos de la historia  
 con sus espuelas, iban en pos de una quimérica  
 ilusión, los oscuros sembradores; y América  
 alzábese al empuje de la Rebelión, salva,  
 con sus largos cabellos bañándose en el alba.  
 En el arca fecunda de sus nobles caderas  
 palpitaban sazones, brotaban primaveras.  
 La esperanza nacía; una salvaje infancia  
 de pueblos, rica de alma, de vida y de fragancia  
 torpes alas tendía vagamente a los cielos.  
 Había un temblor de astros sobre esos torpes vuelos.  
 Esplendores, presagios de proezas futuras,  
 coronaban los vértigos de todas las alturas.  
 Hablábese en voz alta al Porvenir. La espada  
 abría a las auroras una eterna portada  
 sobre cuyos pilares el Sol se detenía.  
 Tal hicieron los altos caminantes que un día  
 vieron pasar las cumbres en visión de heroísmo.

A su frente, midiendo a pasos el abismo  
 iba un hombre, un soldado de frente vencedora.  
 El

#### ÉL

Era el luminoso cómplice de la aurora.  
 El fiero concurrente del Destino. El consorte  
 de la espada.

El era su estrella.

Un solo corte



de su acero hizo trizas el baluarte funesto  
de la sombra. El espanto decía «soy su gesto»,  
y el prodigio «soy su caballo». Sordamente  
las tormentas bajaban a visitar su frente  
como si se tratase de una sagrada encina.  
Su brazo era el martillo de una industria divina,  
frío; tenía un solo color, pero éste era  
el del bronce. Profundo, su gigante carrera  
más conmovió las rocas, que removió la arcilla.  
Su sable era el arado, su sangre la semilla.  
La gloria le trataba fraternalmente. El viento  
le abría paso. Un vasto fulgor de pensamiento  
alumbraba las nubes detrás de su cabeza.  
Su vecina más próxima se llamaba *grandeza*.  
El cóndor le decía *señor*, y las naciones  
*abuelo*. Era beluario de águilas y leones.  
El pendón de los reyes temblaba en su presencia;  
tenía dos blancuras: su espada y su conciencia.  
A su espalda quedaba la noche. A su costado  
rugía el mar. La dura suerte lo hizo esforzado,  
siendo el fuerte la barra cuando el yunque es la suerte.  
Su nudo gordiano era la victoria. La muerte  
meditaba en presencia de aquel rostro de justo:  
no iluminaba, ardía; no era hermoso, era augusto,  
su espíritu animaba toda esperanza trunca,  
la fuga aseguraba no haberle visto nunca,  
detrás de sus talones se detenía el miedo.  
Cuando esbozaba triunfos, la punta de su dedo  
escribía la guerra como una áspera pluma.  
Bajo sus fuertes riendas el mar echaba espuma;  
en la lucha, dorado por cárdenas vislumbres,  
al erguirse medía con sus hombros las cumbres  
de la cercana sierra coronada de inviernos,  
recibiendo el saludo de los montes eternos  
con esa bondad grave que a la grandeza auxilia.  
Montañas, mares y astros eran de su familia.  
La suerte de los pueblos galopaba en el anca  
de su caballo heroico, y su espada era blanca  
como una virgen, siendo terrible como el rayo,  
cuando la servidumbre, la pena o el desmayo,  
encorvaban las nuca y afligían los pechos,  
descerrajando el arca santa de los derechos  
que es como el tizón donde duerme la brasa de oro;  
aquella hoja asomaba cual celeste meteoro  
ante el cual la siniestra noche retrocedía,  
pues su filo trazaba la longitud del día.

Tales espadas eran para brazos tan grandes.  
En aquel tiempo estaba San Martín en los Andes.

DE MONTE A MONTE

Flotó sobre las cumbres un rumor. El sereno  
azul se puso turbio como si oyera el trueno.  
Algo hablaba:

—Le he visto, murmuró el Chimborazo.  
Y el Tupungato dijo:

—Le percibí: era un brazo,  
esgrimiendo una lanza tan enorme en el viento,  
que al ver cómo su punta rayaba el firmamento  
de nube en nube, a impulsos de una heroica pujanza,  
el cielo parecía prendido a aquella lanza.

A menos que todo eso no fuese una bandera.  
La libertad es dulce como la primavera.

Yo he aprendido de ella un sublime lenguaje  
definido en los nobles ritmos del oleaje.

Sé expresar la palabra que las alturas puebla  
de esplendores, siendo astro sobre toda tiniebla,  
y proclamar las guisas en que el laurel abunda.

Así habló el viejo monte con su voz más profunda,  
teniendo a un lado el viento y al otro el oceano.

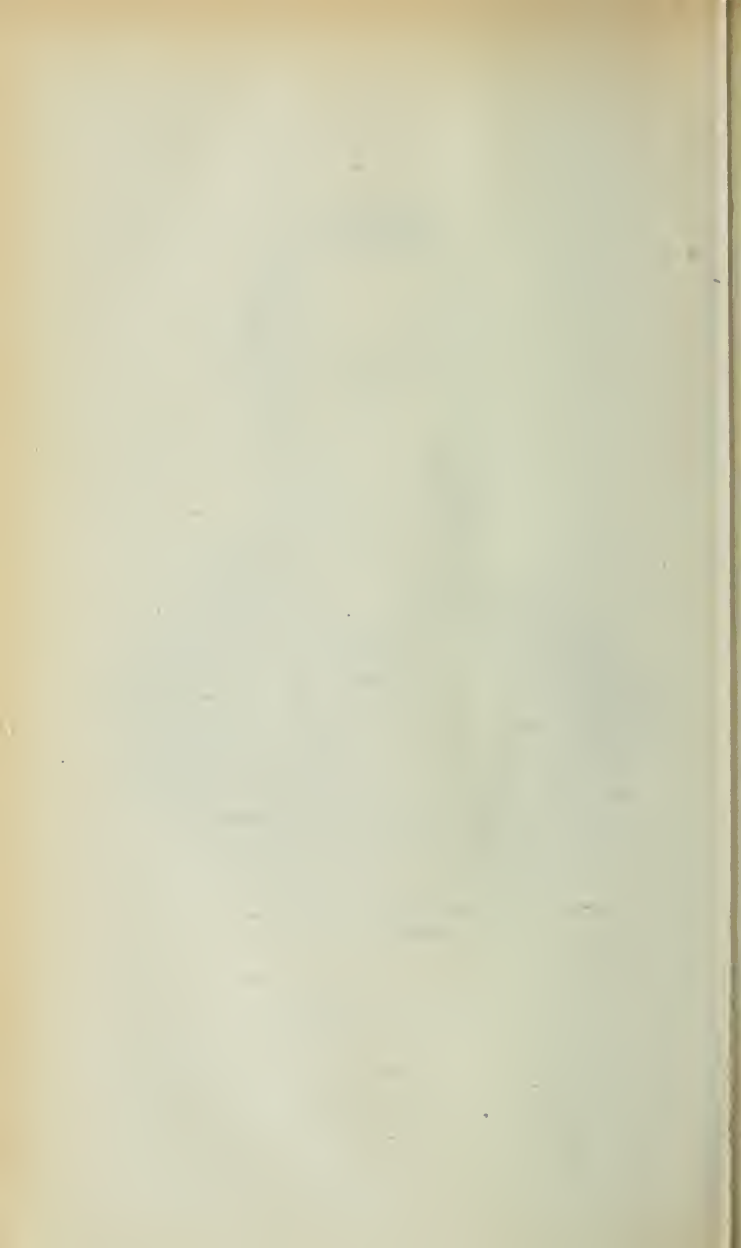
Mas, viendo que callaba su gigantesco hermano,  
cuya frente, en las nubes solemne aparecía:

—Y tú, ¿qué has aprendido a decir?

—¡Madre mía!



JOSE MARMOL





## MARMOL (José)

---

A ROSAS

EL 25 DE MAYO DE 1843

I

¡Miradlo, sí, miradlo! ¿No veis en el oriente  
tiñéndose los cielos con oro y arrebol?  
Alzad, americanos, la coronada frente,  
ya viene a nuestros cielos el venerado sol.

El sol de los recuerdos, el sol del Chimborazo,  
que nuestros viejos padres desde la tumba ven:  
aquéllos que la enseña de Mayo, con su brazo  
clavaron de los Andes en la nevada sien.

¡Veneración! Las olas del Plata le proclaman,  
y al Ecuador el eco dilátase-veloz;  
los hijos de los héroes ¡veneración! exclaman,  
y abiertos los sepuleros responden a su voz.

II

¡Sus hijos! ¿Por qué huyeron de sus paternos lares  
cual hojas que se lleva sin rumbo, el huracán?  
¿Por qué corren proscritos, sin patria y sin hogares,  
a tierras extranjeras a mendigar el pan?

Y al asomar de Mayo las luces divinales,  
¿por qué ya no se escucha la salva del cañón,  
los ¡vivas! de los libres, los cánticos triunfales,  
el aire entre las ondas del patrio pabellón?

La cuna de los libres, la Emperatriz del Plata,  
¿por qué está de rodillas sin vitorearte?, ¡oh sol!  
¿Por qué, como otros días, sus ecos no dilata  
cuando los cielos tiñes con oro y arrebol?

## III

Emboza ¡oh sol de Mayo! tus rayos en la esfera,  
que hay manchas en el suelo donde tu luz brilló.  
Suspende, sí, suspende tu espléndida carrera,  
no es esa Buenos Aires la de tu gloria, no.

La luz de los recuerdos con que a mis ojos brillas,  
para evitar su mengua, sepúltala ¡por Dios!  
La Emperatriz del Plata te espera de rodillas,  
ahogada entre gemidos su dolorida voz!

Un hombre ha renegado de tu homenaje eterno,  
robando de tus hijos la herencia de laurel:  
¡salvaje de la pampa que vomitó el infierno  
para vengar acaso su maldición con él!

## IV

¡Ah, Rosas! No se puede reverenciar a Mayo  
sin arrojarte eterna, terrible maldición;  
sin demandar de hinojos un justiciero rayo  
que, súbito y ardiente, te parta el corazón.

Levanta tu cabeza del lodazal sangriento.  
¿Qué has hecho de la patria que te guardaba en sí?  
Contempla lo que viene cruzando el firmamento  
y dinos de sus glorias la que te debe a ti.

La mancha que en el suelo no borrarán los años,  
porque la tierra en sangre la convertiste ya,  
contempla, y un instante responde sin engaños,  
quién la arrojó, y gozando de contemplarla está!

V

Contempla lo que viene cruzando el firmamento  
con rayos que indelebles en la memoria están,  
y dínos si conservan memoria de tu aliento  
los inmortales campos de Salta y Tucumán.

Si el sello de tu planta se mirará en los Andes,  
o acaso en Chacabuco, o en Maipo, o en Junín;  
o si marcando hazañas más célebres y grandes,  
habremos de encontrarlo por Ayacucho, en fin.

Enséñanos siquiera la herida que te abrumba  
pero que hermosa y noble sobre tu pecho está,  
y dínos que lidiando la hubiste en Ayuma,  
o acaso en Vilcapujio, Torata, o Moqueguá.

VI

¡Ah, Rosas! ¡Nada hiciste por el eterno y santo  
sublime juramento que Mayo pronunció,  
por eso vilipendias y lo abominas tanto,  
y hasta en sus tiernos hijos tu maldición cayó!

Cuando de bayonetas se despeñó un torrente  
bordando de victorias el mundo de Colón,  
salvaje, tú dormías tranquilo, solamente,  
sin entreabrir tus ojos al trueno del cañón.

Y cuando tus hermanos al pie del Chimborazo  
sus altaneras sienes vestían de laurel,  
al viento la melena, jugando con tu lazo,  
por la desierta pampa llevabas tu corcel.

VII

¡Ah! ¡Nada te debemos los argentinos, nada,  
sino miseria, sangre, desolación sin fin;  
jamás en las batallas se divisó tu espada,  
pero mostraste pronto la daga de Caín!

Cuando a tu patria viste debilitado el brazo,  
dejaste satisfecho la sombra del ombú,  
y, al viento la melena, jugando con tu lazo,  
las hordas sublevaste salvajes como tú.

Y tu primer proeza, tu primitivo fallo,  
fué abrir con tu cuehillo su virgen corazón,  
y atar ante tus hordas al pie-de tu caballo  
sus códigos, sus palmas y el rico pabellón.

## VIII

Tan sólo sangre y cráneos tus ojos anhelaron,  
y sangre, sangre a ríos se derramó doquier,  
y de partidos cráneos los campos se cuajaron  
donde alcanzó la mano de tu brutal poder.

¿Qué sed hay en tu alma? ¿Qué hiel en cada fibra?  
¿Qué espíritu o demonio su inspiración te da-  
cuando en tu rudo labio tu pensamiento vibra,  
y en pos de la palabra la puñalada va?

¿Qué fiera en tus entrañas alimentó tu vida  
nutriéndote las venas su ponzoñosa hiel?  
¿Qué atmósfera aspiraste? ¿Qué fuente maldecida  
para bautismo tuyo te preparó Lüzel?

## IX

¿Qué ser velado tienes que te resguarda el paso,  
para poder buscarlo con el puñal en pos?  
¿Cuál es de las estrellas la que te alumbra, acaso,  
para pedir sobre ella la maldición de Dios?

¿En qué hora sientes miedo dentro tu férreo pecho,  
para evocar visiones que su pavor te den?  
¿En qué hora te adormeces tranquilo sobre el lecho,  
para llamar los muertos a sacudir tu sien?

¡Prestadme, tempestades, vuestro rugir violento  
cuando revienta el trueno, bramando el aquilón;  
cascadas y torrentes, prestadme vuestro acento  
para arrojarte eterna, tremenda maldición...!

## X

Cuando a los pueblos postra la bárbara inclemencia  
de un déspota que abriga sangriento frenesí,  
el corazón rechaza la bíblica indulgencia:  
de tigres nada dijo la voz del Sinaí.



El bueno de los buenos, desde su trono santo  
la renegada frente maldijo de Luzbel;  
la humanidad, entonces, cuando la vejan tanto,  
también tiene derecho a maldecir como él.

¡Sí, Rosas, te maldigo! Jamás dentro mis venas  
la hiel de la venganza mis horas agitó:  
como hombre te perdono mi cárcel y cadenas;  
pero como argentino las de mi patria, NO.

## XI

Por ti esa Buenos Aires que alzaba y oprimía  
sobre su espalda un mundo, bajo sus pies un león,  
hoy, débil y postrada, no puede en su agonía  
ni domeñar siquiera tu bárbara ambición.

Por ti esa Buenos Aires más crímenes ha visto,  
que hay vientos en la pampa y arenas en el mar;  
pues, de los hombres harto, para ofender a Cristo  
tu imagen colocaste sobre el sagrado altar.

¡Por ti sus buenos hijos, acongojado el pecho,  
la frente doblegamos bajo glacial dolor,  
y hasta en la tierra extraña que nos ofrece un techo  
nos viene persiguiendo, salvaje, tu rencor...!

## XII

Mas ¡ay! de la tormenta los enlutados velos  
se cambian en celajes de nácar y zafir,  
y el sol de los recuerdos nos grita de los cielos  
que en pos de la desgracia nos viene el porvenir.

«Hay más allá», es el lema de su divina frente,  
grabado por la mano purísima de Dios,  
y el Chimborazo al verlo lucir en el oriente:  
«Hay más allá», responde con su gigante voz.

Al expirar los héroes, «hay más allá», exclamaron,  
su acento conmoviendo de América el confín;  
y, al trueno de los bronce, «hay más allá», gritaron  
los campos de Ayacucho, de Maipu y de Junín!

## XIII

Sí, Rosas, vilipendia con tu mirar siniestro  
el sol de las victorias que iluminando está:  
disfruta del presente, que el porvenir es nuestro,  
y entonces ni tus huesos la América tendrá.

Sí, Rosas, vendrá un día terrible de venganza  
que temblará en el pecho tu espíritu infernal:  
cuando su trono tumben los botes de la lanza,  
o el corazón te rasgue la punta del puñal.

Como revienta el Etna tremendo de repente,  
reventarán los pueblos que oprime tu ambición;  
y, cual vomita nubes de su ceniza hirviente,  
vomitarán los pueblos el humo del cañón.

## XIV

Entonces, sol de Mayo, los días inmortales  
sobre mi libre patria recordarán en ti;  
y te dirán entonces los cánticos triunfales,  
que es esa Buenos Aires la de tu gloria, sí.

Entonces desde el Plata, sin negra pesadumbre  
te mirarán tus hijos latiendo el corazón,  
pues opulenta entonces reflejará tu lumbre  
en códigos y palmas y noble pabellón.

Y al extenderse hermoso tu brillantino manto,  
ni esclavos ni tiranos con mengua cubrirá;  
que entonces de ese Rosas que te abomina tanto,  
ni el polvo de sus huesos la América tendrá.

## ROSAS

EL 25 DE MAYO DE 1850

¡Rosas! ¡Rosas!, un genio sin segundo  
formó a su antojo tu destino extraño:  
después de Satanás, nadie en el mundo,  
cual tú, hizo menos bien ni tanto daño.

Abortado de un crimen, has querido  
que se hermanen tus obras con su origen;

y, jamás del delito arrepentido,  
sólo las horas de quietud te afligen.

Con las llamas del Tártaro encendida  
una nube de sangre te rodea;  
y en todo el horizonte de tu vida  
sangre ¡bárbaro! y sangre y sangre humea.

Tu mano conmoviera como el rayo  
los cimientos de un templo; y, de repente,  
desde el altar los ídolos de Mayo  
vertieron sangrē de su rota frente.

La Justicia se acerca religiosa  
a llamar en la tumba de Belgrano:  
y ese muerto inmortal le abre su losa,  
alzando al cielo su impotente mano.

La libertad se escapa con la Gloria  
a esconderse en las grietas de los Andes,  
reclamando a los hielos la memoria  
de aquellos tiempos en que fueron grandes.

Los ídolos y el tiempo desaparecen:  
se apagan los radiantes lumináres;  
y en sangre inmaculada se enrojecen  
los fragmentos de piras y de altares.

Gloria, nombre, virtud, patria argentina,  
todo perece do tu pie se estampa,  
todo hacen polvo, en tu ambición de ruina,  
bajo el casco los potros de tu pampa.

Y bien, Rosas, ¿después? Tal es, atiendē,  
la pregunta de Dios y de la historia:  
Ese «después» que acusa o que defiende  
en la ruina de un pueblo, o en su gloria.

Ese «después» fatal a que te reta  
sobre el cadáver de la patria mía,  
es mi voz inspirada de poeta,  
la voz tremenda del que alumbra el día.

Habla, y, en pos la destrucción, responde:  
¿Dó están las obras que brotó tu mano?  
¿Dónde tu creación? ¿Las bases dónde  
de grande idea o pensamiento vano?

¿Qué mente hubiste en tu sangriento insomnio  
que a tanto crimen te impeliese tanto?  
¡Aparta, aparta, aborto del demonio,  
que haces el mal para gozar del llanto!

La raza humana se horroriza al verte,  
hiena del Indo transformada en hombre;  
mas, ¡ay de tí!, que un día, al comprenderte,  
no te odiará, despreciará tu nombre!

El tiempo sus momentos te ha ofrecido:  
la fortuna ha rozado tu cabeza,  
y, bárbaro y no más, tú no has sabido  
ni ganar tiempo, ni ganar grandeza.

Tumbaste una república, y tu frente  
con diadema imperial no elevas ledo;  
murió la libertad, y, omnipotente,  
esclavo vives de tu propio miedo.

Quieres ser rey, y temes se convierta  
en la corona de Milán la tuya;  
quieres ser grande, y tu ánima no acierta  
cómo elevarte de la esfera suya.

Tu reino es el imperio de la muerte;  
tu grandeza el terror por tus delitos;  
y tu ambición, tu libertad, tu suerte  
abrir sepulcros y formar proscritos.

Gaucha salvaje de la pampa ruda,  
eso no es gloria, ni valor, ni vida;  
eso es sólo matar porque desnuda  
te dieron una espada fraticida.

Y, grande criminal en la memoria  
del mundo entero, de tu crimen lleno,  
serás reptil que pisará la historia  
con asco de tu forma y tu veneno!

Nerón da fuego a Roma y lo contempla,  
y hay no sé qué de heroico en tal delito;  
mas tú, con alma que el demonio templa,  
cuanto haces lleva tu miseria escrito.

Ningún Atrida al peligrar vacila.  
y tú, más que ellos para el mal, temblaste;

y, más sangriento que el sangriento Atila,  
jamás la sangre de la lid miraste.

En todas esas águilas que asieron  
la humanidad y, en fiebre carnicera,  
con sus garras metálicas la hirieron,  
cupo alguna virtud: valor siquiera!

Pero tu corazón sólo rebosa  
de miserias y crímenes y vicios,  
con una sed estúpida y rabiosa  
de hacer el mal y de inventar suplicios.

Ni siquiera te debes el destino  
con que tu sed de sangre has apagado;  
tigre que te encontraste en el camino  
un herido león que has devorado.

Espiritu del mal, nacido al mundo,  
no has sido bueno ni contigo mismo;  
y sólo dejarás un nombre inmundo,  
al descender a tu primer abismo.

Te nombrarán las madres a sus hijos  
cuando asustarlos en la cuna quieran;  
y ellos temblando y en tu imagen fijos  
se dormirán soñando que te vieran.

Los trovadores pagarán tributo  
a los cuentos que invente tu memoria;  
y, execrando tus crímenes sin fruto,  
rudo y vulgar te llamará la historia.

¡Ah, que casi tus crímenes bendigo,  
ante el enojo de la patria mía,  
porque sufras tan bárbaro castigo  
mientras alumbre el luminar del día!

Porque mientras el sol brille en la Plata  
aquel castigo sufrirás eterno;  
nunca a tu nombre la memoria, ingrata;  
nunca a tu maldición el pecho, tierno.

Y por último azote de tu suerte,  
verás, al expirar, que se levanta  
bello y triunfante y poderoso y fuerte  
el pueblo que ultrajaste con tu planta.

Pues no habrá en él, de tus alevés manos,  
más que una mancha sobre el cuello apenas;  
que tú no sabes, vulgo de tiranos,  
ni dejar la señal de tus cadenas.

## LOS TRÓPICOS

¡Los trópicos! ¡Radiante palacio del Crucero!  
¡Foco de luz que vierte torrentes por doquier!  
Entre vosotros toda la creación rebosa  
de gracia y opulencia, vigor y robustez.

Cuando miró imperfecta la creación terrena  
y le arrojó el diluvio la mano de su Dios.  
Naturaleza llena de timidez y frío,  
huyendo de los polos al trópico subió.

Y cuando dijo: «¡Basta!», volviéndole sus ojos,  
y decretando al mundo su nuevo porvenir,  
el aire de su boca los trópicos sintieron,  
y reflejarse el rayo de su mirada allí.

Entonces, como premio del hospedaje santo,  
naturaleza en ellos su trono levantó,  
dorado con las luces de la primer mirada,  
bañado con el ámbar del hálito de Dios.

Y derramó las rosas, las cristalinas fuentes,  
los bosques de azucenas, de mirtos y arrayán,  
las aves que la arrullan en armonía eterna,  
y por su linde ríos más anchos que la mar.

Las sierras y los montes en colosales formas,  
se visten con las nubes de la cintura al pie;  
las tempestades ruedan, y cuando al sol ocultan  
se mira de los montes la esmeraldina sien.

Su seno, engalanado de primavera eterna,  
no habita ese bandido, del Andes morador,  
que de las duras placas de sempiterna nieve  
se escapa entre las nubes a desafiar al sol.

Habitan confundidos el tigre y el jilguero,  
tueanes, guacamayos, el león y la torcaz,  
y todos, cuando tiende su obscuridad la noche,  
se duermen bajo el dátil, en lechos de azahar.

La tierra, de sus poros vegetación exhala,  
formando pabellones para burlar al sol,  
ya que su luz desdena, pues tiene del diamante,  
del oro y del topacio magnífico esplendor.

Naturaleza virgen, hermosa, radiante,  
no emana sino vida y amor y brillantez:  
donde cayó una gota del llanto de la aurora,  
sin ver pintadas flores no muere el astro rey;

así como la niña de quince primaveras,  
de gracias rebosando, de virginal amor,  
no bien recibe el soplo de enamorado aliento,  
cuando a su rostro brotan las rosas del rubor.

¡Los trópicos! El aire, la brisa de la tarde,  
resbala como tibio suspiro de mujer,  
y en voluptuosos giros besándonos la frente,  
se nos desmaya el alma con dulce languidez.

Mas ¡ay! otra indecible, sublime maravilla,  
los trópicos encierran, magnífica: la luz;  
la luz, ardiente, roja, cual sangre de quince años,  
en ondas se derrama por el espacio azul.

¿A dónde está el acento que describir pudiera  
el alba, el mediodía, la tarde tropical,  
un rayo solamente del sol en el ocaso,  
o del millón de estrellas un astro nada más?

Allí la luz que baña los cielos y los montes,  
se toca, se resiste, se siente difundir;  
es una catarata de fuego despenada  
en olas perceptibles que bajan del cenit.

El ojo se resiente de su punzante brillo,  
que cual si reflectase de placas de metal,  
traspasa como flecha de imperceptible punta  
la cristalina esfera de la pupila audaz.

Semeja los destellos, espléndidos, radiantes,  
que en torbellino brota la frente de Jehová,  
parado en las alturas del Ecuador, mirando  
los ejes de la tierra por si a doblarse van.

Y con la misma llama que abrasa, vivifica  
la tierra que recibe los rayos de su sien,

e hidrópica de vida, revienta por los poros,  
vegetación manando para alfombrar su pie.

Y cuando el horizonte le toma entre sus brazos  
partidas las montañas, fluctuando entre vapor,  
las luces son entonces vivientes inflamados  
que en grupos se amontonan a despedir al sol.

Enrojecidas sierpes entre doradas mieses  
caracoléando giran en derredor a él.  
Y azules mariposas en bosques de rosales  
coronan esparcidas su rubicunda sien.

Y más arriba cisnes de nítido plumaje  
nadando sobre lagos con lindes de coral,  
saludan el postrero suspiro de la tarde,  
que vaga como pardo perfume del altar;

y muere silenciosa mirando las estrellas,  
que muestran indecisas escuálido color,  
así como las hijas en torno de la madre  
cuando recibe su alma la mano del Señor.

Si en peregrina vida por los etéreos llanos  
las fantasías bellas de los poetas van,  
son ellas las que brillan en rutilantes mares  
allá en los horizontes del cielo tropical.

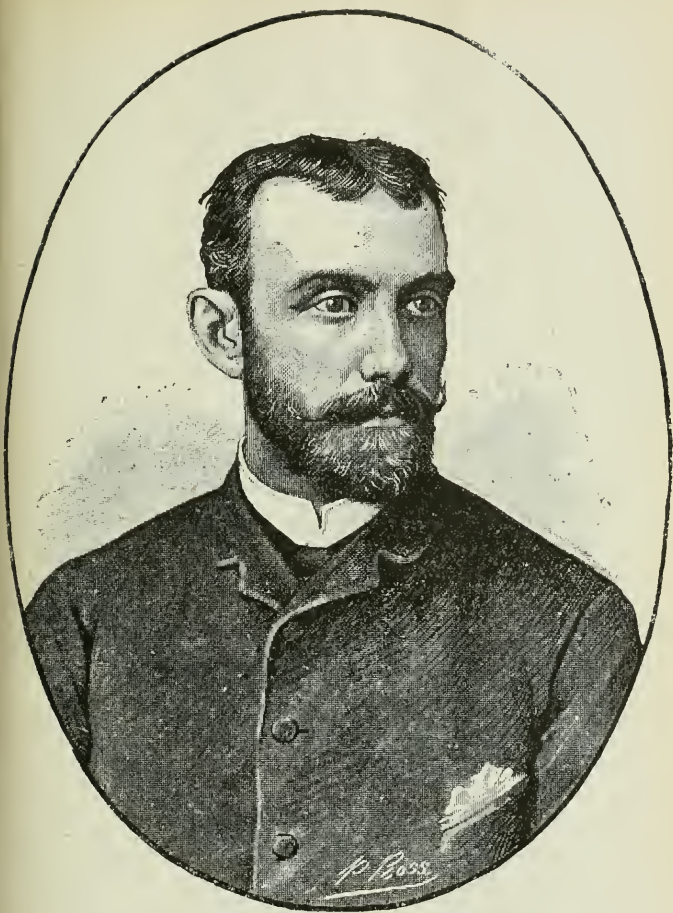
Allí las afecciones se avivan en el alma,  
allí se poetiza la voz del corazón;  
allí es poeta el hombre; allí los pensamientos  
discurren solamente por la región de Dios.

Un poco más... y el mustio color de las estrellas  
al paso de la noche se aviva en el cenit,  
hasta quedar el cielo bordado de diamantes  
que por engaste llevan aureolas de rubí.

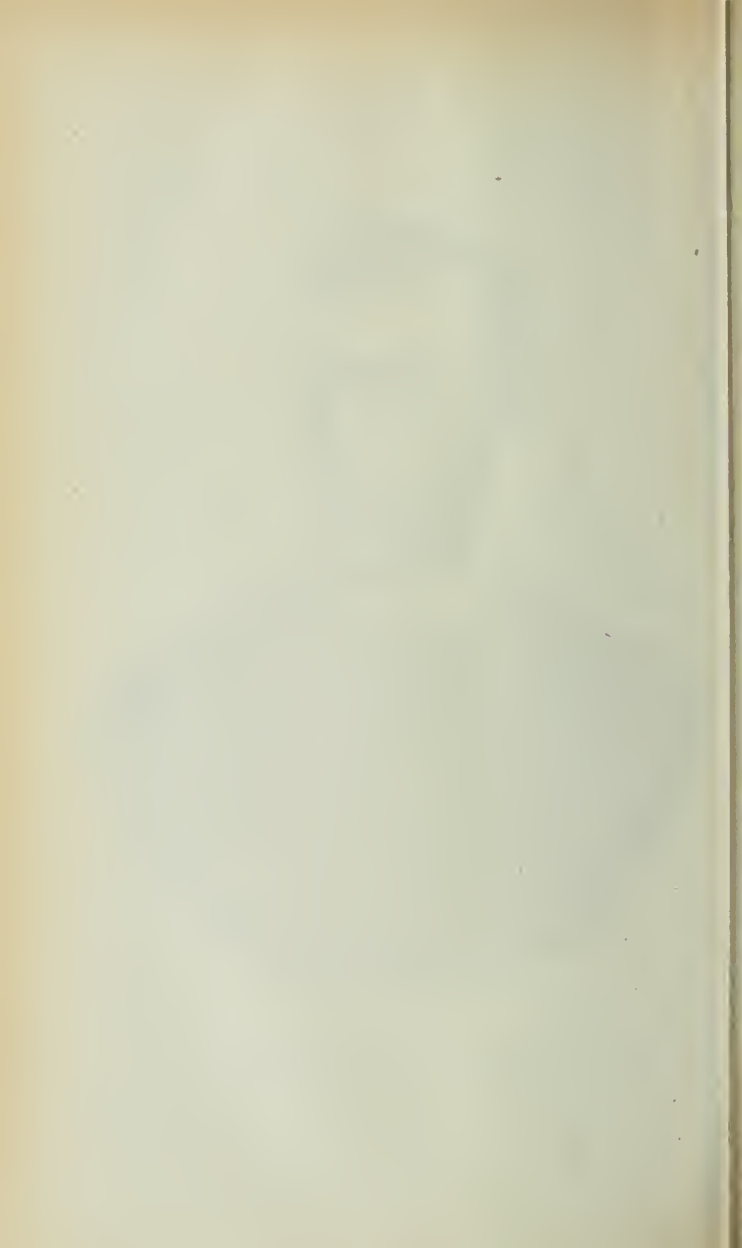
Brillantes, despejadas, inspiradoras, bellas,  
parecen las ideas del infinito Sér,  
que vagan en el éter en glóbulos de lumbre,  
no bien que de su labio se escapan una vez.

Y en medio de ellas, rubia, cercana, transparente,  
con iris y aureolas magníficas de luz,  
la luna se presenta como la virgen madre  
que pasa bendiciendo los hijos de Jesús.





DOMINGO D. MARTINTO





## MARTINTO (Domingo D.)

---

### TRISTEZA

No extrañes, dulce amiga, la tristeza  
que en mis ojos se extiende como un velo  
y hace doblar mi juvenil cabeza.

Mi corazón cansado lleva el duelo  
de muchas ilusiones, agostadas  
en él cual plantas en estéril suelo.

¡Y qué hermosas las vi cuando en bandadas  
volando en torno de mi frente pura,  
eran luz de mis noches encantadas!

Eternas las creía en mi locura,  
porque ignoraba entonces que en el mundo  
sólo el dolor eternamente dura.

También, cuando me huyeron, y el fecundo  
resplandor de sus alas se extinguía,  
sentíme hundido en un pesar profundo.

Algunas veces ¡ay! me parecía  
que al alejarse, ingratas, de mi lado,  
llevaban toda la existencia mía.

Otras, el rostro en lágrimas bañado,  
ansiaba detener las breves horas  
o con ellas hundirme en el pasado.

¡Era inútil...! Ya nunca, seductoras,  
volverán a engañar mi pensamiento  
con sus dulces promesas tentadoras.

Un amargo y profundo desaliento,  
en vez de mis antiguas ambiciones,  
como el soldado en la derrota, siento.

No busco ya las hondas sensaciones  
ni el aplauso del triunfo, ni en mi vida  
caben tampoco nuevas decepciones.

La gloria, que mi mente enardecida  
persiguió tanto tiempo, no ha tenido  
ningún laurel para mi sien herida.

Sé que en la eterna noche del olvido  
se extinguirá mi nombre, como leve-  
rayo de luz en la extensión perdido.

Lo sé, y sin quejas lentamente bebe  
mi labio el cáliz de un dolor que, acaso,  
nunca agotarse en este mundo debe.

Triste se hundió mi sol en el ocaso,  
e indiferente a todo, mi camino  
siguiendo voy con vacilante paso.

Que ni una mano generosa vino  
a prestarme su ayuda, y cada día  
es más obscuro mi fatal destino.

¡Si al menos, victorioso, todavía  
como un rayo de luz llegar pudiera  
un destello de amor al alma mía!

¡Si, como el árbol mustio en primavera,  
otra vez por mi cuerpo fatigado  
robusta savia circular sintiera!

Quizás entonces... Pero nunca el hado  
propicio ya se mostrará a mi vida,  
ni con sus sueños volverá el pasado.

Y siempre solo marcharé, vencida  
y rota el alma, en su profundo seno  
llevando oculta mi incurable herida.

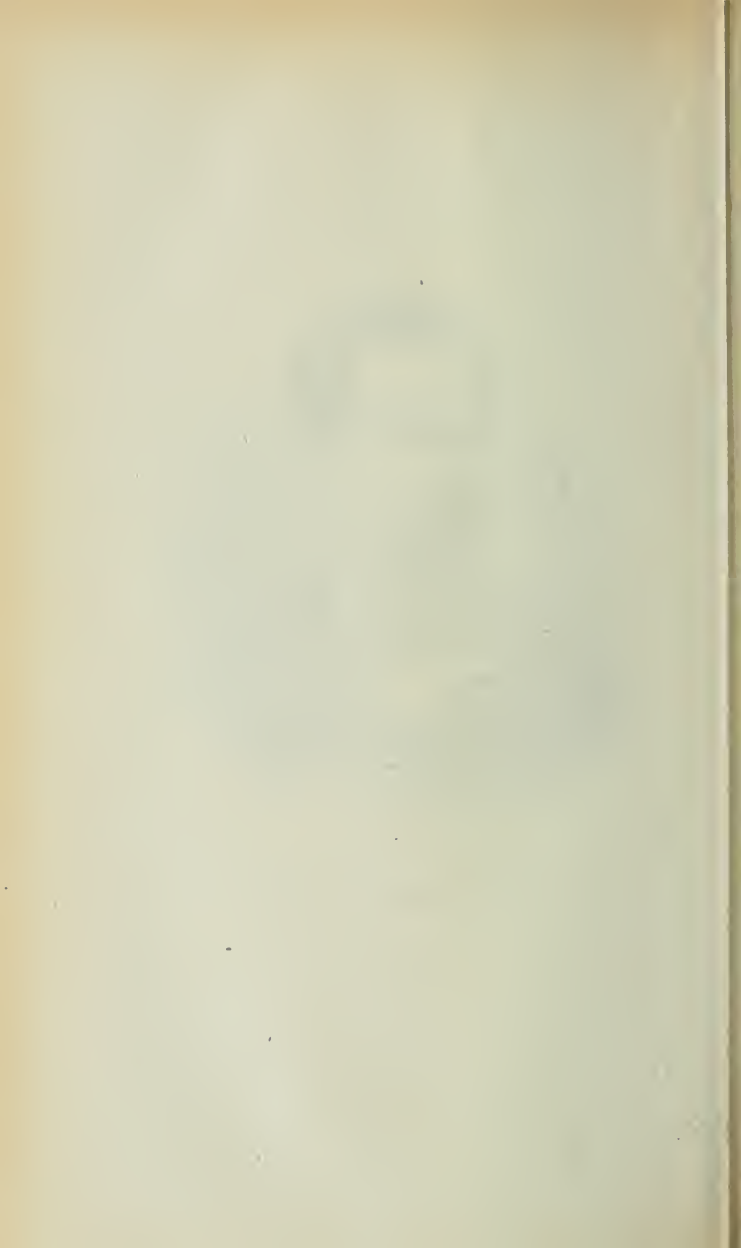
Por eso, de mis versos, el veneno  
de un frío escepticismo se derrama  
como de un vaso hasta los bordes lleno;

por eso inclino, como endeble rama,  
bajo el dolor mi juvenil cabeza,  
y cuando todo resucita y ama  
más honda se hace mi inmortal tristeza.

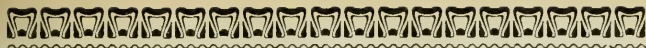




GERVASIO MENDEZ







## MENDEZ (Gervasio)

---

### LUCHA

Yo tenía un hogar pequeño y pobre,  
digna cuna del mártir y del paria,  
sin techo en la tormenta de su suerte,  
sin pan en su hambre; y en su sed sin agua.

Era un humilde nido, casi oculto  
en las frondosas y flexibles ramas  
de un bosque de fragantes madre selvas,  
albos jazmines y encendidas dalias.

En su estrecho recinto no cabía  
la pequeñez de la grandeza humana,  
¡pero ofrecía ilimitado espacio  
a la gigante aspiración de mi alma!

¡Ebrio de corrupción, jamás el mundo  
hizo estallar en él su carcajada,  
ni en su celeste atmósfera fué el vicio  
a derramar sus repugnantes miasmas!

Allí abrían las rosas sus capullos  
a la caricia de la luz del alba,  
como al calor de los primeros besos  
se abren los frescos labios de la infancia.

Embriagados de esencia, los jazmines  
sobre sus verdes tallos se inclinaban;  
encorvados ancianos parecían,  
envueltos en la nieve de sus canas.

Como regia diadema de brillantes  
que centellea en una frente casta,  
las luminosas gotas de rocío  
sobre la flor del azahar chispeaban.

Los perfumes, la luz, la melodía  
del canto del zorzal y la calandria,  
todo formaba un colosal poema  
en aquel libro de pequeñas páginas.

Deslumbrado una tarde por el brillo  
de sus hermosas y radiantes galas,  
vi de pronto caer una paloma  
bajo la fuerza de sangrienta garra.

¡Era mi juventud, rica de ensueños,  
ilusiones, anhelos y esperanzas,  
que el buitre del dolor acometía  
con sed de sangre y convulsión de rabia!

Desde entonces arrastro la cadena  
que oprime mi existencia desolada,  
luchando día a día, sin rendirme,  
con el hambre, la sed y la desgracia.

¡No es posible triunfar! Pero que al menos,  
cuando en el polvo de la tumba caiga,  
sepan que no he ganado los laureles  
ocultando la frente en la batalla.

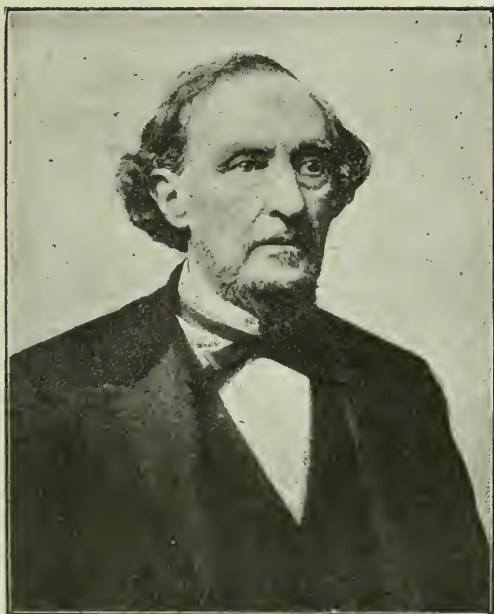
A...

Por más que cause a tu modestia enojos,  
te diré que un astrónomo porfía  
que no es el sol el que ilumina el día,  
sino la luz del cielo de tus ojos.

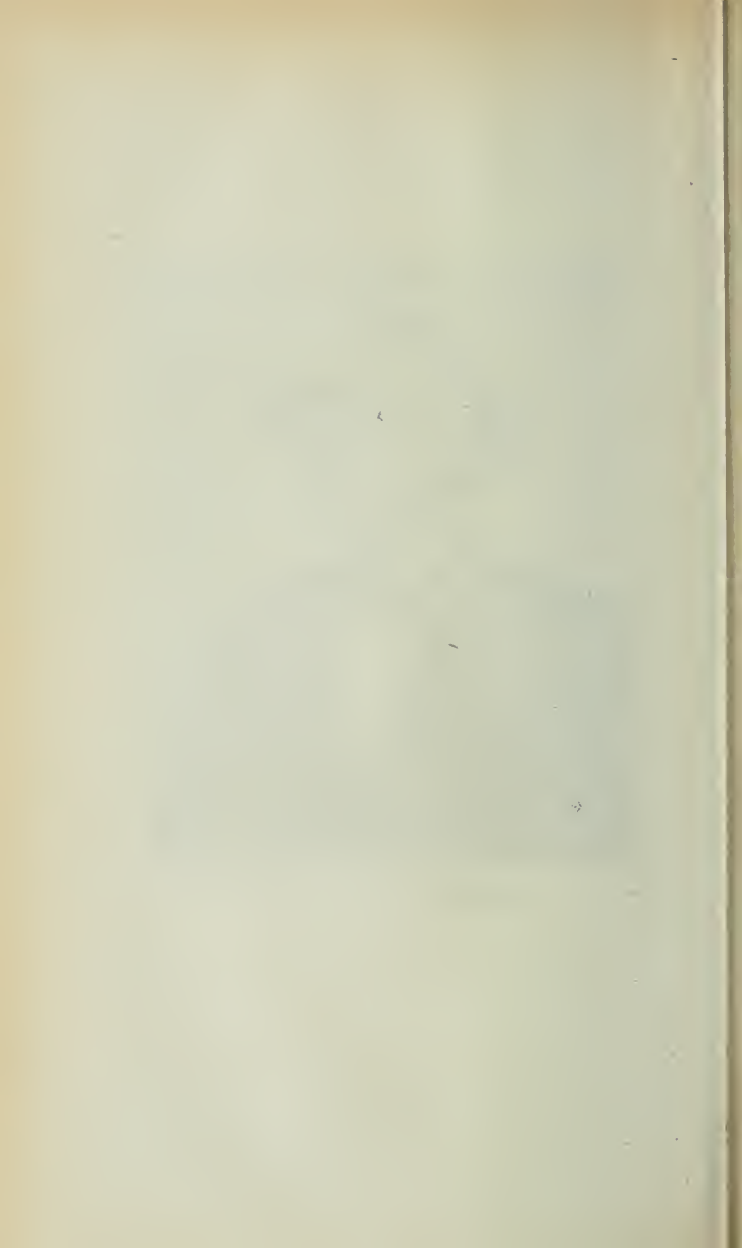
A...

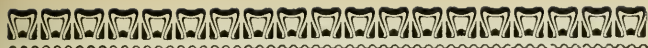
Si es verdad lo que un sabio me decía,  
hablando ayer de la celeste esfera,  
que del ardiente beso de dos astros  
nacieron una noche las estrellas;  
tú, que la esencia eres del perfume,  
de la luz, del candor y la modestia,  
¿por qué no suponer que hayas nacido  
de algún beso del sol a una violeta?





BARTOLOME MITRE





## MITRE (Bartolomé)

---

AL 25 DE MAYO

¡Cascada de Niágara y Toquendama,  
donde el agua del mundo se derrama  
para apagar de América la sed!  
¡Amazonas, Misuri, bello Plata,  
dónde la virgen pura se retrata  
en tu margen bañándose los pies!

¡Pampas inmensas, selvas olorosas,  
del Andes cordilleras orgullosas  
que corona la ardiente cruz del Sud:  
perfumados como nube de incensario,  
armonizados cual himno del santuario,  
para decir de Mayo al sol: ¡Salud!

Salud, página inmensa de la historia,  
divino resplandor de la memoria,  
fuente de personal inspiración;  
en tus alas de fuego me sublimas  
y al entusiasmo saero en que me animas  
calientas mi cabeza y corazón.

Irrefragable manantial de vida  
que enriquece la savia bendecida  
del árbol de la hermosa Libertad,  
donde erecen las flores inmortales  
teñidas de colores celestiales  
en que perfuma Dios la humanidad.

Inextinguible cifra que concreta  
las utopías doradas del poeta,  
y la idea de genio pensador;  
como de mil cabezas agitadas  
uniforma las creencias encontradas  
el madero del sacro Redentor.

Del gran día celeste monumento,  
donde arde su divino pensamiento  
como el fuego sagrado en el altar,  
que bañará del mundo las edades,  
en medio de las densas tempestades  
para impedir al hombre naufragar.

Hoguera abrasadora del gran Mayo  
do se incendió terrible como el rayo  
el fuego de un pensar generador,  
que el corazón templó cual hierro fuerte,  
y dió existencia a la materia inerte,  
como el soplo divino del Creador.

Al vivífico rayo de tu lumbre,  
se estremeció la inmensa muchedumbre  
y el polvo del esclavo sacudió.  
Allí surgió la dignidad humana,  
y una nación potente y soberana  
que el soplo democrático animó.

Allí genios pujantes inspirados,  
formularon derechos pisoteados,  
en sólo una palabra: Libertad;  
y ella vertió con generosa mano  
perfumes sobre el mundo Americano,  
y en ideas de gloria lo embriagó.

La inspiración de la alta inteligencia  
el calor de la intrépida elocuencia  
en el astro de Mayo concentró;  
y del ardiente labio de Moreno  
se desprendió de su palabra el trueno,  
y el programa de Mayo formuló.

«Derribemos su trono al despotismo:  
»abramos ancha vía al patriotismo:  
»alcemos los fanales de la ley:  
»rompamos su barrera a la ignorancia:



»alumbremos la mente de la infancia,  
»y ennoblezcamos al humano sér.»

Al mirar tan magnífico programa,  
prendió en los corazones noble llama,  
que como chispa eléctrica cundió:  
como hierve entre escollos la marea,  
hirvió entre las cabezas una idea  
que dió vida a la gran revolución.

Revolución sin lanzas, ni fusiles,  
un alto pensamiento fué su Aquiles,  
y la razón su escudo tutelar;  
revolución nacida de las cosas  
que rugiendo como olas tempestuosas,  
derribaron la estatua personal.

Revolución con cauda de cometa  
que atravesó los aires cual saeta  
despedida del arco del Señor:  
parto de mil ideas generosas  
que volaron cual chispas luminosas  
por todo el continente de Colón.

Sólo una vez brillaron sus espadas  
para romper cadenas execradas  
y sostener las tablas de la ley:  
para postrar esclavos y tiranos,  
para afirmar los vínculos de hermanos  
y atarlos con coronas de laurel.

Tuvo ejércitos grandes, generales  
que pasearon gloriosos y triunfales  
las banderas del pueblo paladión;  
y de los Andes en la blanca cima,  
en Chile hermoso y opulento Lima,  
postraron al ibérico león.

Legisladores de alta inteligencia,  
que encendieron la luz de la experiencia  
para alumbrar su vía al porvenir,  
en Tucumán el acta formularon  
y libre e independiente declararon  
al pueblo que rompió su yugo vil.

Sol de Mayo que entonces refulgente,  
suspendido por Dios en el Oriente  
alumbraste la gran revolución:  
al fecundár de Mayo la semilla,  
hoy te doblan humildes la rodilla  
los nietos de esa audaz generación.

Mira al árbol sembrado por sus manos  
que enarbola sus gajos soberanos  
sembrando al Sud, al Norte y Ecuador;  
a cuyo pie la libertad divina,  
vagando por el mundo peregrina,  
la tienda americana levantó.

En vano las segures cortadoras  
en su troneo se hundieron destructoras,  
sin conseguir sus ramas marchitar;  
y, aunque hollado por hondas cicatrices,  
extiende poderosas sus raíces,  
la América abarcando cual Titán.

Mira al Norte, con trece fajas bellas,  
cómo flamea el pabellón de estrellas,  
símbolo de la gloria de la Unión,  
y en la torre de su alto Capitolio  
la democracia encima del gran solio  
que elevó la justicia y la razón.

De allí voló de Mayo la simiente,  
de allí de libertad el soplo ardiente  
que la mente del pueblo calentó,  
como se prestan jugos y calores  
en el polen fecundo de las flores  
que la brisa en sus alas derramó.

Contempla al pueblo libre que en el Istmo  
se labró con intrépido heroísmo  
el acta de su gloria y Libertad:  
al formarle parece que Dios quiso  
dar a su americano paraíso  
vínculo de eternal fraternidad.

Al Sud siete repúblicas hermanas  
enarbolan banderas soberanas,  
en vez del rojo trapo Colonial:  
y al soplo tempestuoso de la guerra

fortifican sus astas en la tierra,  
cual árbol que sacude el vendaval.

Las repúblicas hijas de Bolívar  
beben gotas de mieles y de acíbar,  
caminando a un hermoso porvenir;  
y Chile, cual fanal del marinero,  
va mostrando el seguro derrotero  
por que debe la América seguir.

¿Y qué es de la república que un día  
hizo surgir de entre la noche fría,  
de esclavitud un mundo colosal?  
¿La que dando patrióticas lecciones  
fundó en el continente tres naciones,  
sobre el polvo del trono colonial?

¿De aquélla que con brazos vigorosos,  
venció a los guerrilleros orgullosos  
del Brasil, de la España y de Albión?  
¿La que abatió la cima de los Andes,  
y dió a la historia de los hechos grandes,  
páginas de belleza y esplendor?

¿La que envuelta en el manto de la gloria  
sobre el carro triunfal de la victoria,  
se coronó la frente de laurel,  
y en vez del negro trono de los reyes,  
hizo elevar el ara de las leyes,  
y derramó sobre ella mirra y miel?

¿La que libre, feliz y soberana  
bebía la virtud republicana  
en el soplo del férvido huracán?  
¿La que en alas del rápido pampero,  
parecía decirle al mundo entero:  
«A donde va mi viento el brazo va»?

¿La que, Atenas del mundo americano,  
distribuyó con generosa mano  
de ilustración y de verdad el pan,  
y en la mente sin luz de la criatura  
encerraba la ardiente levadura  
que con la edad debía fomentar?

Ahí la tenéis, encima de un calvario,  
envuelta por el fúnebre sudario

que le arrojó la torpe esclavitud:  
reina con el cabello pisoteado,  
laurel a quien la lluvia no ha regado  
y se marchita en flor de juventud.

La sociedad sin leyes, desquiciada,  
y bajo férrea mano nivelada,  
armada del cuchillo de terror:  
los nombres de patriotas eminentes  
no grabados en bronces relucientes  
sino en tablas de horrible proscripción.

Los principios de Mayo conculcados  
los derechos del hombre pisoteados,  
sin que pueda decir: «Yo tengo pan.»  
Un pueblo destinado al sacrificio  
sobre el horrendo tajo del suplicio,  
que sangre pura destilando está.

Al deshonor sus hijas entregadas,  
las madres en los templos azotadas,  
coronadas del moño de irrisión,  
arrastrando cual mulas sucio carro,  
donde llevan un ídolo de barro  
que colocan al lado del Señor.

La tribuna de Paso y de Dorrego,  
cuya palabra descendió cual riego  
en medio de la barra popular;  
hoy la ocupan estúpidos sectarios  
donde leen un papel sin comentarios  
en defensa del crimen y maldad.

La bandera que guiaba al combatiente,  
despojada del sol resplandeciente,  
y ennegrecido su divino azul;  
desterrado el valor de su milicia;  
derrumbado el altar de la justicia;  
los poetas sin patria y sin laúd.

En todo, impreso del demonio el sello;  
el robo y el incesto y el degüello  
sancionados por ley y religión.  
Coágulo de los vicios más innundos  
que emponzoñara el aire de mil mundos  
si no se contuviese su explosión.

El genio que preside la anarquía  
entre el vapor espeso de la orgía—  
desparrama en su aliento corrupción:  
aborto abominable del infierno,  
o maldición tremenda del Eterno,  
porque el lazo rompimos de la unión:

Salvaje, que en sus raptos de demencia—  
volcó la hermosa antorcha de la ciencia  
para encender con ella su fogón.  
Allí quemó del pueblo los derechos,  
el bello libro de los grandes hechos...  
pero su cifra está en el corazón.

Entonces a demanda tuya ¡oh Mayo!,  
armamos nuestra diestra con tu rayo  
para acorrer la patria en su orfandad,  
dando al viento de nuevo los colores,  
que engalanó en tus nítidos albores,  
a los gritos de patria y libertad:

Pero la diestra que mi patria azota  
la revolcó en el campo de la rota,  
y vió abatido su inmortal pendón.  
Los buenos argentinos sueñambieron  
y en el seno de Oriente se acogieron  
cual la paloma que huye del halcón.

Hijo del pabellón del argentino,  
su bandera dió sombra al peregrino;  
como el palmero al pobre viajador;  
pero el feroz tirano en torvo ceño,  
lo despertó de su agitado sueño,  
en la tierra de lenta proscripción.

Al mirar levantarse agigantado—  
un pueblo por las leyes gobernado,  
vió su trono sangriento bambolear,  
ante la ley retrocedió el salvaje—  
y sus hordas hambrientas de pillaje  
bajo rojo pendón hizo juntar.

Y dijo: «—Al otro lado de ese río,  
»se levanta con fuerte poderío—  
»el odiado pendón de Libertad:  
»corred allí, mis bravos federales,

»y quemad esos libros infernales  
»en que se habla de Patria y de Igualdad.

»¡A la carga!, ¡a degüello!, mis sicarios:  
»que mueran los salvajes unitarios  
»por mi mazorca a filo de puñal:  
»despedazad sus cráneos con la bola,  
»y arrastrad de los potros a la cola,  
»sus cabezas en medio de un cardal.

»Que vista en pocos días triste luto  
»y que me pague en llanto su tributo  
»la que llaman República Oriental.  
»Atádmela a la cincha con un lazo;  
»quedando espuela y rienda y mi picazo,  
»la veréis por las pampas arrastrar.

»Predicad que a los pies de mi caballo  
»he borrado los códigos que en Mayo  
»una turba de locos escribió.  
»Y he forjado en la palma de mi mano  
»un famoso *Sistema Americano*  
»para reinar sobre las leyes yo.»

La mesnada de torpes asesinos  
que deshonran el nombre de argentinos  
volaron cual hambriento gavilán;  
y al bárbarico son del clamoreo,  
llegan ante la gran Montevideo  
donde los libres en su puesto están.

Llegan y se detienen asombrados  
ante los fuertes muros levantados  
del pueblo por la mano colosal.  
Y en el Cerrito de inmortal memoria,  
donde Rondó se coronó de gloria,  
el miserable esclavo alzó su real.

No ya, cual otro tiempo en las almenas,  
van a trozar las bárbaras cadenas  
de tres siglos de oprobio y opresión;  
renegando la gloria de esos días,  
vienen a traer satánicas orgías,  
el degüello y la cruel confiscación.

Por las orillas fértiles del Plata  
la gavilla de Rosas se dilata,  
amenazando hundir la libertad.  
Montevideo grande, fiel, sublime,  
bajo el enorme peso que la oprime,  
alza sobre sus hombros la igualdad.

Oponiendo la espalda a la venganza,  
guarda el arca de la última esperanza  
en el recinto de la gran ciudad;  
en ella cual depósito sagrado,  
se encierra el porvenir ilimitado  
que asombrados los hombres dejará.

En ella de estos países venturosos  
fructifican los gérmenes hermosos  
de libertad y civilización;  
y día y noche la ciudad invicta,  
guardando con amor su arca bendita,  
vela al pie del sagrado pabellón.

Funde cañones, arma ciudadanos,  
y al niño, a la mujer y a los ancianos,  
les infunde el aliento varonil.  
Amasa con su sangre sus murallas  
bajo el fuego de la hórrida metralla  
y el mortífero plomo del fusil.

La pólvora y la sangre siempre humean,  
el cañón y la lanza centellean,  
y uno a uno sus hijos ve caer;  
pero ella más heroica y más constante,  
los envuelve en su manto rutilante,  
y les ciñe coronas de laurel.

En vano viejos pueblos enervados  
escriben en sus libros despreciados:  
«El oro, el oro es de la tierra Dios.»  
Que ella dice con hechos elocuentes:  
«En dos pueblos viriles y valientes  
el Dios es de la patria el santo amor.»

Al que infame, cobarde y miserable  
deserta a su defensa inimitable,  
le estampa el sello ardiente de traidor.  
Y teje siempreviva y mustio lirio



para ceñir corona de martirio  
al que le dé su vida en oblación.

Y sus hijos también, con patriotismo,  
vendan al que cayó con heroísmo  
peleando por su hogar y castidad;  
y comprendiendo su misión inmensa,  
se entrega de la patria a la defensa  
ofreciendo sus hijos en su altar.

¡Oh!, la misión de la mujer es santa:  
ella la flor de las virtudes planta  
del niño en el fecundo corazón;  
y cuando ve la patria que agoniza,  
desprende de su seno a él ancha liza,  
de patriotas audaz generación.

De los niños confiados a sus manos  
salen fuertes y buenos ciudadanos,  
formados en el halda maternal:  
do aprendieron a odiar la tiranía  
y a combatir con inelita porfía  
por los santos principios de igualdad.

Así en Mayo nacieron los campeones  
que rompieron los duros eslabones  
que nos forjó la torpe iniquidad:  
y con la leche encima de los labios,  
fuertes guerreros, gobernantes sabios,  
contempló con asombro aquella edad.

Y hoy, en la lucha santa que emprendimos,  
niños sobre la arena descendimos  
para arrimar al hombre al patrio altar,  
y al darnos nuestra madre abrazo estrecho,  
nos pone sollozando sobre el pecho  
los colores de Salta y Tucumán.

¡Oh!, mil veces, mil veces venturosa  
la juventud que en causa tan hermosa  
puede toda su sangre derramar:  
la que serena ante el combate rudo,  
de tiranía cae en el escudo  
del mártir de una causa universal.

Esos tus hijos son los que a tu dogma  
le tributan sus cánticos y aromas,



su brazo y su poder intelectual:  
que acaudillan de Mayo aquellos hombres  
cuyos gloriosos e inmortales nombres  
son nuestro patrimonio nacional.

Cada viejo de Mayo es flor divina  
de la corona cívica Argentina,  
y la corona cívica Oriental;  
y si el viento le arranca alguna hoja,  
tu luz seca las gotas de congoja  
de nuestras patrias en la bella faz.

Detente ¡oh sol!, y mira a ese caído,  
porque ése era un guerrero esclarecido  
que en holocausto tuyo se ofreció;  
y hasta lanzar su postrimer aliento,  
a ti te dedicó su pensamiento,  
y al ver tu faz contento pereció.

Grande entre los gigantes de aquel Mayo  
que robaron a Dios su ardiente rayo  
para decir al pueblo: *Fiat lux*,  
hoy miró su postrer aniversario  
sirviéndole de espléndido sudario  
de la ciudad el estandarte azul.

Tuvo seis hijos, del amor el fruto,  
que presentó a la patria por tributo  
cuando miró su estatua bambolear;  
y a la cabeza de su prole hermosa  
desenvainó su espada victoriosa  
para poner a raya la maldad.

Y en cien combates de eternal memoria  
do la ciudad se coronó de gloria,  
relampagueó su acero vencedor:  
y el entusiasmo puro en que él ardía  
a sus valientes hijos lo infundía  
entre el silbo del polvo matador.

Hermosa cual su vida fué su muerte:  
con el aliento varonil del fuerte,  
peleando por su patria sucumbió.  
En hombros de sus hijos esforzados,  
de balazos el pecho acibillado,  
el campo de batalla abandonó.

Y tendido en el lecho de agonía  
reconcentró de su alma la energía  
para poderte contemplar ¡oh sol!,  
y a veces repetía el fuerte anciano:  
«¡Pueda mirar el astro soberano  
que el día de la América alumbró!»

El cielo oyó su ruego: esta mañana  
cuando tocaba a vuelo la campana  
y tronaba la salva del cañón,  
sintió fuego patriótico en el alma,  
y cual hojas al tronco de la palma,  
su valerosa prole le rodeó.

Sobre su calva e inspirada frente  
relucía la chispa refulgente  
que fijó con su dedo el Hacedor.  
Abrió sus ojos a la luz süave,  
y arrojó una mirada dulce y grave  
a sus retoños que en amor regó.

Los estrechó con paternal terneza,  
y elevando exaltada su cabeza,  
en las nubes de Oriente se fijó;  
cayeron de rodillas ante el lecho,  
el corazón en lágrimas deshecho,  
y él así les echó su bendición:

«Benditos seáis para salvar la patria  
»y fecundar de Mayo la simiente;  
»para adornar con palma refulgente  
»de nuestra patria el pabellón triunfal.

«Benditos seáis para morir por ella  
»entre el ardor de la feral batalla;  
»para imponer incontrastable valla  
»en la tribuna al despotismo audaz.

«Benditos seáis para rasgar el pecho  
»del torpe Rosas con robusta mano,  
»y dar al pueblo en que nació Belgrano  
»de libertad y gloria la señal.

«El mundo entero aplaudirá ese golpe,  
»la humanidad os colmará de loores  
»y el cincel de los grandes escultores  
»os armará del salvador puñal.

»Himnos sin cuento os rendirán los vates,  
»párvulos tiernos, santas bendiciones,  
»casta doncella, puras emociones,—  
»y admiración la noble ancianidad.

»El pueblo grato os ceñirá de lauros:  
»enjugaréis de una nación el lloro;  
»que vuestro nombre escribirá con oro  
»en las fajas del Lábaro triunfal.

»Grandes seréis por mil generaciones  
»y vuestra gloria inundará este suelo,  
»y vuestro padre desde el alto cielo—  
»os enviará su bendición de paz.

»Bendito seáis para salvar la patria  
»y dar al mundo ese inmortal ejemplo,  
»volar de gloria al sacrosanto templo—  
»y de Mayo las aras levantar...»

Dijo el anciano; y el gran sol de Mayo  
vertió sobre su frente un puro rayo—  
que en misteriosa aureola lo ciñó:  
Lo contempló con ojo entusiasmado  
diciendo: «Patria mía...», y apagado  
quedó su inteligente resplandor.

Así de libertad sucumbe el hijo,  
sobre la patria el pensamiento fijo,  
abrazando las gradas de su altar;  
como Castelli y cual Berón de Astrada,  
como Lavalle de alina no domada,  
muere para vivir vida inmortal.

Con mártires de grandes corazones,  
se alzan y regeneran las naciones  
y su sangre es la ofrenda que le dan.  
Mártir fué el Redentor; y de un madero  
do lo enclavó el impío, al mundo entero  
regeneró con su misión de paz.

Bebiendo el entusiasmo de sus hechos,  
buscaremos del hombre los derechos  
a la radiante luz de la verdad.  
El templo del gran Mayo concluiremos  
con la caliente sangre que le demos  
peleando por su dogma celestial.

Profética la mente vi otros días  
 en que se oirán sublimes armonías  
 bajo el domo que habremos de elevar:  
 no habrá tiranos ni sangrienta guerra;  
 tierra de promisión será esta tierra,  
 norma de la afligida humanidad.

¡Oh, Mayo!, de tu espíritu invisible  
 penetrarás un mundo indivisible  
 como el aire, de Dios la inmensidad;  
 y al esplendor tu sol del alto cielo,  
 se elevará sublime desde el suelo  
 un coro de alabanza universal:

«¡Gian lámpara del templo soberano!  
 »¡Vasta concretación del sér humano!  
 »¡Monumento grandioso de igualdad,  
 »cuya piedra fué puesta por gigantes,  
 »dejándonos sus hijos, que pujantes  
 »alzarán su cimborio colosal!

»Tú guardas de los hombres el tesoro  
 »y en los altares de tus urnas de oro  
 »derramas democrático raudal,  
 »con que bañas del mundo las naciones  
 »que entrelazan sus ínclitos pendones  
 »para beber tu universal maná.

»Bajo la inmensa cruz del cristianismo  
 »que domina tu domo, el despotismo  
 »yace herido del rayo popular,  
 »y la divina imagen que soñaron  
 »los hombres que tu base levantaron  
 »le oprime con su planta de Titán.»

## LO QUE ES AMOR

Hija mía, el amor es un espejo  
 do la coqueta busca su reflejo,  
 llena de vanidad.

Más tarde al corazón da grata calma  
 e inculcando la virtud en su alma,  
 la empapa en castidad.

También es un abismo en que la mano  
 un borde de que asirse busca en vano  
 y resbalan los pies,

como el incauto niño que inocente  
se contempla y se baña en una fuente,  
y se ahoga después.

## A COLÓN

*(Imitación de Schiller)*

Boga, boga con ánimo valiente,  
empuñando el timón con firme mano,  
y no te arredre ese murmullo vano  
del vulgo necio y del motín rugiente.

Marcha, marcha derecho al Occidente:  
allí de un nuevo mundo está el arcano,  
que adivinó tu genio soberano,  
y que ves con los ojos de la mente.

Fíate en Dios cuando los mares sondas,  
que si no existen mundos ignorados,  
han de surgir del seno de las ondas:

Naturaleza y genio son aliados,  
y todo cuanto el genio ha prometido,  
Naturaleza siempre lo ha cumplido.

## UNA FLOR DEL ALMA

*A una amiga anciano*

Yo te diera una flor de los jardines  
para adornar tu blanca cabellera  
si su vida no fuese tan ligera  
que nace, brilla y muere con un sol;  
y darte quiero cosa más durable  
que no marchite el viento del olvido  
y que a pesar del tiempo transcurrido  
guarde siempre su aroma y su color.

Como hay una que llaman «flor del aire»,  
hay otra que se llama «flor del alma»,  
que a veces brota en apacible calma  
o al soplo de la recia tempestad:  
nacida en horas quietas y serenas  
hoy te ofrezco una flor del alma mía,  
bañada en el raudal de simpatía  
que la vieja amistad hace brotar.

Toma esa flor humilde e inodora,  
y si quieres que viva eternamente,  
báñala con el rayo de occidente  
que en tus sienes aun vierte resplandor;  
refrésquela el recuerdo de otros años,  
reanímela benévola sonrisa,  
y que de dos edades una brisa  
le preste su perfume y su frescor.

Mas, antes de hacer esto, mira el cáliz  
de la flor que te ofrezco, y escondida  
hallarás una lágrima vertida,  
que en la aurora cayó sobre el verjel:  
vierte otra gota en tu sereno ocaso,  
que dos gotas de llanto derramadas  
son amargas, si se hallan separadas,  
y juntas son dos lágrimas de miel.

#### EN UN ALBUM

Que a cada hoja del álbum de tu vida  
que desdoble la mano del destino,  
al seguir los inviernos su camino  
las primaveras queden en tu sien;  
y así, que en cada año que transeurra,  
añadas una flor a tu guirnalda,  
y que cruzando prados de esmeralda  
llegues hasta las puertas del Edén.



## MOLINA (José Agustín)

---

### A LA CORDILLERA DE LOS ANDES

(CANTO)

¡En qué tiempo, en cuál día o en qué hora  
no es grandioso, soberbio e imponente,  
altísima montaña,  
tu aspecto majestuoso!  
Grande, si el primer rayo de la aurora  
se refleja en las nieves de tu frente;  
grande, si desde en medio del espacio  
el sol las ilumina;  
y magnífico, en fin, si en el ocaso  
tras de la onda salada y cristalina  
su disco refulgente se ha escondido  
dejando en tu alta cumbre  
algún rayo de luz que nos alumbre,  
aunque no veamos ya de dó ha partido.

¿Qué mortal atrevido es el que ha osado  
a tus excelsas cimas elevarse?  
¿Quién es el que ha estampado  
en las eternas nieves que las cubren  
el rastro de su planta?  
El cóndor que en su vuelo  
más allá de las nubes se levanta,  
y que a escalar el cielo  
parece destinado,

jamás fijó la garra ensangrentada  
en tus crestas altísimas en donde  
a la tierra argentina el sol se esconde.

¡Qué sublime y grandiosa es la presencia  
de tu gigante mole inmensurable  
en las ardientes noches del verano,  
cuando la luz incierta de la luna  
alumbra una por una  
las hondas quiebras de tu frente altiva!  
Al contemplar mi mente  
la siempre caprichosa alternativa  
de eminencias sin límite patente,  
y de profundidades sin medida,  
absorta y conmovida  
cree estar viendo los pliegues del ropaje  
de un fantasma nocturno cuya planta  
en la tierra está fija,  
y su cabeza al cielo se levanta.

¿Qué serían los Alpes, el Caucaso,  
el Pirineo, el Atlas y Apeninos,  
si se hallaran vecinos  
al agreste empinado Chimborazo?  
Sólo tú, Dolhaguer, de las alturas  
que el mortal ha podido  
sujetar a mensuras,  
más alto te levantas;  
pero, ¿quién ha medido  
el grande Soncomús, ni el Illimani?  
¿Y quién del Tupungato inaccesible  
la enorme elevación ha calculado?  
Cordilleras inmensas donde el hielo  
a los fuegos del sol es insensible,  
forman el pedestal donde su asiento  
tiene esta mole, cuya helada cima  
parece que sostiene el firmamento.

Huye sañudo o iracundo el viento  
y las selvas y torres estremece,  
y su espanto, su furia tanto crece  
que arranca los peñascos de su asiento.  
Las nubes sobre nubes amontona;  
y de la tempestad el ronco estruendo  
de valle en valle su furor pregona.  
Rasgan mil rayos de la nube el seno,  
y el horrendo estampido



del pavoroso trueno,  
de la obscura guarida hace que huya  
el león despavorido.

Mas cuando en las montañas  
de un orden inferior y en las Haaauras,  
todo anuncia el estrago y exterminio  
de las selvas, peñascos y criaturas,  
la tempestad no extiende su dominio  
a la cumbre elevada, incommovible,  
del siempre encanecido Tupungato,  
do fluye el éter puro y apacible.

En la edad primitiva de la tierra,  
cuando el fuego voraz que en lo más hondo  
de sus senos recóndito se encierra  
más a la superficie se acercaba;  
y cuando en cada una  
de tus cumbres altísimas se vía  
que en torbellinos de humo, ardiente lava  
el cráter inflamado despedía  
de cien volcanes, cuyas erupciones  
nuevos montes y valles, nuevos lagos  
dejaron por señal de sus estragos;  
cuando las convulsiones  
que agitaron la tierra de continuo,  
a los mares abrieron el camino  
que después Magallanes descubriera,  
entonces, ¿qué mortal hubiera visto  
impávido y sereno  
su cabeza amagada por el trueno,  
y el pie no hallar asiento  
que seguro le fuera,  
cuando la tierra estaba en movimiento?

Si fué en aquella era  
en la que la salvaje Patagonia  
una raza habitaba de gigantes,  
de más gran corazón que lo es ahora  
el hombre envilecido;  
oiría en el rugido  
que la explosión violenta producía,  
el Orbe conmoviendo en sus cimientos,  
la voz del Grande Espíritu ordenando  
a los astros distintos movimientos,  
hacer la división de noche y día  
y las varias sazones arreglando.

En el fuego, vería, que arrojaban  
las cóncavas entrañas  
de las crestas y altísimas montañas,  
otras tantas antorchas con que quiso  
iluminar su trono,  
el Ente eterno que los mundos hizo.

Si a la tierra bajara  
la libertad querida, hija del cielo,  
¿dó su trono fijara  
él en mísero suelo,  
sino donde el aliento emponzoñado  
del despotismo mancillar no pudo  
el aire primitivo?  
¿Y cuál lugar, en fin, no ha profanado  
en su inquieto furor la tiranía?  
La corva quilla de guerrera nave  
corta la onda agitada del Oceano,  
y el despotismo fiero que no cabe  
en el recinto que ocupar solía,  
extiende su poder al país lejano;  
nuevas víctimas halla  
en que ejercer sus bárbaros furores,  
y el hombre gime bajo el yugo odioso  
a que unce las naciones que avasalla.  
¡Más qué extraño será que la cadena  
lleve el hombre infeliz, del despotismo,  
cuando ni la ballena  
en lo más hondo del salado abismo  
de su influjo fatal se mira exenta,  
y fuera de su alcance no se cuenta!

El pino, de los bosques ornamento,  
en el recinto oculto y solitario  
la erguida copa ostenta  
mecida blandamente por el viento;  
pero el brazo nefario  
la cortante segur al tronco aplica,  
y en el fugaz periodo de un instante,  
él mismo que hasta al cielo  
elevarse orgulloso parecía,  
sin vida cae tendido sobre el suelo.  
De allí a la húmeda playa  
el esfuerzo del hombre hace que vaya:  
en bajel se transforma y ¡quién creyera  
que este árbol tan gallardo, tan lozano,  
que en la remota selva había nacido,

exento no estuviera  
del poder formidable de un tirano!  
El ordenó que nave se volviera,  
y nave se volvió, do ahora truena  
el cañón matador cuando él lo ordena.

Empero ¿por ventura,  
la mísera morada  
al hombre destinada,  
sería la mansión augusta y pura  
en que la libertad moró algún día?  
No; que a la tiranía,  
el hombre como el bruto,  
le pagan de dolor triste tributo;  
los míseros humanos  
bajo el yugo doquier de los tiranos  
arrastraron su mísera existencia.  
Doquiera que hombre hubo  
alzó la tiranía  
su estandarte sangriento en mano impía.  
Tan sólo en la eminencia,  
do nieves entre nieves amontona  
la sabia Providencia,  
cual en los polos fríos  
do ni el viento ni el sol las desmorona,  
y el surtidero son de grandes ríos,  
no pueden los tiranos,  
como en los hondos valles y los llanos,  
el suelo mancillar con pies impíos.

¡Oh dulce Patria mía! ¿Quién creyera  
cuando al salir del sueño de la infancia  
admiradas te vieron las naciones  
alzarte como el águila altanera,  
y que en tu vuelo audaz, con arrogancia,  
humillabas los leones  
de Castilla, que tanto respetaron,  
y ante los cuales a su vez temblaron?  
¿Quién creyera, repito, que algún día  
doblastes la cerviz al yugo duro  
a que te había de uncir la tiranía  
bajo la planta de un tirano obscuro?  
Pero todo en tu seno lo ha manchado  
ese funesto aborto del abismo;  
por miles las cabezas ha cortado,  
con la sonrisa aleve del cinismo,  
y en todo lo que abarca

tu suelo desde el Plata a Catamarca,  
y del pie de los Andes a Corrientes,  
con sangre señalaron su camino  
sus bárbaros tenientes.  
Sólo la nieve eterna de la cumbre  
de ese cordón que ciñe al occidente  
tus inmensas llanuras,  
no sostuvo jamás la pesadumbre  
de sus plantas impuras.

Mas tus picos nevados  
no así se resistieron  
en otro tiempo, altísima montaña,  
para no ser hollados  
de aquéllos que valientes combatieron  
por libertarse del poder de España.  
Legiones de mi Patria enarbolando  
el bicolor do el sol su faz ostenta,  
vi yo escalar tu cima;  
y el yugo de Fernando,  
que tres centurias de existencia cuenta,  
reto-lo vi caer en Chile y Lima.  
Libertad en tus cumbres se proclama,  
y desde el cabo helado de la tierra  
con que el sañudo mar siempre está en guerra,  
a la desierta arena de Atacama,  
en todo cuanto existe,  
de monte en monte se repite el grito;  
porque la libertad que a tantos dieron  
no alcanzaron jamás, ¡oh, verdad triste!

Yo saludo las cumbres en que ostentas  
nieves que una edad cuentan con el mundo,  
montaña inaccesible,  
y al contemplar las fases que presentas,  
desde el valle profundo,  
que mísero gusano imperceptible,  
me diera el Sér eterno por morada;  
al beber de los ríos y torrentes  
que se desprenden de tu helada cima,  
y que rugiendo van por la quebrada  
en que Dios encerrara sus corrientes:  
el soplo del eterno que me anima  
bendice a su Hacedor, y, agradecido,  
se postra en su presencia enmudecido.

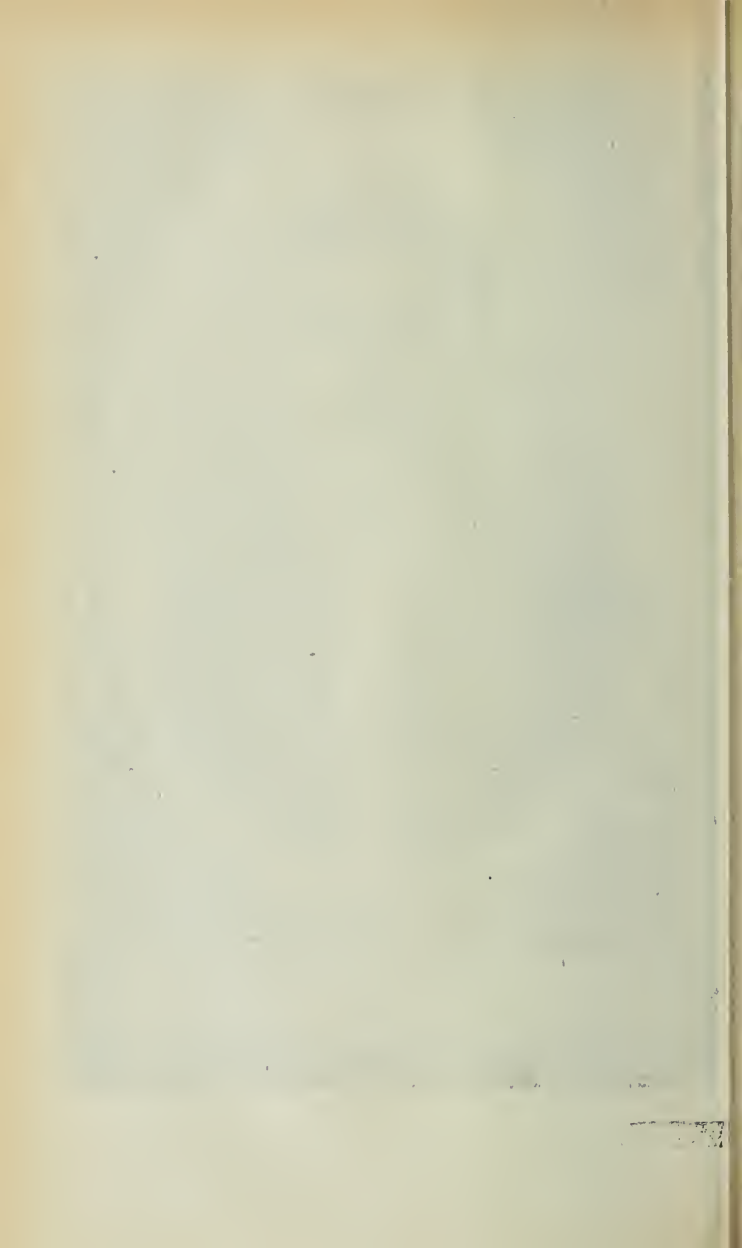
Yo veo en esa mole gigantesca  
la obra de un Ente eterno,  
y de la eternidad me da la norma.  
Llegará, tal vez, tiempo en que perezca  
a la voz del gobierno  
con que los soles y los mundos forma:  
quizás en los arcanos de su mente  
está ya decretado  
que en polvo se disuelva de repente,  
pero mi entendimiento  
débil y limitado  
a comprender no alcanza  
el Supremo poder que movimiento  
al Universo ha dado,  
fijando el equilibrio y la pujanza  
de los cuerpos que pueblan el vacío,  
do ejercen su poder y señorío.  
Mas su saber y su grandeza admiro  
cuando el insecto imperceptible miro;  
y siento que su mano,  
que todo lo sacara de la nada,  
ha podido arrojar sobre ancho llano  
una montaña enorme y elevada,  
y a polvo reducirla en un momento  
arrancando de cuajo su cimiento.

Cuando las tempestades  
las razas exterminen de los hombres,  
extinguendo los nombres  
de naciones, imperios y ciudades;  
cuando el fuego del cielo  
por la mano de Dios lanzado sea,  
y descendiendo al suelo  
hecho pavesas por doquier se vea,  
y que los altos montes y collados  
como la cera fluyan liquidados;  
cuando el fiero Aquilón embravecido  
sublevando las aguas del Oceano  
las saque del abismo do han yacido,  
y el escarpado cerro y ancho llano  
bajo sus ondas cubran encrespadas;  
cuando ninguna voz viviente, unida  
al mugir de las olas agitadas,  
deje sentir la vida,  
un eco sólo que repita el monte;  
entonces esas puntas siempre heladas  
respetarán la furia de los mares;

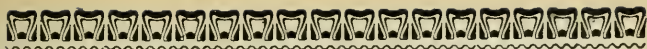
y en el vasto horizonte  
el punto enseñarán donde algún día  
la libertad tuviera sus altares.  
Y así como los mástiles indican  
el lugar do la nave ha zozobrado,  
y que mudos publican  
el fracaso que allí los ha fijado;  
o cual cruz solitaria en el desierto  
anuncia al caminante,  
que en aquel punto ha muerto  
y sepultado está su semejante:  
así esas crestas que orgullosa elevas,  
del naufragio del mundo y los mortales  
vendrán a ser las únicas señales  
que puedan consultar las razas nuevas,  
hasta que un gesto del Eterno Obrero  
la grandeza les vuelva y sér primero.



SR. D. PEDRO J. NAON  
DISTINGUIDO POETA ARGENTINO.







## NAON (Pedro J.)

---

### ESPUMAS

*A Rodolfo G. Godoy*

#### I

Hoja seca que hacia el valle sobre el a'a empuja el viento  
el misterio de tu idioma, la nostalgia de tu acento,  
de tu vuelo la infinita, la doliente soledad,  
incorporan como sombras en la tumba de mi pecho  
los ensueños de un pasado, que las olas han deshecho,  
raudas olas de un destino que empujó la tempestad.

#### II

Niebla plúmea, niebla errante, tenebrario del espacio,  
que te mueves sobre el río cual fantástico palacio,  
y que oscilas y te alejas y evaporas como un tul;  
el silencio de tu viaje, tu altivez meditabunda,  
me recuerda mis martirios; ronda pérfida, iracunda,  
que apagó los prismas áureos de un flotante lago azul.

#### III

Flecha oscura de los aires, temporaria golondrina,  
de la diosa de las flores nunciadora sibilina,  
que murmuras tu plegaria bajo el velo de crespón:  
en los pliegues funerarios de tu densa vestidura,

del alción de mis pesares pienso ver el ala obscura,  
ala negra a cuyo empuje cayó muerta la ilusión.

## FUGITIVA

*A Leonardo A. Bazzano*

Vaga, leve, intangible  
visión que riza con su sombra el césped,  
se esfuma entre el brocado de lilas,  
tejida en oro la apolínea frente;  
la magia de su pie, que entre las blondas  
descubre el vuelo de su blanca veste;  
semeja un relicario, en que se funden  
los irídeos cambiantes de la nieve;  
su cuello es como una ala, en que la espuma  
sinfoniza el cristal de sus joyeles,  
y al tremante esplendor de las estrellas  
sus cabellos, fantásticos, florecen.

Mis versos, mariposas de la noche,  
sueñan la aurora de su amor celeste,  
y al través de las folias vacilantes  
vuelan en busca de sus niveas sienes;  
pero en los lampos de su giro errante,  
velada en bruma de flotantes pliegues,  
la undosa estela de su frágil sombra  
cual rauda nube su fulgor disuelve,  
y entre una aureola de vapor de luna-  
su blanco peñador se desvanece.



## NAVARRO VIOLA (Alberto)

---

### NOCTURNO

Dóblome enfermo de honda tristeza,  
porque te marchas, mi dulce amor:  
siento la fiebre de la cabeza,  
siento el vacío del corazón.

Tuya es mi vida. Con tu mirada  
privan los sueños a la razón.  
Hállome grande. Sin ti, soy nada:  
tú perfeccionas la obra de Dios.

¿Qué es el talento sin el cariño...?  
¿Qué es el carácter sin el amor...?  
Te doy mi pobre nombre de niño,  
dame la aurora de tu pasión.

Te doy mis rimas, mis esperanzas,  
mis regocijos de trovador;  
de mis recuerdos las ondas mansas;  
de mis anhelos la agitación.

Te doy mi suerte, mi independencia,  
con mis defectos a ti me doy.  
Tienes rivales: una, la ciencia;  
otra, la patria; dignas las dos.


Dame tú encantos, dame impresiones,  
luz, aire, fuego, vida, esplendor,

dame las tibias inspiraciones  
que sólo parten del corazón.

Dame el aliento que tú respiras,  
tus ilusiones, tu fe, tu ardor;  
dame el espacio por donde giras,  
tus ojos ebrios de seducción.

Pues nos aleja la suerte dura,  
para estrecharnos démonos hoy,  
tú, los halagos de tu ternura,  
yo, la firmeza de mi pasión.

Y si nos toman meditaundos  
las horas tristes de la expiación,  
aspiraremos ritmos fecundos  
que vida han sido de nuestro amor.



## NOE (Eugenio C.)

### PSICOLÓGICAS

*Al poeta y cariñoso amigo Casimiro Prieto*

#### EL POETA

Hijo del siglo y mártir de una idea  
que en mi cerebro persistente late,  
marcho, como el recluta a la pelea,  
temiendo los rigores del combate.

¡Triste verdad! Mi espíritu cansado,  
con nervioso fervor se reconcentra  
y busca, en los vestigios del pasado,  
felicidad que el corazón no encuentra.

El fénix del dolor levanta el vuelo  
cual si darle quisiera nueva calma;  
pero ¡todo es inútil!, no hay consuelo  
ni más quietud en la región del alma.

Mariposas de luz, las ilusiones  
aquellas de la mente peregrinas,  
se fueron en alados escuadrones,  
como en ronda del sol las golondrinas.

¡Infelice de mí! La caravana  
del mundo voy siguiendo sin objeto:  
mi vida es un collar que se desgrana;  
su porvenir, ¡un mísero esqueleto!

#### LA CONCIENCIA

Aparta de tu frente la tristeza,  
reprime su pesar, detén su llanto  
y en brazos de la gran naturaleza,  
modula el himno de tu noble canto.

Ella te da su sol enrojecido  
envuelto en los crespones de la tarde,  
cuando cesa la música del nido  
y el corazón de los recuerdos arde.

Te da del mar, sus ondas, su ribera,  
bajo un cielo de lúcidos vapores,  
y al llegar la graciosa primavera,  
paleta, luz, inspiración y flores.

Sí, retempla, retéplate y levanta  
como la alondra que trasciende el monte  
y desde el risco, cuya altura espanta,  
busca la magnitud de otro horizonte.

#### LA DUDA

¿Por qué creer con ciego fanatismo  
en la utópica farsa de un consuelo,  
cuando es mentira hasta el encanto mismo  
de ese azul que el mortal le llama cielo?

¿Quién justifica que la excelsa gloria  
no es quimérico sueño de la mente,  
y su vida, la vida transitoria  
del ave, de las flores, del torrente?

#### EL POETA

Ya no tiene el vigor mi pensamiento,  
del cóndor más audaz de la montaña;  
densa nube le oculta el firmamento,  
pálida luz su derrotero baña...

Sus cantos no serán los inmortales,  
ni el ardor de sus ansias comprendido;  
es la hoja que llevan los raudales  
a la cripta más negra del olvido.

EL EGOÍSMO

¡Oh desdichado sér! En breves años  
del solaz te quedó la remembranza;  
quisiste amar, y torpes desengaños  
te obligan a existir sin esperanza.

La generosa savia de tu vida  
cayó en surco de fútiles quimeras;  
hoy no consigues restañar la herida  
y de la dicha en pos te desesperas.

No más, como en otrora, ilusionado,  
persigas con ardor inextinguible,  
bajo el estrecho mundo de lo creado,  
la perspectiva azul de un imposible.

¿Por qué empeñarte en una lid austera  
que aumentará el encono de tu pecho,  
si no obtendrás al fin de la carrera  
ni un gajo de laurel en tu provecho?

EL POETA

¡Yo me siento morir! Mi ser palpita  
a impulsos de la fiebre destructora:  
la grandeza del mar será infinita,  
mas no como esta sed que me devora...

LA FE

Apóstol del dolor, poeta impío,  
tú que maldices al libar apena  
la repudiada copa del hastío,  
que dices ver hasta los bordes llena;

aleja de tus labios el veneno,  
recurre a Dios y en su bondad confía  
si anhelas ver el ámbito sereno  
que no soñó jamás tu fantasía.

## LA ESPERANZA

¿Por qué te desalientas y enmudeces  
si fatalismo no hay, si eres tú mismo  
verdugo de un amor que no mereces  
y arrastras con estúpido egoísmo?

Acércate, mortal, y cuando llores  
al borde del averno más profundo,  
do se igualan esclavos y señores,  
te enseñaré la luz de un nuevo mundo.

## EL POETA

Cuando el incauto corazón no sabe  
más que llorar con su dolor a solas,  
la existencia del hombre es una nave  
condenada al capricho de las olas.

## LA ESPERANZA

Yo la quietud devolveré a tu vida,  
cuando en tropel se alleguen a la mente  
recuerdos de una dicha ya perdida,  
dulces, sí, pero tristes al presente.

Yo cubriré de rosas tu camino,  
daré al mar de tus penas la bonanza,  
y en la noche fatal de tu destino  
será tu salvación: ¡una esperanza!

## EL POETA

¡Me siento revivir...! ¿Acaso sea  
una nueva ficción del alma mía,  
que en forma de celeste panacea  
la musa bella del amor me envía?

Pero, no; es ella misma, la esperanza;  
la virgen ideal, la soñadora,  
surgiendo del país de lontananza  
como una tenue claridad de aurora.

Por eso yo, febril, como el que aspira  
al laurel inmarchito del que crea,  
busco otra vez, para cantar, la lira;  
busco otra vez, para cantar, la idea.



Porque ella tiene un corazón de oro  
y el alma noble del mejor amigo;  
en los momentos plácidos ¡la adoro!,  
y en las horas de angustia ¡la bendigo!

¡Oh graciosa y espléndida hechicera,  
tanto más bella cuanto más querida,  
toma, toma mi sér y regenera  
las gastadas raíces de su vida!

## LA MUSA

### SONETO

Ardorosa, profética, elocuente,  
viene al mundo la musa encantadora;  
su blasón es el arpa vibradora  
que fecunda los sueños de la mente.

Bella como las hadas del Oriente  
y envuelta en rósea claridad de aurora,  
surge su inspiración fascinadora,  
como Dios para el alma del creyente.

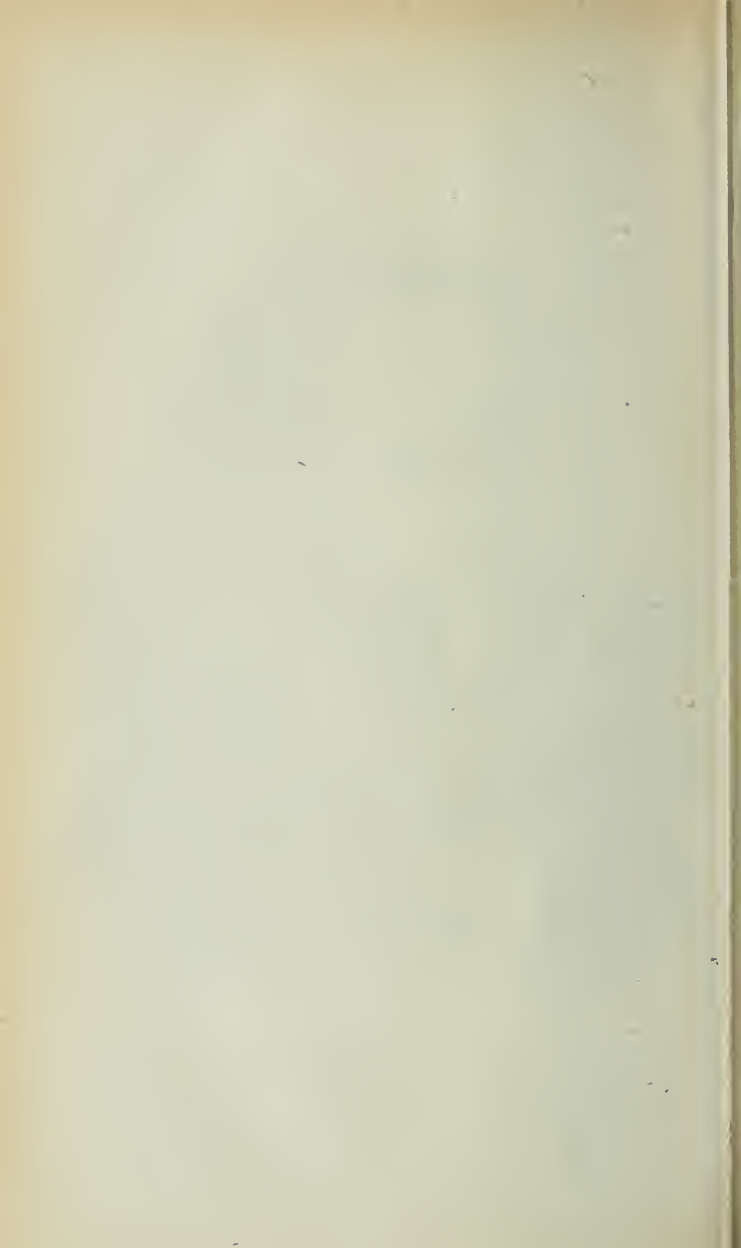
El estro de sus rimas interpreta  
en inmortales versos el poeta  
que en aras de la turba se levanta;

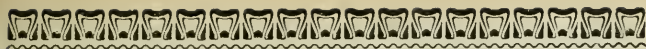
y ella, que es nervio, movimiento y vida,  
sin agitar su frente enardecida,  
como la alondra, sus anhelos canta.





RAFAEL OBLIGADO.





## OBLIGADO (Rafael)

---

### LA FLOR DEL SEÍBO

*A Calixto Oyuela*

Tu «Flor de la caña»,  
oh Plácido amigo,  
no tuvo unos ojos  
más negros y lindos,  
que cierta morocha  
del suelo argentino  
llamada... Su nombre  
jamás lo he sabido;  
mas, tiene unos labios  
de un rojo tan vivo,  
difúndese de ella  
tal fuego escondido,  
que aquí, en la comarca,  
le dan los vecinos  
por único nombre,  
«la flor del seíbo».

Un día —una tarde  
serena de estío—,  
pasó por la puerta  
del rancho que habito.  
Vestía una falda  
ligera de lino;  
cubríale el seno,

velando el corpiño,  
un chal tucumano,  
de mallas tejido;  
y el negro cabello,  
sin moños ni rizos,  
cayendo abundoso,  
brillaba ceñido  
con una guirnalda  
de flor de seibo.

Miréla, y sus ojos  
buscaron los míos...  
Tal vez un secreto  
los dos nos dijimos,  
porque ella, turbada,  
quizá por descuido  
su blanco pañuelo  
perdió en el camino.  
Corrí a levantarlo,  
y al tiempo de asirlo,  
el alma inundóme  
su olor a tomillo.  
Al dárselo: «—¡Gracias,  
mil gracias!», me dijo,  
poniéndose roja  
cual flor de seibo.

Ignoro si entonces  
pequé de atrevido,  
pero ello es lo cierto  
que juntos seguimos  
la senda, cubierta  
de sauces dormidos;  
y mientras sus ojos,  
modestos y esquivos,  
fijaba en sus breves  
zapatos pulidos,  
con moños de raso  
color de jacinto,  
mi amor de poeta  
le dije al oído;  
mi amor, más hermoso  
que flor de seibo.

La frente inclinada  
y el paso furtivo,  
guardó aquel silencio

que vale un suspiro.  
Mas, viendo en la arena  
la sombra de un nido  
que al soplo temblaba  
del aire tranquilo:  
«—Allí se columpian  
dos aves—me dijo—:  
dos aves que se aman  
y juntas he visto  
bebiendo las gotas  
de fresco rocío  
que absorbe en la noche  
la flor del seibo.»

Oyendo embriagado  
su acento divino,  
también, como ella,  
quedé pensativo.  
Mas, como en un claro  
del bosque sombrío,  
se alzara, ya cerca,  
su hogar campesino:  
detuvo sus pasos,  
y, llena de hechizos,  
en pago y en prenda  
de nuestro cariño,  
hurtando a las sienes  
su adorno sencillo,  
me dió, sonrojada,  
la flor del seibo.

### EL SEIBO

Yo tengo mis recuerdos unidos a tus hojas,  
yo te amo como se ama la sombra del hogar,  
risueño compañero del aura de mi vida,  
seibo esplendoroso del regio Paraná.

Las horas del estío pasadas a tu sombra,  
pendiente de tus brazos mi hamaca guaramí,  
eternas vibraciones dejaron en mi pecho,  
tesoros de armonías que llevo al porvenir.

Y muchas veces, muchas, mi frente enardecida,  
tostada por el rayo del sol meridional,  
brumosa con la niebla de luz y pensamiento,  
buscó bajo su copa frescura y soledad,

Allí bajo las ramas nerviosas y apartadas,  
teniendo por doseles tus flores de carmín,  
también su hogar aéreo suspenden los boyeros,  
columpio predilecto del céfiro feliz.

Se arrojan en tus brazos pidiéndoles apoyo,  
mil suertes de lianas de múltiple color;  
y abriendo venturoso tus flores carmesíes,  
guirnalda de las islas, coronan su mansión.

Recuerdo aquellas ondas azules y risueñas,  
que en torno repetían las glorias de tu sien,  
y aquéllas que el pampero, sonoras y tendidas,  
lanzaba cual un manto de espumas a tu pie.

Evoco aquellas tardes doradas y tranquilas,  
cargadas de perfumes, de cantos y de amor,  
en que los vagos sueños que duermen en el alma,  
despiertan en las notas de blanda vibración.

Entonces los rumores que viven en tus hojas,  
confunden con las olas su música fugaz,  
y se oyen de las aves los vuelos y los roces,  
vagando entre las cintas del verde total.

¡Momentos deliciosos de olvido, de esperanza!  
¡Destellos que iluminan la hermosa juventud!  
¡Aquí es donde se sueña la virgen prometida  
y es lumbré de sus ojos la ráfaga de luz!

Amigo de la infancia, te pido de rodillas  
que el día en que a mi amada le sirvas de dosel,  
me des una flor tuya, la flor mejor abierta,  
para ceñir con ella la nieve de su sien.

¡Que nunca Dios me niegue tu sombra bienhechora,  
señor de mis islas, señor del Paraná!  
¡Que pueda con mis versos dejar contigo el alma,  
viviendo de tu vida, gozando de tu paz!

¡Ah!, cuando nada reste de tu cantor y seas  
su solo monumento, su pompa funeral,  
yo sé que en la corteza de tu musgoso tronco  
alguna mano amiga mi nombre ha de grabar!



## SEMEJANZAS

Brisa que en medio de la selva canta,  
apacible rumor del oleaje,  
es el susurro de su blanco traje-  
al deslizarse su ligera planta.

Luz de la estrella que, al caer la tarde,  
de moribunda palidez se viste,  
es el reflejo cariñoso y triste  
que en los cristales de sus ojos arde.

Luna del seno de la mar naciente  
que va escalando en silencioso vuelo  
y con tranquila majestad el cielo;  
es el relieve de su tersa frente.

Plácido arrullo, que ocultar no sabe  
de la paloma la ignorada pena-  
y en el silencio de los bosques suena,  
es la armonía de su voz suave.

Cielo sin nubes que a la tierra envía  
la luz y el fuego de su sol fecundo,  
cielo sin nubes de un azul profundo,  
es el cariño de la amada mía.

## A UNA NIÑA

¿Versos? ¡Y- tienes dieciséis años!  
Mira, los versos mejores son  
no tener penas ni desengaños,  
vivir esclava de una ilusión.

Cantos alados, rimas inquietas  
desde tu seno vienen a mí:  
más que en la lira de los poetas  
hay armonías dentro de ti.

Deja que vuele tu fantasía,  
pon en sus alas todo tu sér,  
que allí se encuentra la poesía  
donde va el alma de una mujer.

Nunca las bellas formas ligeras  
que los poetas hacen vivir  
vierten la lumbre de esas quimeras  
que hay en el fondo del porvenir.

Duérmete y sueña. Mientras reposas  
verás cuál vuelan en derredor,  
como un enjambre de mariposas,  
tus ilusiones de flor en flor.

Hay en la vida sólo una hora  
de inexplicable, santa embriaguez,

y es cuando el alma, como una aurora,  
rompe las sombras de la niñez.

Se aclaran, brillan los horizontes,  
sienten las selvas vaga inquietud,  
florece el día sobre los montes,  
ama y palpita la juventud.

¡Santos delirios! De esos engaños  
huye vencida la inspiración:  
cuando se tienen tan pocos años,  
no hay mejor lira que el corazón.

### HOJAS

¿Ves aquel sauce, bien mío,  
que en doliente languidez  
se inclina al cauce sombrío,  
enamorado tal vez  
de las espumas del río?

¿Oyes el roce constante  
de su ramaje sediento,  
y aquel suspiro incesante  
que de su copa oscilante  
arranca tímido el viento?

Mañana, cuando sus rojas  
auroras pierda el estío,  
lo verás, húmedo y frío,  
ir arrojando sus hojas  
sobre la espuma del río.

Y que ella, en rizos livianos  
llevando la hoja caída,  
la selva cruza y los llanos,  
para dejarla sin vida  
en los recuerdos lejanos.

¡Ah! ¡Cuán ingrata serías,  
y cuán hondo mi dolor,  
si estas hojas, que son mías,  
abandonara, ya frías  
como la espuma, tu amor!

### PENSAMIENTO

A bañarse en la gota de rocío  
que halló en las flores vacilante cuna,  
en las noches de estío  
desciende un rayo de la blanca luna.  
Así en las horas de ventura y calma  
y dulce desvarío

hay en mi alma una gota de tu alma  
donde se baña el pensamiento mío.

## EL ALMA DEL PAYADOR

Cuando la tarde se inclina  
sollozando al occidente,  
corre una sombra doliente  
sobre la pampa argentina.  
Y cuando el sol ilumina  
con luz brillante y serena  
del ancho campo la escena,  
la melancólica sombra  
huye besando su alfombra  
con el afán de la pena.

Cuentan los criollos del suelo  
que, en tibia noche de luna,  
en solitaria laguna  
para la sombra su vuelo;  
que allí se ensancha y un velo  
va sobre el agua formando,  
mientras se goza escuchando  
por singular beneficio,  
el incesante bullicio  
que hacen las olas rodando.

Dicen que, en noche nublada,  
si su guitarra algún mozo  
en el crucero del pozo  
deja de intento colgada,  
llega la sombra callada,  
y, al envolverla en su manto,  
suena el preludio de un canto  
entre las cuerdas dormidas,  
cuerdas que vibran heridas  
como por gotas de llanto.

Cuentan que, en noche de aquéllas  
en que la pampa se abisma  
en la extensión de sí misma  
sin su corona de estrellas,  
sobre las lomas más bellas,  
donde hay más trébol risueño  
luce una antorcha sin dueño  
entre una niebla indecisa,  
para que temple la brisa  
las blandas alas del sueño.

Mas, si trocado el desmayo  
en tempestad, de su seno

estalla el cóncavo trueno,  
que es la palabra del rayo;  
hiere al ombú de soslayo  
rojiza sierpe de llamas,  
que, caleinando sus ramas,  
serpea, corre y asciende,  
y en la alta copa desprende  
brillante lluvia de escamas.

Cuando en las siestas de estío,  
las brillazones remedan  
vastos oleajes que ruedan  
sobre fantástico río,  
mudo, abismado y sombrío  
baja un jinete la falda  
tinta de bella esmeralda;  
llega a las márgenes solas...  
y hunde su potro en las olas,  
con la guitarra a la espalda!

Cerró la noche. Un momento  
quedó la pampa en reposo,  
cuando un rasgueo armonioso  
pobló de notas el viento.  
Luego, en el dulce instrumento  
vibró una endecha de amor,  
y en el hombro del cantor,  
llena de amante tristeza,  
ella dobló la cabeza  
para escucharlo mejor.

«Yo soy la nube lejana  
(Vega en su canto decía),  
que con la noche sombría  
huye al venir la mañana;  
soy la luz que en tu ventana  
filtra en manojos la luna;  
la que de niña en la cuna,  
abrió tus ojos risueños;  
la que dibuja tus sueños  
en la desierta laguna.

»Yo soy la música vaga  
que en los confines se escucha,  
esa armonía que lucha  
con el silencio, y se apaga;  
el aire tibio, que halaga  
con su incesante volar  
que del ombú, vacilar  
hace la copa bizarra;  
y la doliente guitarra

que suele hacerte llorar...!»

Leve rumor de un gemido  
de una caricia llorosa,  
hendió la sombra medrosa,  
crujió en el árbol dormido.  
Después, el ronco estallido  
de rotas cuerdas se oyó;  
un remolino pasó  
batiendo el rancho cercano,  
y en el circuito del llano  
todo en silencio quedó.

Luego, inflamando el vacío,  
se levantó la alborada,  
con esa blanca mirada  
que hace chispear el rocío;  
y cuando el sol en el río  
vertió su lumbre primera,  
se vió una sombra ligera  
en occidente ocultarse,  
y el alto ombú balancearse  
sobre una antigua tapera.

## LAS QUINTAS DE MI TIEMPO

«Estos, Fabio, ¡ay dolor!, que ves ahora»  
jardines sabiamente dibujados,  
fueron un tiempo rústicos cercados  
de enhiesta pita y succulenta mora.

Y aquellas que allí ves altas mansiones  
de mil primores llenas, antes fueron  
modestas granjas donde en paz latieron  
más nobles y sencillos corazones.

Naturaleza entonces a sus anchuras  
por estos sus dominios discurría,  
y como es dada a la labor, tejía  
mil suertes de galanas vestiduras.

Aquí, rastreando la humedad del suelo,  
las violetas silvestres agrupaba,  
y por todas las quintas derramaba  
un fresco aroma que llegaba al cielo.

Pródiga aquí de sus mejores galas,  
prendía a las ventanas de una hermosa,

de mosqueta o jazmín red olorosa  
que desflocaba el aire con sus alas.

Por cima de los cándidos rebaños  
que agrupaba el pastor en los oteros,  
derramaban en flor los durazneros  
una alegre sonrisa de quince años.

Y no bien tapizaba la pradera  
y en los verdes naranjos florecía,  
de sus maternas manos recibía  
su corona nupcial la primavera.

Mas tú dirás, amigo, que al presente,  
aquella nuestra madre, de igual modo  
sustenta, anima y embellece todo,  
«y quien dijere lo contrario, miente».

¡Infeliz!, ¡cuál te engañas! Tú no sabes  
lo que eran estos sitios; cuánta escena,  
de amor y paz y venturanza llena,  
huyó con las violetas y las aves.

Figúrate: es domingo; el aire en calma;  
mucho sol, mucha luz, mucha alegría;  
una de esas mañanas en que ansía  
verse trocada en golondrina el alma.

Verás aquí y allá, por los senderos,  
confundidos los pobres y los ricos,  
la madre, las amigas y los chicos  
con sus lucientes trajes domingueros.

Dan al viento los niños infinitas  
pandorgas, con navaja, y en batalla,  
y a cada triunfo un clamoreo estalla  
en el hueco inmortal de Cabecitas.

Se oye el rumor del biznagal que abrasa  
el adobe en los hornos; el ligero  
grato sonar de tarros del lechero  
que a largo trote por las quintas pasa.

Y allá van, salpicando las veredas,  
guiadas por un criollo o un navarro,  
las carretas de pasto, que en el barro  
vuelven crujiendo las pesadas ruedas.

Torna ahora los ojos, Fabio, y mira  
aquel grupo de un árbol a la sombra,  
que tiene el césped por multitud alfombra  
y la guitarra nacional por lira.

¿Qué ves allí? De un asador pendiente,  
asándose el cordero apetitoso,  
y circular el mate generoso -  
en vez de la botella de aguardiente.

¡Oh campestres paseos! ¡Oh manjares  
jamás llorados cual se debe ahora!  
¡Oh sencillez antigua y bienhechora,  
salud un tiempo de los patrios lares...!

Mas calle, amigo, vuestra queja vana,  
que si un remedio a vuestras ansias veo,  
es quedar como Lope ante el Liceo  
«llorando la vejez de su sotana».

Juro, Fabio, por todos los poetas,  
que no hay porteñas hoy más regaladas  
que aquellas que acudían en bandadas  
a nuestras quintas a juntar violetas.

¡Las vieras, preparándose al asedio,  
cuando aquellos piccitos voladores  
no podían llegar hasta las flores  
porque estaba una zanja de por medio!

¡Cuánto ardíd para asirse del ramaje  
y traspasar el cenagoso abismo,  
alzando con angélico heroísmo  
la muselina del sencillo traje!

Mas no faltaba un vástago de mora,  
cual un brazo flexible que de intento  
para ayudarlas inclinaba el viento...  
«que tanto puede una mujer que hora».

Las veo aún, con las mejillas rojas  
como granadas de Engadí partidas,  
y las húmedas manos florecidas  
mariposeando entre las verdes hojas;

y correr, y chillar, y ser más bellas  
cuando, lanzada como rauda fija, (1)  
cruzaba una medrosa lagartija  
con grave susto disparando de ellas;

y, ya en violetas rebosando el seno,  
búcaro ardiente que las flores aman,  
cómo por los senderos se derraman  
dejando el aire de perfumes lleno.

¡Oh, mi dulce porteña, amada mía!  
¡Ya no hay violetas ni silvestres moras;  
huyeron ya de la niñez las horas  
«dulces y alegres cuanto Dios quería»...!

### EL HIMNO DEL PAYADOR

En pos del alba azulada,  
ya por los campos rutila  
del sol la grande, tranquila  
y victoriosa mirada.  
Sobre la curva lomada  
que asalta el cardo bravío,  
y allá en el bajo sombrío  
donde el arroyo serpea,  
de cada hierba golea  
la viva luz del rocío.

De los opuestos confines  
de la pampa, uno tras otro,  
sobre el indómito potro  
que vuelca y bate las cines,  
abandonando fortines,  
estancias, rancho, mujer,  
vienen mil gauchos a ver  
si en otro pago distante,  
hay quien se ponga delante  
cuando se grita: ¡A vencer!

Sobre el inmenso escenario  
vanse formando en dos alas,  
y el sol reluce en las galas  
de cada bando contrariô;  
puéblase el aire del vario

---

(1) *Fija*: arpón, fisga.



rumor que en torno desata  
la brillante cabalgata  
que hace sonar, de luz llenas,  
las espuelas nazarenas  
y las virolas de plata.

De entre ellos el más anciano  
divide el campo después,  
señalando de través  
larga huella por el llano;  
y alzando luego en su mano  
una pelota de cuero  
con dos manijas, certero  
la arroja al aire, gritando:  
«— ¡Vuela el *pato*...! ¡Va buscando  
un valiente verdadero!»

Y cada bando a correr  
suelta el potro vigoroso,  
y aquél sale victorioso  
que logra asirlo al caer.  
Puesto el que supo vencer  
en medio, la turba calla,  
y a ambos lados de la valla  
de nuevo parten el llano,  
esperando del anciano  
la alta señal de batalla.

Dala al fin. Hondo clamor  
ronco truena en el circuito,  
y el caballo salta al grito  
de su impávido señor;  
y vencido y vencedor,  
del noble triunfo sedientos,  
se atropellan turbulentos  
en largas filas cerradas,  
cual dos olas encrespadas  
que azotan contrarios vientos.

Alza en alto la presea  
su feliz conquistador,  
y su bando en derredor  
le defiende y clamorea.  
Uno y otro aguijonea  
el ágil bruto, y chocando  
entre sí, corren dejando

por los inciertos caminos,  
polvorosos remolinos  
sobre las pampas rodando.

Uno al fin, tras la pechada  
del caballo, recia y fija,  
logra asir de la manija  
la presea codiciada;  
cae su dueño, atropellada  
su horda sufre mil azares,  
y, la espuela en los ijares,  
la triunfante abate, huellá,  
revolviendo por sobre ella  
cual la tromba de los mares.

Vuela el símbolo del fuego,  
por el campo arrebatado,  
de los unos conquistado,  
de los otros presa luego;  
vênse, entre hálitos de fuego,  
varios jinetes rodar,  
otros súbito avanzar  
pisoteando a los caídos,  
y, en el aire sacudidos,  
rojos ponchos ondear.

Huyen en tanto, azoradas,  
de las lagunas vecinas,  
como vivientes neblinas,  
estrepitosas bandadas;  
las grandes plumas cansadas  
tiende el chajá corpulento;  
y con véloz movimiento,  
y como silban las balas,  
batè el carancho las alas  
hiriendo a hachazos el viento.

Con fuerte brazo les quita  
robusto joven la prenda,  
y tendido, a toda rienda:  
«—¡Yo solo me basto!» grita.  
En pos de él se precipita,  
y tierra y cielos asorda,  
lanzada a escape la horda  
tras el audaz desafío,  
con la pujanza de un río  
que anchuroso se desborda.

Y allá van, todos unidos,  
y él los azuza y provoca,  
golpeándose la boca,  
con salvajes alaridos.  
Danle caza, y confundidos,  
todos el cuerpo inclinado  
sobre el arzón del recado,  
temen que el triunfo les roben,  
cuando, volviéndose, el joven  
echa al tropel su tostado...

El sol ya la hermosa frente  
abatía, y, silencioso,  
su abanico luminoso  
desplegaba en Occidente,  
cuando un grito de repente  
llenó el campo, y al clamor  
cesó la lucha, en honor  
de un solo nombre bendito,  
que aquel grito era este grito:  
«¡Santos Vega, el payador!»

Mudos ante él se volvieron,  
y, ya la rienda sujeta,  
en derredor del poeta  
un vasto círculo hicieron.  
Todos el alma pusieron  
en los atentos oídos,  
porque los labios queridos  
de Santos Vega cantaban,  
y en su guitarra zumbaban  
estos vibrantes sonidos:

«—Los que tengan corazón,  
los que el alma libre tengan,  
los valientes, éstos vengan  
a escuchar esta canción;  
nuestro dueño es la nación  
que en el mar vence la ola,  
que en los montes reina sola,  
que en los campos nos domina,  
y que en la tierra argentina  
nos da su patria española.

»Hoy mi guitarra, en los llanos,  
cuerda por cuerda, así vibre:  
hasta el chimango es más libre

en nuestra tierra, paisanos!  
Mujeres, niños, ancianos,  
el rancho aquel que primero  
llenó con sólo un «¡te quiero!»  
la dulce prenda querida,  
¡todo...!, el amor y la vida,  
es de un monarca extranjero!

»Ya Buenos Aires, que encierra  
como las nubes el rayo,  
el Veinticinco de Mayo,  
clamó de súbito: «¡Guerra!»  
¡Hijos del llano y la sierra,  
pueblo argentino!, ¿qué haremos?  
¿Menos valientes seremos  
que los que libres se aclaman...?  
¡De Buenos Aires nos llaman,  
a Buenos Aires volemos!

»¡Ah, si es mi voz impotente  
para arrojar, con vosotros,  
nuestra lanza y nuestros potros  
por el vasto continente,  
si jamás independiente  
veo el suelo en que he cantado,  
no me entierren en sagrado  
donde una cruz me recuerde:  
entiérrenme en campo verde  
donde me pise el ganado!»

Cuando cesó esta armonía,  
que los conmueve y asombra,  
era ya Vega una sombra  
que allá en la noche se hundía...  
¡Patria!, a sus almas decía  
el cielo, de astros cubierto,  
¡Patria!, el sonoro concierto  
de las lagunas de plata,  
¡Patria!, la trémula mata  
del pajonal del desierto.

Y a Buenos Aires volaron,  
y el himno audaz repitieron,  
cuando a Belgrano siguieron.  
cuando con Güemes lucharon,  
cuando por fin se lanzaron  
tras el Andes colosal,

hasta aquel día inmortal  
en que el Héroe americano  
batió al sol ecuatoriano  
nuestra enseña nacional.

## EL CAMALOTE

Hay en los ríos americanos  
que al sud descienden del ecuador,  
un camalote, que mis paisanos  
le llaman «hojas de corazón».

En cierto arroyo manso y profundo,  
nace, en un día primaveral,  
y, ya crecido, se arroja al mundo  
de las corrientes del Paraná.

Mueven sus hojas auras amigas;  
a toda vela marcha feliz;  
y en él descansan de sus fatigas  
las mil abejas del camuati.

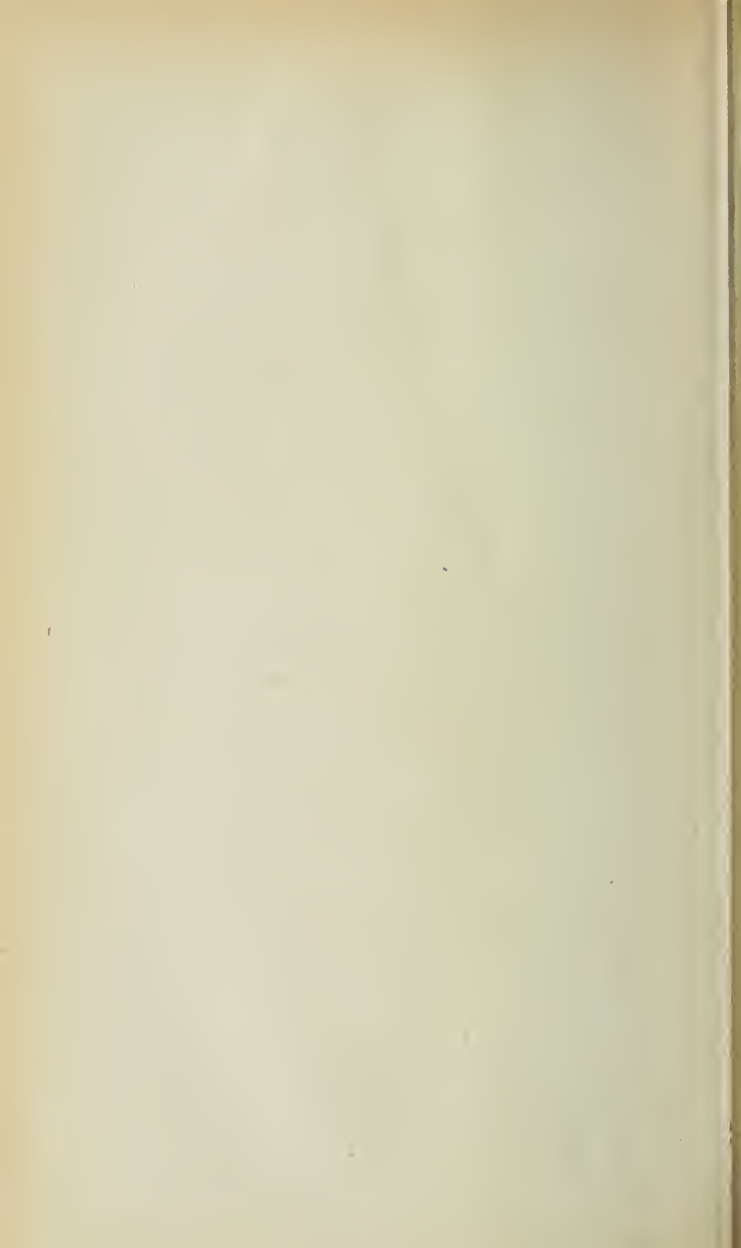
Verde y pomposo, va sin descanso  
arrebataado por el raudal;  
o prisionero de algún remanso,  
gira irradiando felicidad.

Hasta que un día de acerbo duelo,  
hierven las aguas, se nubla el sol,  
estalla el trueno, y el alto cielo  
despide el rayo deslumbrador.

Las ondas se alzan: en sus furores,  
se despedazan en el juncal;  
y en fácil vuelo, los rayadores  
sesgando cortan el huracán.

¿Creeréis que entonces muere o desmaya  
el camalote de corazón?  
Pues bien, sabedlo: corre a la playa,  
y allí se arraiga y alza su flor.

Sin las tormentas, la hierba iría  
entre caricias al vasto mar...  
Será un misterio, pero hay un día  
en que nos salva la tempestad.





## ORTIZ (Carlos)

---

### CANCIÓN DE LOS RETOÑOS

*A Federico L. Gutiérrez*

El padre de los vientos, las nieblas y la escarcha,  
se aleja a sus dominios: las gélidas regiones  
del Bóreas, conducido por roncós aquilones  
que rápidos lo llevan con impetuosa marcha,  
el padre de los vientos, las nieblas y la escarcha.

La virgen Primavera rimando sus canciones  
se acerca entre gorjeos y palpitantes alas,  
y tiende sobre el mundo la gloria de sus galas,  
y puebla los cerebros de mágicas visiones,  
la virgen Primavera rimando sus canciones.

La sangre de las flores en el floral imperio  
se agita fecundante; se entreabren las corolas,  
los prados se constelan de lirios y amapolas,  
y canta de los castos amores el misterio,  
la sangre de las flores en el floral imperio.

En olas de perfumes revientan los capullos,  
y ofrecen a los Silfos sus senos virginales  
las flores que celebran sus regios esponsales  
con lánguidos suspiros, y místicos murmullos,  
en olas de perfumes revientan los capullos.

El agua del arroyo, cubierta ayer de hielo,  
entre floridas márgenes con músicas se aleja;  
y espejo de las ninfas, que límpido refleja  
la esplendidez del día, la majestad del cielo,  
es el arroyo elaro, cubierto ayer de hielo.

Huyeron las tristezas al tenebroso Bórea,  
y han vuelto con las rosas las golondrinas rápidas;  
todo sonríe. —¿Todo?— Bajo las tristes lápidas  
duermen las blancas vírgenes en rigidez marmórea,  
frías como los tímpanos del tenebroso Bórea.

¡Oh Primavera! Sólo con trepadoras hiedras  
el olvido engalana los sepuleros desiertos;  
mas, sírvannos tus galas para ofrendar los muertos,  
y ornemos con tus flores las sepulcrales piedras  
do sólo hay parietarias y trepadoras hiedras.

### EL POEMA DE LA MAÑANA

Palidecen las lámparas astrales—  
que alumbran los palacios siderales,  
y como un cisne de radiantes plumas  
llega la Aurora entre rosadas brumas.

¡Día de Natividad! Con el ardiente  
despertar de la luz, brilla el oriente,  
y en mágica explosión de resplandores  
surge el sol bajo un palio de fulgores.

La virgen se despierta, y en sus rubios  
cabellos, pone el astro un nimbo místico;  
la virgen se despierta —lirio pálido—.

Y soñando con besos y connubios—  
se estremece su grácil cuerpo artístico  
en las alburas de su lecho cálido.

### ARMONÍA DE LA TARDE

Idilio vespéral. En occidente  
la bruna sombra con la luz se besa;  
la voz de las campanas, el ambiente  
con lentas vibraciones atraviesa.

Misteriosa y triunfal llega la bruma,  
y en la pálida lumbre vespertina



la tierra melancólica se esfuma  
como en ligera túnica opalina.

Floración luminosa de la noche,  
emergen las estrellas de topacio,  
como rosas de luz que abren el broche  
en la calma sombría del espacio.

La luna, solitaria peregrina,  
la blanca inspiradora de Beethoven,  
con sus místicos rayos ilumina  
la cabeza del bardo, Apolo joven.

Como pálida virgen, el planeta  
con el beso de luz de sus destellos,  
acaricia su frente de poeta  
y el sombrío toisón de sus cabellos.

Es el bardo que sueña y que medita  
mientras la vida terrenal reposa,  
y en los abismos lóbregos, gravita  
la estrella de las tardes, misteriosa;

mientras las nubes en ocaso tiñe  
el Sol, desde el confin de otro hemisferio,  
y su corona sideral se ciñe  
la augusta soberana del misterio;

mientras surge en la calma, tremulante,  
el rumor de las brisas en las folias,  
que llega a sus oídos, suspirante  
como un vago gemir de arpas eolias.

Y contempla la bóveda infinita,  
constelada de ardientes luminas,  
y levanta su voz, donde palpita  
la nostalgia de incógnitos pesares.

Y dice: «¿Qué plegaria, qué armonía,  
qué rumor a los cielos se levanta?  
Es que solemne al expirar el día  
la Lira Universal solloza y canta.

»La Lira Universal trémula gime,  
y brota de sus cuerdas rumorosas,  
¡oh, tarde augusta!, en tu quietud sublime,  
la mágica armonía de las cosas.

»Murmura una plegaria cada fibra,  
gorjea el ave, tiemblan los capullos,  
y es un himno magnífico que vibra  
formado de suspiros y de arrullos.

»Y las notas de ese himno que derrama  
en estas horas la Creación inmensa,  
hablan al corazón, y dicen: «¡Ama!»;  
vibran en el cerebro, y dicen: «¡Piensa!»

»Y «¡amor!», murmuran las secretas frondas  
con eólico ritmo, dulce y vago,  
y «¡amor!», repiten las errantes ondas  
del lago azul, del armonioso lago.

»Y «¡amor!», la estrella que en los cielos arde,  
faro de las alturas misteriosas,  
y la música vaga de la tarde,  
y el perfume exquisito de las rosas.

»¡Y amo! Luminosa se adelanta  
fugitiva visión de blancas huellas,  
y el azul de los cielos se abrillanta  
con la luz de las pálidas estrellas.

»Y roza con sus dedos virginales  
mi frente sin color la Poesía,  
y escalo las regiones siderales  
con las alas del Ritmo y la Armonía.

»Y navega mi espíritu en los rastros  
de luz, estelas siderales de oro,  
y escucho la armonía de los astros,  
del templo del Azur excelso coro.

»Y allá voy, llena el alma de quimeras,  
dulces delirios y rosados sueños,  
en busca de las mágicas riberas  
del encantado Edén de mis ensueños.

»¡Oh! ¡Lira Universal! Vibra tu canto  
en la paz de la tarde solitaria,  
y surge un himno melodioso y santo,  
que es la inmensa ascensión de una plegaria.

»Alzan su voz los encrespados mares,  
sus endechas eólicas el viento,

y las vírgenes selvas sus cantares,  
y su astral armonía el firmamento.

»Y florecen cual rosas luminosas --  
las pálidas estrellas taciturnas,  
como rosas que vuelcan misteriosas  
sobre el mundo el secreto de sus urnas.

»Tenue soplo de amor cruza los prados,  
se estremecen los áridos desiertos,  
y te escuchan los cielos asombrados  
con sus ojos de cíclopes, abiertos;

»a tu voz, de los antros las entrañas  
despiertan de sus tétricos mutismos,  
y sueñan las graníticas montañas,  
y sollozan los lóbregos abismos!»

Calla el poeta; y surge tremulante  
el rumor de las brisas en las folias,  
que llega a sus oídos, suspirante  
como un vago gemir de arpas eolias.

Y nostálgica sueña en su palacio  
la Luna, reina de los antros, única,  
mientras tiende la Noche en el espacio-  
los amplios pliegues de su negra túnica.





## IRIS

Guardo en el fondo de mi alma un vaso  
desbordante de aromas y armonías,  
que al reflejar tu límpida mirada  
un haz derrama de esplendentes luces.  
¡Profundo y dulce arcano  
que no del hombre la mentida ciencia  
comprenderá jamás! Hasta él no alcanzan  
ni el poder impalpable de la idea,  
ni la indomable voluntad, ni el ruido  
de la afanada multitud, que el mundo  
vuelve y revuelve sin hallar reposo.  
Mas ¡oh!, ¡cuál se abre transparente y puro  
cuando la voz del sentimiento, envuelta  
en célicas caricias,

dulce penetra en el amante pecho!  
Entonces se respiran  
auras de un mundo superior, cerrado  
al que en la magia del amor no cree.  
Y ruedan por la mente  
raudales de suavísima armonía,  
que fecundando su virtud creadora,  
de mil visiones sus dominios pueblan,  
y luego en forma espléndida encarnadas,  
cobran vida perenne  
hallando en triunfo los pasmados siglos.

¡Oh, amor, oh, amor, encanto  
eterno y solo del mortal! ¡Tú sabes  
con qué inefable gozo,  
con qué emoción conmovedora y honda,  
mi alma entonces virgen,  
recibió un día tu primer caricia!  
¡Tú sabes cuántas horas  
de insomnio y de inquietud y de delirio  
sobre mi ardiente corazón cayeron!  
Mas no a agostar su juventud naciente,  
como tal vez del sol la lumbre viva  
sobre la nueva flor, de aromas llena;  
sino a infundirle aliento poderoso,  
y fuego y entusiasmo,  
y el amor de la gloria, y la constancia  
contra los dardos que el adverso numen  
lanza empapados en dolor, al alma  
del que Dios hizo al sentimiento dócil:  
Tú me enseñaste fulgurante y viva  
la dulce virgen de mis sueños de oro,  
la de rica y flotante cabellera,  
cuyo mirar purísimo y sereno  
del alma aduerme las inquietas ondas.

¡Cómo, al verla, mi vida,  
hasta entonces sin norma e infecunda,  
se llenó de misterios! Savia nueva  
mi sér transfiguró; miré del seno  
de nuestra inmensa y generosa madre,  
brotar deslumbradores  
torrentes mil de fuego y hermosura,  
en tanto que mi espíritu, templado  
para el arduo luchar de la existencia,  
surgía a respirar las frescas auras  
de risueña y florida primavera.

¡Ángel de amor! Si iluminó mi mente  
una chispa, no más, del fuego incendio

que arde en los grandes; si escuché extasiado  
ese rumor universal que hiende  
de mundo en mundo las etéreas ondas;  
si el mudo carro de las raudas Horas  
vertió sobre mi frente  
nutrida lluvia de fragantes rosas,  
y sus perfumes aspiré, y la vida  
vi levantarse espléndida y radiante,  
ostentando engarzado en su corona  
el fúlgido joyel de la esperanza;  
a ti, amada, lo debo, a ti tan sólo,  
huerto oloroso del amor; rocío  
dulcísimo y fecundo,  
que hace lozano erguirse, y rico en frutos,  
cuanto débil retoño en mí se cría.

¡Cuando la luz que del obscuro seno  
de las tormentas brota,  
fatídica en mi frente centellea,  
y rueda inmenso el trueno airado y ronco,  
una sola, mi amor, de tus sonrisas  
en la áurea luz de tu mirada envuelta,  
basta a calmar los ímpetus soberbios  
de indomable Titán, que agigantarse  
siento dentro de mí, y honda y funesta  
ansia de horror y destrucción me inspiran!  
¡Sí!, que tan sólo una palabra tenue  
de tus labios amantes derramada,  
es bálsamo celeste,  
es luz de luna, plácida y serena,  
que amor le infunde por lo grande y bueno,  
y le torna la paz y la alegría  
a este tu corazón, de amor sediento.

Ver desprenderse de tus negros ojos  
la luz de la pasión; oír el timbre  
de tu voz argentina y melodiosa;  
la idea sorprender que rauda cruza  
por tu frente serena,  
y aun ver rodar por tu mejilla el llanto  
brotado al roce de fugaz querella  
que injusto provoqué: he ahí el tesoro  
de mis ocultos goces; la süave  
música siempre varia,  
que suena en mí cual eco  
de una armonía que vibró en el cielo.

¡Cuánto secreto angelical no ceta  
un alma, cual la tuya, amante y virgen!

¡Cuán frescas aguas al ardiente labio!  
 ¿Y ha de desviar de mí su cauce amado  
 dejando mustias las hermosas flores  
 con que mi senda engalanó? ¿Un día  
 no llegará, en que al verte esquiva y dura  
 por mi lado pasar, sepultar deba  
 dentro del pecho la palabra ardiente...?  
 ¡Perdona, dulce amada, si insensato  
 con tales dudas tu constancia ofendo!  
 ¡Hijas son de mi amor, de ese deleite  
 excelso e inenarrable,  
 de que en oleadas inundarme siento  
 cuando en mi alma el iris  
 de tu cariño, su fulgor despliega!  
 ¡Ah!, ¡no me olvides, y seré dichoso!  
 ¡No me olvides, mi bien! Sé tú la sombra  
 donde los ígneos rayos  
 pueda templar del mundanal bochorno.  
 Sé tú la blanca inmaculada venda  
 que restañe la sangre  
 de quien, hollando aún verdes senderos,  
 hondos males presiente, y corta vida...  
 Y cuando vuelto en polvo el frágil vaso  
 que mi anhelante espíritu  
 aprisiona hasta hoy, triunfante y libre  
 vuele a esperarte al inmortal seguro,  
 cierre tu mano con amor mis ojos  
 que en contemplarte su placer cifraban,  
 y haz que en torno a mi tumba solitaria  
 la triste flor de los recuerdos brote.

### ENSUEÑO

Siempre grata a mi oído  
 sonó tu dulce voz, y la armonía  
 de tu gentil semblante, otra más honda  
 y vibradora por mi sér difunde.  
 Cuando llegas a mí, siento que vuela  
 el polvo que en el alma  
 va la vida sin tregua acumulando,  
 y todo en ella fresco reverdece  
 con vigor juvenil, como la tierra  
 húmeda aún tras la fecunda lluvia  
 y sonreída por el sol. ¡Qué lumbres  
 de amor despiden tus radiantes ojos!  
 ¡Y qué tenaz enjambre de deseos  
 de tu redondo cuello en torno vuela



y el ritmo sigue de tu andar! Aseienes,  
astro de amor, inmenso y solitario,  
por el sombrío espacio de mi alma,  
y abriendo a trechos sus flotantes nubes,  
con tu esplendor sereno la iluminas.  
Y tú este afecto ignorarás por siempre,  
y esa secreta conmoción profunda  
en que mi triste corazón se agita  
al mirarte pasar, cuando inflamado  
en amor, en tormentos y delicias,  
en lo infinito del sentir se pierde.

## EN VIAJE

¡Aves que os lanzáis a vuelo  
sobre las ondas del mar,  
con aquel incierto anhelo  
del que ignora el blando suelo  
a donde quiere llegar!

Cual vos, presiente errabundo  
mi espíritu un más allá,  
y con anhelo profundo  
sobre las olas del mundo  
ansioso volando val

## CANTO AL ARTE (1)

A LA MEMORIA DE MI PADRE

*A mi madre*

Cuando al FIAT solemne  
del abismo profundo  
surgió, ceñida de hermosura, el mundo,  
y el hombre, absorto en mágico embeleso,  
unió su voz al coro de armonías  
que en las etéreas vías  
rico y sonoro sin cesar se expande;  
cuando confusa su razón clamaba

---

(1) Premiado con pensamiento de oro y esmalte (ofrecido al mejor del tema por el Ateneo Español), en los JUEGOS FLORALES celebrados en Buenos Aires el 12 de Octubre de 1881, en conmemoración del descubrimiento de América.

por descifrar el misterioso arcano  
 que el giro soberano  
 de las esferas, tras de sí ocultaba:  
 desprendió Dios de su divina esencia  
 una ráfaga ardiente  
 que, descendiendo vívida y gloriosa,  
 ardió en su alma y centelleó en su frente.

¡Llama de inspiración! Por ella el hombre  
 vislumbró el infinito; el sentimiento,  
 su sér transfigurando, la materia  
 doblegó a su albedrío; al duro mármol  
 dió vida y alma su virtud creadora;  
 ritmo y cadencia y norma y armonía  
 al sonido fugaz; a la palabra  
 luz que los cielos ilumina y dora.

Ruedan los pueblos a la nada. El Tiempo  
 sepulta en sus abismos  
 una edad y otra edad: el ARTE sólo  
 resiste y triunfa, y en amante lazo  
 une pasado y porvenir. La idea  
 y la pasión; combates, cataclismos,  
 gritos del alma, irradiación de gloria,  
 coronas de victoria,  
 rumor de tempestad, sol de ventura:  
 todo en la triste humanidad perece,  
 todo en el ARTE se abrillanta y crece  
 velado en el cendal de la hermosura.

¡Grecia! ¡Madre inmortal! ¡Luna dorada  
 de libertad e inspiración! ¡Maestra  
 eternamente venerable! En vano  
 caíste derribada  
 al rudo empuje de los siglos. Joven  
 vives del ARTE en el sagrado templo,  
 y tu genio fecundo  
 volando vencedor de mundo en mundo,  
 culto es feliz de admiración y ejemplo.  
 ¡No!, ¡tus dioses no han muerto! Aun, radiante,  
 de tus cerúleas ondas  
 nace gentil la voluptuosa Venus;  
 aun rige Apolo el rutilante carro  
 del Sol, y sus flamígeros corceles;  
 y al sátiro lascivo  
 huyendo raudas las gallardas ninfas,  
 van, cercadas de cándidos amores,

cabe la margen de las claras linfas  
 tejiendo danzas y esparciendo flores.  
 Aun de rubias espigas coronada  
 Ceres la paz y la abundancia vierte,  
 y de Ixión sacrilego, callada  
 gira en el Orco la espantable rueda;  
 aun Píndaro divino  
 el lauro esplendoroso  
 ciñe a la sien del púgil de Nemea,  
 y el fallo del Destino  
 Demóstenes suspende  
 al rayo que en sus labios centellea.

¡Tal el ARTE triunfó! Tal siempre ha sido  
 su mágico poder. El Universo  
 se muestra ante él de resplandor vestido.  
 Rueda a su voz sus fugitivas ondas  
 el plácido arroyuelo; en la enramada  
 modula dulces trinos  
 el ave enamorada;  
 retumba el trueno en la extensión vacía;  
 en densos torbellinos  
 se alza, soberbio, el mar; la selva umbría  
 sacude el viento con furor, y el hombre,  
 de la severa Ciencia  
 los inflexibles límites salvando,  
 desata los raudales  
 de su rica, ardorosa fantasía,  
 y se embriaga de amor y de armonía  
 en las fulgentes lumbres eternas.

¡Divina emanación! ¡Fuente serena  
 en que mitiga el alma  
 su inextinguible sed! ¡Lira sublime  
 en donde el «Himno Universal» resuena!  
 Lloras con el dolor; con la intranquila  
 virgen palpitás, que en amores arde,  
 y si al ruidoso alarde  
 de la alegría y del placer te lanzas,  
 ruedan en torno a tu brillante cetro  
 festivos juegos, cadenciosas danzas.  
 Tu voz robusta en los combates truena,  
 presagio al héroe de inmortal victoria;  
 palmas al mártir das; contra el tirano  
 sagrado hervor de indignación levantas,  
 y en himno soberano  
 de Dios la gloria sempiterna cantas.

Mandas: y al punto las ferradas puertas  
 del mudo Porvenir, fáciles giran,  
 y arrancando el secreto a las edades  
 que aun en el seno de los tiempos duermen,  
 alumbras el camino  
 de la cansada humanidad, que el rumbo  
 sigue con fe y valor, de su destino.  
 Y cuando presa de inquietud suprema,  
 la duda acerba sus entrañas roe,  
 y vacilan, alcázares y templos,  
 y perecen las joyas peregrinas  
 del alma en lo recóndito engarzadas,  
 cual tierna flor en las revueltas ondas  
 del férvido torrente; cuando airadas  
 las vorágines roncadas precipitan  
 cuanto en el mundo se adoró por santo,  
 y sólo quedan de la horrenda lucha  
 sombra en la mente y en los ojos llanto:  
 tú brindas al espíritu anhelante  
 un manantial purísimo y sereno,  
 donde refleja, desde excelsa cumbre,  
 vivifico y radiante,  
 un sol perenne su celeste lumbre.

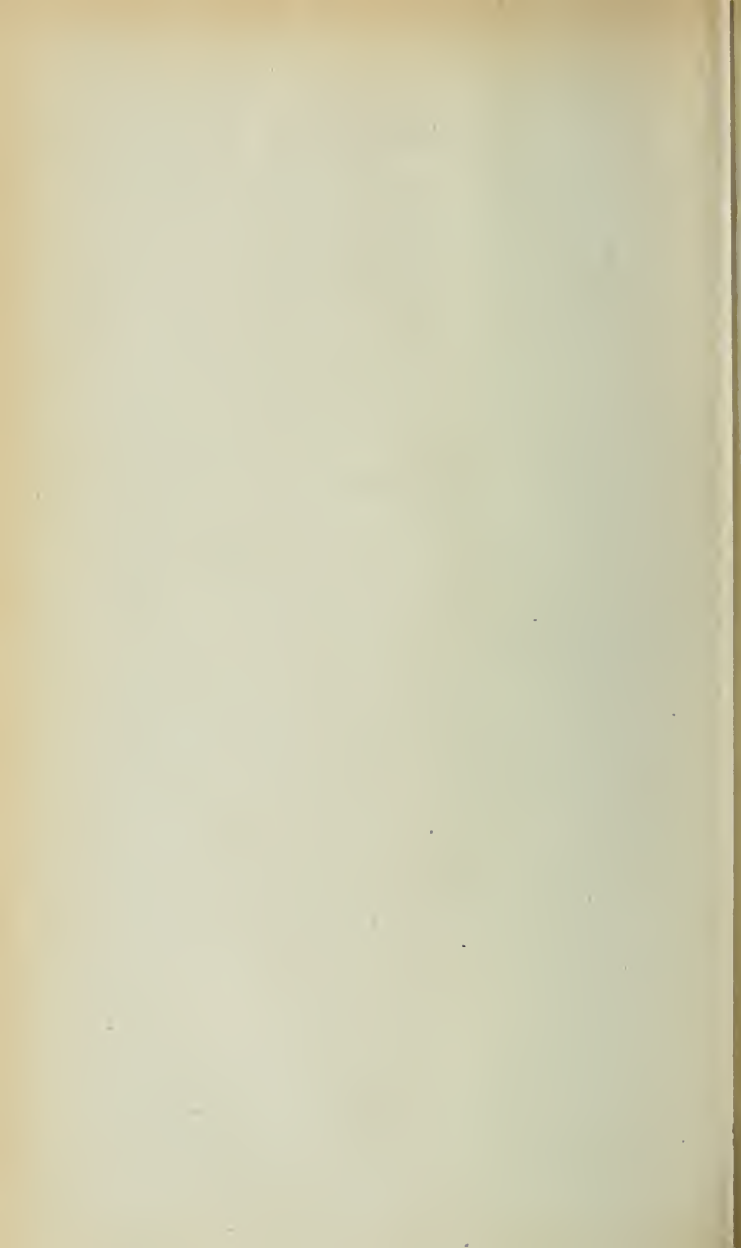
¡Gloria al ARTE inmortal! ¡Vuestros acentos  
 unid, Poetas, a mi voz! ¡Resuenen  
 llenos de amor en los alados vientos!  
 Tejed guirnaldas; sus galanas flores  
 con áureas cintas enlazad, y llenen  
 su templo augusto palmas y loores.  
 ¡Gloria al ARTE inmortal! Su luz divina  
 la esfera cristalina  
 baña y colora; su natura arcana  
 cuanto hay de grande y generoso encierra,  
 y hendiendo el éter con triunfal decoro,  
 derrama en lluvia de oro  
 la bendición de Dios sobre la tierra.

A...

Cual ruedan entre márgenes floridas  
 del arroyuelo las radiantes aguas,  
 así mis horas  
 entre las rosas de tu amor resbalan.

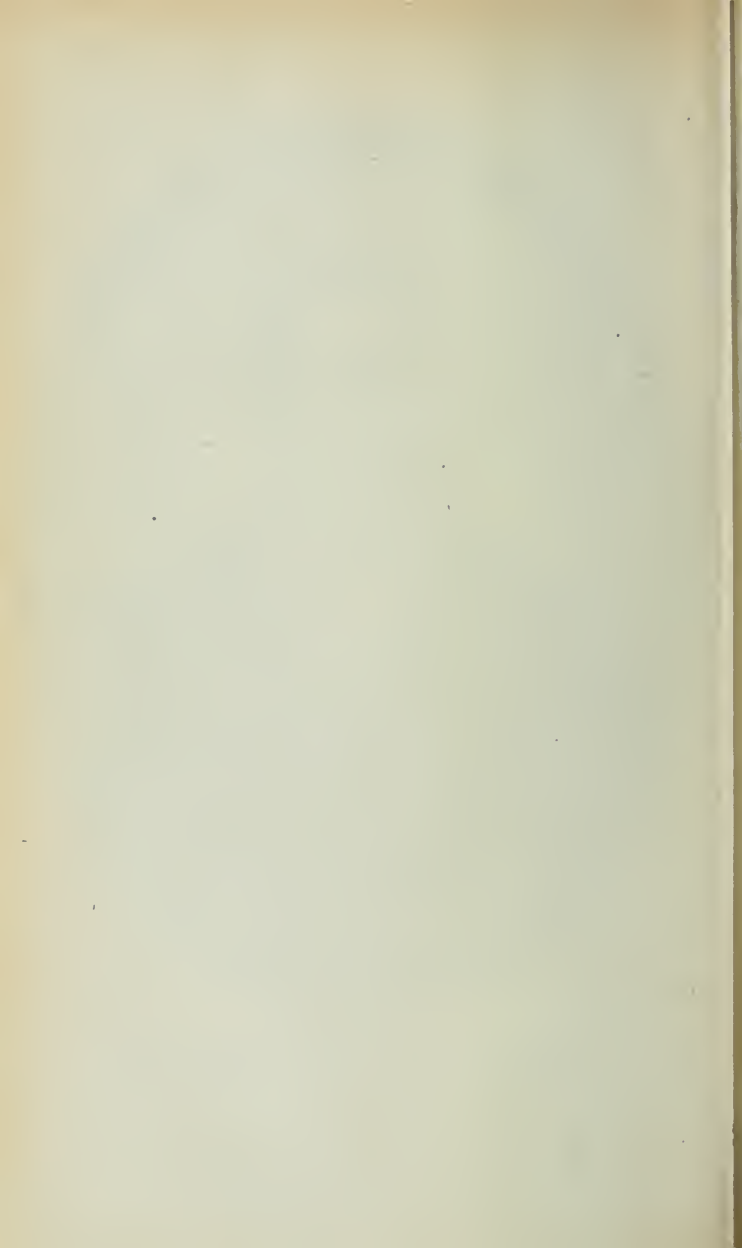
Cual se deshace en el ardiente estío  
la nube obscura en transparente gasa,  
así mis duelos  
se funden al calor de tu mirada.

Cual se envuelve la noche en sus crespones,  
del sol llorando la lejana marcha,  
así en mi espíritu  
surgen las sombras si tu luz le falta.





PEDRO B. PALACIOS (Almafuerte)







## **PALACIOS (Pedro B.) ALMAFUERTE**

---

JESÚS

*Para mi amigo Eduardo Sáenz*

### **I**

Como brota del charco sombrío  
y a conjuros de luz meridiana,  
yo no sé por qué afán de lo triste,  
gracioso nenúfar de flores de nácar:

la presión secular, exprimiendo  
de la fétida chusma la entraña,  
conjuró de aquel barro de sangre,  
la noble azucena doliente de su alma'

### **II**

Gota pura del bien absoluto,  
de la estirpe mortal, destilada:  
prodigioso perfil de la errante  
visión de justicia que sueña la raza:

profundísimo beso errabundo  
que al rozar tus dolores, estalla:  
perdurable tristeza divina  
cubriendo las viles tristezas humanas!

## III

Celestial mensajero que siente,  
mientras cruza los orbes y baja,  
la precisa intuición espantable  
del hondo vacío voraz que lo traga!

Femenina zozobra que al mundo,  
como palio de lágrimas, guarda:  
gemebunda torcáz valerosa,  
que al prófugo crimen le tiende sus alas!

## IV

Corazón matinal, todo blanco,  
cuyo fuego de hoguera ofrendada,  
con efluvios de mirra, perfuma,  
de Job la rabiosa, la trágica sarna!

Corazón cuyo amor intangible,  
sin buscar otro amor, se dilata,  
como estuvo en el Caos el Eterno,  
sin peso ni forma, sin rumbos ni vallas!

## V

Cual se tuercen y escurren flexibles,  
sin lograr abatir la muralla,  
ya tenaces, ya febles, ya locos,  
bramando y silbando, los vientos que pasan;

la invasora legión de cariños  
que a la vida real nos amarra,  
no logró reducirle, siquiera,  
ni al sacro, materno dogal de la patria!

## VI

Nebulosa de amor: de amor mismo;  
sin la paz del hogar, que coarta,  
ni la fiel amistad, que suprime,  
ni aquel inefable deleite, que sacia!

—No asirás, hombre fórmula y ergo,  
su inasible figura esfumada:  
como polvo de aurora, difuso,  
difuso en la vida su espíritu vaga!

## VII

Proyectó sugerencias de nimbo,  
su perpetua niñez inspirada;  
rechazó lo carnal, de sus carnes,  
cual cisne jocundo que hiende las aguas;

no sufrió lobregueces de ocaso,  
su fulgor de lucero del alba:  
blanco César triunfal de lo puro,  
querube incorpóreo que preña las almas!

## VIII

Como diestros, por sí se detienen  
los caudales del mar, en la playa;  
cual germina y retoña, y produce,  
silvestre, salvaje, libérrima planta:

ni el saber, ni el sofisma turbaron  
su sagaz, pensativa ignorancia:  
floración cerebral; tierra virgen;  
flamígero foco del Verbo que irradia!

## IX

Como aquel predilecto que siente,  
por geniales virtudes innatas,  
la explosión de las notas que surgen,  
y ondean, y ríen, cual ninfas hermanas:

pudo Aquel predilecto admirable,  
como disco luciente de plata,  
reflejar, en la noche futura,  
la eterna, la sola Verdad soberana!

## X

Formidable saber que redujo,  
como a loca jauría, en su alma,  
cual recoges el cielo en tus ojos,  
y el mar, y la selva, y el río, y la pampa!

Formidable saber que sanciona  
que tu bien y tu mal son palabras:  
resonantes palabras vacías,  
cilicio de penas internas que arrastras!

## XI

Porque luz, y color, y sonido  
sólo son cerebrales fantasmas,  
mientras vibran espacios y soles  
sumidos en mudas tinieblas heladas!

Y así toda tu ciencia y la mía...,  
nada más que impresión comparada,  
nada más que ilusiones eternas  
que aloja en nosotros el Caos que no acaba!

## XII

Pues si aquel escozor de la herida  
que produjo en tu carne la daga,  
ni le sufre tu músculo roto,  
ni aquel cincelado prodigio que mata:

la estupenda, la simple, la hermosa,  
la cabal creación que proclamas,  
con la misma inconsciencia que vives,  
debajo del cráneo, vil necio, la fraguas!

## XIII

¡Allí está el Universo! Allí mismo  
puso Dios su taller y su patria!  
Desde aquella ruín madriguera,  
colora el vacío y esculpe la nada!

Y esos lampos de luz que fulguras,  
su divino cincel los arranca!  
Y esos torpes impulsos que sigues,  
no son más que alientos de Dios que trabaja!

## XIV

Puesto que, si el bacterio más breve,  
breves horas, apenas, pensara,  
llenaría, cual tú, su conciencia  
de leyes, y dudas, y luces, y manchas!

Porque cada cerebro es el nudo  
de la misma labor que le arrancan,  
como el triste gusano cautivo  
del frágil capullo de seda que labra!

XV

Puesto que, de infinito a infinito,  
lo que es —no su aspecto: su masa—,  
te conquista, te absorbe, te agota,  
cual Eva incansable que nunca se sacia;

mientras tú, viejo Adán de la vida,  
poseído en la sombra le amas,  
con la inerte caricia profunda  
del joven dormido que violan las hadas!

XVI

Y esto dijo Jesús, en tu abono,  
cuando puso, en la jerga que hablas,  
su perdón ilegal, que ha vencido,  
y es ésa, que gozas, legal tolerancia!

Tolerancia que va, paulatina,  
como crece la fruta en la rama,  
laborando, en tu ley, el derecho  
de abrir su repliegue más hondo las almas!

XVII

Y esto quiso Jesús, en tu abono,  
cuando echó, por tu bien, a su espalda,  
no la cruz de tus culpas, que dicen:  
¡la cruz de la imbecil sapiencia pasada!

Y esto quiso Jesús, en tu abono,  
fugitiva miseria de paja,  
diminuto vibrión que conduces,  
del plan del Eterno los hilos de llamas!

XVIII

No redujo su amor a linderos,  
mas no fué su egoísmo el que amaba;  
ni alcanzó la virtud, con ser ella,  
de aquel soberano la mínima gracia;

ni logró la mujer ablandarle,  
nada más que cubierta de faltas;  
y a sus pies, en la cruz, retorcióse,  
de celos del crimen, su madre sagrada!

## XIX

Convirtió su fracaso en victoria;  
y en reflejos de solio, su infamia;  
y a la cruz de su muerte, en el signo  
que besan y besan las hordas que pasan!

Se abrazó de lo vil, con sus brazos;  
le sentó junto a Dios, que callaba;  
y abrazados así, te sonríe,  
cual dos prefulgentes deidades hermanas!

## XX

Discurrió su criterio de madre,  
por el haz de la recua postrada,  
como ruedan, filtrando la nube,  
jirones de luna por sobre la piara;

y un gemir de titanes vencidos,  
y un hervor de sudores y llagas,  
y un bramar de reptiles rebeldes,  
subieron, cual roja, fugaz llamarada!

## XXI

Y lo mismo que el paso de Febo,  
por el aire sutil, se dilatan  
resplandores difusos, que corren  
por valles, y cumbres, y fuentes, y charcas.

La primera, la sola caricia,  
de su pecho fluyó sobrehumana,  
como el mar, como el sol, como el éter,  
cual todos los besos de amor que sonaran!

## XXII

¡Sí! ¡La fiera de ayer languidece!  
¡Sólo es puro el amor que no ama!  
¡No son más que resortes que crujen,  
los padres, los hijos, la aldea y la raza!

Como ya contruidos los arcos,  
las inútiles cimbras arrancas,  
sobrará mucho barro de bestia  
la vez que despliegues del todo tu talla!

XXIII

Se vislumbra, en la historia, su mole,  
como azul eminencia lejana,  
cuyos flancos enormes conquistan  
los pueblos que crecen, a luengas jornadas!

Migración a la cumbre del Cosmos,  
cuyas níveas regiones más altas,  
cruzarás, si no abdicas, tan puro,  
cual cándida tropa de lirios con alas!

XXIV

Como el tierno capullo de loto,  
con su lívida frente de nácar,  
sobre charcos malditos, preside  
la prófuga serie de soles que bajan;

su perfil soñador de azucena,  
rematando la cúpula humana,  
como luz hecha flor, simboliza  
la fúlgida serie de soles que avanzan!

CANTAR DE CANTARES

I

Níveo cáliz de magnolia  
decorando los retoños de la rama  
cual un ánfora de sueños, es tu frente...!

Sí, tu frente,  
hija mía, madre mía, novia mía:  
es el gótico remate de la rama.

Su divino corolario;  
es el grave, pausadísimo incensario  
cuya mirra de sapiencia por mi templo se derrama!

II

Radiaciones de las mieses  
—rubias ondas encrespadas y brillantes  
y crujientes de los trigos—, tus cabellos...!

Tus cabellos,  
hija mía, madre mía, novia mía:  
son las hebras rubicundas y brillantes  
de la testa de las diosas,

de las diosas imperiosas y graciosas  
con el casco de sus crines enrizadas y flotantes!

## III

Como sellos de turquesas,  
—de turquesas bien profundas, bien extrañas,  
bien azules como el aire—, son tus ojos...!  
SÍ, tus ojos,  
hija mía, madre mía, novia mía:  
son dos piedras bien azules, bien extrañas,  
que clavarón los querubes  
que sumergen a los astros en las nubes,  
bajo el arco y en el fleco de tus cejas y pestañas!

## IV

Florechitas de durazno  
que la veste de las auras amontona  
bajo el cielo de la tarde, tus carrillos...!  
Tus carrillos,  
hija mía, madre mía, novia mía:  
son las flores que un arcángel amontona  
bajo el cielo de tus ojos,  
por los valles de rubores y sonrojos  
que divide tu severa naricita de matrona!

## V

Cicatrices de caricias  
—cicatrices de dos besos fraternales  
de las almas de dos lirios—, tus hoyuelos...!  
Tus hoyuelos,  
hija mía, madre mía, novia mía:  
son las huellas de dos besos fraternales  
que te dieron al venirte,  
que te dieron al salir a despedirte  
los dos ángeles más puros de los coros celestiales!

## VI

Como pétalos de rosa  
—como pétalos de rosa purpurada,  
purpurada como sangre—, son tus labios...!  
SÍ, tus labios,  
hija mía, madre mía, novia mía:  
son dos pétalos de rosa purpurada



que cayeron en la nieve;  
son el borde que resuena, que se mueve,  
de aquel vaso de Sajonia de tu barba nacarada!

VII

Blanco polvo sacarino  
que decora rojos néctares de fresas,  
tamarindos y granadas, son tus dientes...!  
Sí, tus dientes,  
hija mía, madre mía, novia mía:  
son azúcar en la crátera de fresas  
de tu boca cuando ríes;  
son diamantes de Golconda que deslíes  
en el bálsamo bendito de tus besos cuando besas!

VIII

Caracoles nacarados  
—nacarados caracoles pequeños  
de la playa de los mares—, tus orejas...!  
Tus orejas,  
hija mía, madre mía, novia mía:  
son dos bellos caracoles pequeños  
que te llevan el augurio,  
que le llevan a tu espíritu el murmurio  
de las cosas venideras, de los tiempos infinitos!

IX

Minarete de alabastro  
—torrecilla de alabastro cimbradora  
cual pedúnculo vibrátil—, es tu cuello...!  
Sí, tu cuello,  
hija mía, madre mía, novia mía:  
es la blanca columnita cimbradora  
que se yergue y balancea,  
que se yergue columpiando la presea  
de tus rizos, de tus ojos, de tu faz encantadora!

X

Como bloques de azucenas  
—como bloques de azucenas de la aurora,  
tras la gasa de la niebla—, son tus pechos...!  
Sí, tus pechos,

hija mía, madre mía, novia mía:  
son dos ramos de azucenas de la aurora  
que pusieron las vestales.

Que pusieron, bajo tules virginales,  
en el trono de Carrara de la Virgen mi Señora!

## XI

Ramilletes maternos  
de claveles y mosquetas y alhelies  
rodeados de cedrones, son tus manos...!

Sí, tus manos,  
hija mía, madre mía, novia mía:  
son tisanas maternas de alhelies  
para todos los dolores:

Napoleones del azúcar y las flores,  
de vendajes y brocados, de utensilios y rubies!

## XII

Mecanismo de diamantes  
—de diamantes en espumas incrustados  
por milagro de Natura—, son tus pies...!

Sí, tus pies,  
hija mía, madre mía, novia mía:  
son diamantes en aljófar incrustados;  
son motores cadenciosos.

Que golpean cadenciosos y orgullosos  
de sentirse con la gloria de tu cuerpo coronados!

## XIII

Arreboles matinales  
—matinales arreboles como velos  
recamados de oro puro—, son tus ropas...!

Sí, tus ropas,  
hija mía, madre mía, novia mía:  
son celajes recamados como velos  
con la luz de la mañana,  
con la luz que va filtrando soberana  
por el tul abullonado del ropaje de los cielos!

## XIV

Bella página de un libro  
—bella página de un libro de oraciones,  
con estampas bizantinas—, tus afectos...!

Tus afectos,  
hija mía, madre mía, novia mía:  
son la página del libro de oraciones  
    donde rezan los nenitos,  
    donde buscan los nenitos, ¡pobrecitos!,  
las Madonas y los Cristos de radiantes corazones.

XV

Como cítaras angélicas  
—como notas inefables de ocarinas,  
que bajaran de lo alto—, tus acentos...!  
    Tus acentos,  
hija mía, madre mía, novia mía:  
son acentos inefables de ocarinas,  
    ora tiples, ora graves;  
son escalas fugitivas de los claves,  
y vibrantes pizzicatos de las tiernas mandolinas!

XVI

Como lámpara votiva  
que llenase de fulgores el santuario  
de algún pálido Eccehomo, tu gran alma...!  
    Sí, tu alma,  
hija mía, madre mía, novia mía:  
es la lámpara votiva del santuario  
    que fulgura dulcemente,  
que derrama dulcemente, tiernamente,  
sus caricias luminosas en la cruz de mi Calvario!

XVII

Como el bíblico poeta  
—como el Rey de los proverbios seculares,  
que no pasan, que no mueren—, yo te canto...!  
    Sí, te canto,  
hija mía, madre mía, novia mía:  
con palabras que retumben seculares,  
    que no pasen, que no mueran,  
que los hombres para siempre las profieran  
como el cántico sublime del Cantar de los Cantares!

## CRISTIANAS

## I

Aristarco feroz que acaricias  
la labor de los otros, con garras,  
de la propia manera que aquellas  
mujeres sin hijos, los hijos que amparan:  
no te guardo ojeriza ninguna  
por el haz de laurel que me arrancas:  
de la eterna belleza, padeces  
la horrible, infecunda preñez sobrehumana!

## II

Vanidoso doncel que paseas  
con olímpico garbo tus galas,  
como el pavo oriental su plumaje  
de rico zafiro con flecos de gualda:  
yo doy paso, cortés, a tu enorme  
personilla hiperbólica y vana:  
la visión de Alcibiades, en ella,  
brillando y rampante, contemplo que pasa!

## III

Pretendiente sagaz que te doblas  
refugiando en el pecho la cara,  
cuando surgen del sacro recinto  
los ojos que ofrecen al par que amenazan:  
hay un corte sutil en tus labios  
—de tu estirpe de dios, atalaya—,  
que los hace reír, sin que rían,  
de aquél que despojas echado a sus plantas.

## IV

Clandestino malvado que vistes  
con virtudes sociales, tus lacras,  
como esconde su faz el abismo,  
de luz temeroso, con flores y zarzas:  
no pretendo rasgar la careta  
que tu vida nocturna me ataja:  
yo bendigo el instinto que cubre  
los públicos hombres de hipócritas gasas!

## V.

¡Iracundo varón que no alientas  
nada más que rencor y venganza,  
cuando, en pos de la injuria, te vuelves  
lo mismo que negra serpiente africana:  
yo descubro, a pesar del acceso  
que te impregna de hiel las entrañas,  
como un rayo fugaz de justicia  
rasgando los cielos profundos de tu alma!

## VI

¡Obcecada matrona que buscas  
del mancebo gentil las miradas,  
o en la frígida noche, le sueñas,  
decrépita Venus, mesando tus canas:  
sobre el rudo vaivén de las olas  
de aquel lúbrico mar que te asalta,  
flota errante una célula excelsa  
de madre que admira, de madre que aguarda!

## VII

¡Maldiciente crüel que te places  
refiriendo torpezas extrañas;  
cuya lengua insidiosa circunda  
las vidas ajenas de ruin filigrana:  
no me aparto de ti, como aquéllos  
que no ven la belleza de nada:  
me descubro y admiro al artista  
que pinta con lodo y esculpe con daga!

## VIII

¡Perezoso genial que reposas  
mientras tejen su red las arañas,  
a manera de islote flotante  
que impelen, y besan, y azotan las aguas:  
por debajo de aquella morbosa  
laxitud exterior que te embarga,  
el batán de la idea percibo,  
cerebro sin brazos, noción sin palabra!

## IX

¡Protegido del fuerte, del sabio,  
de cualquier caridad soberana,  
que repudias, y escupes, y muerdes  
la mano refugio, la mano enseñanza:  
yace un dejo de honor en la misma .  
miserable traición con que pagas:  
toda vida completa es un cóndor  
que hiende la cumbre si tiende las alas!

## X

¡Mesalina glacial que abandonas  
al anónimo estéril tus gracias,  
como el agua de pública fuente  
la sed de las turbas ignotas aplaca:  
tú palpitas, impúdica virgen  
de un esposo ideal, pasionaria:  
en la rápida vez que le logras  
la madre Natura bendice tu falta!

## XI

¡Furibundo, protervo sectario,  
de cualquier religión, entusiasta,  
que por Dios, o la ley, o el derecho  
torturas y violas, derribas y talas:  
para ti, la bondad absoluta,  
puramente reside en tu causa:  
formidable espolón de abordaje  
de cosas tan bellas, tan justas y mansas!

## XII

¡Inspirado de Dios que desdoblas  
de tu mente la púrpura sacra,  
para echarla, en el día oportuno,  
a donde la corte del César aplauda:  
yo he bajado a tu propia conciencia;  
yo la he visto sombría y huraña,  
cada vez que tu genio traspuso  
las horcas caudinas del hambre y la fama!

## XIII

¡Sacerdote de espíritu negro,  
 como lo es, por vacía, la nada,  
 que después de oficiar me bendices  
 trazando en los aires la cruz sacrosanta:  
 yo no sé qué poder te visita;  
 pero salgo cubierto de gracia:  
 miserable reptil que gobiernas,  
 incrédulo y frío, la fe y la esperanza!

## XIV

¡Taciturno tirano que niegas  
 el sentido común de las masas,  
 para uncirlas al carro, inconscientes,  
 tal como a las mulas los ojos les tapan:  
 resplandece, en mitad de tu pecho,  
 circuida de sombras y miasmas,  
 la cesárea pasión del apóstol  
 que impone a los hombres su molde y su pauta!

## XV

¡Coronado Iscariote que vendes  
 a la patria enemiga, tu patria,  
 como quien a su propio consorte,  
 del adúltero lecho corriese las mantas:  
 yo diviso, a lo largo del tiempo,  
 la visión de lo vil que desgarras  
 la envoltura de un mundo celeste,  
 sin odios, ni muros, ni lenguas, ni razas!

## XVI

No: ¡no existe el vacío absoluto  
 donde Dios derramó su palabra!  
 No; ¡no cabe la noche completa  
 allí donde gira la estrella de un alma!  
 ¡Vive un juez prisionero en el hombre,  
 que jamás prevarica, ni calla!  
 ¡Hay un golpe de luz en el fondo  
 de aquellas más viles vilezas humanas!

## OLÍMPICOS

## I

Vislumbrar una luz a lo lejos,  
cuya luz en el yo se retrata,  
cual se observa, a la vez, una estrella  
rodando en el éter, rielando en las aguas:  
es tener vocación y sentirla;  
guerrear con divisa y con armas:  
armas propias, divisa de fuego  
que el arduo pasaje del héroe señalan.

## II

Avanzar con la carne en el polvo,  
carne vil que del polvo no se alza,  
mientras forja la mente indomable  
la escena y el cuadro, la estrofa y la estatua:  
es haber alojado las cuerdas  
que a la torpe materia nos atan:  
ostentar como el clásico Alcides,  
la leche de Juno vibrando en la casta.

## III

Recibir el dolor y sufrirlo  
con no sé qué mental arrogancia,  
cual pudieran sentir—si sintiesen—  
los nobles metales la acción de la fragua:  
es tenerse por hombre y gozarse  
en su propia virtud y sustancia:  
merecer la corona de espinas  
que es nimbo y diadema, que es yelmo y tiara.

## IV

Aceptar el placer y vivirlo  
con un dedo de hastío y nostalgia,  
cual pudiera entregarse a los faunos,  
forzada de Jove, la púdica Diana:  
es probar un espíritu fuerte  
refractario a las artes de Onfalía:  
sacudir, todavía, en los hombros,  
del ángel caído las místicas alas.



V

Sospechar una mano en la sombra,  
que combina fantásticos dramas,  
que describe una red de caminos  
por donde las fuerzas del orbe se lanzan:  
es tener la intuición de la ciencia,  
de una ciencia profunda y exacta,  
que a esta suma de causas, y efectos  
supone un efecto, supone una causa.

VI

Esperar esa vida futura,  
vida plena, sin nubes ni pausas,  
donde todo es amable, y a donde  
no cabe, siquiera, la cólera santa:  
es sentir la pasión de lo hermoso  
al supremo nivel exaltada:  
presumir la estrategia sublime  
de aquél que en el seno del tiempo trabaja.

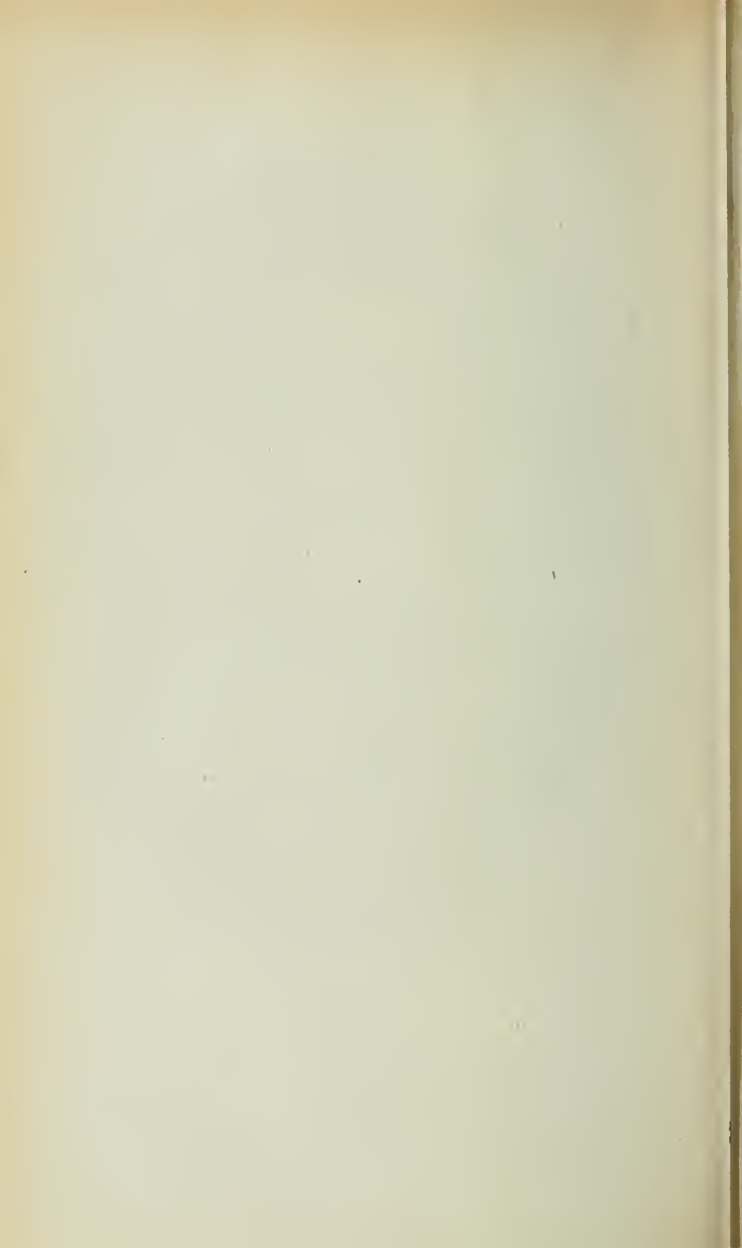
VII

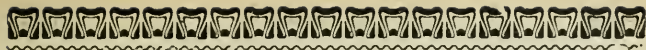
Percibir en la propia conciencia  
la noción de lo bueno que canta,  
como el eco de un mundo invisible  
que es centro, y es fuerza, y es vida, y es gracia:  
es tener un blasón sobre el pecho;  
es llevar las insignias humanas;  
es reinar sobre el lodo y las bestias  
y ser hijo de Dios y ser alma!





ROBERTO J. PAYRO





## PAYRO (Roberto J.)

---

### MADRE E HIJA

—¿Te llamas la Argentina?

—La Argentina.

—¿Cuál es el nombre de tu madre?

—¡Gloria!

—¿Tu raza fué?

—Mi raza fué divina.

—¿Quién te lo reveló?

—La Musa Historia.

—¿Fué tu raza muy noble?

—Una corona

de reyes, un castillo con almenas.

—¿Y era buena tu madre?

—Sí, lo abona

el que todas las madres son muy buenas...

—De mí, ¿qué piensas?

—Que esa faz altiva,  
ese noble ademán, esa apostura  
no admiten del amor la negativa.

—¿Me quieres, pues?

—Te quiero con locura.

Mas, ¿quién eres, señora, que en mi pecho  
formas para el amor caliente nido?

¿Quién eres, ¡oh! señora, la que has hecho  
que se despierte el corazón dormido...?

—Yo... yo fui reina del inmenso mundo,  
potente soberana por doquiera,

y el fulgurante sol, siempre errabundo  
ha alumbrado perenne mi bandera.

Yo soy aquélla que a la Europa toda  
dictó su voluntad, marcó su sino.  
Yo... soy la madre de la raza goda  
que sujetó la rueda del destino.

Yo soy aquélla que ensanchó del mundo  
el límite ruín, con noble alarde.  
Yo soy la madre que en mi amor confundo  
a Cervantes, a Lope y a Velarde!

Yo soy aquélla que venció del hado  
con firmeza y valor la ruda saña.  
Soy la mujer sublime que ha marcado  
derroteros al mundo... ¡Soy España!

—Mil y mil veces escuché tu nombre;  
también brilla en mi frente tu aureola;  
y aunque soy la Argentina, no te asombre;  
tú eres España, y yo... soy española.

¡Española! En mis venas, como fuego,  
corre esa sangre del valor emblema.  
¡Española! Cual tú no me doblego.  
¿Quién, teniendo tu sangre, habrá que tema?

—Una hija tuve yo, que de mi lado  
quiso apartarse. Ya tu edad tendría.

¡Hoy estará tan bella! La he soñado.  
Soberana del orbe... ¡Es hija mía!

—Se separó, ¿por qué? —Ya lo he sabido.  
Por Dios sólo, a una madre se abandona.

—¿Lo hizo así? ¿Fué por Dios? —Siempre lo ha sino  
la noble libertad y eso la abona!

—A esa historia parécese mi historia.  
Amo a mi madre y tuve que dejarla.

¡Quien a su madre deja por la gloria,  
si más la aflige, es para más honrarla.

—¿Lo hiciste? El año diez. —Cuando afanosa  
busqué la libertad, ¿tú la buscabas?

Cuando, muriendo, triste y dolorosa,  
la hallé, Argentina, ¿tú también la hallabas?

Mi hija predilecta, en aquel año  
logró, también, su libertad querida.  
Si no temiera un nuevo desengaño,  
prometiera a tu amor tu hija perdida.

Reclinada en las márgenes de un río,  
sobre el césped menudo de la orilla,  
la que nació de este seno mío,  
como una diosa resplandece y brilla.

—Junto a un río de plata, murmurante,

también habito yo. Mi reino llega  
desde la pampa inmensa hasta el Atlante,  
desde el Andes al mar, que ruge o ruega.

En la espesura de los bosques mios  
todo es hermoso, pájaros y flores;  
cual bruñido cristal lucen mis ríos;  
mi cielo es fuente perennal de amores.

--La hija mía que adoro y es ingrata,  
supo vencer a usurpador artero.

--Junto a la margen del tranquilo Plata,  
vencido mordió el polvo el extranjero.

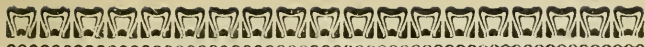
—¡Oh, conozco tu orgullo! Estrecho lazo  
a las dos unirá desde este día!

¡Tu madre soy! ¡Abraza cual te abrazo,  
hija del alma! —¡Amada madre mía...!

Y la matrona y la gentil doncella,  
en mutuo y dulce amor el alma fija,  
santas las dos, las dos a cuál más bella,  
preséntanse ante el mundo Madre e Hija.







## QUEVEDO (José M.)

---

### QUIMERA

Me enamoras y apenas te concibo;  
me subyugas y sólo eres un sueño,  
una silueta nívea,  
una vaga espiral de humo de incienso.

Siento tus besos tibios en la frente;  
te quisiera abrazar... y no te veo.  
Porque subes, y subes,  
y te expandes, quizá, como el incienso.

Eres un imposible y te persigo.  
¿Qué me importa que vuelas hacia el cielo?  
Si supo diseñarte,  
¿no te podrá alcanzar mi pensamiento?

### ANTE LA MUERTE

¡Oh, la muerte! ¡La que besa  
tan helada y largamente,  
que deja, en la carne joven,  
blancura y frío de nieve!

¡Cómo nubla las pupilas  
con su tiniebla perenne!  
¡Cómo alarga las pestañas  
bajo los párpados breves!

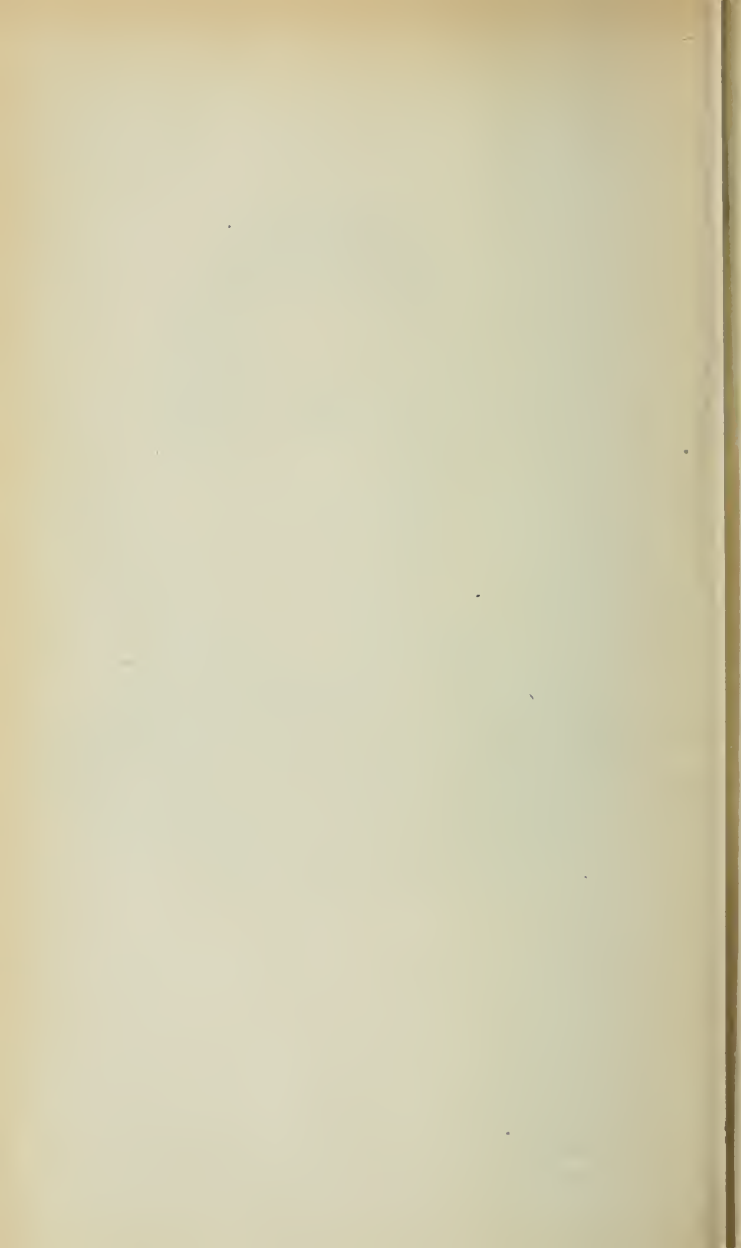
¡Cómo marchita los labios  
y empalidece las sienes!  
¡Cómo inmoviliza el seno  
y endurece los relieves!

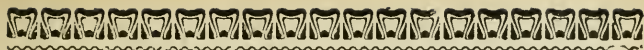
¡Oh, la muerte! ¡Oh, la doncella  
inviolable, invicta y fuerte,  
que ama en blancos mausoleos  
bajo negruzcos cipreses!

¡Oh, la maga de las sombras  
eternales..., la perenne  
guardiana de los espacios  
y los tiempos! ¡Oh, la muerte...!



ENRIQUE RIVAROLA





## RIVAROLA (Enrique)

---

### PRIMAVERA LÚGUBRE

Primavera gentil, al mundo tornas;  
vida, luz, esplendor sobre él derramas;  
de hojas, flores y pájaros adornas  
las antes secas y desnudas ramas.

Las leves alas fúlgidas abiertas,  
tocas los llanos y las altas cimas;  
te acercas a la flor y la despiertas,  
te avvicinas al sol y lo reanimas.

Pasas sobre los campos y levantás  
el débil tallo, las menudas hierbas;  
en el murmullo de las aguas cantas,  
y la bravura de la ola enervas.

Nido la golondrina hace en tu manto,  
y, del hogar bajo el tranquilo techo,  
resuena el canto, el armonioso canto  
que alegra el alma y que conforta el pecho.

Doquiera vas el júbilo te espera,  
perfume al aire das, música al viento,  
y parece que el mundo recibiera  
en tus cálidos besos el sustento.

Yo, solo en mis tristezas, Primavera,  
ciego para tu luz, sordo a tu arrullo,  
ni hallo en tu cielo el sol que el alma espera,  
ni músicas encuentro en tu murmullo.

Ya no me atrae el campo silencioso,  
ni a su plácida sombra la arboleda,  
ni el turbio arroyo, manso y perezoso,  
que en hondas grietas por el llano rueda.

Ni tus puestas de sol, ni tus auroras,  
dicen nada a mi espíritu sin bríos;  
ni es mi delicia ya pasar las horas  
jugando en la corriente de los ríos.

¿Por qué? Porque estoy solo, sin alientos;  
y lejos de volar, que antes solía,  
entrega a los caprichos de los vientos  
sus alas rotas la esperanza mía.

Porque la enamorada compañera  
que encanto fué de mis mejores días,  
ya no pude como antes, Primavera,  
conmigo compartir tus alegrías.

Y aunque el retoño vigoroso rompa,  
por asomar al día, la corteza,  
y vista el mundo deslumbrante pompa,  
y prodiguen los cielos su belleza;

en la honda pena en que sin fuerzas yace  
envuelto en noche triste, en noche negra,  
sólo mi corazón ya no renace,  
sólo mi corazón ya no se alegra.

## AL TRAVÉS DEL VELO

*A mis amigos María Fernández Cutiello y Florencio Viliar  
en sus bodas*

### I

Flota el velo nupcial. ¡Bella existencia  
la que el alma columbra  
a través de su blanca transparencia...!

La vida no es la vida: es un paisaje  
al que, amorosa, con su disco alumbra  
la luna, al despuntar tras el follaje.

## II

Aquí, la tierra virgen nunca hollada;  
la tierra en que, indeciso,  
se posa el pie; la senda deseada,  
que, sin tropiezo y por la recta vía,  
conduce al venturoso paraíso  
do sonó el primer beso el primer día.

## III

Los árboles, mecidos suavemente,  
murmuran, cuchichean,  
de arrullos pueblan el sereno ambiente:  
y en el seno amoroso de los nidos,  
soñando con los cielos, aletean  
las parejas de pájaros dormidos.

## IV

Abre el lirio su estuche perfumado,  
como la mariposa  
que, fatigada, asiéntase en el prado;  
y, cual bella cabeza enamorada  
de un bien perdido, inclínase la rosa,  
lánguida, soñadora, abandonada.

## V

Arriba, un cielo azul; inmensa esfera  
do la celeste llama  
de innumerables astros reverbera;  
do, radiante de púdica hermosura,  
Venus, la estrella del amor, derrama  
más viva claridad, lumbre más pura.

## VI

Es la noche de bodas... ¡Cuánto anhelo  
toca, al pasar, la frente,  
como el ala de un pájaro del cielo!  
¡Cuánta imagen de dicha sin ocaso!

¡Cuánta flor sin espinas, dulcemente  
esparce el mundo de la novia al paso!

## VII

Tras el velo nupcial, la vida al punto  
se trueca en un poema  
de gran ternura y de sencillo asunto:  
dos corazones, de pasión henchidos,  
que el mismo fuego devorante quema  
y déjalos en uno convertidos.

## VIII

¡Oh!, siempre vaporoso en vuestro cielo  
de estrellas salpicado,  
flote radiante de la novia el velo,  
y, al través de su blanca transparencia,  
más feliz, más tranquilo, más rosado,  
extienda su paisaje la existencia!





## RODRIGUEZ (Horacio F.)

---

A MARÍA ESTER ARAGÓN

### IDEAL

¿La conocéis? Al sonreír parece  
la inspiración de luz de mis cantares;  
es una diosa y tiene en sus altares  
el culto que mi espíritu le ofrece.

Vaga en mi sueño y en lo azul se mece  
como visión que calma mis pesares;  
su perfume le dan los azahares  
y de dulces nostalgias languidece.

Las rosas que envidiaron su hermosura,  
al contemplar las que en su faz se encienden,  
ya sin aroma están ni galanura;

y por besarla, el inefable vuelo  
desde la gloria hasta la tierra emprenden  
sus hermanos, los ángeles del cielo.

### BELDAD

No hay voz que cual su voz arrulle tanto,  
ni luz cual la que vierte su mirada,  
ni del sol más espléndido es el manto,  
que su áurea cabellera destrenzada.

Si solloza, sus lágrimas de llanto  
brillan sobre su faz inmaculada,  
cual gotas de rocío en el encanto  
de un jazmín entreabierto en la alborada.

A veces, con su mimo que enamora,  
fingiendo enojos mi caricia esquiva,  
y entonces más mi corazón la adora;

y en mi existencia, de su amor cautiva,  
difundiendo su gracia soñadora,  
parece una doliente sensitiva.

#### ÚNICA GLORIA

Es su acento dulcísima cadencia  
que me trae la brisa a la mañana,  
cuando en los ecos de su voz galana  
llega a mí su amorosa confidencia.

Su mirada, celeste refulgencia  
que, como estrella mística y lejana,  
envía su hermosura soberana  
al infecundo erial de mi existencia.

Ya en su voz sus ternuras infundiendo,  
ya en su mirar el alma concentrando,  
la gloria sólo así sueño y comprendo;

que, al éxtasis mi espíritu llevando,  
cuando me habla de amor al cielo asciendo,  
y creo en Dios cuando la estoy mirando.

#### OYE, AMOR

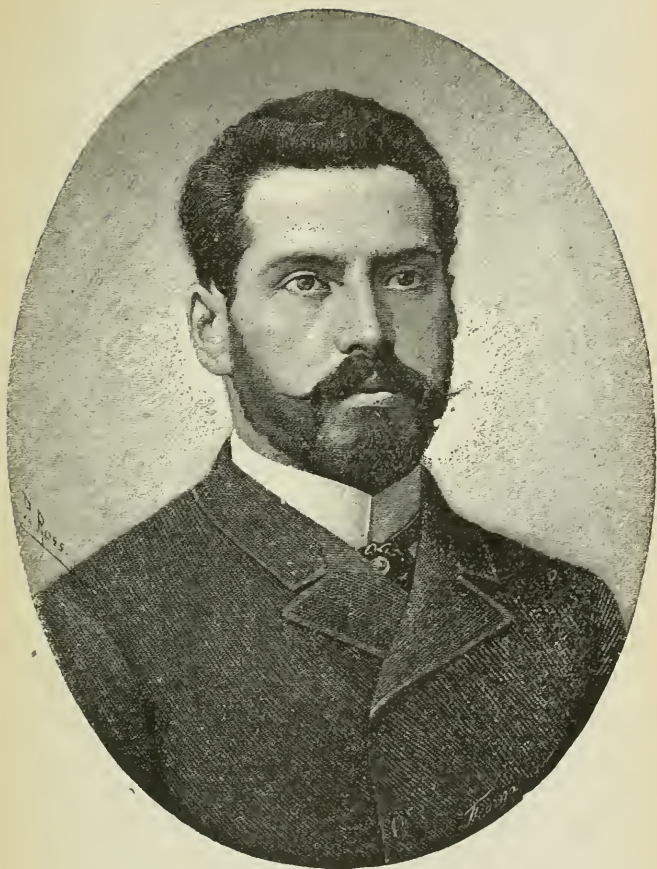
Sé tú la inspiración: que el alma mía,  
ave de otra región y de otro cielo,  
tienda dichosa y redimida el vuelo  
a tus playas de luz y de armonía.

Deja que en ti mi ardiente fantasía  
forje otro amor y busque otro consuelo,  
que los que ofrece el miserable suelo  
a nuestra eterna sed de poesía.

Si a ti también los párpados te moja  
el tristísimo llanto del proscrito  
en este valle a que el dolor te arroja,

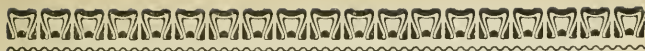
ven, y mi frente, cariñoso dueño,  
reclinaré en tu corazón bendito  
para que inspires mi sublime ensueño.





FRANCISCO SOTO Y CALVO





## SOTO Y CALVO (Francisco)

---

### COLORES

Bajo un ardiente sol de mediodía,  
cano de espumas cabrillea el mar;  
y el inmenso vapor busca su asiento  
como celáceo que a dormirse va...

Las amarillas puntas de las rocas  
a cuyos pies la población se ve,  
dominan de la escuálida comarca  
la bochornosa y áspera aridez.

Como silba el vapor, diez barquichuelos  
la playa en un instante desprendió;  
y, por do el mar se estrella más violento,  
salen volando en ímpetu veloz.

Ora son leños que a la espuma pálida  
en dos mitades tratan de partir...  
Ora se acercan... y creciendo... rompen  
en gama inquieta de colores mil...

Los rotos trajes que arrojó el viajero  
y el mar viscoso revistió en betún,  
ora negros, verdosos, azulados,  
muestran las carnes a la ardiente luz.

Bajo sus tintas los bronceados pechos  
de los barqueros, que retuesta el sol,  
jadear se ven, al provocar con fuerzas  
del largo remo la vivaz tracción.

Y, como insectos que la carne asaltan,  
los esquifes—hirviendo colmenar—  
casi se estrellan contra el barco impávido  
que guarda su soberbia majestad.

Turban del agua los reflejos rojos  
del casco y su ancha faja de carmín,  
volviéndolos sangrientas cuchilladas  
sobre la piel movable de zafir.

Y con mil gritos guturales piden  
una moneda... Sobre el agua azul  
la pieza choca... Se desvisten todos...,  
y brilla el cuadro a la chispeante luz!

Uno, tres, diez, al mar se precipitan,  
que turban con inquieto revolver...  
Luego aparecen... La cabeza enjugan...,  
y sus barcos recobran a la vez.

Mas cuando ya, tornados casi todos,  
el lomo aquieta el rebruñado mar,  
de allá de lo hondo, junto al casco inmenso,  
carnosa mancha apareciendo va...

Surge, de pronto, floreciendo el agua,  
el bronceado cuerpo del carbón:  
luciendo el oro en la retinta mano,  
los blancos dientes espiendiendo al sol!

Fijos los ojos en la borda altísima  
ríe y se agita en contorsiones mil,  
el suelto cuerpo revolviendo en la onda  
con los flexibles dengues de un delfín.

Y es bello entonces el salvaje anfibio  
encuadrado en la escena de aridez,  
bajo esa luz, que con el agua, pule,  
del lico cuerpo la tostada piel!



# CONSUELO

Allá muy distante, detrás de los mares,  
me guarda un tesoro la tierra argentina:  
por eso a las veces, ligera neblina  
mis ojos enturbia mostrando pesares.

¡Tres cabezas amadas, quién me pusiera  
apretadas al pecho la vida entera:  
esta cabeza tuya que tanto adoro  
y las dos de mis padres, que ausentes lloro!

¿Qué tengo?, me dices. ¿Por qué lo preguntas,  
si saben sus penas mi alma y tu alma:  
casal de palomas que anidan en calma  
en medio la selva rendidas y juntas?

Bien quisiera decírselo, como es debido,  
mi corazón al tuyo con el latido:  
mas tus ojos que ahondan en mis dolores  
fueron ya de los míos los confesores...

¿Recuerdas? Distante, detrás de los mares,  
me guarda un tesoro la tierra argentina:  
dos almas que el goce, si gozo, ilumina;  
dos almas que penan si sufro pesares.

Pero en vez de palabras, siempre incoloras,  
que repitan tristezas que tú no ignoras,  
la vida con sus hondas melancolías  
te bordará en contorno sus poesías.

Ayer era fecha feliz de correo...  
Cantando, las horas a mi alma llegaron;  
y todas las horas por ella pasaron,  
mas ¡ay! no saciaron mi ardiente deseo.

Sé que Dios cuida mucho la gente buena,  
y que la vida ante ella tiende y serena;  
y para que, aunque lejos, estén tranquilos,  
une los corazones con leves hilos...

No creas, entonces, que me halle muy triste.  
Es dulce la pena que alienta a vivir...

De pardos celajes el día se viste,  
y acaso mis ojos se anublan así.

Quisiera ser, ahora, como esos niños  
que llorando y riendo piden cariños;  
y porque eres tan noble que me consuelas,  
me verás tan còtento como lo anhelas.

Mas ¡ay! no sé qué tengo... que, ahogando mi alegría,  
a impulsos, me acometen amargos pensamientos...  
Quisiera, como un pájaro, lanzar el alma mía,  
y transponer con ella los mares y los vientos.

¡Tres cabecitas dulces, quién me pusiera  
apretadas al pecho la vida entera!  
Con tu amante cabeza que tanto adoro,  
las de mis viejos padres, que ausentes lloro.

Los buenos viejecitos, muy tristes, están lejos:  
junto al platense estuario de orillas perfumadas...  
¡Quisiera con mi frente tocar sus labios viejos,  
con mis ardientes labios sus frentes adoradas!

¿Dices que hierve el prado de frescas flores,  
los árboles de pájaros enredadores;  
y que ríen, ansiosos de mis ternuras,  
esos tus ojos, fuente de mis venturas?

Ya sé que el campo brilla cubierto de esmeraldas,  
y que el ambiente puro respiras a mi lado:  
ya sé que la alegría, por cumbres y por faldas,  
desborda con los pájaros como un torrente alado...

Pero esas tres cabezas, a más, quisiera  
aquí, juntas al pecho, la vida entera:  
en posesión entonces de mi tesoro,  
me entregara a los sueños que tanto adoro.

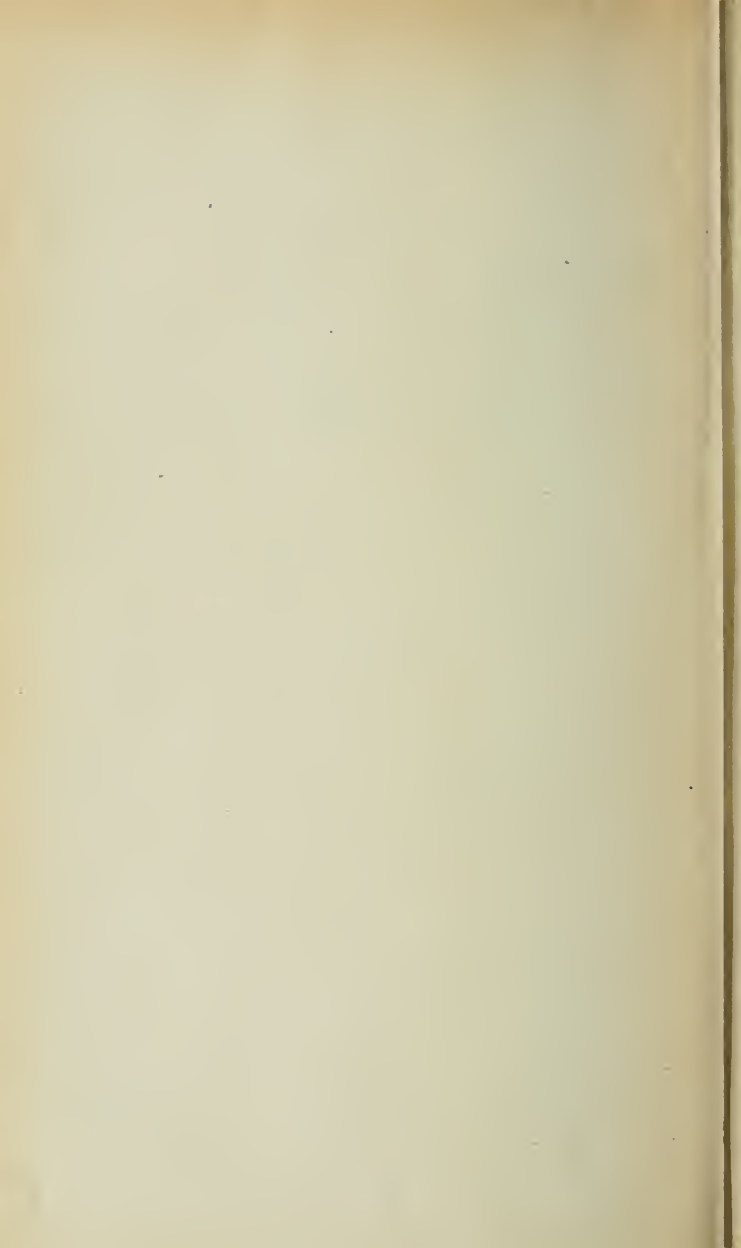
La tarde expira triste, con hondo parpadeo;  
estíranse las sombras que vemos avanzar...  
Entre las altas ramas nuestra casita veo  
que, cual caliente nido, llamándonos está.

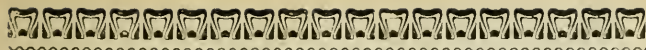
En el atrio descubro gente que espera;  
la criada excelente viene hasta afuera;  
le arrebató la carta que anhelo tanto,  
y, besando su sobre, contengo el llanto...

Es que detrás del largo desierto de los mares  
llegóme con la tarde callada la ventura:  
la vida tiene siempre consuelo a sus pesares,  
el día viene siempre tras de la noche obscura.

Y aunque reinan las sombras, lucen las flores  
y prorrumpen en salva los ruiseñores;  
y tu risa y mis risas, prenda querida,  
saludan al Consuelo, sol de la vida!

Es que las tres cabezas se han encontrado  
como en amante cita bajo mi techo:  
dos, en la dulce carta que me ha embriagado,  
y la tercera es ésta, que has apretado,  
¡oh, mi adorada prenda!, contra mi pecho...





## **TIBERIO (Oscar)**

---

### **BOHEMIA**

Es verdad... Metafísico y artista,  
cabalgando en mis sueños juveniles,  
vagué un tiempo a través de los pensiles,  
donde el mundo real no está a la vista.

Amé entonces —platónico optimista—,  
la mujer-perfección, de alma y perfiles,  
y esculpí sobre diáfanos marfiles  
la visión de mi espíritu idealista.

Pero al ir a concluir, vi con tristeza  
que era huérfana de alma, y que en sus dones  
un negro fondo había de impureza.

¡Y por eso, entre mil desolaciones,  
hoy me siento a llorar sobre la huesa  
donde el mundo enterró mis ilusiones!





## VARELA (Florencio)

---

### LA LIBERTAD DE GRECIA

Se abrió a mi vista la remota historia,  
y en sus ricos anales  
la ruina, los trastornos o la gloria  
de mil naciones admiré. Asombrado  
vi brillar en sus páginas de fuego  
el nombre y las hazañas inmortales  
con que ilustró su edad el noble griego.  
Allí a Leonidas contener miraba  
el torrente impetuoso  
con que el altivo persa se avanzaba  
a buscar en Termópilas su ruina.  
Allí vi de Temístocles alzado  
el brazo poderoso,  
y en Platea abatir y en Salamina  
el terrible coloso  
con que Jerjes al mundo amenazaba.  
¡Cómo mi mente en entusiasmo ardía  
al ver tantas hazañas! Pero, abierta  
otra página aún más luminosa,  
de Licurgo y Solón veneré el nombre,  
de Homero y de Demóstene.s, dictando  
leyes que hicieran venturoso al hombre,

o en caudaloso metro celebrando  
las glorias de la Grecia, o los derechos  
del ciudadano, en el senado augusto,  
con elocuencia varonil mostrando.

Allí en Atenas y en Esparta el templo  
miré, do florecían

las ciencias y las artes, que de ejemplo  
alguna vez al mundo servirían,  
y de grandes modelos. ¡Gloria a Grecia!,  
clamó mi labio, de entusiasmo lleno;  
¡gloria sin fin al ilustrado Heleno!

Mas Grecia, ¿dónde está? También la historia  
los progresos fatales  
de la ignorancia vil y el fanatismo  
registra con dolor en sus anales,  
y consagra llorando en la memoria  
la esclavitud de un pueblo generoso,  
doblado bajo yugo ignominioso.

Mirad ¡ay! a la Grecia. De repente,  
desde el inculto fondo del desierto,  
lánzase a Europa el árabe insolente,  
y en una mano el Alcorán abierto,  
el hierro asolador con la otra esgrime;  
y en torrentes de sangre anuncia al hombre  
la ley de Meça y de Mahoma el nombre.

Europa toda amedrentada gime  
bajo aquel yugo estúpido y sangriento;  
la peste se propaga, y en el Asia  
el Novator feroz fija su asiento;  
el turco vagabundo en él insiste,  
ciego se postra ante el audaz profeta,  
y con ruda piedad intolerante,  
la nueva ley que idólatra respeta.  
con el hierro iracundo  
también anuncia al azorado mundo.

La Grecia luego se ofreció a su vista,  
y a la Grecia voló; con torpe insulto  
las leyes de conquista  
feroz le impuso y profanó su culto  
¿Qué valió resistir? Como las olas  
del Océano sañoso,  
cuyo ímpetu la roca no quebranta,  
así lanzóse el musulmán furioso  
sobre el misero griego;  
segó la cimitarra su garganta,  
y su rica campaña asoló el fuego.



¡Y la Grecia es esclava! ¡Ay! ¿Qué se hicieron sus antiguas hazañas? ¿Cómo pudo apagarse la antorcha luminosa que aun hoy la senda del saber nos muestra; la antorcha que en otra época dichosa, hizo a la Grecia universal maestra? Todo, todo pasó. Mas, ¿por ventura, la sangre que heredaron los hijos de Milciades y Leonidas, sin sublevarse de ira entre las venas consentirá la servidumbre dura?

¿Arrastrará por siempre las cadenas una nación que en perdurable gloria, recuerda en cada sitio una victoria, y en cada tumba un héroe? No. Bramando de indignación, Botzaris se levanta; «¡Fuera tiranos!», grita; y a su acento, renace el valor griego en el momento, y la infame cadena se quebranta.

Y arde en furor el musulmán entonces, la Grecia inundan sus terribles haces, las campañas feraces retiemblan al estruendo de los bronce, y desastrosa guerra truena en los mares, cual tronó en la tierra.

¡Ay de la humanidad! La temblorosa ancianidad, el ternezuelo infante, la inmaculada virgen y la esposa, juntos caen al golpe fulminante de la cuchilla idólatra: atronando, pérfida mina estalla; y en escombros volando la mísera ciudad, el turco mira allanarse del muro la ancha valla, y del estrago con placer se admira.

¡Bárbara atrocidad! Pero si el hado puede de un pueblo decretar la ruina, la humillación jamás; y el que con gloria entre escombros parece sepultado, para nunca morir vive en la historia, y deja al mundo de su fama lleno. Así clamaba el desgraciado Heleno, y ardiendo se lanzaba tras el pendón de libertad glorioso, que en sus manos Botzaris tremolaba. Aquí se estrella en la feroz falange, y, si muere matando,

cae feliz, bajo el filoso alfanje.  
Allí entre las murallas estrechado  
por el brutal bajá, solo en la tierra,  
lucha contra las plagas de la guerra.  
Gran tiempo el muro a su defensa sirve;  
pero al golpe feroz y redoblado  
sucumbe Missolonghi contrastado.  
¿Qué importa? Se estrellaron, se rompieron  
bramando las legiones otomanas;  
y si después la fuerza y la fortuna  
el laurel, no la gloria, les cedieron,  
sobre ruinas no más, a sangre y fuego,  
logró Ibraím plantar la media-luna,  
pero no al yugo sujetar un griego.

¡Llor a Missolonghi! Los valientes  
que en sus gloriosas ruinas perecieron  
piden venganza aún. Pero no en vano  
la griega sangre se vertió a torrentes  
en tan tremenda lid; también mezclada  
a raudales hirvientes  
corrió sangre etomana en cien batallas;  
y también desolada  
la orgullosa y feroz Constantinopla  
clamor de muerte en torno a sus murallas  
oyó vagar mil veces, y los lutos  
que entonces sus murallas revistieron  
digno holocausto para Grecia fueron.

Y mientras horrendo Marte  
sembraba en todo el funeral estrago,  
y, al flamear de mortífero estandarte,  
la ruina truenando se oyó el amago;  
mientras la humanidad despedazada  
alza el clamor a la celeste esfera,  
del Eterno implorando la clemencia;  
¿será que Europa entera  
tolerará con fría indiferencia  
la desastrosa ruina  
de los hijos de Esparta y Salamina?  
¿No es que el caudal honroso  
de luces, con que brilla el europeo,  
con empeño afanoso  
lo bebiera en las fuentes del Liceo?  
¿No es de Grecia su gloria? ¿En sus escritos  
los sabios no pagaron  
de alabanza el tributo respetuoso  
a la nación ilustre que imitaron?  
Todo, todo es verdad: ¿y cómo ahora

a la faz de la Europa, en voz doliente,  
favor la Grecia escarnecida implora  
y el escarnio de Grecia ella consiente?

¿Y siempre será así? No; que aun vivía,  
para honor de Inglaterra,  
el hombre grande a quien el siglo llora,  
y llorarán los libres de la tierra;  
el ministro ilustrado, en cuya mano  
el poder fué consuelo al oprimido  
y freno al opresor. ¡Eterna gloria,  
llanto sin fin, a «Canning»! Era digna,  
digna era de su nombre esclarecido  
la generosa empresa  
de proteger al griego desvalido.  
El en su mente la abrigó primero,  
y si al bajar a la callada huesa  
no la vió realizada,

y no dejó la humanidad vengada,  
tal vez a su llamado se formaba  
entonces ya la liga que aquel día  
el cielo en su justicia destinaba  
a humillar de los turcos la osadía.  
Y este día lució: que al fin sintieron  
los monarcas de Europa en sus oídos  
del oprimido griego los gemidos,  
y un freno al opresor poner quisieron.  
Su voz, alzada entonces, preparaba  
una tregua al furor: el crudo acero,  
tras tantos años de combate fiero,  
la primer vez entonces se envainaba;  
y, en la fe de la tregua reposando,  
crédulo el griego a descansar se daba.

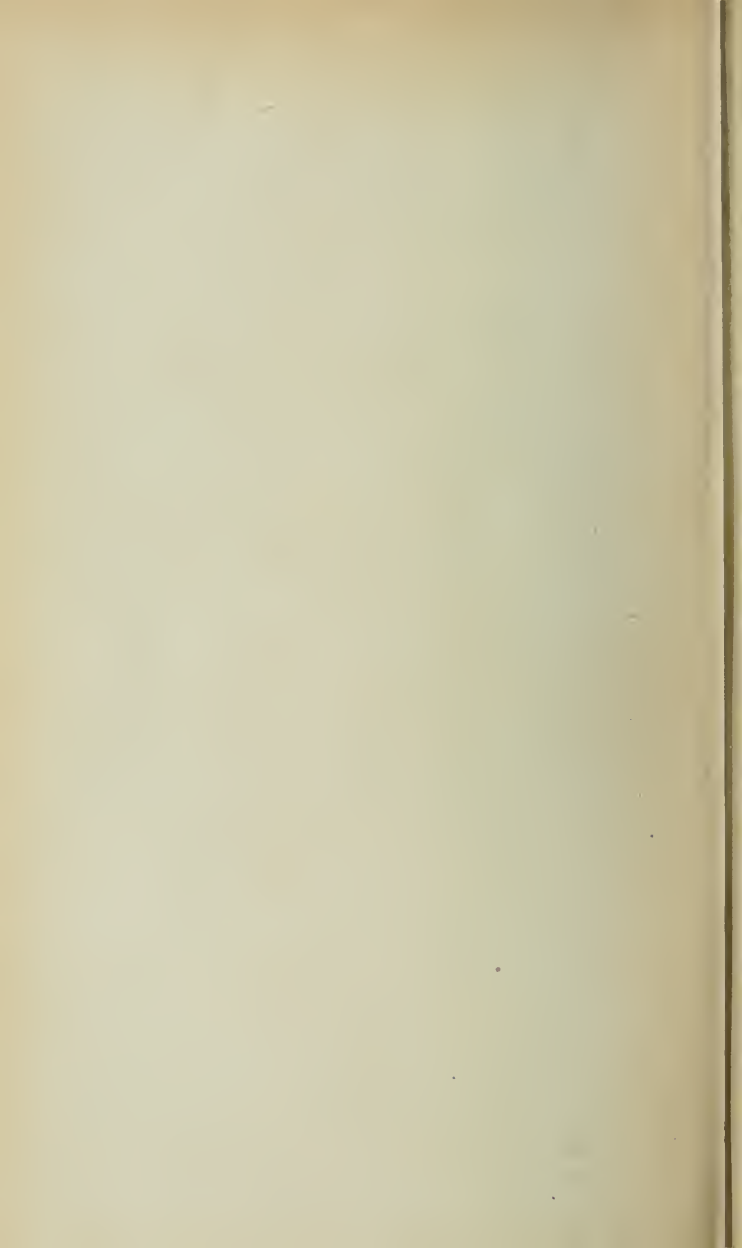
¡Y era muerte el descanso! ¿Cuándo, cuándo  
la fe se alberga en los feroces pechos?  
¿Cuándo de las naciones los derechos  
respetaron los bárbaros? Bramando  
de furor, y sediento de matanza,  
el idólatra aleve se abalanza  
sobre el tranquilo e indefenso griego;  
el acero y el fuego

propagan la crüel carnicería,  
y los monstruos, con júbilo batiendo  
las manos todavía ensangrentadas,  
se aplauden de su infame alevosía.

Al escándalo horrible conmovida,  
estremeciöse Europa, y al instante  
alzöse a la venganza apercebida.

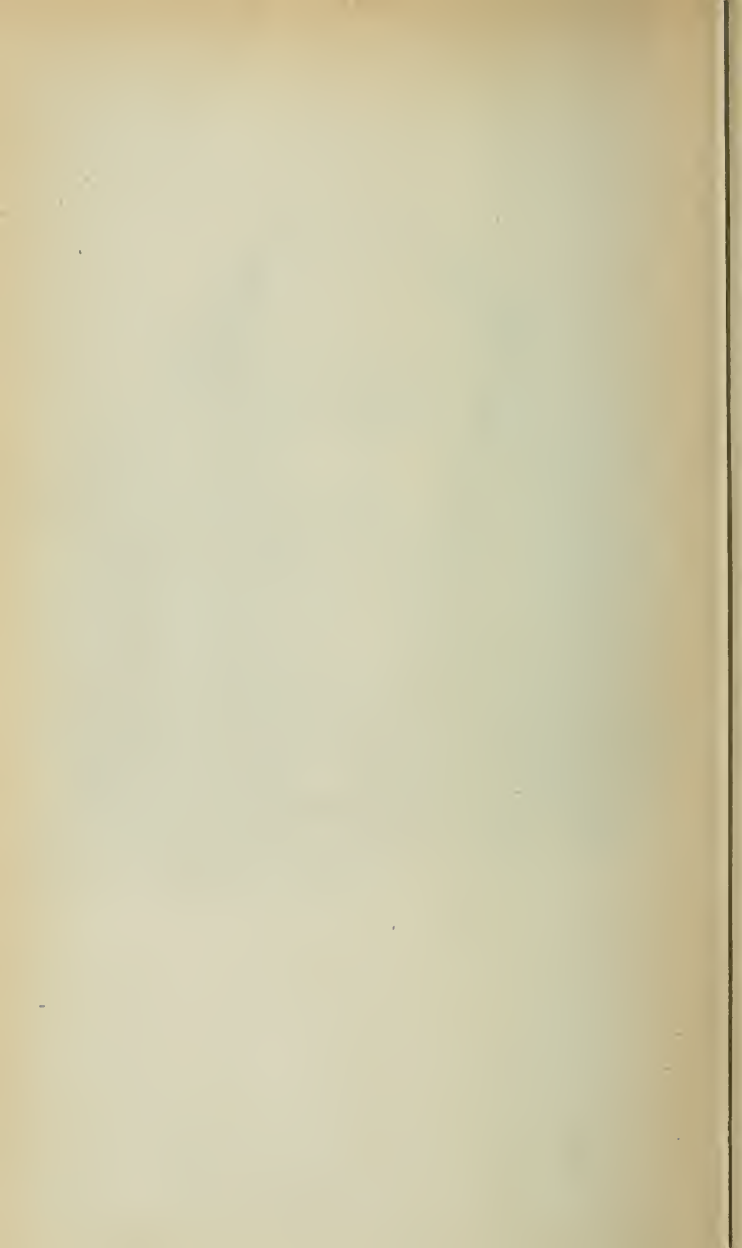
Entonces vióse numerosa flota  
surcar el ancho mar, que, furibundo,  
de las tres partes del antiguo mundo  
las altas costas bramador azota;  
y, sostenido el Dios por sus Tritones,  
alzó la frente desde la honda arena,  
por ver flamear al viento los pendones  
del ruso habitador del yermo helado,  
del hijo audaz del Sena,  
y el bretón en los mares afamado.  
¡Llelo al turco a su vez. ¡Sombra terrible  
del marino de Albión! No se ha perdido  
de tus heroicos hechos la memoria;  
no se perdió el ejemplo de osadía  
que al mundo diste un día,  
al sucumbir en Trafalgar con gloria.  
Aun tienes sucesores, y el destino  
la suerte de la Grecia hoy ha confiado  
al jefe formidable  
que hará eterna su fama en Navarino.  
¡Día de destrucción! Rabia implacable  
las escuadras dirige: en un momento  
entre el humo y el fuego  
se envuelve todo en torbellino ciego:  
la muerte por mil bocas arrojada  
a ninguno respeta;  
ábrese el mar al espantoso trueno,  
y sepulta las naves en su seno.  
«—¡Allah!», clamaba el hijo del profeta.  
«¡Por tus fieles, Allah!» Pero era en vano;  
que el cielo no responde a sus blasfemias,  
y da victoria al pabellón cristiano.  
¡Salud, nobles Helenos! Esa liga  
que en medio de la Europa se levanta,  
será el apoyo de la causa santa  
que sostuviste con tenaz fatiga.  
¿Ni cómo abandonaros? ¿O en su boca  
suena de Dios el sacrosanto nombre  
sólo para con él destruir al hombre,  
sin que brillen las armas en sus manos  
para librar del yugo de Mahoma  
una nación de mártires cristianos?  
¡Ah!, tal no puede ser: acaso en breve  
lucir veremos la feliz aurora  
de nuestra libertad; y los desastres  
que la afligida humanidad hoy llora

cesarán para siempre. Pero en tanto  
sabed que hay, de este lado de los mares,  
una nación que os apellida hermanos,  
donde la libertad tiene su templo,  
y que sabrá, siguiendo vuestro ejemplo,  
sucumbir sin rendirse a los tiranos.

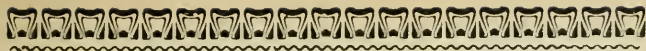




VENTURA DE LA VEGA







## VENTURA DE LA VEGA

---

### IMITACIÓN DE LOS SALMOS

¡Ay! ¡No vuelvas Señor, tu rostro airado  
a un pecador contrito!

Ya abandoné, de lágrimas bañado,  
la senda del delito,

y en ti humilde ¡oh, mi Dios!, la vista clavo  
y me aterra tu ceño,  
como fija sus ojos el esclavo  
en la diestra del dueño.

Que, en dudas engolfado, hasta tu esfera  
se alzó mi orgullo ciego,  
y cayó aniquilado cual la cera  
junto al ardiente fuego.

Si en profano laúd lanzó mi boca  
torpes himnos al viento,  
yo estrellaré, Señor, contra una roca  
el impuro instrumento.

¡Levántate del polvo, arpa sagrada,  
henchida de armonía!  
¡Y tú, por el perdón purificada,  
levántate, alma mía!

Y yo también al despuntar la aurora,  
y por el ancho mundo,

cantaré de la diestra vengadora  
el poder sin segundo.

Te cantaré ¡oh mi Dios!, cuando te plugo  
bajo tu amparo y guía  
a Israel acoger, que bajo el yugo  
de Faraón gemía.

Del tirano en el pecho diamantino  
pusiste fiero espanto.  
Tembló: tu brazo conoció divino;  
soltó tu pueblo santo.

El mar lo vió y huyó: de enjuta arena  
ancha senda le ofrece;  
síguelo Faraón... ¡La mar serena  
lo traga, y desaparece!

Viólo el Jordán y huyó: monte y collado  
cual tierno corderillo  
saltaron de placer: el rico alzado  
cual suelto cabritillo.

¡Oh, mar! ¿Por qué tus aguas dividiste  
y a Faraón tragaste?  
¿Por qué, humilde Jordán, retrocediste?  
Monte, ¿por qué saltaste?

¡Ante el Dios de Jacob tembló la tierra;  
las trompetas sonaron;  
paróse el sol, y «Gabaón» se aterra,  
y los tuyos triunfaron!

Y brotaste, Señor, de piedra dura  
agua en mansa corriente,  
y aplacó de tu pueblo su dulzura  
allí la sed ardiente.

«Canta, Israel, al Justo, al Fuerte, al Santo,  
»al que enjugó tu lloro:  
»acompañe la cítara tu canto  
»y el tímpano sonoro.»

Lánzate al hondo mar, con mente ciega,  
osado el marinero,  
y pide al polo el que la mar le niega  
ya borrado sendero.

Huye a tu voz el céfiro süave;  
                                   y el hondo mar turbando  
 cruzan los vientos, y la triste nave  
                                   combaten rebramando.

Ya sube al firmamento, ya desciende  
                                   al abismo horroroso;  
 ruge el trueno; veloz el aire hiende  
                                   tu rayo fragoroso.

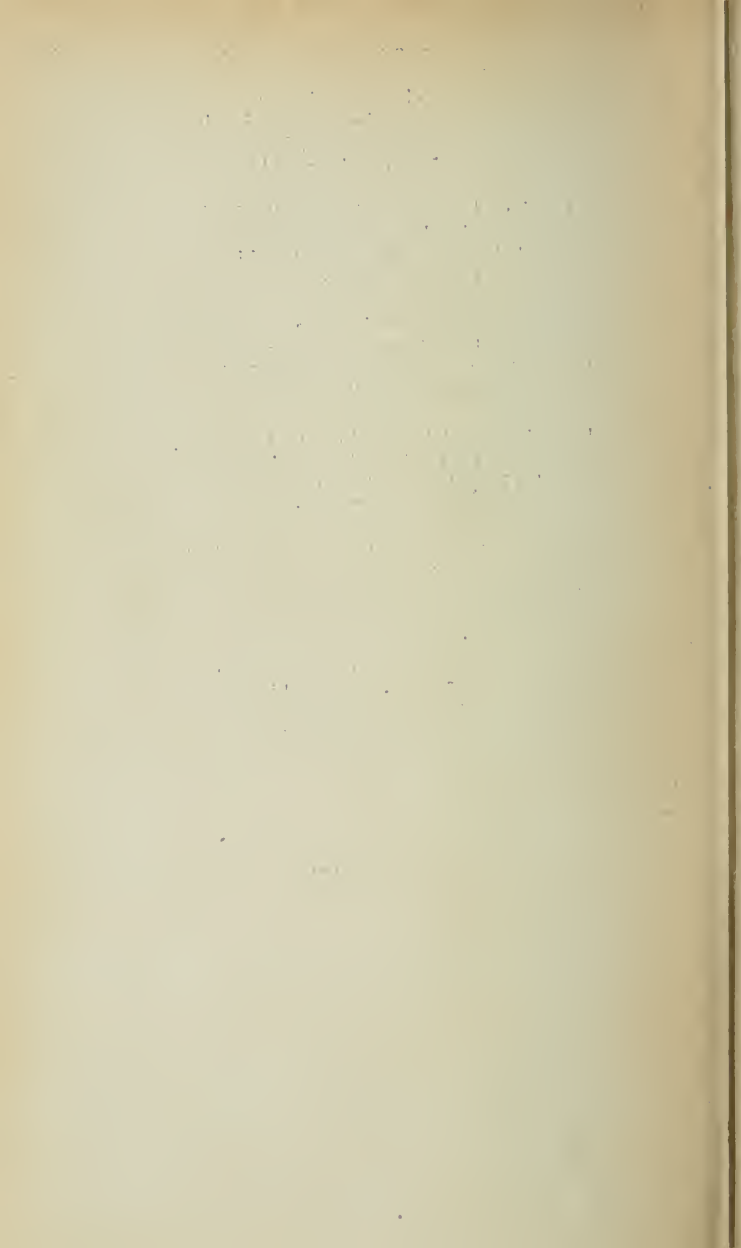
Gime el nauta y te implora, y aplacado  
                                   lo miras con ternura.  
 El vendaval es céfiro: el hinchado  
                                   mar tranquila llanura.

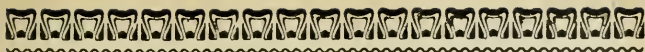
Los tiranos del mundo en liga impía  
                                   para el mal se adunaron,  
 y a la incauta Israel: «¡Dios nos envía!»,  
                                   desde el solio gritaron.

Y entre sí concertados: «¡Fiera lucha  
                                   »al justo renovemos:  
 »blasfememos, que Dios no nos escucha;  
                                   »Dios no ve: degollemos!»;

dijeron, y no son. Su raza impía  
                                   cual humo se deshizo.  
 ¿No oirá quien dió el oído? ¿No verá  
                                   el que los ojos hizo?

FIN





## INDICE

---

|                                                           | <i>Págs.</i> |
|-----------------------------------------------------------|--------------|
| DEDICATORIA. . . . .                                      | 5            |
| <i>La poesía americana.</i> —A manera de prólogo. . . . . | 7            |
| ANDRADE (Olegario V.)                                     |              |
| Atlántida. . . . .                                        | 13           |
| El nido de cóndores. . . . .                              | 26           |
| BALCARCE (Florencio)                                      |              |
| La partida. . . . .                                       | 33           |
| CAMPO (Estanislao del)                                    |              |
| Mi oración a todas horas. . . . .                         | 37           |
| La cita. . . . .                                          | 38           |
| Fausto. . . . .                                           | 38           |
| CASTELLANOS (Joaquín)                                     |              |
| El viaje eterno. . . . .                                  | 73           |
| El borracho. . . . .                                      | 95           |
| El nuevo Edén. . . . .                                    | 107          |

## CORONADO (Martín)

Págs.

|                       |     |
|-----------------------|-----|
| Renacimiento. . . . . | 119 |
| Siempreviva. . . . .  | 120 |

## CUENCA (Claudio M.)

|                |     |
|----------------|-----|
| Jamás. . . . . | 125 |
|----------------|-----|

## CHASSAING (Juan)

|                       |     |
|-----------------------|-----|
| A mi bandera. . . . . | 128 |
|-----------------------|-----|

## DIAZ ROMERO (Eugenio)

|                               |     |
|-------------------------------|-----|
| El Poeta y la Sombra. . . . . | 131 |
| Rayo de Otoño. . . . .        | 137 |
| Derecho. . . . .              | 137 |

## DIAZ (Leopoldo)

|                   |     |
|-------------------|-----|
| Byron. . . . .    | 141 |
| Símbolo. . . . .  | 146 |
| Eros. . . . .     | 146 |
| Afrodita. . . . . | 147 |

## DOMINGUEZ (Luis L.)

|                       |     |
|-----------------------|-----|
| El ombú. . . . .      | 149 |
| A Montevideo. . . . . | 152 |

## ECHEVARRIA (Esteban)

|                             |     |
|-----------------------------|-----|
| El desierto. . . . .        | 159 |
| ¡Salve, oh Plata! . . . . . | 163 |

## ENCINA (Carlos)

|                        |     |
|------------------------|-----|
| Canto al Arte. . . . . | 169 |
|------------------------|-----|

## ESTRADA (Angel, hijo)

|                      |     |
|----------------------|-----|
| Los espejos. . . . . | 175 |
|----------------------|-----|

FERNANDEZ ESPIRO (Diego)

*Págs.*

|                   |     |
|-------------------|-----|
| Luzbel. . . . .   | 183 |
| Cristo . . . . .  | 183 |
| Suicida. . . . .  | 184 |
| Resurgam. . . . . | 184 |

GARCIA MEROU (Martín)

|                              |     |
|------------------------------|-----|
| Entra a un convento. . . . . | 189 |
| A solas. . . . .             | 193 |
| El león. . . . .             | 193 |
| ¡Evoché...! . . . . .        | 194 |
| El gran libro. . . . .       | 195 |

GHIRALDO (Alberto)

|                             |     |
|-----------------------------|-----|
| Lo que dice la ola. . . . . | 197 |
| ¡Felices! . . . . .         | 198 |
| Para ti. . . . .            | 198 |

GONZALEZ (Joaquín V.)

|               |     |
|---------------|-----|
| Rima. . . . . | 199 |
|---------------|-----|

GUTIERREZ (Ricardo)

|                       |     |
|-----------------------|-----|
| El misionero. . . . . | 203 |
| Trova . . . . .       | 206 |
| Delicatonía. . . . .  | 208 |
| Lágrima. . . . .      | 210 |

GUTIERREZ (Juan María)

|                             |     |
|-----------------------------|-----|
| A mi caballo. . . . .       | 213 |
| La bandera de Mayo. . . . . | 215 |
| Hogaño et antaño. . . . .   | 215 |

GUIDO SPANO (Carlos)

|                      |     |
|----------------------|-----|
| ¡Adelante! . . . . . | 221 |
| A mi hija. . . . .   | 222 |

## LAFINUR (Juan C.)

*Págs.*

|                         |     |
|-------------------------|-----|
| Canto elegíaco. . . . . | 225 |
|-------------------------|-----|

## LAMARQUE (Adolfo)

|                                            |     |
|--------------------------------------------|-----|
| Canto de guerra de los querandíes. . . . . | 229 |
| A e'la. . . . .                            | 231 |

## LAMBERTI

|                                           |     |
|-------------------------------------------|-----|
| A Juanita del Castillo y Quesada. . . . . | 233 |
|-------------------------------------------|-----|

## LOPEZ PLANES (Vicente)

|                                  |     |
|----------------------------------|-----|
| En la victoria de Maipu. . . . . | 235 |
|----------------------------------|-----|

## LUCA (Esteban de)

|                                             |     |
|---------------------------------------------|-----|
| Canto lírico a la libertad de Lima. . . . . | 239 |
|---------------------------------------------|-----|

## LUGONES (Leopoldo)

|                                |     |
|--------------------------------|-----|
| La voz contra la roca. . . . . | 245 |
| Gesta magna. . . . .           | 251 |

## MARMOL (José)

|                        |     |
|------------------------|-----|
| A Rosas . . . . .      | 261 |
| Rosas . . . . .        | 266 |
| Los trópicos . . . . . | 270 |

## MARTINTO (Domingo D.)

|                   |     |
|-------------------|-----|
| Tristeza. . . . . | 275 |
|-------------------|-----|

## MENDEZ (Gervasio)

|                |     |
|----------------|-----|
| Lucha. . . . . | 281 |
| A... . . . .   | 282 |
| A... . . . .   | 283 |



MITRE (Bartolomé)

|                            | <i>Págs.</i> |
|----------------------------|--------------|
| Al 25 de Mayo. . . . .     | 287          |
| Lo que es amor. . . . .    | 300          |
| A Colón. . . . .           | 301          |
| Una flor del alma. . . . . | 301          |
| En un álbum. . . . .       | 302          |

MOLINA (José Agustín)

|                                       |     |
|---------------------------------------|-----|
| A la cordillera de los Andes. . . . . | 303 |
|---------------------------------------|-----|

NAON (Pedro J.)

|                   |     |
|-------------------|-----|
| Espumas . . . . . | 313 |
| Fugitiva. . . . . | 314 |

NAVARRO VIOLA (Alberto)

|                    |     |
|--------------------|-----|
| Nocturno . . . . . | 315 |
|--------------------|-----|

NOE (Eugenio C.)

|                       |     |
|-----------------------|-----|
| Psicológicas. . . . . | 317 |
| La Musa . . . . .     | 321 |

OBLIGADO (Rafael)

|                                   |     |
|-----------------------------------|-----|
| La flor del seibo. . . . .        | 325 |
| El seibo . . . . .                | 327 |
| Semejanzas. . . . .               | 329 |
| A una niña . . . . .              | 329 |
| Hojas . . . . .                   | 330 |
| Pensamiento . . . . .             | 330 |
| El alma del Payador. . . . .      | 331 |
| Las quintas de mi tiempo. . . . . | 333 |
| El himno del Payador. . . . .     | 336 |
| El camalote . . . . .             | 341 |

ORTIZ (Carlos)

|                                 |     |
|---------------------------------|-----|
| Canción de los retoños. . . . . | 343 |
| El poema de la mañana. . . . .  | 344 |
| Armonía de la tarde. . . . .    | 344 |

## OYUELA (Calixto)

|                        | <i>Pags.</i> |
|------------------------|--------------|
| Iris. . . . .          | 349          |
| Ensueño. . . . .       | 352          |
| En viaje . . . . .     | 353          |
| Canto al Arte. . . . . | 353          |
| A... . . . .           | 356          |

## PALACIOS (Felro B. «Almafuerte»)

|                             |     |
|-----------------------------|-----|
| Jesús . . . . .             | 361 |
| Cantar de cantares. . . . . | 367 |
| Cristianas. . . . .         | 372 |
| Oímpicos. . . . .           | 376 |

## PAYRO (Roberto J.)

|                       |     |
|-----------------------|-----|
| Madre e hija. . . . . | 381 |
|-----------------------|-----|

QUEVEDO (José M.<sup>a</sup>)

|                          |     |
|--------------------------|-----|
| Quimera. . . . .         | 385 |
| Ante la muerte . . . . . | 385 |

## RIVAROLA (Enrique)

|                             |     |
|-----------------------------|-----|
| Primavera lúgubre . . . . . | 389 |
| A través del velo. . . . .  | 390 |

## RODRIGUEZ (Horacio F.)

|                               |     |
|-------------------------------|-----|
| A María Ester Aragón. . . . . | 393 |
|-------------------------------|-----|

## SOTO Y CALVO (Francisco)

|                    |     |
|--------------------|-----|
| Colores. . . . .   | 399 |
| Consuelo . . . . . | 401 |

## TIBERIO (Oscar)

|                   |     |
|-------------------|-----|
| Bohemia . . . . . | 405 |
|-------------------|-----|

## VARELA (Florencio)

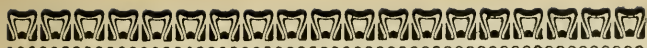
*Págs.*

La libertad de Grecia. . . . . 407

## VEGA (Ventura de la)

Imitación de los salmos. . . . . 417

4-28



## INDICE

DE LOS RETRATOS QUE CONTIENE ESTA OBRA

|                                           | <i>Págs.</i> |
|-------------------------------------------|--------------|
| Olegario V. Andrade. . . . .              | 11           |
| Joaquín Castellanos. . . . .              | 73           |
| Martín Coronado. . . . .                  | 117          |
| Leopoldo Díaz. . . . .                    | 139          |
| Esteban Echevarría. . . . .               | 157          |
| Diego Fernández Espiro. . . . .           | 181          |
| Martín García Merou. . . . .              | 187          |
| Ricardo Gutiérrez. . . . .                | 201          |
| Carlos Guido Spano. . . . .               | 219          |
| José Mármol. . . . .                      | 259          |
| Domingo D. Martinto . . . . .             | 273          |
| Gervasio Méndez. . . . .                  | 279          |
| Bartolomé Mitre. . . . .                  | 285          |
| Pedro J. Naón . . . . .                   | 311          |
| Rafael Obligado . . . . .                 | 323          |
| Calixto Oyuela. . . . .                   | 349          |
| Pedro B. Palacios («Almafuerte»). . . . . | 359          |
| Roberto J. Payró. . . . .                 | 379          |
| Enrique Rivarola. . . . .                 | 387          |
| Francisco Soto y Calvo. . . . .           | 397          |
| Ventura de la Vega. . . . .               | 415          |



## OBRAS DE CARLOS ARNICHES

DE VENTA EN ESTA CASA EDITORIAL



**La Leyenda del Monje.**—Zarzuela cómica, en un acto y en prosa, original.—Música del Maestro Chapí.

**Los Aparecidos.**—Zarzuela cómica, en un acto y tres cuadros, en prosa, original.—Música del Maestro Fernández Caballero.

**Los Granujas.**—Zarzuela, en un acto y cuatro cuadros, original, en prosa y verso.—Música de los Maestros Valverde (hijo) y Torregrosa.

**Las Campanadas.**—Zarzuela cómica, en un acto y en prosa, original.—Música del Maestro Chapí.

**Las Amapolas.**—Zarzuela cómica, en un acto y en prosa, original.—Música del Maestro Tomás L. Torregrosa.

**¡Que viene mi marido!**—Tragedia grotesca, en tres actos y en prosa, original.

**El Cabo Primero.**—Zarzuela cómica, en un acto y cuatro cuadros, en prosa, original.—Música del Maestro Fernández Caballero.

**La Cara de Dios.**—Drama de costumbres populares, en tres actos y once cuadros.—Música del Maestro Chapí.



---

# TEATRO POPULAR

---

431

A 75 CENTIMOS EL EJEMPLAR

- El jorobado, por A. Bourgeois y Paul Feval.  
Treinta años o la vida de un jugador, por Duge y Dinaux.  
Don Gil de las calzas verdes, por Tirso de Molina.  
La carcajada, por Felipe D'Ennery.  
Emilio Zola o el poder del genio, por José Fola Igúrbide.  
La taberna, por Emilio Zola.  
El mejor alcalde, el rey, por Lope de Vega.  
Fantomas o el ladrón incomprensible, por Gervais y Musset.  
Casa con dos puertas mala es de guardar, por Calderón de la Barca.  
El médico de su honra, por Calderón de la Barca.  
Miguel Strogoff, por Julio Verne.  
El último cartucho, por J. Molgosa Valls.  
Catalina Howard, por A. Dumas (padre).  
El licenciado Vidriera, por Moreto y Cabaña.  
Las máscaras negras, por Augustot Fochs Arbós.  
Tritón o un bandido del gran mundo, por Juan B. Euseñat.  
La hermana del carretero, por J. Bauchardy.  
La abadía de Castro, por E. Bouchardy.  
La herencia del niño Dios, por Gonzalo Jover y Salvio Valentí.  
La toga roja, por E. Brioux.  
La catedral, por Vicente Blasco Ibáñez.  
Los pastorcillos en Belén o el nacimiento del Mesías, por Luis Suñer Casademunt.  
Magdalena, la mujer adúltera, por Enrique Pérez Escrich.  
La fábrica, por Augusto Fochs Arbós.  
Hazañas de Sherlock Holmes, por E. G. Soler y E. Casanovas.
-

432





BINDING LIST NOV 1 1928

227978

LS.C.

PL31p

Author Pagano, José León

Title El parnasos Argentino.

DATE.

NAME OF BORROWER

University of Toronto  
Library

DO NOT  
REMOVE  
THE  
CARD  
FROM  
THIS  
POCKET

Acme Library Card Pocket  
Under Pat "Ref. Index File"  
Made by LIBRARY BUREAU

